

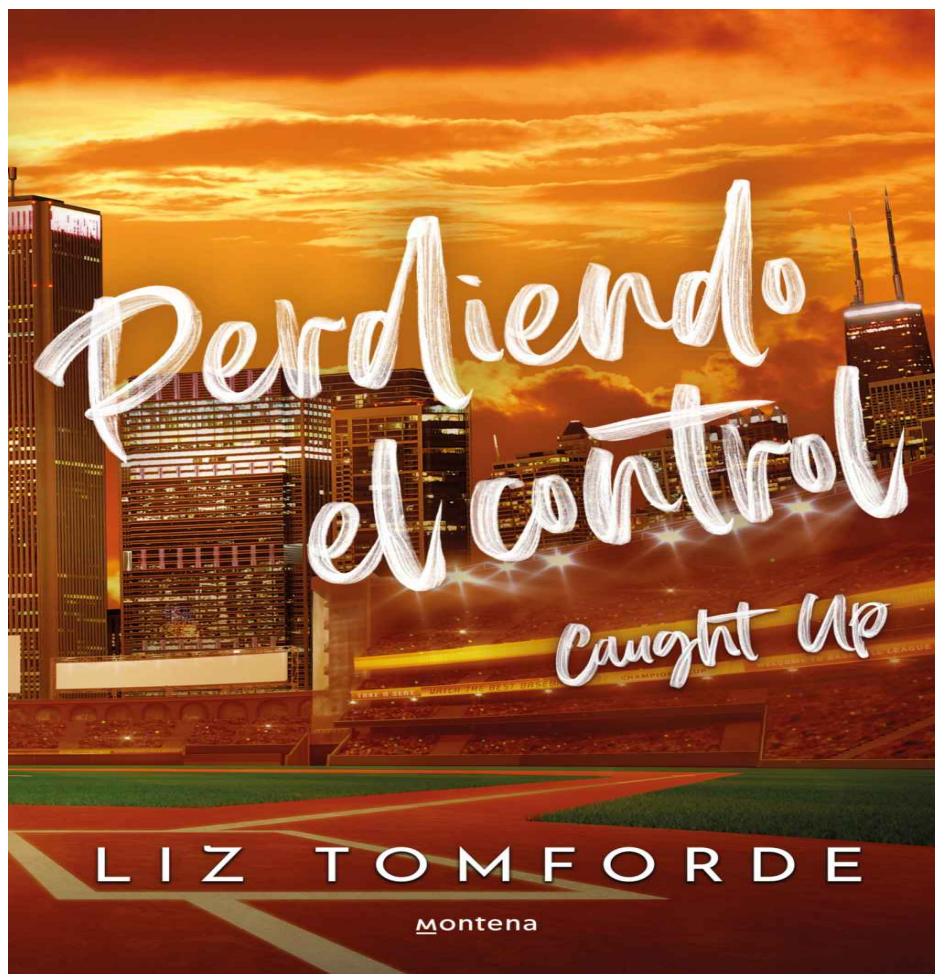


Perdiendo el control

Caught Up

LIZ TOMFORDE

montena



Perdiendo
el control
Caught Up

LIZ TOMFORDE

Montena

*El 10 de octubre (la fecha de publicación de Perdiendo el control)
habría sido el cumpleaños de mi padre. Kai y Monty se los dedico a él,
ya que fue mi inspiración para crear a mis dos padres ficticios favoritos.
Y a Allyson: Miller existe gracias a ti*

Playlist



Caught Up – USHER	♥ 3:44
Wild – Carter Faith	♥ 3:36
Juice – iyla	♥ 3:27
Save Me The Trouble – Dan + Shay	♥ 3:20
3:15 (Breathe) – Russ	♥ 3:03
Wild as Her – Corey Kent	♥ 3:18
Lil Boo Thang – Paul Russell	♥ 1:53
Lovely – Arin Ray	♥ 2:57
Best Shot (Acoustic) – Jimmie Allen	♥ 3:12
Miss Shiney – Kaiit	♥ 3:11
Stay Down – Brent Faiyaz	♥ 3:26
Come Over (Cover) – JVCK JAMES	♥ 2:21
Grateful – Mahalia	♥ 3:17

Better - Khalid	♥ 3:05
I Just Want You – JAEL feat. Alex Isley	♥ 4:00
Snooze – SZA	♥ 3:21
If You Let Me – Sinéad Harnett feat. GRADES	♥ 3:51
Until the End of Time – JVCK JAMES / Justin Timberlake	♥ 5:22
BRB – Mahalia feat. Pink Sweat\$	♥ 3:37
My Boy (My Girl Version) – Elvie Shane	♥ 3:25
So Gone – Vedo	♥ 3:01

1

Kai

—Tienes que estar de coña, As. —Monty tira el informe sobre el escritorio de la habitación del hotel—. ¿Le has despedido en un día de partido? ¿Qué coño tienes pensado hacer con Max esta noche? Vas a estar en el montículo.

Me aseguré de llevarme al niño a la reunión en parte porque no tenía a nadie más que lo cuidara y en parte porque sabía que iba a cabrearse cuando se enterara de que también despedí al último niño, pero estaría menos furioso con la sonrisa de Max de mejillas regordetas delante.

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo.

—Ya se nos había ocurrido algo. No había ningún problema con Troy.

¡Y una mierda que no había ningún problema! Después de haber estado desde primera hora de la mañana haciendo ejercicio con el médico del equipo y el personal de entrenamiento, calentando el hombro para el partido de esta noche, regresé a la habitación y me encontré que el niño llevaba un pañal que tendrían que haberle cambiado horas antes. Por no mencionar las semanas que pasó poniéndose en plan fan con mis compañeros en vez de centrarse en su trabajo, así que me harté.

—No era el adecuado —es lo único que respondo.

Monty suelta una larga exhalación, derrotado. A Max se le escapa una risita ante la frustración de mi director deportivo, que lo observa desde el otro lado del escritorio, inclinándose.

—¿Es que esto te hace gracia, niño? Tu padre está haciendo que me salgan canas.

—Creo que eso no es culpa mía, viejo.

El niño de quince meses, sentado en mi regazo, le sonríe a mi entrenador, enseñando las encías y los dientes de leche. El hombre deja de hacerse el duro como ya sabía que reaccionaría, siente debilidad por Max. Joder, siente debilidad por todo el equipo, pero sobre todo por el hombre que tiene sentado enfrente.

Emmett Montgomery, o Monty como lo llamábamos, no es el único director deportivo de los Windy City Warriors, un equipo de Chicago de las MLB o Grandes Ligas de Béisbol, pero también es padre soltero. Nunca me ha contado los detalles familiares, pero me sorprendería que su situación fuera tan absurda como la mía. Bueno, a menos que también le pasara lo mismo: que una tía con la que se lio se cruzara el país casi un año desde la última vez que la había visto para soltarle la bomba de que era padre, que no quería tener nada que ver con el niño y dejarlo con un bebé de seis meses.

Intento no aprovecharme, pues soy consciente de que tanto él como toda la organización se han desvivido por ayudarme a que esto funcione, pero me niego a ceder en cuanto a quién cuida de mi hijo mientras yo trabajo.

—Hablaré con Sanderson —propongo, es uno de los entrenadores del equipo—. Estará en el gimnasio toda la noche. Max puede quedarse allí. Mientras nadie se haga daño, la sala estará tranquila y el niño podrá dormir.

Monty se pasa el pulgar y el índice por las cejas.

—Kai, me estoy esforzando. Estoy haciendo todo lo que puedo por ti, pero esto no va a funcionar a menos que consigas a alguien que cuide a tu hijo, alguien en quien todos podamos confiar.

Me llama por mi nombre de pila cuando quiere que me tome en serio lo que dice. En cualquier otra situación, todo el equipo, él incluido, me llama por mi apodo: As.

Pero sí me he tomado sus palabras en serio. Lleva sermoneándome con lo mismo desde que empezó la temporada hace tres meses. Ya he tenido cinco niñeras. Y la razón es que... Bueno, no estoy seguro de si quiero que funcione.

Ya no estoy seguro de querer seguir jugando a béisbol.

Lo único que tengo claro es que quiero ser el mejor padre posible para Max. A estas alturas de la vida, no me importa nada más; tengo treinta y dos años y ya he estado diez en las Grandes Ligas.

Antes me encantaba jugar, era toda mi existencia, pero ahora es algo que me impide estar con mi hijo.

—Lo sé, Monty. Encontraré una solución cuando volvamos a Chicago, te lo prometo.

Exhala otro suspiro de derrota.

—Si tu hermano no estuviera también en mi lista, serías el peor grano en el culo, As.

Aprieto los labios para evitar no sonreír.

—Soy consciente.

—Y te cambiaría por otro si no tuvieras ese puñetero don que tienes.

No puedo evitar reírme al oír eso, porque no se lo traga ni él. Soy uno de los mejores lanzadores de la liga, sí, pero Monty me quiere, independientemente del talento que tenga.

—Y si no te cayera tan bien —añado, ya que él no lo dice.

—Largo de aquí y ve a hablar con Sanderson a ver si puede cuidar de Max esta noche. —Me levanto de mi asiento y me apoyo al niño en la cadera antes de darme la vuelta para salir de la habitación—. Por cierto, Max —le dice al bebé, aunque no pueda responderle—, deja de ser tan bonito, leñe, a ver si así puedo gritarle a tu padre de vez en cuando.

Pongo los ojos en blanco y me acerco al crío para decirle:

—Dile adiós a Monty y que se está volviendo un gruñón y un poco feo con la edad.

—Tengo cuarenta y cinco años, gilipollas. Tú tendrás suerte si dentro de trece años estás como yo.

Max se ríe y se despide del entrenador con la mano. No tiene ni idea de lo que estamos hablando, pero quiere a Monty tanto como Monty a él.

—¡Hola! —grita Max desde la otra punta de la habitación.

Casi.

—Hola, colega. —El hombre se ríe—. Nos vemos luego, ¿vale?

Jamás pensé que tendría con un entrenador el tipo de trato que tengo con este. Antes de la última temporada, jugaba para los Seattle Saints, el equipo que me reclutó y con el que pasé los primeros ocho años de carrera. Respetaba al personal y me gustaba bastante el director deportivo, pero la relación se limitaba a lo laboral.

Sin embargo, la última temporada, mi agencia me trajo a Chicago porque mi hermano pequeño está en la franquicia. Empecé jugando de campocorto para los Warriors, aunque echaba de menos jugar con el renacuajo. Cuando conocí a Monty, enseguida me cayó bien, pero la relación laboral se convirtió en algo más familiar cuando Max llegó a mi vida el pasado otoño. Jamás podré agradecerle lo suficiente lo que ha hecho por mí. Fue él quien hizo que esta situación funcionara, pues entendía la clase de sacrificios que implica ser padre soltero.

Le dijo a la directiva del equipo que el niño viajaría conmigo esta temporada y que no aceptaría un no por respuesta. Era consciente de que, si se lo negaban, yo tendría que retirarme antes de tiempo. Me niego a estar sin mi hijo medio año cuando su propia madre lo abandonó a los seis meses. Necesita a alguien estable, que esté de forma constante en su vida, y no permitiré que algo tan trivial como un partido sea la razón de que no lo tenga.

Probablemente debería dejar de despedir a la gente que contratamos para que la vida de Monty fuera un poco más fácil, pero eso es otra historia.

Mi hermano, Isaiah, trota por el pasillo y se mete en el ascensor justo

detrás de nosotros. La mata de pelo castaño claro despeinado todavía tiene la forma que se le ha quedado de dormir donde sea que haya dormido. Yo llevo horas levantado, entre que me he despertado con Max y me he puesto con mi entrenamiento matutino, pero me apostaría lo que fuera a que él acaba de salir de la cama.

Me jugaría el cuello a que todavía hay una mujer desnuda en ella.

—Eh, tío —dice—. Hola, Maxie —añade, haciéndole una pedorreta al niño en la mejilla—. ¿Adónde vais, chicos?

—A suplicarle a Sanderson que lo cuide esta noche durante el partido. —Isaiah no dice nada, simplemente espera a que le cuente más—. He despedido a Troy.

Se ríe.

—Por Dios, Malakai. Disimula un poco que no quieres que funcione este acuerdo.

—Se le daba fatal y lo sabes.

Mi hermano se encoge de hombros.

—Bueno, prefiero que tus niñeras tengan tetas y muchísimas ganas de acostarse conmigo, pero aparte de eso, no era tan terrible.

—Eres idiota.

—Max... —Isaiah se gira hacia el niño, que sonríe cuando le habla—. ¿No quieres una tía? Dile a papá que la próxima niñera tiene que ser una mujer, soltera, de unos veintitantos o treinta y tantos. Se lleva puntos extra si está tremenda con mi camiseta puesta.

—No debe importarle ser madre de un tío de treinta tacos que tenga un apartamento asqueroso —añado—. Y tiene que saber cocinar y limpiar porque eres literalmente un crío que se niega a hacer esas cosas.

—Mmm, sí, suena perfecto. Estate atento a ver si aparece alguna... así —termina de decir mientras las puertas del ascensor se abren en la planta baja y se queda mirando algo.

Mi hermano tiene los ojos clavados delante de él cuando llegamos a la

planta baja.

—Mierda, me he pasado el piso de Sanderson. Mecachis —me corrijo—. No digas «mierda», Max.

Sin embargo, el niño está demasiado entretenido mordiéndose los dedos y mirando a su tío como para escucharme decir palabrotas.

—Isaiah, ¿sales o no? —le digo, se ha quedado plantado en medio del ascensor embobado.

Una mujer camina hacia el ascensor y se mete entre los dos, lo que hace un poco más obvio el estado de shock de mi hermanito. Las chicas guapas suelen dejarlo gilipollas.

Y esta es guapísima.

Unos cabellos chocolate oscuro caen sobre una piel bronceada cubierta de una intrincada tinta negra. Y se le ve muchísima piel. Lleva un peto corto y, debajo, un top o una especie de sujetador. Más allá del dobladillo deshilachado, se le ven unos muslos gruesos, también tatuados, aunque no es el mismo dibujo que le cubre el brazo y el hombro.

—Hola —la saluda al fin Isaiah, atontado y distraído.

Yo le doy una colleja pasando la mano por detrás de ella, porque lo último que necesita el tío es otra mujer en otra ciudad que lo entretenga. Yo también he disfrutado de la vida que se está permitiendo en este momento y la consecuencia de todo eso es que ahora tengo un bebé de quince meses en brazos. La responsabilidad añadida de que mi hermano pequeño siga mis pasos me divierte tanto como una endodoncia.

—Sal del ascensor, Isaiah.

Asiente y se despide con la mano mientras camina de espaldas hacia el vestíbulo.

—Adiós —dice con corazones en los ojos, pero no es ni por mí ni por su sobrino.

La mujer levanta una de las Coronitas que lleva en las manos a modo de despedida.

—¿A qué piso vais? —pregunta con una voz áspera y grave antes de lubricarse la garganta con un trago de cerveza.

Antes de pulsar la planta de la que acabo de llegar, gira la cabeza hacia mí a ver si respondo.

Tiene los ojos de color verde jade y una expresión de confusión. Un diminuto aro dorado le brilla justo debajo del puente nasal y ahora entiendo por qué mi hermano se ha quedado como un adolescente embobado, porque de repente me pasa lo mismo.

—¿Debería adivinarlo? Puedo darles a todos si quieres y así nos paseamos en ascensor.

Max extiende la mano hacia ella, cosa que por fin me devuelve a la realidad. Parece que no he visto a una mujer atractiva en la vida.

Aparto al niño para que no le enrede los deditos en el pelo. Dicho así suena muy divertido, pero no es que se esté bebiendo una cerveza un jueves a las nueve de la mañana, sino que se está trincando dos.

Me aclaro la garganta y pulso yo mismo la planta de Sanderson.

La señorita «A dos manos en un día entre semana» se echa el pelo por encima del hombro y vuelve a colocarse a mi lado. A pesar de que ha empezado a empinar el codo temprano, no huele a alcohol, sino a pastel. De repente, me apetece algo dulce.

Por el rabillo del ojo, la pillo mirando a Max con una sonrisita.

—Tienes un niño muy mono.

«Tú sí que lo tienes todo muy mono», le quiero responder.

Pero no lo hago porque ya no soy así. Ya no me permito el lujo de ligar con todas las chicas guapas que se me cruzan por delante. No puedo tomarme una cerveza a las nueve de la mañana. No puedo llevarme a la habitación del hotel a una mujer que no conozco de nada sin saber ni siquiera cómo se llama. No porque no vaya a verla más, sino porque duermo rodeado de cunas, tronas y juguetes.

Sobre todo, no necesito soltarle frases de ligoteo a este tipo de mujeres.

No hace falta ser vidente para saber que es de las salvajes.

—¿No habla? —pregunta.

—¿Él?

Se ríe para sí misma.

—Me refería a ti. Entonces, ¿tienes la costumbre de ignorar a la gente que se dirige a ti?

—Eh... no. —Max vuelve a intentar tocarla y me aparto más para que no le ponga las manos encima a una desconocida—. Perdona. Gracias.

El niño se catapulta por delante de mí y continúa estirando los dedos regordetes hacia ella. No me queda claro si el objetivo es la chica o una cerveza.

La mujer vuelve a reírse con disimulo.

—A lo mejor sabe que necesitas una de estas.

Me ofrece la otra Coronita.

—Son las nueve de la mañana.

—¿Y?

—Y es jueves.

—Vas de moralista, por lo que veo.

—Soy responsable.

—¡Dios! —Se ríe—. Necesitas algo más fuerte que una birra.

Lo que necesito es que el ascensor vaya un poco más rápido, pero puede que tenga razón en algo. Sí necesito una cerveza. O diez. O unas horas de revolcón con una mujer desnuda. No recuerdo la última vez que follé. Segurísimo que no lo he hecho desde que Max entró en mi vida y eso fue hace nueve meses.

—Pa-pa.

Max me aprieta las mejillas antes de señalar otra vez a la mujer.

—Lo sé, colega.

No sé una mierda.

Lo único que está claro es que no dejaré de tirarse hacia ella hasta que la

enganche. Lo cual es raro, porque, en general, no se va con desconocidos y menos aún se siente cómodo con las mujeres.

Le echo la culpa a que la que lo parió lo dejó para que lo criara su padre soltero, un tío imprudente y un equipo de béisbol lleno de jugadores pendencieros. La única presencia femenina que ha visto con regularidad es la prometida de mi amigo, pero incluso tardó un poco en mostrarse cariñoso con ella.

Sin embargo, por alguna razón, esta le gusta.

—Vamos, Max —exhalo colocándomelo bien—. Deja de retorcerte.

—Sé que es raro que me ofrezca, pero lo puedo coger si...

—No —le espeto.

—¡Caray!

—Quiero decir, no, gracias. No se lleva bien con las mujeres.

—A saber de dónde ha sacado eso.

Le lanzo una mirada penetrante, pero se encoje de hombros y da otro trago a su bebida.

Max vuelve a reírse. Por literalmente nada. Es curioso lo obsesionado que está con ella y este viaje en ascensor está siendo largo de la hostia.

—¿Has sacado esa sonrisa de tu mamá? —le pregunta la chica, inclinando la cabeza mientras lo admira—. Porque creo que tu papi no sabe sonreír.

—Qué graciosa.

—Fingiré que no ha sido sarcástico y que en realidad tienes sentido del humor.

—No tiene madre.

Reina un silencio inquietante como suele ocurrir cada vez que pronuncio esas tres palabras. A la mayoría de la gente le preocupa haber cruzado una línea porque su madre haya muerto de forma trágica, no porque no me dijera que se había quedado embarazada y luego se presentara seis meses más tarde para ponerme la vida patas arriba antes de marcharse.

—Ay, Dios, lo siento mucho. No pretendía... —El tono de coqueteo que estaba usando antes ha desaparecido por completo.

—Está viva, pero se largó.

Veo el alivio que la invade.

—Ah, vale, eso es bueno. A ver, no es bueno. ¿O a lo mejor sí? Quién soy yo para decirlo. Mierda, este ascensor tarda una eternidad. —Se lleva una mano a la boca y los ojos se le van a Max—. Quiero decir, miércoles.

Eso me hace al final reírme y se me escapa una sonrisa.

La chica se ablanda un poco.

—¡Pero si sonrío!

—Sobre todo cuando no le reprende una desconocida en un ascensor mientras se trinca dos cervezas nada más despertarse.

—Quizá es que esa desconocida no se ha acostado todavía. —Vuelve a encogerse de hombros de forma despreocupada.

«Dios santo», pienso.

—Quizá deberían dejar de hablar de sí mismos en tercera persona como un par de capullos pretenciosos.

El ascensor por fin se abre en su planta.

—Quizá él debería soltarse de vez en cuando. Tiene un niño precioso y una sonrisa incluso más preciosa cuando la enseña.

Me levanta la Coronita, se bebe lo que le queda y sale del ascensor.

—Gracias por el paseo, papá del bebé. Ha sido... interesante.

La verdad es que sí.

2

Miller

Me encanta la mantequilla. Imagina ser la persona que inventó el mayor regalo que Dios le ha hecho a la humanidad. Le daría un beso por el gran descubrimiento. ¿Con pan? La perfección. ¿Derretida sobre una patata asada? Llovida del cielo. O mi favorita, horneada para hacer mis famosas galletas con pepitas de chocolate.

Puede que pienses que todas las galletas con pepitas de chocolate son iguales, pero te equivocas. De cabo a rabo. Soy famosa en todo el país por planificar los postres de los restaurantes que aspiran a ganar una estrella Michelin, pero ojalá uno de esos sitios elegantes lo mandara todo a la mierda y me dejara incluir en el menú las puñeteras galletas con pepitas de chocolate.

Se las quitarían de las manos. Todas las noches.

Pero, aunque me dejaran fantasear con un clásico como ese, la receta es mía. Les prestaría mi creatividad, mis consejos y mis técnicas. Qué narices, hasta les crearía un menú nuevo de postres inspiradores para un restaurante que tiene lista de espera de un año para conseguir mesa. Pero las recetas clásicas, las que he perfeccionado durante los últimos quince años, las que hacen que el cuerpo se te funda en un suspiro en cuanto el azúcar te roza la lengua, las que te recuerdan a tu hogar, esas son mías.

De todas maneras, nadie me las pide. No me he hecho famosa por eso.

Pero estoy casi segura de que la única cosa por la que me van a conocer

es por el colapso nervioso que está a punto de darme en medio de esta cocina de Miami, simplemente porque durante las últimas tres semanas no he sido capaz de crear ni un solo postre nuevo.

—Montgomery —dice uno de los cocineros de línea. Por algún motivo, no siente la necesidad de llamarme por mi título, así que yo no me he preocupado de aprenderme su nombre—. ¿Vas a salir con nosotros cuando acabemos el turno esta noche?

Ni me molesto en mirarlo, me concentro en limpiar mi puesto de trabajo y rezo para que el suflé sobreviva en el horno sin hundirse.

—Supongo que te has olvidado de que tengo el título de chef —digo girando la cabeza.

—Cielo, tú solo haces pasteles. No voy a llamarte «chef».

Como si se hubiera rayado un disco, la cocina entera se sume en el silencio y todos los ayudantes se quedan petrificados con su utensilio en la mano.

Hacía tiempo que no me menospreciaban por dedicarme a esto. Soy joven, tengo veinticinco años, no es fácil estar en una cocina llena de adultos, por lo general hombres, y corregirles lo que hacen mal. Pero en los últimos años me he ganado una reputación que exige respeto.

Hace tres semanas, gané el premio James Beard, la mayor distinción en mi sector. Además, como me han nombrado Mejor Chef Repostera del Año, me han pedido tanto los servicios de asesoramiento que tengo la agenda llena. Los próximos tres años me los pasaré de una cocina a otra para diseñar postres con los que puedan ganar una estrella Michelin.

Así que sí, me he ganado el título de chef.

—¿Te vienes, Montgomery? —insiste—. Te invito a una cerveza o algo con sombrilla, que será lo que probablemente te guste. Algo dulce y rosa.

Me supera que este tío no se haya dado cuenta de que sus compañeros de trabajo le están rogando en silencio que se calle.

—Se me ocurre otra cosa dulce y rosa que no me importaría probar.

Solo intenta chincharme. Quiere sacar de quicio a la única mujer que trabaja en la cocina, pero no me merece la pena perder el tiempo. Por suerte para él, suena el temporizador y vuelvo a centrarme en el trabajo.

Al abrir la puerta del horno, me recibe un calor abrasador y otro suflé hundido.

El premio James Beard es solo un trozo de papel, pero pesa tanto que parece que me ha destrozado. Debería estar agradecida y sentirme honrada por ganar un galardón al que aspiran la mayoría de los chefs durante toda la vida, pero lo único que he sentido desde que lo gané es una abrumadora presión que me deja la mente en blanco y soy incapaz de crear nada nuevo.

No le he dicho a nadie que me está costando. Me da demasiada vergüenza admitirlo. La gente me observa más que nunca y me da vértigo. Pero dentro de dos meses, cuando salga en la portada de la revista *Food & Wine* en el número de otoño, no podré esconderme en ninguna parte y estoy segura de que el artículo solo hablará de lo mucho que les entristece a los críticos ver a otro nuevo talento incapaz de estar a la altura de todo su potencial.

Soy incapaz de dedicarme a esto. Aunque me avergüence reconocerlo, ahora mismo no puedo soportar la presión. Estoy algo quemada, es un bache creativo. Como el bloqueo del escritor, pero versión chef repostero. Lo superaré, pero ni de coña se me va a pasar mientras esté trabajando en la cocina de otra persona que espera que les enseñe mi arte a otros.

Dejo el molde del suflé sobre la encimera de espaldas al personal para que no vean mi última cagada. En cuanto lo hago, alguien me pone una mano en la cintura y el vello de la nuca se me eriza en señal de alarma.

—Llevas dos meses aquí, Montgomery, y sé cómo pasárnoslo bien. Sé cómo hacer que le caigas bien al personal.

El aliento caliente del cocinero de línea me roza el cuello.

—Quítame las manos de encima —digo con frialdad.

Me clava las yemas de los dedos en la cintura y ya es el colmo. Necesito alejarme de este hombre y de esta cocina. Necesito alejarme de todas las

cocinas.

—Debes de sentirte sola con tanto viajar por el país. Seguro que en cada ciudad encuentras a un amigo que te da calor en esa furgoneta que tienes.

Desliza la palma hacia la lumbar, va al culo. Lo agarro de la muñeca, me giro y le doy un fuerte rodillazo en las pelotas, no vacilo ni un segundo.

Al instante, se desploma por el dolor y se le escapa un patético gemido.

—Te dije que me quitaras las putas manos de encima.

El personal se queda callado. Los gritos de su compañero, que sigue encogido sobre sí mismo, retumban en los utensilios de acero inoxidable. Una parte de mí quiere comentar lo pequeña que he notado la polla contra la rodilla, pero por cómo se comporta está claro que hay algo que compensar.

—Ay, venga ya —digo, desabotonándome la chaqueta de chef—. Levántate del suelo. Estás ridículo.

—Curtis. —Jared, el chef principal llega de repente. Se queda impactado al ver al cocinero de línea—. Estás despedido. Ponte de pie, joder, y sal de mi cocina.

Me acabo de enterar que se llama Curtis, pero de todos modos sigue agarrándose las pelotas y retorciéndose en el suelo.

—Chef Montgomery. —El chef Jared se gira hacia mí—. Siento muchísimo su comportamiento, es inaceptable. Le prometo que no es el tipo de cultura que promuevo aquí.

—Me parece que mi trabajo aquí ha terminado.

Lo digo por muchos motivos. El cocinero de línea al que no volverán a contratar en un restaurante de alto nivel solo ha sido la gota que ha colmado el vaso, porque en el fondo sé que este verano no voy a servirle de ayuda al chef Jared para elaborar el menú.

Y desde luego no me apetece una mierda que otros se enteren de lo mucho que me está costando trabajar. Esta industria es despiadada y, en cuanto la crítica se entere de que una chef de alto nivel, que encima ha

recibido un James Beard, se está hundiendo, empezarán a rodearme como buitres. Me pondrán a parir en todos los blogs gastronómicos y ahora mismo no me hace falta recibir esa clase de atención.

El chef Jared se acojona un poco, lo cual es raro. Es un hombre venerado en el mundo culinario y me dobla la edad.

—Lo entiendo perfectamente. Me aseguraré de que le paguen todo el periodo de contratación, incluidos los próximos dos meses.

—No hace falta. —Le estrecho la mano—. Tan solo voy a marcharme.

Curtis sigue en el suelo, así que me limito a hacerle la peineta mientras salgo. Sí, soy una chef repostera premiada que a veces todavía se comporta como una niña.

Como si mi incapacidad para llevar a cabo mi trabajo no fuera lo bastante agobiante, en cuanto salgo fuera, la humedad de finales de junio me asfixia. No sé en qué estaba pensando cuando acepté pasarme el verano en una cocina del sur de Florida.

Me apresuro a subir a la furgoneta, que está en el aparcamiento para empleados, y pongo el aire acondicionado a tope. Me encanta mi camper. Está totalmente renovada por dentro y por fuera, con una capa de pintura verde fuerte en el exterior y mi propia cocinita en el interior.

Vivo en ella cuando viajo de un lado a otro, así voy tranquila y no tengo que preocuparme por nada de nada. Cuando llego a mi destino, me pongo el chip de trabajo durante los siguientes meses, me tapo los tatus y dejo que me llamen «chef» durante diez horas al día.

Así es la extraña yuxtaposición que llamo vida.

Si te soy sincera, no es precisamente lo que creía que haría. Soñaba con abrir mi propia pastelería, hacer mis famosas galletas y las barritas y los pasteles que horneaba para mi padre cuando era pequeña. Pero tuve la suerte de poder formarme con uno de los mejores chefs reposteros de París cuando terminé el instituto y después hice las prácticas en Nueva York.

Y, a partir de ahí, mi carrera despegó.

Ahora hago tartaletas minúsculas, mousses que la mayoría de gente no puede pronunciar y sorbetes que a todos nos gusta fingir que son más gratificantes que el helado. Aunque hay partes de este mundo de alto nivel que parecen pretenciosas y ridículas, doy gracias a que la vida me haya traído hasta aquí.

Tengo una trayectoria impresionante. Lo sé. He trabajado infinidad de horas para que sea así, para llegar a esos objetivos casi inalcanzables. Pero ahora que he logrado la mayoría de ellos, floto sin rumbo, buscando cuál será mi próxima meta.

Eso es precisamente lo que ha estado recordándome mi mente caótica las últimas tres semanas. O mantengo el éxito o salgo disparada por la puerta giratoria por la que entre el último mejor de la industria.

Aún le estoy dando vueltas a la cabeza cuando salgo a la autopista para dirigirme al hotel de mi padre. Justo entonces me llama mi agente.

Respondo por el manos libres.

—Hola, Violet.

—¿Qué coño te ha hecho ese capullo para que dejes el trabajo antes de tiempo? El chef Jared me ha llamado para disculparse e intentar pagarte los tres meses por adelantado.

—No aceptes ese cheque —le digo—. Sí, su empleado es un imbécil redomado, pero la verdad es que de todas formas yo no le habría servido de ninguna ayuda este verano.

Se queda callada un momento al otro lado de la línea.

—Miller, ¿qué pasa?

Hace tres años que es mi agente y, aunque no tengo muchas amistades debido al frenético estilo de vida que llevo, a ella la considero una amiga. Gestiona mi agenda y me concierta entrevistas. Si alguien quiere escribir sobre mí en su blog gastronómico o quiere que le asesore sobre su menú, tiene que hablar con ella primero.

Y a pesar de que hay muy pocas personas con las que pueda sincerarme

sobre lo que estoy pasando, esta mujer es una de ellas.

—Vi, a lo mejor me matas, pero creo que voy a tomarme libre el resto del verano.

Si en la autopista de Miami no hubiera tanto puto ruido, se podría haber oído el aleteo de una mosca.

—¿Por qué?! —exclama con tono de desesperación—. Tienes el trabajo más importante de tu carrera en otoño, vas a salir en la portada de la revista *Food & Wine*. Por favor, no me digas que también te echas atrás en eso.

—No. Por Dios, no. Eso sí lo voy a hacer y estaré en Los Ángeles para empezar el próximo trabajo, es que... —Mierda, ¿cómo le digo que a su clienta mejor pagada se le está yendo la pinza?—. Violet, no he sido capaz de crear un postre nuevo desde hace tres semanas.

—¿Te refieres a que no has tenido tiempo? —supone—. Porque si necesitas más para perfeccionar las recetas del artículo, podría entenderlo.

—No. Me refiero a que no he hecho nada que no se haya ido al traste en el proceso o que no se haya carbonizado en el horno. Sería gracioso lo mal que hago mi trabajo si no estuviera al borde de un ataque de nervios.

Se ríe.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Violet, una niña de cinco años con un horno infantil haría mejor un postre que yo ahora mismo.

Vuelve a reinar el silencio al otro lado de la línea.

—Violet, ¿sigues ahí?

—Lo estoy procesando.

Mientras tomo la salida hacia el hotel de mi padre, espero a que hable.

—Vale —dice, calmándose—. De acuerdo, está bien. No pasa nada. Vas a tomarte los próximos dos meses para respirar, recomponerte y luego te irás a Luna's a primeros de septiembre.

Es el restaurante de la chef Maven, a la que asesoraré en otoño. Maven impartió un seminario en mi escuela culinaria y me muero por tener la

oportunidad de trabajar con ella, pero dejó la industria poco después de que nos conociéramos. Después de ser madre, regresó al mundo gastronómico abriendo un restaurante con el nombre de su hija y me pidió que fuera a ayudarla con la carta de postres. La entrevista para la revista *Food & Wine* tendrá lugar en su cocina de Los Ángeles, yo no podría estar más entusiasmada por esta oportunidad.

Al menos estaba entusiasmada, hasta que todo se fue a la mierda.

—Estarás en Luna's el uno de septiembre, ¿verdad, Miller? —me pregunta Violet cuando no respondo.

—Sí, allí estaré.

—Vale —exhala—. Puedo venderlo así: estás celebrando tu nuevo premio pasando el verano con tu familia y estás deseando volver a las cocinas en septiembre. Dios, los blogs y los críticos me van a dar por saco con esto, porque se van a preguntar dónde coño estás. ¿Estás segura de que tu padre no está enfermo? Podría inventarme algo con eso.

—Ostras, Violet. —Me río sin dar crédito—. Está perfectamente, gracias a Dios.

—Bien. Ese hombre es demasiado guapo para morir tan joven. —Por fin se ríe.

—Qué asco. Tengo que dejarte.

—Saluda a tu papá de mi parte.

—Sí, bueno, no pienso hacerlo. Adiós, Vi.

Los Windy City Warriors, el equipo de béisbol profesional de Chicago, lleva un par de días en la ciudad. Mi padre es el director deportivo, que básicamente es el entrenador jefe, desde hace cinco años. Antes trabajaba con el equipo de segunda división, después de que lo cogieran de la universidad local en Colorado.

Emmett Montgomery ascendió enseguida en el béisbol. Como se merecía. Avanzó rápidamente y se labró una reputación en el deporte, pero de repente todo cambió para nosotros. Lo dejó todo para ejercer de padre,

incluida su próspera carrera, y se negó a dejar el trabajo como entrenador local hasta que terminé el instituto y fui a buscarme la vida.

Es de los buenos. De hecho, diría que es el mejor.

La mayoría de mi vida solo hemos estado él y yo y, aunque podáis creer que me marché de casa a los dieciocho años para echar a volar, la verdad es que lo hice para que volara él. Entonces supe, igual que lo sé ahora, que en cuanto me dejara de mudar, él se ataría a la ciudad en la que yo me hubiera establecido para estar cerca de mí. Así que, por su bien, no he dejado de correr desde que me marché de casa a los dieciocho y no tengo intención de parar. Él ha renunciado a todo por mí y lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que no renuncie a nada más.

Paro en una tienda a comprar un par de botellines de Coronita, una para mí y otra para él, antes de cambiarme los pantalones de la cocina y los zapatos antideslizantes por un peto corto y unas chancletas. Me quito la camisa de manga larga, me pongo el aro en la nariz y aparco en la plaza más alejada de la entrada del imponente hotel en el que se aloja mi padre.

Aunque lleva cinco años entrenando en las Grandes Ligas, todavía no me acostumbro a verlo en este ambiente. Nunca tuvimos cosas caras ni lujosas cuando vivía con él. No ganaba mucho dinero como entrenador en la universidad y solo tenía veinticinco años cuando se convirtió en mi padre. En muchos sentidos, crecimos juntos.

Me daba de comer macarrones con queso directamente de la caja casi siempre porque no era el más competente en la cocina. Y por esa razón, cuando tuve edad suficiente, me encargué yo del tema, aprendí a cocinar y descubrí mi amor por la repostería. Me ponía muy contenta cada vez que le impresionaba con una receta nueva, lo que, para ser sincera, sucedía siempre. Sin lugar a dudas es mi mayor fan.

Pero verlo aquí, prosperando tanto, haciendo lo que más le gusta, lo que se le da tan bien y le ha hecho conseguir ya un anillo de la Serie Mundial, me hace sentir orgullósísima de lo bien que le ha ido sin mí.

Quiero que él se sienta igual de orgulloso de mí, sobre todo después de todo lo que ha sacrificado, y ahora tengo la oportunidad de conseguirlo. Después de convertirme en una de las personas más jóvenes a las que les han otorgado el premio James Beard, me van a hacer un reportaje de ocho páginas en la revista *Food & Wine*. Saldré en la portada y se incluirán tres recetas nuevas que ahora mismo no puedo crear porque no encuentro la inspiración. Todo eso sucederá en menos de dos meses, cuando vaya a Los Ángeles para mi siguiente proyecto.

Sin presión.

Giro el tapón de una de las cervezas para tragarme las expectativas altísimas que me he autoimpuesto mientras el ascensor se abre en la planta baja. Los dos hombres que hay dentro no salen, así que me meto entre ellos.

El que está a mi izquierda tiene el pelo castaño claro y parece incapaz de cerrar la boca.

—Hola —saluda y no sé lo que es, pero me atrevería a asegurar que a este tío lo entrena mi padre. Es bastante alto, de constitución atlética y parece que se lo acaben de follar.

Los jugadores de mi padre tienden a estar tan dedicados a las mujeres que se llevan a casa como al propio partido.

—Sal del ascensor, Isaiah —dice el hombre a mi derecha y aunque, sí, los dos son guapos desde un punto de vista objetivo, este es tan atractivo que ofende.

Lleva una gorra del revés, unas gafas de montura oscura y un bebé en brazos con una gorra a juego, ¡por Dios santo! Me esfuerzo al máximo para no fijarme demasiado, pero veo el pelo oscuro que rodea unos ojos azul claro enmarcados por las gafas. Tiene la barbilla cubierta por una barba incipiente que dice a gritos «señor mayor», y eso por sí solo ya es mi kriptonita.

A eso le añades un niño monísimo apoyado en la cadera y está casi rogando que le babeen encima.

—Adiós —se despide el tal Isaiah al salir del ascensor y me deja sola con los otros dos guaperas.

—¿A qué piso? —pregunto y le doy un trago a la cerveza mientras pulso el botón de la planta donde está la habitación de mi padre.

Ni de coña puede ser que no me haya oído, pero aun así el papá del bebé no responde.

—¿Debería adivinarlo? —inquiero—. Puedo darles a todos si quieres y así nos paseamos en ascensor.

No se ríe, ni siquiera sonrío un poco, lo que para mí es una señal de alarma.

El bebote alarga las manos hacia mí y yo nunca he sido de hacerle carantoñas a los críos, pero es que este es muy mono. Está contento y, después de la mañana que he tenido, que un bebé me esté sonriendo como si fuera lo mejor que existe es justo lo que necesito, por sorprendente que parezca.

Tiene las mejillas tan regordetas que los ojos casi le desaparecen cuando sonrío. El padre continúa ignorándome y pulsa el botón sin decir nada.

«Vale, pues muy bien». Esto va a ser divertido.

Tras el trayecto en ascensor más largo de mi vida, llego a la conclusión de que este hombre maravilloso tiene un palo gigante metido por el culo. Cuando llego a la habitación y llamo a la puerta, no puedo estar más agradecida por que haya terminado nuestro breve encuentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta mi padre con la cara iluminada—. Creía que no tendría ocasión de volver a verte en este viaje.

Levanto las dos cervezas con falso entusiasmo, una está vacía, pero la otra todavía va llena.

—¡He dejado el trabajo!

Me mira con preocupación y abre más la puerta para que pase.

—¿Por qué no entras y me cuentas qué haces bebiendo a las nueve de la

mañana?

—Vamos a beber los dos —lo corrijo.

Se ríe.

—Creo que necesitas esa segunda cerveza más que yo, Millie.

Cruzo la habitación y me siento en el sofá.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Se me da fatal el curro. Ni siquiera disfruto cocinando ahora mismo porque se me da como el culo. ¿Cuándo me has oído decir que no disfruto cocinando?

Alza las manos en el aire.

—No tienes que justificarte conmigo. Quiero que seas feliz y, si ese trabajo no te estaba haciendo feliz, me alegra que lo hayas dejado.

Sabía que diría eso. También sé que, cuando le cuente que mis nuevos planes para el verano consisten en conducir por el país y vivir en la furgoneta para respirar aire fresco y que me venga la inspiración, me dirá que se alegra por mí, aunque lo dirá con un tono cargadísimo de preocupación. Pero no me altero. Lo que a mí me preocupa es decepcionarlo.

En veinte años jamás lo he defraudado, así que no estoy segura de por qué me empeño en no hacerlo. Pero me mataré a trabajar y me quedaré en todas las cocinas tristes que haga falta para evitar desilusionarlo.

Soy muy consciente de que tengo la necesidad innata de ser la mejor en cualquier objetivo que persiga. Ahora mismo, no soy la mejor y no quiero darle a nadie la oportunidad de presenciar mi fracaso. Sobre todo, no quiero que lo vea él. Mi padre es la razón por la que me esfuerzo para lograr la perfección en mi carrera, lo que contrasta muchísimo con la actitud alocada y despegada que tengo en lo personal, donde voy a mi rollo.

—¿Lo dejas del todo? —me pregunta.

—Dios, no. Me he tomado el verano para recuperar la pasión por la repostería. Volveré mejor que antes. Tan solo necesito espacio, sin miradas

indiscretas, para recomponerme y darme un pequeño descanso.

Se le iluminan los ojos por el entusiasmo.

—¿Y dónde vas a pasar esas vacaciones de verano?

—No lo tengo claro. Tengo dos meses libres y mi próximo trabajo es en Los Ángeles. Quizá los pase conduciendo por la Costa Oeste y haga turismo por el camino. Practicaré en mi cocina sobre ruedas.

—Te irás por ahí con la furgoneta.

—Sí, papá. —Me río—. Me iré por ahí con la furgoneta mientras intento averiguar por qué todos los postres con los que me pongo desde que gané el puto premio han sido un completo desastre.

—No todos te han salido mal. Los que me has hecho a mí han salido fenomenal. Estás siendo muy dura contigo misma.

—Las galletas y los pasteles sencillos son otra cosa. Lo que me cuesta es lo creativo.

—Bueno, a lo mejor lo creativo es el problema. A lo mejor deberías volver a lo sencillo.

No conoce el mundo culinario como yo y por eso no entiende que una galleta con pepitas de chocolate no basta.

—¿Sabes? Podrías venir a pasar el verano a Chicago conmigo —me propone.

—¿Por qué? Estarás de viaje por trabajo la mitad del tiempo y, cuando estés en casa, te irás al estadio.

—Pues vente de viaje conmigo. No hemos estado en el mismo sitio más que unos cuantos días desde que tenías dieciocho años y echo de menos a mi niña.

No he tenido vacaciones, ni siquiera un fin de semana o una tarde libre en siete años. He estado trabajando sin descanso, matándome en la cocina. Incluso esta noche, que el equipo de mi padre tiene un partido en la ciudad, ni se me había ocurrido ir a verlo.

—Papá...

—Solo me queda pedírtelo de rodillas, Miller. Tu viejo necesita tiempo de calidad con su hija.

—Me acabo de pegar tres semanas en una cocina llena de tíos y uno de ellos prácticamente me estaba rogando que lo denunciara a recursos humanos por acoso sexual. Lo último que quiero es pasar el verano con otro grupo de hombres.

Se inclina hacia delante, apoya los brazos tatuados sobre las rodillas y abre bien los ojos.

—¿Perdona?

—Ya lo he solucionado.

—¿Cómo exactamente?

—Con un rodillazo rápido en las pelotas. —Le doy un trago a la cerveza con despreocupación—. Justo como me enseñaste.

Niega con la cabeza acompañando el movimiento de una risita.

—Nunca te enseñé eso, pequeña psicópata, pero ojalá lo hubiera hecho. Y ahora insisto más en que te vengas de viaje conmigo. Ya sabes que mis chicos no son así.

—Papá, tenía pensado... —Mis palabras se desvanecen en la lengua cuando alzo la vista para mirarlo desde el otro lado del sofá. Veo unos ojos tristes y suplicantes, cansados incluso—. ¿Te sientes solo en Chicago?

—No voy a responder a eso. Claro que te echo de menos, pero quiero que pases un par de meses conmigo porque también me echas de menos tú, no porque te sientas obligada.

No me siento obligada. No en ese sentido, al menos. Pero todo lo que hago, de algún modo, es un intento de eliminar la culpa que siento respecto a nuestra situación. Para compensar el hecho de que renunciara a toda su vida por mí cuando solo tenía veinticinco años.

Pero mentiría si dijera que no lo echo también de menos. Por eso me aseguro de que todos mis trabajos coincidan con sus viajes. Escojo las cocinas en las grandes ciudades con equipos de las Grandes Ligas de

Béisbol a las que mi padre irá por trabajo. Así que claro que lo echo de menos.

Un verano con mi viejo suena muy bien y, si tenerme cerca por un tiempo lo hace feliz, es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que ha hecho por mí.

Salvo que hay un problema.

—Pero los altos cargos no lo permitirán —le recuerdo—. No se permite que nadie del equipo ni del personal viaje con ningún miembro de su familia.

—Sí se va a permitir que viaje un miembro de la familia con el equipo esta temporada. —Dibuja una sonrisa pícara—. Tengo una idea.

3

Kai

Monty: *Deja a Max con Isaiah y vuelve a mi habitación. Tenemos que hablar.*

Yo: *¿Es para que puedas gritarme?*

Monty: *Sí.*

Yo: *Guay, estupendo. Voy corriendo para no perdérmelo.*

—Le he encontrado niñera a Max —es lo primero que dice antes incluso de cerrar la puerta.

«¿Eh?». Me siento al otro lado del escritorio de Monty y lo miro confundido.

—¿Cómo? Pero si he despedido a Troy hace una hora.

—Así de bueno soy, y vas a contratarla porque está claro que tienes un gusto de mierda y no dejas de despedir a todo el mundo, así que me he encargado yo.

—¿Es una chica?

—Es mi hija.

Los ojos se me van a la foto enmarcada que tiene al lado. Es la misma que tiene en su despacho de Chicago. La misma fotografía que pone en el escritorio que tiene en todas las ciudades que visitamos.

Sabía que la chica de la foto era su hija, eso estaba claro, pero, aunque nosotros somos íntimos, nunca me ha contado mucho de ella. Siempre

supuse que era porque se sentía culpable por dejarla para viajar por trabajo tanto. Eso, o sabe que hablar de la hija que echa de menos solo confirmará lo que ya creo: que es casi imposible hacer este trabajo siendo padre soltero.

La chica de la foto no tendrá más de trece o catorce años. Está en esa fase incómoda por la que todos hemos pasado al principio de la adolescencia, tiene aparato en los dientes y acné. El pelo oscuro lo lleva recogido en una coleta muy apretada, una visera le ensombrece el rostro y viste una camiseta de manga corta de color amarillo fuerte, con el número catorce en medio de la parte delantera. Es jugadora de sóftbol y las mangas, demasiado grandes, están cogidas al hombro con una especie de cinta. Tiene apoyado un guante de lanzadora sobre la rodilla mientras posa para su foto de la temporada.

A Monty le pega tener una hija que juegue al sóftbol.

—Está libre este verano y quiero que viaje con nosotros —continúa.

Tiene sentido, habrá terminado el colegio.

—Sí, pero, Monty, estamos hablando de mi hijo.

—Y de mi hija. —Levanta las cejas desafiándome a que diga algo en contra de su plan—. No es una pregunta, As. Te estoy diciendo qué es lo que va a pasar. Estoy harto de que siempre le pongas pegas a la gente que contratamos. Cada pocas semanas, hay que comprobar los antecedentes penales de alguien nuevo y cambiar los nombres para las reservas de hotel y los vuelos está siendo un auténtico coñazo para los coordinadores de viajes. Va a ser la nueva niñera de Max y lo mejor de todo es que, como es mi hija, no vas a poder despedirla.

«Mierda».

—Solo está libre hasta septiembre, así que tendremos que buscar a otra persona para que termine la temporada, pero nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Está claro que no hay escapatoria. Se lo debo por todo lo que ha hecho por mí y por Max, y él lo sabe, joder.

Si tuviera que dejar a mi hijo con alguien que no fuera yo, supongo que

no es la peor solución posible. Quizás sea una niñera demasiado joven para que le importen una mierda un puñado de jugadores de béisbol profesionales y seguro que su padre la vigila como un halcón siempre que no esté cuidando de Max, lo que me quita esa responsabilidad.

¿Qué son dos meses? «El doble de lo que he tardado en despedir a alguien».

—¿Sabe conducir? —pregunto.

Frunce el ceño por la confusión.

—¿Qué?

—Por si le pasa algo a Max mientras yo no estoy, ¿podría llevarlo al hospital?

—Sí...

Vale, eso está bien. Al menos tiene dieciséis años. Puede que la foto tenga un par de años.

—¿Es responsable?

—Es... —vacila—. Es responsable en el trabajo.

Una respuesta rara.

La cerradura eléctrica de la puerta hace el típico ruido de cuando pasas la tarjeta. Giro la cabeza y lo primero que veo es un pelo moreno. Hay una mujer entrando de espaldas porque ha abierto con el culo.

Pelo chocolate. Pantalones cortos con dobladillo deshilachado. Muslos gruesos.

Se da la vuelta y veo en la habitación de mi entrenador a la tía del ascensor que llevaba dos cervezas. Y vuelve a llevar un par de bebidas en la mano, salvo que esta vez son dos cafés.

Me coloco bien las gafas para asegurarme de que la veo correctamente. Sus ojos verdes se clavan en los míos.

—Tú. —La palabra sale en parte con tono de enfado, en parte con tono de sorpresa.

Suspira y deja caer los hombros.

—Me daba la impresión de que ibas a ser tú.

«¿Eh?».

—As, te presento a mi hija, Miller Montgomery. Es la nueva niñera de Max.

Giro la cabeza para mirarlo.

—Estás de coña.

—Miller, él es Kai Rhodes. Cuidarás de su hijo este verano.

—Ni hablar —intervengo enseguida.

Miller pone los ojos en blanco y le pasa a su padre un café.

¿Cómo es posible? Está clarísimo que no tiene ni trece ni catorce años. Es una mujer adulta que bebe cerveza y, al parecer, no duerme. El acné hace tiempo que ya ha desaparecido, dejando una piel morena y perfecta, y los aparatos le pusieron los dientes totalmente rectos en una boca que dice lo que le da la puñetera gana.

Pero se parece a su padre. Tiene un aire de marimacho alocada con ese peto corto y los tatuajes.

—Esta no va a cuidar de mi hijo.

Ella se sienta a mi lado y me señala con el pulgar, mirando a su padre en plan «Qué jodido el tío».

Monty se ríe, qué traidor.

—Veo que ya os conocéis.

—Sí, llevaba dos cervezas en el ascensor a las nueve de la mañana.

—¡Por Dios santo! —Echa la cabeza hacia atrás y la voz ronca mezclada con ese aire sexual con el que ha interpretado la frase mi cerebro hacen que la polla me traicione—. Eran unas Coronitas. Algunas personas se hidratan así.

—No me importa. —Miro a su padre—. No voy a dejar a alguien así a cargo de Max.

—Relájate, papá del bebé. —Le da un trago informal a su café, o más bien al *chai latte*, por lo que pone en el vaso de papel.

—No me llames así.

—Me estaba tomando una cerveza para celebrar que he dejado el trabajo esta mañana. Actúas como si hubiera estado esnifando coca en el pasamanos del ascensor y sí, ahora que lo digo en voz alta, curiosamente, suena demasiado específico, pero te prometo que jamás he hecho nada parecido.

Me giro hacia Monty.

—¿Esta es tu hija?

—La única e inigualable —dice con orgullo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

No había caído en la cuenta de que había sido padre tan joven. Entonces ¿tenía... veinte años cuando nació la niña? Maldita sea. Y yo que creía que era difícil a los treinta y dos.

—¿Cuántos años tienes tú? —pregunta.

—Yo soy el que hace las preguntas. Estoy intentando ver si merece la pena arriesgar la seguridad de mi hijo y contratarte para quitarme a tu padre de encima.

—Y yo estoy intentando ver si merece la pena arruinarme el verano pasando los próximos dos meses trabajando para un tío con un palo gigantesco metido por el culo.

—Soy responsable, no tengo un palo metido por el culo.

—Probablemente lleva tanto tiempo ahí dentro y está tan metido que te has olvidado de que lo tienes.

—Miller, no estás ayudando —interviene Monty.

—¿Tienes experiencia cuidando niños?

—A niños adultos, sí.

Le lanzo una mirada mordaz al entrenador.

—Ni siquiera sabemos si le gustará a Max. Ya sabes cómo es con las mujeres.

—Casi se me tira encima en el ascensor. Creo que eso lo llevamos bien.

—Estoy seguro de que iba a por los botellines. Se parecen mucho a biberones.

—No te vas a olvidar de las cervezas, ¿eh?

—No.

—Vale. —Monty da una palmada—. Esto va a ser interesante.

—¿Fumas?

La voz que tiene sugiere que tal vez fume.

—No, pero puede que me incites a ello si así es como va a ser el verano.

—Miller —la interrumpe Monty como un padre serio separando a dos críos que se pelean—. Gracias por el café. ¿Nos dejas un minuto a solas?

La aludida suspira y se recoge rápidamente el largo pelo castaño en un moño alto, así puedo ver mejor el tatuaje que le cubre los brazos y los hombros. En su mayoría es un diseño floral intrincado, casi como el patrón de una página para colorear.

A Max le gustarán.

—Vale. —Se levanta, se lleva su chai consigo y un dulce aroma a postre emana de ella antes de que se gire hacia mí—. Pero para que lo sepas, esto lo hago como un favor. Así que intenta ser menos capullo al respecto, ¿eh? Hasta luego, papá del bebé. —Se detiene en la puerta, tiene el pomo en la mano e inclina la cabeza como si considerara algo—. ¿O debería llamarte Papi Béisbol? Ay, sí. Mucho mejor. ¡Adjudicado!

Y al decir eso, nos deja solos.

Niego con la cabeza sin dar crédito.

—Tu hija está desquiciada.

—¿A que es la mejor? —Monty se ríe ante mi enfado.

—No puedes decirlo en serio. No es para nada la persona adecuada para encargarse de Max.

Se recuesta en el asiento, con las manos tatuadas entrelazadas encima del estómago.

—No te lo digo porque sea mi hija, pero tienes suerte de que sea ella. Puede que esté un poco loca y que no sepa lo que es un filtro, pero en lo que respecta al trabajo, es la persona más resuelta que conozco. Hará cualquier cosa por tu hijo.

Echo la cabeza hacia atrás.

—Vamos, hombre. Seamos serios.

—Te lo digo de verdad. Créeme, Kai. Conozco a mi hija. Si por algún motivo alguna vez te da una razón válida para que la despidas, yo mismo la echaré. Hasta ese punto tengo fe en esta situación.

Lo miro callado, buscando alguna señal de engaño.

Puede que no conozca a Miller, puede que no confíe en ella, pero sí que le confío a Monty mi vida y la de mi hijo. Y sé que jamás pondría a Max en peligro, aunque esta situación lo beneficie.

No me creo que esté considerando aceptar que me convenza, pero se lo debo.

—Al primer strike, está fuera —digo, enseñando un dedo para darle más énfasis.

—¿Un juego de palabras de béisbol, As? ¿En serio?

—Cállate.

Me tiende la mano.

—¡Al primer strike, la echamos!

—Vale, te has pasado.

Le estrecho la mano que me ofrece, pero antes de soltarlo, me aprieta con fuerza para que lo mire a los ojos.

—Te voy a dar un consejo, hijo. Conociéndola, se asegurará de daros el mejor verano de vuestras vidas, tanto a ti como a Max, pero ni se te ocurra encariñarte con ella.

Frunzo el entrecejo, eso me ha confundido.

—¿Es que no has visto nuestra interacción?

Suelto la mano y señalo la puerta por la que se ha ido Miller.

—Sí, y te lo digo no como su padre, sino como tu amigo. Se marchará cuando el verano se acabe. Quiero muchísimo a mi hija, pero siempre está de un lado para otro y lo último que quiere es que la atrapen.

Monty debería conocerme ya lo suficiente para saber que lo último que quiero es que esa chica se quede. De hecho, si no fuera porque Max está creciendo demasiado rápido, desearía que el verano pasara ya.

—Créeme, Monty. No tienes nada de qué preocuparte.

Asiente, escéptico.

Me pongo de pie y meto la silla hacia el lado opuesto de su escritorio.

—Te veo en el campo.

Estoy casi ya en la puerta, cuando me detiene.

—Y, As —me llama—, guárdate la polla en los pantalones. Todos sabemos que eres fértil de la hostia y yo soy demasiado joven y demasiado atractivo para que alguien me llame abuelo, joder.

—Madre mía —resoplo y me voy de la habitación.

4

Kai

Max hace un sonido raro que he llegado a suponer que significa «comida» mientras señala hacia la cocina de la habitación.

Me lo coloco bien en la cadera.

—¿Quieres un potito?

Vuelve a señalar hacia la cocina.

—Di «potito» —lo animo, pero sigue señalando en esa dirección.

Cojo su papilla de frutas favorita, le quito el tapón y se la va comiendo mientras recojo la habitación con él en brazos antes de que llegue Miller. Va a ser la primera vez que se quede con él.

—¿Está bueno, Bichito?

Aprieta los morritos.

Solo sabe cuatro palabras, pero es una pasada oírlas. Y más pasada aún es verlo comer solo, aunque lleve meses haciéndolo. A lo mejor suena ridículo, pero los pequeños cambios que veo en él mientras aprende y crece son los momentos más emocionantes de mi día a día.

Justo en ese momento, tengo que apartar la decepción persistente al preguntarme qué me perdí durante los primeros seis meses de su vida, cuando ni siquiera sabía que existía.

Probablemente debería soltarlo. Dejarlo tranquilo en su trona o algo así, pero los días de partido siempre me pongo en plan dependiente. Odio no estar con él el resto del día. Echo de menos cenar con él y acostarlo. Así que

sí, me pongo un poco padre helicóptero cuando tengo que salir al campo.

Cuando llaman a la puerta, me aseguro de que la habitación esté bien antes de abrirle a la hija de mi entrenador. Pero, cuando voy a ver quién es, no es ella quien me espera al otro lado, sino mi hermano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto mientras me empuja a toda velocidad hacia dentro.

—He oído que la nueva niñera está buena. —Le echa un vistazo a la habitación, supongo que está buscándola—. Menos mal que es una mujer, joder.

—No hables así delante del niño.

¿A quién estoy engañando? Max se está criando con un equipo de béisbol. Ha oído cosas peores a estas alturas.

—Perdona, Maxie —se disculpa Isaiah—. Jo. ¿Mejor, papá?

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, ¿dónde está?

—¿Quién te ha hablado de ella y cómo sabes que está buena?

—Entonces, ¿es cierto? La verdad es que no lo sabía, solo lo decía a ver si lo manifestaba.

Isaiah se sienta en el rincón en la cocina, con los pies en el taburete al lado del suyo. Suelen darme la habitación más grande cuando viajamos, porque vive otra persona conmigo y todas las cosas de Max se comen el espacio disponible que tengo. Además, siempre hay una habitación contigua conectada a la mía para que se aloje quien cuida de Max. Ahora que Troy se ha ido, está vacía, pero Miller se quedará allí mientras esté en el partido esta noche.

—No es que no esté buena.

—Ay, Dios mío —dice mi hermano acusatoriamente—. Te vas a tirar a la nueva niñera, ¿no? Qué típico, tío.

—No voy a hacer nada con ella. Ni tú tampoco, porque no solo es la nueva niñera de Max, sino que también es la hija de Monty.

Todos los músculos del cuerpo de Isaiah se paralizan.

—Estás de coña. ¿Su hija está buena? ¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

—¿Y se le dan bien los críos?

—Lo dudo. Es como un puñetero huracán, pero Monty ha sido inflexible, así que no me queda más remedio que aceptarla.

Isaiah asiente como si lo entendiera.

—¿Cómo coño te has enterado? Yo acabo de conocerla.

—El grupo de chat del equipo está que arde. —Levanta el móvil y me ajusto las gafas para mirarlo—. Deberías activarte las notificaciones de vez en cuando.

Travis: *Me he enterado de que la nueva niñera de Max es una tía. Ya era hora, joder.*

Cody: *Troy era mono, pero la sustituta está mejor. Creo que la he visto antes en el pasillo. No me importaría que me cuidara a mí. Que me diera de comer. Que me metiera en la cama. Que me tomara la temperatura...*

Isaiah: *No es una enfermera, imbécil.*

Cody: *Me pido sentarme al lado de ella en el avión.*

Travis: *¿Qué coño? Ahí me voy a sentar yo.*

Cody: *Espera a verla y lo entenderás.*

Isaiah: *Puedes sentarte con ella, todo lo demás ya lo haré yo.*

Una extraña sensación de enfado me recorre el cuerpo porque se refieren a la hija de Monty, a la niñera de Max. No está aquí por ellos. Se comportan como una manada de muertos de hambre yendo a por un hueso cuando en realidad tienen todo un bufet libre en todas las ciudades a las que vamos.

Lo sé porque yo también lo tenía antes.

—Vale. —Le hago levantarse del taburete—. Tienes que marcharte antes de que venga.

—Ni de coña. Al menos uno de los Rhodes tiene que dar buena impresión y, últimamente, tú estás demasiado estresado y gruñón.

—Si un Rhodes va a causar buena impresión, ten por seguro que ese no vas a ser tú. Max se encargará de eso. —Frunzo el entrecejo—. Y no estoy gruñón, capullo.

Solo estoy cansado. Cansado de hacerlo todo solo. Cansado de sentir que no hago lo suficiente.

—¿En serio? —pregunta Isaiah y suelta una carcajada—. Porque antes eras el tío más feliz del mundo, pero no sabría decirte la última vez que te vi divirtiéndote de verdad. Hace años eras más ligón que yo, tenías mucho más gancho. ¿Cuándo fue la última vez que sacaste esa faceta?

—Hay otras maneras de pasar el tiempo aparte de follarse todo lo que se menea.

Como ver el mismo vídeo una y otra vez en YouTube de animales de granja cantando y bailando. O jugar a esconderte detrás de una servilleta y salir diciendo «cucú» durante una hora seguida para intentar que Max deje de llorar cuando le salen los dientes. Esas son mis nuevas definiciones de pasarlo bien.

—Sí, pero esa es la manera más divertida —contesta con una sonrisa en los labios.

Cuando tenía veintitantos, yo también era un ligón y me tiraba a todas las que se me cruzaban, pero las responsabilidades entraron en mi vida y tuve que cambiar de prioridades. La parte del ligoteo aparece alguna vez, cuando salgo a actos del trabajo solo, pero cuando me acuerdo de quién me espera en casa, vuelvo a la realidad y me olvido de mi antiguo yo.

Pero no voy a tener esa conversación con mi hermano pequeño ahora mismo porque, aunque lo quiero mucho, jamás lo comprenderá. Nuestra adolescencia fue terrible, pero no tiene ni idea de lo espantoso que fue porque yo lo protegía de todo. Es lo que hago. Me ocupo de mis responsabilidades.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

—¿Eh?

—Pareces enfermo. A lo mejor no deberías salir hoy y sería mejor quedarte en casa. Cuidando a tu sobrino.

Pone los ojos en blanco.

—Dice el tío que juega una vez cada cinco días.

—Exacto. Y mira lo mucho que me pagan por ello. Soy esencial.

Isaiah suelta una carcajada.

—Yo soy el campocorto. Juego en todos los partidos. Hay cuatro lanzadores titulares más esperando que les toque.

—Y por eso precisamente debería retirarme pronto. Los Warriors estarán bien sin mí.

Entrecierra los ojos castaños.

—Estás dándole vueltas a ver si uno de tus argumentos cuela, ¿eh?

—Merece la pena intentarlo.

—Si la hija de Monty se parece en algo a él, Max estará genial. ¿Por qué te preocupa tanto que lo cuide ella?

Llaman a la puerta y se interrumpe la conversación.

—Ahora lo verás.

Isaiah se gira hacia mí con una sonrisa traviesa y dice con voz cantarina:

—¿Quién es?

«Calla la puta boca», digo articulando.

—No hables así delante de mi sobrino.

—Tu persona favorita en Miami —suelta Miller desde el pasillo.

—Qué voz más sexy —susurra Isaiah y me molesta que se haya fijado.

Abre la puerta y se apoya de forma despreocupada en el marco, no me deja ver a la chica, pero me fijo en que se le tensa la espalda antes de girar la cabeza hacia mí; está boquiabierto y tiene los ojos castaños como platos.

Conozco a este tío mejor que él mismo, así que es fácil comprender que me está preguntando en silencio por qué no le he contado que la niñera es la misma chica de la que se ha enamorado esta mañana en el ascensor.

—Isaiah, Miller. Miller, mi hermano Isaiah...

—Dos por uno. Qué divertido —la oigo decir, pero sigo sin verla, porque mi hermano está plantado en la entrada.

—Soy el tío —dice por fin.

La chica se ríe, emitiendo un sonido gutural que me va directo a la polla.

—Lo he supuesto por lo de hermanos.

—Isaiah, muévete.

—Sí. Bienvenida. Entra. —La invita a pasar como si la estuviera recibiendo en su habitación—. ¿Te apetece algo? ¿Agua? ¿Un picoteo? ¿Mi número de teléfono?

Ella lo ignora completamente.

En cuanto él se aparta, la veo. Todavía lleva puesto el dichoso peto y no estoy seguro de qué es lo que me fascina de sus muslos, pero son gruesos y musculosos, fruto de años jugando al sóftbol.

Y no puedo dejar de imaginarme que se estrechan alrededor de mi cintura tan felizmente. O incluso mejor, en mi cara.

Pero entonces me acuerdo de que estoy pensando en la hija de Monty y tengo que cerrar los ojos para evitar mirarla.

—¿Estás bien, Papi Béisbol?

Isaiah se ríe a carcajadas.

Abro los ojos de golpe y me la encuentro mirándome como si me pasara algo muy preocupante y sin duda así es si estoy mirando así a esta mujer.

Está como una cabra.

—Sí. —Me aclaro la garganta. —Este es Max. —Lo señalo con la cabeza y me lo coloco de forma que el niño pueda verla mejor.

—Hola, Max —lo saluda con una mirada más suave.

La chica alocada que vi por la mañana está más calmada ahora, quizá sea por el niño, o por mí, no estoy seguro, pero se me disipan un poquito las dudas que tenía respecto de que sea la niñera.

El crío se ruboriza y esconde la cabeza en mi cuello y la gorrita de béisbol que lleva puesta se le cae al suelo. Parece tímido, una reacción muy distinta

a la de esta mañana, cuando intentaba coger a Miller desesperado, pero no le tiene miedo como a la mayoría de desconocidos. Creo que simplemente es consciente de que le presta atención y, aunque actúa como si no le gustara, es más bien al contrario.

No obstante, siento que hay una parte de mí a la que le encanta que mi hijo prefiera estar conmigo en vez de con esa chica guapa que lo llama por su nombre.

—Es un poco tímido.

—No pasa nada, Max. Tiendo a provocar ese efecto en los chicos.

Los ojos se me van a Isaiah. Mi hermano es un ejemplo claro: está paralizado como una estatua en la cocina, callado pero hipnotizado.

—¿Le enseñamos a Miller tus cosas? —le pregunto al niño.

Él levanta las manos, busca la gorra para taparse las mejillas sonrosadas, pero se le ha caído y no puede disimular la sonrisa atolondrada detrás del brazo.

—Vamos, Bichito.

Dejo en la encimera de la cocina el potito de frutas que se estaba tomando antes de colocarlo en el suelo.

—¿Bichito?

—Es un apodo. La primera vez que lo vi, llevaba un body con el dibujo de un bichito color pastel y empecé a llamarlo así.

Max tiene las manos levantadas y se las cojo para que mantenga el equilibrio mientras da unos pasos lentos y poco firmes hacia la cocina.

—¿No camina solo todavía?

Alzo la cabeza hacia Miller, buscando una mirada crítica que acompañe a la pregunta, pero no la hay. De hecho, tampoco hay ningún reproche en su tono.

Es un rollo mío. Creo que los demás juzgan cómo me desempeño como padre y los avances del niño. Tiene quince meses. A lo mejor debería andar ya. A lo mejor debería decir más palabras. No tengo ni puta idea. Si soy

sincero, no quiero saberlo porque estoy dándolo todo. ¿Soy un fracaso como padre? Posiblemente. Pero está sano y lo estoy intentando.

—Aún no, pero ya lo hará de un momento a otro. —Me centro en Max, que continúa dando pasos vacilantes hacia la cocina. No dejo que la chica me vea en la cara que me preocupa cagarla como padre.

—La verdad es que está bien. Me alegro de no tener que preocuparme por que salga corriendo —se ríe.

La miro y la pillo observando a mi hijo con una sonrisa dulce. No nos está juzgando.

No me está juzgando.

—Pero sí gatea de la hostia. —Le suelto las manos y él enseguida se tira al suelo y sale disparado gateando—. Estará a cuatro patas casi siempre.

—Como deberían estar todos los hombres.

Isaiah hace notar su presencia con esa risa infantil suya.

—Me gusta —dice.

—Bueno, al menos le gusto a uno de los chicos Rhodes.

—A dos —intervengo. Una ligera confusión y tal vez un poco de esperanza aparece en su cara y añado—: Me refiero a Max.

Suelta una carcajada y ese puto sonido, para mi frustración, me resulta tan sexy que tengo que aclararme la garganta y apartarme de ella.

—Los teléfonos de emergencias —digo señalando a la lista que hay pegada en la nevera—. El mío. El del coordinador de viajes del equipo. La recepción del hotel. El hospital de la zona...

—Has añadido el número de la policía.

—Son teléfonos de emergencias.

—Ese creo que ya lo tengo apuntado.

Continúo con la lista:

—Tu padre.

—Ese también lo tengo.

Isaiah se coloca entre nosotros con un bolígrafo preparado.

—El mío —dice mientras apunta su teléfono al final, escribe los números diez veces más grandes que el resto—. Mándame un mensaje cuando quieras. Llámame. Tengas una emergencia o no. —Me da la espalda y apoya un brazo en la nevera, creando una barrera entre ella y yo—. Soy el favorito de Max y me da la sensación de que también seré el tuyo.

Miller se ríe.

—Vas a saco.

Bueno, eso es nuevo. Estoy acostumbrado a ver a las mujeres caer ante los encantos del *playboy* de mi hermano.

Isaiah no se mueve y sigue tapándome con su cuerpo.

—Prefiero considerar que voy a por lo que me gusta.

—Y sigue. No se cansa —responde ella.

—Está desesperado —añado.

—Oye. —Isaiah levanta un dedo—. Si no ligara nada, dejaría que me llamaras desesperado, pero me va bastante bien, así que diría más bien que nuestro entusiasmo.

—Suenas a que ya estás muy ocupado, así que no te hace falta intentarlo con la hija de tu entrenador, ¿vale? No te creas que le haría mucha gracia —dice Miller inclinando la cabeza.

Isaiah se pone tenso y baja la voz hasta hablar en un susurro:

—Por favor, no se lo digas a tu padre.

—Entonces, por favor, no me hagas que me sienta incómoda mientras cuido a tu sobrino.

Vale, quizá nos guste a los tres Rhodes.

—Ya has oído a la chica —intervengo y lo empujo hacia la puerta—. Deja de acosarla y márchate para que Max pueda conocerla.

—Pero ¡yo también quiero conocerla! —exclama mientras lo echo de la habitación.

Cierro la puerta tras él y regreso a la cocina.

—Perdona a mi hermano.

—¿He sido demasiado directa?

—Qué va. Tiene un ego desmedido, le viene bien que lo rechacen de vez en cuando. Pero ahora que sabe que no le haces caso, lo más seguro es que se haya enamorado de ti, así que buena suerte.

—Genial —dice de forma inexpresiva antes de fijarse en que Max está sentado a sus pies y la mira fijamente.

Se pone en cuclillas para quedar a la altura de los ojos del niño lo máxima posible.

—Hola, Bichito.

Max sonríe y me apoyo en la pared para observarlos.

—¿Qué dices? ¿Te quieres quedar conmigo mientras tu padre trabaja? Podemos ver el partido y reírnos de lo estrechos que le quedan los pantalones.

—¿Vas a verlo?

—¿El partido? ¿O tu culo?

—Ambos.

Miller gira la cabeza y me mira con esos ojos verdes.

«Mierda». El antiguo yo ha salido sin pensarlo, dos segundos después de que le haya lanzado una advertencia a mi hermano por tirarle los trastos.

Dibuja una sonrisa, pero no contesta del todo a mi pregunta.

—Sí, lo veré.

—Joder. Jolín —me corrijo—. A lo mejor tenías entradas... Deberías ir al partido y salir por ahí con tu padre luego. Le diré a Sanderson que cuide al niño.

—No pasa nada. —Hace un gesto con la mano para quitarle importancia y es evidente que no se da cuenta de que prefiero que Sanderson cuide a mi hijo esta noche. Confío en él bastante y, de ese modo, Max estaría en el campo donde yo voy a estar—. Al parecer, voy a estar por aquí todo el verano, así que voy a ver mucho béisbol.

«Sí, ya lo veremos».

Una parte de mí quiere que se le dé fatal el trabajo, que su padre tenga un motivo para despedirla, pero eso perjudicaría a Max.

Justo cuando ese pensamiento de desaprobación se me pasa por la cabeza, el crío levanta las manos para que Miller lo coja en brazos. La chica lo hace con facilidad y él se hunde en su hombro, algo que no hace nunca con desconocidos y menos aún con una mujer cualquiera.

Mi hijo me mira y una sonrisita aparece en sus labios, como si estuviera diciéndome en silencio que, a pesar de lo mucho que me esté esforzando, ella se queda.

Me quito la gorra y me tomo un instante entre lanzamiento y lanzamiento para pasar el pulgar por encima de una pequeña foto de Max que llevo metida en la cinta del interior.

Travis me pide una bola con cambio de velocidad, pero le digo que no. Tuve la suerte de que este tío rozara la última que lancé así. No voy a arriesgarme otra vez.

Dos outs y tendremos el tercero a los dos lanzamientos. Es la segunda parte de la séptima entrada y perdemos tres a uno contra Miami. Esa carrera me ha tocado los huevos. Perdí la concentración y lancé directo al bolsillo del bateador, cuando el segundo base de Miami la sacó del campo hacia las gradas.

Por suerte, no había ningún otro corredor en las bases, pero es la última vez que me pongo a pensar en la puta Miller Montgomery mientras estoy en el montículo.

Es la primera noche que se queda con Max y, por lo poco que he visto esta mañana, supongo que también será la última. Seguro que la caga.

Travis, mi receptor, me pide otro lanzamiento, el que sí quiero hacer: una recta de cuatro costuras. Necesito que termine esta entrada. Sin corredores innecesarios en las bases, sin tiempo extra corriendo en las secuencias de lanzamiento. Solo arriba y abajo. Tres bateadas. Tres outs.

Asiento con la cabeza, enderezo el cuerpo y alineo los dedos sobre los cordones de la pelota en el guante. Respiro hondo, reviso mi mecánica y mando una bola rápida alta y fuera. Lo bastante alta y fuera como para que el bateador falle y yo consiga un segundo strike.

Está cabreado consigo mismo y me encanta. Incluso desde el montículo se le nota la frustración. Y cuando Travis me dé el siguiente lanzamiento, sé que va a estar muy cabreado en el momento en que yo logre mi último strike en un control deslizante. Es similar a mi bola curva, pero mi control deslizante nunca falla.

Esta solo es la segunda temporada en la que Travis es mi receptor, pero sabe que así es como me gusta terminar una entrada. Es efectivo y ahora mismo necesito eficacia para poder volver al banquillo y comprobar cómo está mi hijo.

Como un reloj, el bateador se mueve cuando la pelota toma una curva descendente, cortando por dentro.

Tres strikes. Tres outs. Se acabó la entrada.

Travis se encuentra conmigo a mitad de camino entre la base del bateador y el montículo del lanzador para chocar su guante con el mío.

—Hostia, As. Me vas a machacar la palma con esa velocidad. ¿Qué tal el brazo?

—Sigue bien —digo rotando los hombros.

Añadiría que me da al menos para otra entrada, pero no me atrevo a pronunciarlo en voz alta. La superstición y eso.

—Así me gusta.

—¡Vamos, hermano! —Isaiah se acerca corriendo desde su posición entre la segunda y la tercera base, y me da en el culo con el guante—. ¿Qué te ha dado esta noche?

Corro hacia el banquillo con ellos.

—Tengo ganas de que acabe el partido y me gustaría que ocurriera cuanto antes.

—¡Joder! —Se ríe—. ¿Es por la niñera buenorra?

—¿Qué coño has dicho, Rhodes? —grita Monty al pasar por su lado mientras bajamos las escaleras hacia el banquillo, donde me dan palmadas en el culo, en el hombro, y un sinfín de elogios por los lanzamientos de esta noche.

—Nada. Creo que no he dicho nada. —Mira a su alrededor—. Tampoco he oído nada.

—Bien. Me caes mucho mejor cuando no hablas —responde el entrenador. A mí me da unas palmadas en la nuca—. Buenos lanzamientos, As.

Asiento con la cabeza y encuentro al primer miembro del personal que no está ocupado.

—Sanderson —llamo a uno de los entrenadores mientras me siento al final del banco, lo bastante alto para ver bien el campo—. ¿Llevas el móvil encima?

Me mira a los ojos, nervioso, quizá porque sabe que es mejor no hablarle a un lanzador entre entradas. De hecho, por lo general no hablo nunca y mis compañeros de equipo saben que no deben interrumpir mi concentración en cuanto me siento en el banco, pero esta noche es una excepción.

Siete entradas, lo que significa que ya llevo siete mensajes enviados a Miller. Pero no puedo ser yo el que lo haga porque hay demasiadas cámaras enfocándome en el banquillo.

—Manda un mensaje por mí —le digo antes de recitar de un tirón el número de Miller que he memorizado esta tarde.

—¿Qué digo?

—Comprueba cómo está Max y recuérdale que puede traerlo aquí si tiene algún problema con él. Tú podrías encargarte de él, ¿verdad?

—¡As! —grita Monty—. Deja de mandarle mensajes a mi hija y céntrate en el puñetero partido.

—Oye, tú eres el que no solo ha criado a una chica impredecible, sino que

también la ha contratado para cuidar a mi hijo. Esto es tu culpa —replico y dibujo una sonrisilla.

Sanderson se aclara la garganta y anuncia:

—Ha contestado. —Luego lee del móvil con cero entonación en la voz—: «Dile a Kai que como no me deje en paz, voy a darle a su hijo todo el azúcar que encuentre en el hotel y a sentarlo delante de una pantalla para que le lave el cerebro el Cocomelon ese, sea lo que sea. Así, cuando venga, el muy gruñón tendrá que ocuparse de Max toda la noche».

—No tiene gracia.

Voy a cogerle el móvil.

—As —dice Monty cubriéndose con la mano para que los de fuera no puedan leerle los labios—. Cámaras.

Suspiro resignado y digo:

—Respóndele y dile que está despedida.

Monty se ríe para sí mismo.

Sanderson me enseña el teléfono para que lea mientras continúan entrando mensajes.

Miller: *¡Me ha despedido también en la tercera y la sexta entrada! Este debe de ser un nuevo récord.*

Miller: *Dile que deberían haberlo despedido a él por su bola con cambio de velocidad. Ha sido muy feo.*

Miller: *Ah, y dile que los pantalones de béisbol no le hacen ningún favor a su culo.*

Miller: *Bueno, no mientas. Pero lo de la bola con cambio de velocidad va en serio. Ha estado muy mal.*

—¡Por Dios! —Resoplo y niego con la cabeza—. Tú pregúntale si mi hijo está vivo.

El móvil de Sanderson suena.

—Está vivo.

Me quito un peso de encima. Siete entradas, solo quedan dos para

marcharnos.

—Me muero por conocerla —oigo que les dice Travis a mis compañeros de equipo desde el otro lado del banco.

—Ya iba siendo hora de que Max tuviera una niñera que estuviese buena —dice mi hermano.

—Ya iba siendo hora de que nosotros tuviéramos una niñera que estuviese buena. Nos lo merecemos —añade Cody, el primer base—. Es más emocionante para los chicos que para Maxie.

Monty se gira para reprenderles de nuevo, pero yo me adelanto.

—Ojito —digo desde mi asiento apartado. Me pongo en pie y la chaqueta se me cae del hombro mientras hablo lo bastante alto para que se me oiga desde el otro extremo del banquillo—. Voy a decirlo tan solo una vez, así que escuchad. Será mejor que nadie intente nada con ella. Me importa una mierda que creáis que es un regalo caído del cielo para este equipo, no ha venido aquí por ninguno de vosotros. Así que sea esta la última vez que tenga que advertiros que, si alguno de vosotros la hace sentirse mal o incómoda, tendréis que responder ante mí. ¿Creéis que Monty da miedo respecto a su hija? —Me río con condescendencia—. No querréis saber cómo me pondré yo si jodéis a mi hijo. Molestar a Miller o a cualquiera que esté cuidando a Max, es lo mismo que molestarlo a él, así que ni lo intentéis, joder.

Me vuelvo a sentar en el extremo del banco y me tapo de nuevo el hombro con la chaqueta para mantenerlo caliente.

Todos se callan enseguida, quizá porque mis compañeros se han quedado sorprendidos al oírme hablar. Las normas implícitas del béisbol y sus supersticiones no son ninguna broma. No te las saltas. Pero asegurarme de que Max esté bien es más importante que cualquier superstición.

—¡Eso! —grita mi hermano, rompiendo el silencio incómodo—. Solo As puede fastidiarla, ¿a que sí, entrenador?

—Isaiah, deja de ser tan lameculos y vuelve ahí fuera. Eres el siguiente en

batear.

—¡Sí, señor!

Se cambia la gorra por el casco de batear y sale corriendo del banquillo hacia el círculo de espera, mientras yo me quedo sentado esperando a que termine este maldito partido.

5

Miller

—Max, ahí está papá.

Señalo a la pantalla del televisor al otro lado de la habitación.

El niño chilla y aplaude, con los ojos muy abiertos por el entusiasmo.

—¿Es el mejor jugador de béisbol de la historia?

Esos ojitos azules que tiene le brillan, así que me lo tomo como un sí.

—Me pregunto quién les va a dar la noticia a Babe Ruth y Willie Mays.

Suelta una risita, aunque sé que no tiene ni idea de lo que estoy hablando.

Durante las últimas horas, me he enterado de que soy la persona más graciosa del mundo y, como siga riéndose por todo lo que digo, voy a necesitar que me controlen el ego al final del verano.

Cuando mi padre me propuso la idea de cuidar al hijo del lanzador, tuve mis dudas. Nunca había pasado mucho tiempo con un niño y, claro, me da un miedo importante que no se me dé bien, pero este trabajo es distinto a los demás porque, sea la mejor o no, estoy ayudando a mi padre directamente. Otros objetivos que me esfuerzo por alcanzar son impresionarlo y asegurarle que estoy haciendo algo con mi vida después de que él renunciara a la suya. Pero con esto tengo la oportunidad de facilitarle las cosas.

Max continúa mirando a su padre en la tele mientras está en un artilugio que lo mantiene derecho y al mismo nivel que la encimera para que pueda estar conmigo mientras le preparo la cena. Alarga la mano para coger el

vasito de agua y le da un trago mientras yo corto el aguacate y tuesto un poco de pan para ponérselo en el mantel de silicona y que se lo coma y lo ensucie como le apetezca.

No estoy segura de si de repente tengo mano con los críos o si Max es el bebé de quince meses más fácil que existe, pero desde luego está estimulando mi confianza. A su manera, responde a mis preguntas, mientras la respuesta sea sí o no. Se come la comida que le pongo delante y se ha entretenido mucho con el castillo que le he hecho antes con los bloques de madera.

Como si no estuviera ya convencida de que Kai es el problema y no los niños que ha tenido Max, después de pasar la tarde con él, lo he confirmado. Tienen a toda la MLB organizada al servicio de la nueva familia, pero estoy empezando a pensar que tal vez Kai no esté poniendo de su parte para que esta situación funcione.

Vuelvo a centrar la atención en el partido. Están en la octava y los Warriors ya tienen dos outs. El número veintiuno está en el montículo y tiene un aspecto impresionante con ese uniforme azul marino. Una barba incipiente le cubre la mandíbula afilada, luce unos labios perfectamente proporcionados y unas cejas pobladas. Debe de llevar lentillas ahora, pero las gafas que suele ponerse le dan un aire estirado y a la vez follable. Por lo visto, me recuerda a Clark Kent.

Kai rechaza una señal y luego otra antes de aceptar la tercera opción que le da su receptor.

Pongo los ojos en blanco. Me alegra saber que no soy la única con la que no está de acuerdo Kai.

Ese cuerpo alto y esbelto se prepara, se estira y suelta una bola curva cuya velocidad es sorprendentemente rápida para ese tipo de lanzamiento, pero se mueve tanto por el plato que es innegable que se trata de una bola curva. Y también complicada.

Tercer strike. Tercer out.

—Max, ¿por qué no me has dicho que tu padre era tan bueno?

Rodea con los labios el trozo de aguacate antes de sonreírme, con los dientes de bebé todos verdes.

—Papá.

Vuelve a señalar a la pantalla, esta vez con el dedo cubierto de fruta, mientras la cámara enfoca en primer plano a Kai saliendo al trote del campo.

Me da rabia, pero el tío es muy agradable a la vista. La gorra le cubre la frente y el color azul hace que le brillen más esos ojos penetrantes, se nota incluso desde aquí.

—Kai Rhodes está haciendo una temporada tremenda —dice uno de los locutores de fondo—. Está mejor a los treinta y dos que a los veintidós.

Supongo que están hablando de su talento, pero no cabe duda de que Kai Rhodes tiene un aspecto magnífico con treinta y dos años.

—Diría que los fans de Chicago se sienten muy afortunados ahora mismo —interviene otra voz—. Firmó con los Warriors la temporada pasada para jugar con su hermano por última vez antes de retirarse en los próximos años, pero tal y como está jugando recientemente, lo último que está pensando cualquiera en estos momentos es en que se retire. Y supongo que Kai tampoco lo tiene en mente.

El niño pequeño de pelo castaño claro y unos anhelantes ojos azules mira la pantalla con asombro mientras su padre va hacia el banquillo. Kai no solo parece un superhéroe, sino que creo que podría serlo de verdad para su hijo.

Se ve en cómo Max mira a su padre. En cómo Kai lo mira a él. Me apostaría lo que fuera a que Kai piensa cada día en retirarse.

—Max —digo y vuelve a centrarse en mí y la comida que tiene sobre el mantel de silicona—. Te he hecho algo.

Soy lo bastante experta para saber que a la mayoría de los niños no les gusta la corteza del pan, así que mientras la retiraba, le he puesto más emoción al asunto y le he dado a la tostada forma de perrito.

Aquí estoy yo usando mis habilidades culinarias en el primer día de este curso. ¿Quién coño necesita los moldes para galletas?

—¡Guau! ¡Guau! —ladra Max, señalando el pan.

—¿Te gustan los perritos?

Entusiasmado, le da un manotazo a la tostada antes de arrancarle una pata y meterse el pan en la boca.

Me alegra saber que sigo en deuda con la escuela de repostería cuando tengo este tipo de reacción al cortar el pan comprado en el súper con forma de labrador.

Apoyo los codos en la encimera para ponerme a su altura.

—Max, ¿qué crees que me pasa?

Maldita sea. Una pregunta capciosa para un bebé de quince meses. Supongo que se me está yendo la olla.

No contesta y continúa masticando el pan y el aguacate. No tiene la menor idea de que hay gente en ciertas partes del mundo dispuesta a pagar veinticinco dólares o más por una tostada con aguacate y él está aquí, machacándola contra el mantel mucho antes de metérsela en la boca.

Reformulo pregunta:

—¿Crees que voy a poner mi vida en orden antes de que termine el verano?

Me mira con unos ojos brillantes.

—¿Crees que dejaré de dar pena en la cocina?

Se ríe.

Entrecierro los ojos.

—¿Crees que voy a encontrar las recetas que necesito?

Choca los labios mientras mastica antes de dedicarme su mayor sonrisa.

—Ostras. —Me pongo recta—. Estar contigo me va a ir genial para tener confianza en mí misma, ¿sabes?

Chilla y se ríe mientras se retira el pelo de los ojos.

—Muy bien, hombrecito. Voy a asegurarme de seguir formulando

preguntas porque me gustan tus respuestas.

Me suena el móvil, que he dejado sobre la encimera. Es la octava vez en ocho entradas.

Desconocido: *Soy Sanderson... otra vez. As quiere saber cómo está Max.*

No puedo evitar poner los ojos en blanco al ver el número desconocido acompañando de la misma pregunta que he recibido durante las siete entradas anteriores. Kai es ridículo al arrastrar a estos pobres empleados a su locura sobreprotectora.

Yo: *Bien. Está durmiendo de maravilla después del whisky que le he puesto en el biberón.*

Desconocido: *Ah, vale. Bueno, mmm... As quiere que te diga que estás despedida.*

Yo: *Qué raro. Ya me ha despedido tres veces esta noche, pero aun así sigo en el hotel con su hijo.*

Desconocido: *Seguro que se pondrá en contacto contigo también en la novena.*

Yo: *Seguro.*

Cuando acepté este curro, no estaba del todo convencida de estar preparada para pasar el verano cuidando de alguien aparte de mí, pero dije que sí porque es casi imposible decirle que no a mi padre. Terminó de convencerme lo fácil que es estar con Max, pero la preocupación excesiva del padre de la criatura está haciendo que me cuestione mi decisión.

Vuelvo a centrarme en el niño, que está totalmente cubierto de aguacate.

—Max, ¿tu padre es el más controlador de todos los tiempos?

Chilla y, a partir de ahora, me voy a tomar eso como un sí definitivo.

—Eso pienso yo.

6

Kai

Todavía con la mayoría del uniforme puesto, corro por el pasillo hacia la habitación del hotel. Está a oscuras, así que entro con todo el sigilo del mundo. La máquina de sonidos de Max disimula cualquier ruido que haya podido hacer y me apresuro a acercarme a la cuna.

Está bien. De hecho, diría que está mejor que bien. Duerme a pierna suelta con un pijama cómodo y su juguete preferido en la mano; ni siquiera le había mencionado a Miller que era ese.

No sé por qué no le hablé del minúsculo zorro con el que está obsesionado. Max no duerme sin esa cosa, pero, aunque me alegra que esté descansando, no puedo mentirme. Me alegra muchísimo que le haya ido tan bien sin mis consejos.

Sigo la luz que se filtra por la rendija bajo la puerta contigua y golpeo con los nudillos la barrera que separa la habitación de Miller de la mía.

—Pasa —dice lo bastante alto para que la oiga.

Abro la puerta y la encuentro sentada en la cama, con las piernas cruzadas, viendo la tele. Tiene el vigilabebés en la mesilla de noche, así que puede comprobar cómo está mientras ve el canal de cocina sin sonido.

—¿Entiendes algo sin oírlo? —Señalo la televisión, pero ella no me mira, sino que sigue con los ojos clavados en la pantalla.

—Tiene mucho más sentido si lo muteas. Solo quería ver cómo hacen la *frittata*. No me hace falta la historia de que su bisabuela tenía un gallinero y

eso la inspiró para hacerles este plato a sus hijos el primer día de escuela, ¿sabes?

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Hipnotizada por la mujer de la tele, apenas me mira cuando me hace un gesto con la mano para quitarle importancia. Luego parece pensárselo mejor y se vuelve hacia mí.

—¿Aún llevas el uniforme?

—He tenido que venir corriendo para asegurarme de que mi hijo seguía respirando.

—Has estado toda la noche enviando mensajes. Relájate un poco, Papi Béisbol. —Se centra de nuevo en la pantalla, pero frunce el entrecejo y vuelve a prestarme atención—. ¿Sabes? Ese rollo nervioso raro del control que tienes hace que me cueste imaginarme que voy a cuidar a Max durante todo el verano.

Cruzo los brazos.

—¿Se supone que eso es para disuadirme?

Entrecierra los ojos.

—Para alguien que asegura que le tiene tanta estima a mi padre, estás empeñado en ponérselo difícil. Si actúas así con cualquier persona que se acerque en un radio de tres metros a tu hijo, se marchará o la despedirás, así que él tendrá que hacer lo imposible para encontrar a alguien que lo cuide.

«Vaya... mierda. Eso es muy perspicaz e irritante».

Y como no soporto que me llame la atención el primer día, cambio de tema.

—Si te importa tanto, ¿dónde has estado? Llevo un año y medio jugando para él y creía que eras una niña, no una mujer adulta, porque nunca te he visto por aquí.

—No vengo porque mi padre me importa muchísimo.

Asiento con la cabeza como si lo entendiera.

—Eso no tiene el más mínimo sentido.

—Emmett Montgomery renunciaría a su piso, a sus sueños y a su carrera por vivir cerca de mí. El trabajo me mantiene ocupada, evita que me quede en el mismo sitio durante mucho tiempo, así que nos vemos de viaje unas cuantas veces al año. Esta es la primera vez en mi vida adulta que tengo tiempo libre y quiere tenerme cerca. Se lo debo, así que ¿puedes dejar de poner trabas para que a él le compense?

—¿Qué quieres decir con que se lo debes?

Me hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—A lo mejor te lo cuento una mañana que nos emborrachemos juntos. — Miller coge el móvil de la mesilla de noche y me lo enseña para que lo vea —. Mira este vídeo de Max. Mira lo feliz que está.

En la pantalla del teléfono aparece mi hijo risueño sentado en el sillón, señalando al televisor donde me ve lanzando. Nunca ha ido a uno de mis partidos y, por lo que yo sé, puede que esta sea la primera vez que me ve jugar. Oírlo repetir «papá» sin cesar hace que me duela el pecho. Me está viendo hacer algo que me ha encantado toda la vida, pero todo eso cambia al final del vídeo, cuando lo veo acurrucado con su nueva niñera.

Me muda el rostro y se me cae el alma a los pies. Jamás ha estado tan cómodo con nadie tan rápido y nunca ha habido una mujer en su vida con la que quiera acurrucarse.

Me da muchísimo miedo.

Porque, aunque Miller hoy me haya puesto de los nervios, lo que más me asusta es cómo Max reaccionará dentro de dos meses cuando se haya ido si le gusta tanto desde el primer día.

Continúa pasando las fotos de Max sonriendo tanto como se lo permite la boquita y, cuando termina con su exposición, me dirijo de vuelta a mi cuarto sin mediar palabra.

—¿Ya está? —pregunta la chica.

Me detengo aún en su habitación.

—¿Qué más quieres que diga?

—No lo sé. ¿Qué tal: «Gracias, Miller. No me extraña que mi hijo ya te quiera porque es muy fácil llevarse bien contigo»? O quizá podrías intentar conocerme. Lo que sea, la verdad.

—No quiero conocerte.

«¿Para qué si se va a ir pronto?», pienso.

Echa la cabeza hacia atrás al oír mis palabras.

—¿Perdiste la capacidad de socializar cuando te hiciste padre o es que naciste así?

No digo nada y apoyo el hombro en la puerta que da a mi habitación.

—Te das cuenta de que el problema eres tú, ¿verdad? Tu hijo es un encanto —continúa ella.

Sigo sin responder.

No hace falta que me lo diga. Soy consciente de que yo soy el problema. Sé que soy sobreprotector. Sé que Max es un encanto, pero también es la única familia que tengo aparte de mi hermano y yo soy la suya. Es lo único que tengo.

Miller suspira cansada, suena como si estuviera muy harta de mí.

—¿No vas a contestar? Guay. ¿Necesitas algo más? —Me señala—. ¿Tienes alguna terapia postpartido que necesites hacer antes de dar la noche por terminada?

—No, eso es todo.

Me resulta fácil mentir. Me va a jugar una mala pasada el cuerpo por lanzar en la octava entrada sin cuidarme el hombro, el codo ni la muñeca esta noche. Debería ir a nadar o pasar la próxima hora en el gimnasio, haciendo estiramientos y ejercicios de movilidad. En cambio, me he metido en el primer autobús para marcharme del estadio sin ni siquiera darles mi uniforme a los chicos que se encargan del equipamiento.

Miller se ríe sin gracia.

—Dios, por fin dices algo y es una trola.

No debería haberle mentido sobre mi rutina después del partido. Se crio

con un entrenador de béisbol.

Se levanta de la cama y me da el vigilabebés como señal de que ha terminado de trabajar por esa noche.

—Tenía planeado hacer de la puta Mary Poppins este verano, pero ni de coña voy a poder aguantarte durante dos meses. —Se pone a recoger sus cosas de la habitación—. Creía que podría hacerlo. Max es genial, pero tú... —Niega con la cabeza—. Tú no.

¿Qué está haciendo? ¿Y adónde cree que va? Me he tirado todo el partido esperando a que metiera la pata para despedirla, pero ahora se va por voluntad propia.

Y en lo único que puedo pensar es en el niño pequeño que hay en la habitación de al lado. Está durmiendo como un tronco después de pasarse todo el día feliz con esta chica que se va a ir por mi culpa.

Me planto delante de ella para que no salga por la puerta.

—¿Adónde vas?

—Tan lejos de ti como sea posible. Lo del padre soltero controlador tenía su punto sexy al principio, pero ahora —me señala de arriba abajo— es agotador.

Se aparta a un lado para abrir la puerta que da al pasillo, pero me muevo con ella para bloquearle la salida.

—Por favor, aparta.

—¿Adónde vas? —repito—. Es tarde.

Echa la cabeza hacia atrás un instante para recomponerse.

—Tengo alquilada una casa y tengo que recogerla antes de marcharme mañana a Chicago.

—Ah. —Bueno, eso es una buena señal. Regresa a mi ciudad—. Entonces, ¿te veo el domingo? En mi casa.

Se ríe con mucha frustración.

—Primero no quieres que cuide de tu hijo y ahora sí. Aclárate, Rhodes. ¿Qué decides?

Qué gran pregunta, joder. ¿Acaso cree que tengo idea de lo que estoy haciendo? Quiero que Max esté a salvo. Quiero ser yo quien lo mantenga a salvo, pero no puedo estar con él todas las puñeteras horas. Quiero que esté contento, pero no quiero que se le parta el corazón cuando esta mujer se vaya dentro de dos meses.

Frustrado, me quito la gorra de la cabeza y me paso la mano por el pelo, antes de darle la vuelta y ponérmela al revés.

—No lo sé, Miller.

—Madre mía. —Levanta las manos—. Ya está. Aparta.

Me rodea para llegar hasta la puerta. Sin pensar y sin pronunciar palabra, alargo la mano para detenerla, pero se mueve hacia un lado y yo voy hacia el otro tan rápido que termino plantándole las manos en las tetas en vez de donde pretendía: la seguridad del brazo.

Nos quedamos paralizados junto a la puerta y sigo agarrándola.

Baja los ojos verdes a mis manos y luego vuelve a mirarme a la cara. Se queda quieta un segundo sin decir nada hasta que por fin se aclara la garganta.

—¿Vas a dejarlas ahí toda la noche o...?

—Mierda. —Las aparto y bajo los brazos. Aprieto los puños para no tocarla otra vez por accidente, porque, hostia puta, me ha gustado.

Me hierva la piel, tengo los nervios de punta. Casi se me había olvidado la sensación que producía el cuerpo de una mujer, lo delicioso que es sentir el peso en las manos. Noto un cosquilleo en los dedos al recordarlo.

Dios. ¡Qué puta pena doy! Tocar una teta por accidente es la mayor acción que he visto en más de nueve meses.

—¿Necesitas tocarlas de nuevo? —me pregunta Miller y entonces es cuando le presto atención. No me había dado cuenta de que me la estaba comiendo con los ojos mientras pensaba y fantaseaba—. Si tocarme las tetas te va a relajar de una puta vez, por favor, adelante.

—Lo siento... Ha... Ha sido un accidente.

—Actúas como si no se las hubieras tocado a nadie nunca. Tienes un hijo. Espero que llegaras a agarrar unas la noche que lo engendraste.

—Por supuesto que sí, pero es que... Perdona.

Miller se ablanda y ya no trata de huir, pero ahora me siento como un viejo asqueroso. Encima estoy plantado delante de su puerta para impedir que se marche después de haberla manoseado sin su permiso.

Me aparto a un lado para dejarle espacio y ella se pone en marcha sin decir nada más.

—¿Te veré en Chicago? —pregunto desesperado antes de que termine de cruzar la puerta.

Miller se detiene un momento para darse la vuelta.

—Kai —exhala con voz amable y solo por el tono sé que no me va a gustar la respuesta que estoy a punto de recibir—. Me están pasando muchas cosas este verano, cosas que me estresan muchísimo, y no puedo gestionar antes tu estrés que el mío. Creía que podía hacerlo por mi padre, quería hacerlo por él, pero no creo que vaya a funcionar. —Me dedica una sonrisa apaciguadora—. Tienes un niño estupendo. Tanto por tu bien como por el suyo, espero que aprendas a soltar las riendas.

«Joder».

Hay muchas preguntas que quiero hacerle. ¿Por qué está estresada? ¿Qué puedo hacer para que cambie de opinión?

Y luego está la otra parte de la ecuación: su padre.

Dios, mi hermano tenía razón. Soy un capullo gruñón, porque ¿quién más iba a fastidiarle el plan a Monty precisamente? Se ha portado genial conmigo y mi familia y lo único que quería era pasar el verano con su hija.

Y mi hijo. «Joder». A mi hijo le gusta.

¿Cuántas veces me he quedado despierto preocupado por cómo iba a salir al estar criándose con un equipo de béisbol masculino? Es la primera vez que le gusta de verdad una mujer en su corta vida, que se siente cómodo con ella, y mis mierdas la han ahuyentado.

Observo a Miller alejarse por el pasillo, entrar en el ascensor y me quedo pensando en que tan solo hace unas horas estaba deseando que se marchara y, ahora que se ha ido, me muero de ganas de pedirle que se quede.

7

Miller

—Papá, no tienes que preparar el sofá. Esta noche voy a dormir en la furgoneta.

Me inclino para tocarme los dedos de los pies y estirar la espalda. Necesito un respiro después de tirarme veinticuatro horas en la carretera. Lo último que me apetece hacer después de estar sentada tanto rato es dormir en un sofá. El colchón de la furgoneta es mucho más cómodo.

—Puedes quedarte con mi cama —insiste.

—No voy a dormir en tu cama.

—Pues tampoco vas a dormir en tu furgoneta en pleno centro de Chicago. Suspiro resignada.

—¿Podemos hablarlo luego?

—Vale. ¿Qué tal la carretera?

—Bien. Ha sido fácil.

—¿Y cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad?

Sabía que iba a preguntarlo, pero no le iba a gustar nada de lo que tenía que decir. Solo había decidido conducir de Miami a Chicago para apaciguarlo, pero he vuelto al plan inicial de dirigirme sin prisa a la Costa Oeste. Va a pasarse la mayoría de los días en el campo y en otras ciudades por los partidos, así que ¿qué sentido tiene quedarme en Chicago si no voy a viajar con él para ayudar con Max?

Está en la cocina de su apartamento sacando unos cuantos ingredientes,

aunque sabe que a los dos minutos de verlo cocinando voy a hacerlo yo. A Emmett Montgomery se le dan genial muchas cosas, pero cocinar no es uno de sus fuertes.

—¿Quieres hablar de lo que sucedió la otra noche? —pregunta.

—No.

—Vale. Vamos a hablar de ello de todos modos.

—Kai es demasiado —suelto enseguida—. Ese tío no sabe lo que es relajarse.

La espalda de mi padre vibra por la risa mientras casca unos huevos para echarlos a la sartén.

Sin vacilar, me acerco.

—Deberías limitarte a entrenar —le digo, recogiendo un poco de cáscara de huevo antes de que se fría con la clara.

—Deberías dar las gracias por que sea un desastre en la cocina. Esa es la razón por la que estás haciendo algo increíble con tu vida. ¿La portada de la revista *Food & Wine*, Miller? Impresionante.

Su voz está cargada de orgullo, como siempre, pero intento no pensar demasiado en el artículo de la revista ni en el premio que acabo de ganar. Necesito volver a la cocina y practicar sin nadie respirándome en el cuello.

Quizás que cueste tanto ayudar a Kai haya sido lo mejor. Tengo otras cosas en las que concentrarme.

Le quito la espátula y me quedo al mando de la cocina de manera oficial.

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea la repostería?

—Claro. Vamos a hablar de Kai.

—Genial.

—¿Qué pasó la otra noche?

Le lanzo una mirada mordaz.

—Solo quiero que sepas que tienes un gusto horrible para la gente, porque tu jugador favorito es lo peor. Me dijo que no quería conocerme después de pasarme el día entero cuidando a su hijo.

Luego estuvo llamándome al móvil infinidad de veces, pero no he escuchado los mensajes de voz que me dejó. Supongo que lo obligó mi padre y no necesito oír unas disculpas impuestas.

Cojo algo de fruta de la nevera y la corto. No le quito el ojo de encima a los huevos mientras pongo un par de rebanadas en la tostadora. Aquí estoy, cuidándolo otra vez como cuando era pequeña.

—Es un poco protector —reconoce mi padre.

—El eufemismo del año.

—Y está acostumbrado a hacerlo todo sin ayuda de nadie. Prácticamente crio a su hermano y tan solo es dos años mayor que Isaiah.

«Espera. ¿Qué?».

Tiene toda mi atención, pero enseguida la desvío. Mi padre adora a Kai y, por mi propia mezquindad, no quiero saber por qué.

—Tiene mucha presión, Miller. Max no tiene a su madre y Kai es tal vez el mejor lanzador que haya visto, por no decir que haya entrenado. La vida se hace muy cuesta arriba en las Grandes Ligas cuando eres padre soltero.

Sin saberlo, esas palabras me van directas al pecho y pesan. Es algo con lo que he cargado durante años, pues soy más que consciente de a cuánto tuvo que renunciar mi padre por mí.

Él también estaba en las Grandes Ligas antes de que yo naciera, pero a diferencia de Kai, en cuanto se convirtió en padre soltero, dejó de jugar. Se estableció en una pequeña ciudad de Colorado y se puso a entrenar en una universidad de mierda con una situación económica que dejaba mucho que desear. Se quedó allí cuando empezaron a llegarle ofertas mejores. Me crio él solo. Estaba en casa todas las noches. Asistía a cada función del colegio y cada partido de fútbol.

Tenía el talento suficiente para ganar millones de dólares haciendo lo que le encantaba, pero lo dejó todo por mí.

—Necesita tu ayuda, Miller. No sabe cómo pedirla y no estoy seguro de si sabe cómo aceptarla, pero creo que eres la única persona que puede llegar

hasta él.

Estallo en carcajadas.

—No sé muy bien si eso pretende ser un cumplido, papá.

—No quiero que se retire antes de tiempo.

Y siguen llegando los golpes. No quiere que Kai renuncie a su vida por Max como él renunció a la suya por mí.

Me aclaro la garganta, sirvo el desayuno y me siento con él a la mesa.

—¿Dónde está la madre de Max?

—Ni idea. El otoño pasado, antes de los *playoffs*, apareció de la nada. Dejó a Max en casa de Rhodes y se largó un par de días después. No quería formar parte de la vida de su hijo.

—Mierda —exhalo.

—Kai intentó retirarse al día siguiente —continúa mi padre—. Vino a mi despacho, me dijo lo que había ocurrido y me preguntó qué tipo de sanción le cabía esperar por romper el contrato. Estábamos a punto de empezar los *playoffs* e iba a marcharse tal que así. —Chasquea los dedos—. No vaciló al asumir su nueva responsabilidad.

Eso hace que me disguste un poquito menos. Ahora también tiene mucho más sentido que sea sobreprotector e irritante en exceso. Max no tenía a nadie y, de repente, apareció Kai dispuesto a ser su todo.

Me recuerda al hombre que tengo sentado enfrente.

—No puedo pasarme el verano con alguien así, papá. Es un histérico. El tío no tiene ni idea de cómo relajarse, joder.

—Es un buen hombre, Miller. Tiene un buen corazón y se preocupa por su familia. Solo necesita recordar que también debería cuidarse a sí mismo de vez en cuando. A lo mejor se le pega algo de estar contigo, porque tú si sabes soltarte y pasártelo bien.

—¿Quieres que me pegue a él?

—Que le pegues algo, hija. A ver si aprende de ti.

—Me gusta más mi versión —digo encogiéndome de hombros.

—Miller —me dice, dejando el tenedor—. Por favor, dale otra oportunidad, hazlo por mí. Kai necesita tu ayuda. Puede que no lo diga, puede que no se haya dado cuenta todavía, pero le vas a venir muy bien. Os va a venir bien a los dos.

«Me cago en mi puta vida». Este hombre, que ha renunciado a tanto por mí, sabe que no le puedo decir que no.

—¿Quieres que me meta en su vida a la fuerza cuando me dijo que no quería saber nada de mí?

—Sí.

Suelto una carcajada.

—Me lo pensaré.

Nos quedamos callados un momento. Las palabras que no hemos dicho se quedan flotando en el aire antes de que mi padre por fin rompa el silencio y las pronuncie en voz alta:

—Si decides quedarte, diviértete. Haz que él se divierta, cuida de su hijo, pero no te olvides de que te marchas al final del verano, ¿vale? Kai es una persona con los pies en la tierra. Enseguida se apeg a y tiene buenos motivos para ser así. Pero tú, mi niña, eres la persona sin menos ataduras que conozco.

—Hoy estás que lo tiras con los cumplidos, ¿eh? —bromeo, pero tiene razón. Siempre me acabo yendo porque así sé que no tengo que aguantar la punzada de añoranza. Bueno, salvo por él.

—En cierto modo, Kai tiene suerte —continúa—. No echa de menos a la madre de Max y este no la recordará cuando se haga mayor. Pero hay mucho en juego cuando hay hijos por medio. Hay que cuidarlos, pero no les puedes dar a nadie que echen de menos.

Le está pidiendo mucho a una chica que, hasta hace diez minutos, estaba contemplando marcharse de la ciudad lo antes posible.

—Papá, has dado muchos rodeos para decirme que no me acueste con tu lanzador.

—Bueno, mi manera de expresarlo suena mucho más poética, pero sí, no te lo tires.

8

Kai

—¡Max! —exclama Indy en cuanto abre la puerta de su nueva casa.

—Y Kai también —le recuerdo riéndome.

—Sí, sí. —Extiende las manos hacia el niño—. Tú también.

Max se inclina hacia ella y se lo paso antes de que le cubra las mejillas de besos. Sigo el dulce sonido de la risa infantil hacia el interior de la casa.

—Eh, tío —saluda Ryan cuando nos lo encontramos en la cocina—. Gracias por venir antes.

Le tiendo la mano y con la otra lo abrazo.

—Gracias por recibirme antes en tu casa.

—Bueno, eres el único ahora mismo en temporada y pensábamos acoplarnos a tu agenda.

Ryan Shay es el capitán de los Devils, el equipo de la NBA de Chicago. Tenemos el mismo agente y fue el primer deportista que conocí aquí cuando me mudé hace dieciocho meses. Hasta esta primavera, cuando él y yo nos compramos una casa a las afueras, también vivíamos en el mismo edificio en el centro.

Nos hemos llevado bien desde que nos conocimos, pero hasta que Indy, su prometida, no apareció en su vida no nos hicimos buenos amigos. Hay que admitir que era muy cerrado y no dejaba que nadie se le acercara mucho antes de conocerla. No tengo claro si, aparte de su hermana melliza, había tenido amigos de verdad, pero desde que están juntos, siempre hay

gente en su nueva casa.

Todos los domingos por la tarde, celebran una cena familiar e invitan a su hermana melliza, Stevie, y a su prometido, Zanders, el defensa del equipo de Chicago en la NHL. Es habitual ver por aquí al compañero de Zanders en la línea azul, Rio, así como a mí y a mi hijo. Los otros chicos a veces traen a otros de su equipo e Isaiah también se pasa si no tiene ningún plan.

A diferencia de mi hermano, yo me paso toda la semana esperando las cenas de los domingos, creo que esta pareja sí me entiende mejor que nadie en Chicago.

Zanders y Stevie están a punto de tener un hijo, y Ryan e Indy están intentándolo. Les entusiasma tener a Max en casa y yo no siento que les aguo la fiesta si vengo con mi bebé de quince meses, cosa que a veces sí siento cuando salgo con mis compañeros de equipo.

—Hola, Maxie —lo saluda Ryan mientras Indy rodea la isla de la cocina para que su prometido también pueda hacerle carantoñas al niño.

Ya llevan unos meses intentando concebir sin suerte, así que me alegra darles todo el tiempo con Max que quieran. Se ofrecen a cuidarlo con regularidad e Indy es la única mujer con la que Max se siente a gusto.

Bueno, hasta que apareció Miller.

—¿Contra quién jugáis esta noche? —pregunta Ryan mientras se gira hacia los fogones.

—Cincinnati.

—¿No viene Isaiah? —quiere saber Indy, que se mueve de un lado a otro de la cocina sin soltar a Max.

—Estoy casi seguro de que aún está en la cama de con quien sea que se acostara anoche. Los domingos por la mañana no son lo suyo.

Y un desayuno familiar tampoco es típico de los Shay a menos que yo tenga partido el domingo por la noche. Tienen un rollo raro con los desayunos y les gusta guardárselos para ellos, pero hoy han hecho una excepción.

—¿Tu tío es un poco *playboy*? —le pregunta Indy al niño, que responde con una risa—. Sí, a que sí. Es un *playboy*, ¿eh?

—¿Estás hablando de mí, Ind? —oigo mientras se cierra la puerta principal.

—No, Zee, no lo decía por ti.

—Buena suerte para convencerlo —dice Stevie, con la mano en el vientre.

—Hola, mi preciosa y radiante mejor amiga.

Indy abraza a su futura cuñada con mi hijo apoyado en la cadera.

—Si con radiante quieres decir hambrienta y gruñona todo el tiempo, entonces sí, estoy muy radiante.

—La más radiante —confirma Zanders dándole un beso en los rizos.

Después de que se haya saludado todo el mundo, las chicas se llevan al niño al patio trasero para jugar al aire libre mientras yo me quedo con Ryan y Zanders en la cocina.

—¿Qué tal está Max? —pregunta el primero mientras nos sirve café.

—Bien. Está bien. Se ha portado como un campeón esta temporada con los viajes y viviendo en hoteles. Es un niño fácil y tengo mucha suerte.

Me bebo la mitad de la taza y se la paso a Ryan para que me eche más.

Enarca una ceja y la llena otra vez.

—Nos encanta Max, pero quizá esta sea la única vez que puedas quejarte de ser padre soltero. Así que venga, suéltalo. ¿Qué más ha pasado? Aparte de que es evidente que estás agotado.

Me devuelve la taza.

—Por favor, no me pidas que te lo cuente a ti precisamente, cuando os está costando tanto ser padres.

—Kai, todos tenemos mierdas. Que tengamos nuestros problemas no significa que no podamos oír los tuyos. Además, nos divertimos intentándolo.

Los miro a ambos, estoy indeciso. Es raro quejarse de la persona a la que

quieres más de lo que creías que era capaz de amar tu corazón. Max es lo mejor que me ha pasado nunca, pero ser padre soltero es el trabajo más duro que he tenido.

—El otro día se me meó encima —admito—. Por todos lados. Me dejó la camisa chorreando mientras intentaba cambiarlo. Estoy casi seguro de que llegó hasta el techo y salpicó las paredes.

—Joder. —Zanders abre mucho los ojos.

—Espera, Zee. A lo mejor te quieres pensar lo de tener un chico.

—Deberías pensártelo —tercia Ryan—. Ni de coña queremos a otro como tú corriendo por ahí.

—Yo también te quiero, hermano —dice Zanders con una sonrisa y le hace una peineta.

—Al menos es monísimo —dice Ryan, mirando por la ventana mientras que mi hijo juega con su prometida y su hermana—. En cierto sentido compensa que meara al aire.

—Sí, es monísimo, pero el crío tiene un gusto horrible para entretenerse. Lo último por lo que se ha obsesionado son unos dibujos sobre una fiesta que da una ensalada de frutas. Son un puñado de verduras y frutas con ojos y boca que no hablan, solo bailan música electrónica. Te juro por Dios que quien creó eso se había drogado. Cada vez que miro la tele, es como si estuviera alucinando.

Zanders arruga la cara del horror.

—Si intento quitarlo, se pone a gritar como un loco hasta que vuelvo a ponerlo. Los rábanos estaban perreando.

—¿Y cómo perrea un rábano? —pregunta Zanders con la taza en los labios.

—No lo sé, macho. No tengo ni puta idea. —Niego con la cabeza—. Y la semana pasada tuve que comprobar cuántas veces había cagado. Tuve que apuntarlo, literalmente. Lo primero en lo que pensaba en cuanto me despertaba era en la caca del bebé porque no había hecho nada en un par de

días.

Una sonrisita aparece en los labios de Ryan, pero trata de esconderla tras la taza de café. Mientras tanto, Zanders se me queda mirando como si le hubiera dicho que alguien le ha dado una patada a su perro.

—Luego están los horarios de dormir. La siesta es el momento más sagrado del día. Como alguien del equipo interfiera en sus horas de dormir, se me irá la olla. Y me estoy refiriendo a que se me vaya en plan usar las pelotas de quien sea como saco de boxeo. Está fatal cuando no duerme bien y, además, es el único rato en el que tengo tiempo para mí sin sentirme culpable.

—¿Te sientes culpable? —pregunta Zanders.

—A todas horas. —Exhalo un largo suspiro—. Todo el puto día. Si no estoy con él, me siento culpable por haberme ido, pero si estoy con él todo el día, me siento culpable por querer pasar un rato solo. Y también está la ansiedad. Tengo mucho miedo de que le pase algo cuando yo no estoy o que me pase algo a mí y que él se quede sin nadie.

Zanders me quita la taza de las manos y le echa un buen chorro de Baileys.

—¿Qué estás haciendo? Tengo partido esta noche.

—Esta noche vas a estar en el bullpen y lo necesitas —dice, añadiendo un poco a su propia taza y a la de su cuñado.

Ryan me empuja en el hombro.

—Ya sabes que Indy y yo estamos aquí para echarte una mano. Cuando necesites un respiro, nosotros te cubrimos.

—Pero no debería querer un respiro. Ya me perdí los primeros seis meses de su vida.

—Por Dios, Kai —suelta Ryan—, no puedes castigarte por eso. No tenías ni idea de que existía. No tienes equilibrio en tu vida. Ser padre solo es una de tus facetas.

—Y la otra es ser lanzador titular. Tengo el tiempo dividido entre el

béisbol y él. Cuando me centro en uno en vez de en el otro, me culpo porque el otro no tiene toda mi atención.

«Mierda». Aquí estoy vomitándolo todo. Intento no lamentarme porque no tengo mucho de lo que quejarme. Max es la mejor parte de mi vida, pero no voy a mentir y a decir que no estoy cansado. Es agotador preocuparte todo el rato y preguntarte si la estás cagando.

—¿Sabes? —empieza a decir Ryan riéndose un poco—. Por una milésima de segundo, cuando te presenté a Indy, me preocupaba que fueras a gustarle. Antes te parecías mucho a ella, eras un puto rayo de sol andante. No me imaginaba que seis meses después ibas a ser tan gruñón como yo.

—No soy gruñón —replico en un tono que suena gruñón de la hostia—. Estoy agotado. Me convertí en padre soltero el año pasado, justo fuera de la temporada. Lo tenía controlado cuando el béisbol no era un problema, pero ahora... Ojalá pudiera retirarme antes.

—No.

—Cállate —añade Zanders.

—No te vas a retirar antes —continúa Ryan—. Para la edad que tienes, estás jugando mejor que nunca, por sorprendente que pueda parecer. No puedes dejarlo. Solo tienes que descubrir cómo pedir ayuda y aprender a aceptarla. ¿Qué tal va con Troy?

Aparto la mirada.

—Lo he despedido.

Hace una breve pausa y estalla en carcajadas.

—¡Pues claro, joder! —Abre la ventana de la cocina que da al patio trasero y grita—: ¡Blue! ¡Kai ha despedido al niño!

Oigo los pasos de alguien que entra corriendo a la casa.

—¿Antes o después del miércoles?

—El jueves, creo. ¿Por qué?

—¡Maldita sea!

Ryan se parte de risa.

—Gracias.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Indy y yo apostamos cuándo ibas a despedirlo. Teníamos la impresión de que iba a ser esta semana. Ella apostó por la primera mitad y yo, por la segunda.

—¿Estáis apostando sobre el cuidado de Max? Me encanta.

Stevie sigue a Indy hasta el interior, le coge las manos a Max para ayudarlo a caminar.

—¿Qué se lleva el ganador?

—Blue me debe una mamada.

Ryan sonrío otra vez mientras bebe café.

—Qué asco. —Stevie dibuja una mueca.

Indy se echa el pelo por encima del hombro.

—Me río yo de ti. Ni te imaginas lo que me gusta chupártela.

—Sí, ni me lo imagino. No tengo modo de imaginármelo, ¿eh?

Ryan rodea la isla de la cocina para coger a Max, e Indy y él le hacen mimos. Zanders pone la mesa con Stevie, mientras él le mete mano de vez en cuando sin mucha discreción.

Aunque me sienta conectado a estos tíos, porque todos somos deportistas profesionales asentados, ambos tienen una pareja en la que pueden apoyarse. Alguien que es algo más que una ayuda para reducir la carga. Por suerte, nunca entenderán lo que es estar solo en los momentos más duros. Pero quizá sea mejor eso que pasar por momentos buenos y no tener a nadie con quien celebrarlos. Nadie más oyó la primera palabra de Max. Nadie más estuvo presente la primera vez que gateó.

Y ahora, al verlos a los cuatro, no puedo sentirme más soltero.

Bueno, hasta que el otro soltero del grupo aparece de repente por la puerta.

—¡Aquí estoy! —Rio DeLuca, el compañero de equipo de Zanders, irrumpe en la casa haciendo su gran entrada con un radiocasete a todo

volumen—. ¿Qué me he perdido?

—Kai ha despedido a otro niño —le cuenta Ryan antes de lanzar a mi hijo en el aire y cogerlo medio riéndose.

—Bueno, sí, ya era hora. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Lo contrató hace dos semanas?

—Cuatro.

—Un récord para ti, Kai.

¿Sí? Ostras, no estoy seguro.

—Ya he contratado a otra persona. La chica estuvo cuidando de Max en Miami.

Omito que tampoco sigue en el puesto, porque la tendencia que tengo a despedir enseguida a cualquiera se está convirtiendo en el chiste preferido de todo el mundo.

—¿Una chica? —pregunta Stevie.

—Sí.

Rio apaga el radiocasete.

—¿Quién es? ¿Está soltera?

¿Lo está? No tengo ni idea de si Miller tiene pareja. Me enteré de que no vive en ningún sitio en particular, así que no me imagino cómo funcionaría una relación así, pero a lo mejor la persona en cuestión es nómada como ella.

—Pues la verdad es que no lo sé.

—Digamos, hipotéticamente, que está soltera. Que está disponible —continúa Rio—. ¿Crees que yo sería...

—No.

—Dios, Kai. Responde un poco más rápido la próxima vez.

—Bueno, no lo sé. Es la hija de mi entrenador, así que supongo que será mejor que nadie de mi vida —señalo a todos los que están en la habitación — intente averiguarlo.

—¿La hija del entrenador, Kai? —Indy me lanza una sonrisa cómplice—.

Interesante. Me encanta por dónde va eso.

—No tiene nada de interesante, romántica empedernida.

—Optimista —me corrige ella señalando a Ryan—. Ahora se llama «romántica optimista».

—Sí, bueno, sea cual sea la película que te estás imaginando ahora mismo sobre mí y la nueva niñera, permíteme que te lo desmonte. Monty la contrató sin decírmelo y no puedo decir que no.

—Chorradas —suelta Ryan—. Nunca has dejado que nada que le plazca a tu entrenador sea un motivo para transigir cuando tiene que ver con Max. A ti te gusta la chica.

—No. Más bien no la soporto, pero ya no importa mucho porque lo ha dejado.

Todos vuelven a quedarse callados.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa? —dice Ryan rompiendo el silencio—. Tienes un partido esta noche. ¿Qué vas a hacer con Max?

Miro a Ryan y a Indy levantando una ceja con un gesto insinuante.

—Ah, no. A nosotros no nos mires. —Ella me hace un gesto negativo con la mano—. Queremos a Max, pero no vamos a permitirte. ¿Qué le pasaba a esta? ¿No te gustaba cómo respiraba? ¿Era demasiado amable? ¿No te parecía bien su color preferido?

—A Max ya le gustaba demasiado.

También era una puta tentación tenerla todo el verano pegada, pero omito esa parte.

Indy se me queda mirando y parpadea.

—Eres ridículo. Tienes que llamarla para que vuelva.

Ya lo he hecho. Justo después de que se marchara. No me dio la oportunidad de explicarle que había cuidado demasiado bien de mi hijo. Pero, aunque hubiera podido decirle nada, habría sido patético reconocer que me comporté así porque me ponía nervioso que Max se sintiera tan a gusto con ella. El día que Miller estuvo con él, estuvo más contento que con

ningún otro niño y yo la cagué porque tenía miedo. Me aterraba tenerla cerca, pero mucho más que se fuera.

—Lo he intentado —admito—. Como quince veces, pero me ignora.

—Uh, te vas a acostar con ella —se ríe Zanders—. Sexo por odio o sexo reconciliador. Una de dos.

—No voy a tirármela.

—No —tercia Rio—, porque como Kai conozca a alguien, voy a ser el único que quede sin pareja y me niego a ser el soltero viejo y triste. Bueno, aparte de Isaiah, pero ese no cuenta. A él le gusta ser libre.

—Rio —le dice Indy—, aún eres un bebé, pero cuando te hagas viejo, puedes venir a vivir con nosotros y te cuidaremos. Ryan nos hará el desayuno y podrás ser nuestro sujetavelas.

—No voy a hacerle el desayuno —interviene Ryan.

—Y yo no voy a ser el sujetavelas de nadie. No digas ni en broma que voy a vivir con Ryan Shay, Ind. En vez de ser tres, enseguida seríamos dos, y a lo mejor quien se queda fuera eres tú.

Ryan se ríe entre dientes.

—Vale, venga, vamos a comer. Tengo que irme a casa. Tengo la esperanza de que Monty convenza a Miller para que me dé otra oportunidad antes del partido de esta noche.

—¿Se llama Miller? —pregunta Stevie, sentándose a la mesa; estira las piernas y se frota la barriga—. Qué mona.

Sí que lo es. Igual que un tornado. O una manada de leones hambrientos. Monísima.

—¡Ay, Dios mío! —Rio castiga mi silencio—. ¡Ni siquiera lo niega! Voy a ser el único soltero. Voy a tener que mudarme a casa de mi mejor amiga y hacerme viejo con el puñetero Ryan Shay.

Zanders le sirve un plato a Stevie mientras todos los demás vamos tomando asiento.

—No parece que eso te disguste mucho.

—Nunca he dicho que me molestara —responde Rio encogiéndose de hombros.

Todo el mundo se reúne alrededor de la mesa y saco la trona que guardo aquí para Max antes de sentarme yo también. Mis amigos se turnan para darle de comer o entretener al niño. Los ojos azules le brillan cuando se ríe y sonrío al grupo de deportistas profesionales que le hace tonterías con la cara.

Sí, a veces me siento un triste soltero entre esta gente, aunque no podría estarles más agradecidos de que me hayan acogido y me hayan dado un lugar en Chicago en el que me siento como en casa.

9

Kai

Son las tres menos cinco y una furgoneta Mercedes Sprinter verde bosque avanza por la entrada hacia mi casa. Además de que ya sé quién es, porque me han llamado de la caseta de seguridad que hay en la puerta principal para dejarla pasar, el vehículo grita: «¡Miller!».

Igual que le pega mucho llevar la música retumbando por los altavoces e ir demasiado rápido para mi gusto. Una puta furgoneta camperizada. Seguro que la nómada vive en ella.

Me sorprendió cuando me llamaron para avisarme de que estaba aquí, pero agradezco que haya vuelto.

Aparca, se baja del asiento del conductor y rodea la parte delantera del vehículo.

—¿Qué coño es esto? —pregunto con los brazos cruzados, apoyado en un pilar del porche delantero.

—¿Esta reliquia? —Le da unas palmaditas en el capó, orgullosa—. Mi furgoneta.

—Tienes una furgoneta.

—Sí. También vivo en ella a veces.

—Por supuesto.

Imita mi postura, apoyándose en el capó con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios. Estoy seguro de que le encanta saber que puede sacarme de quicio con algo tan simple como no tener una residencia

permanente, pero es que, de verdad, no tengo ni idea de cómo alguien puede vivir con ese desapego.

El brazo moreno y tatuado de Miller brilla bajo el sol de principios de julio y el aro de la nariz refleja la luz. La nueva niñera de Max tiene aún que averiguar el concepto de lo que es una camiseta de verdad, porque, de nuevo, tan solo lleva puesto un trozo de tela sin tirantes, es una especie de parte superior de un bikini. Es ligero y apenas inexistente, pero el color naranja óxido queda bien debajo del peto vaquero.

—Te gustan los petos, ¿eh?

Es distinto al del otro día, este es holgado y le llega hasta los pies, le tapa los muslos con los que tiendo a soñar despierto.

—Son cómodos.

—¿Sabes quién más los lleva? —Señalo el vigilabebés que tengo en la mano, donde se puede ver a Max durmiendo.

Suelta una carcajada.

—Cállate.

—Hablando en serio, seguro que no es fácil quitarse ese chisme.

—¿Es que estás pensando en quitármelo?

—No...

—Al menos, espera a que entre, Papi Béisbol. Aquí podrían vernos.

No puedo evitar la sonrisita que me mueve los labios mientras apoyo el hombro en la columna. Agradezco que esté bromeando después de lo que sucedió la otra noche.

Miller sube los escalones que llevan al porche y me rodea para dirigirse a la puerta principal, pero la agarro con suavidad de la muñeca para detenerla. Entonces tiro de ella hasta que su pecho rebota contra el mío.

—Siento lo de la otra noche —digo en voz baja, mis palabras son sinceras.

Me clava la mirada en la boca durante una fracción de segundo, pero capto el movimiento. Sobre todo que se lame los labios después de

mirármelos.

—¿Y?

—Y gracias por volver. Aprecio de veras lo que estás haciendo por nosotros. Por mí.

—¿Y?

—Y... eres buena con Max.

—¿Y?

«Pero ¿qué coño...?».

—Y... no sé qué más quieres que diga, pero siento haber sido tan sobreprotector con el niño. Es que es lo único que tengo.

Miller relaja los hombros.

—¿Recuerdas cuando me agarraste las tetas?

—Vale. —Llevo la mano al pomo de la puerta para hacerla pasar dentro —. Una charla estupenda, Miller.

Pone la mano sobre la mía para detenerme y me dice con tono serio:

—Eso fue una cagada tuya, Rhodes. Si vuelves a tratarme como si mi presencia fuera una carga, me largaré y no volveré jamás.

Una sonrisita aparece en mis labios.

—Sí, señora.

—No sonrías. Eres demasiado viejo para sonreír. Seguro que te salen arrugas de solo hacerlo una vez.

Niego con la cabeza y sonrío aún más mientras le abro la puerta de casa.

Ella entra primero, aunque estaba detrás de mí, y observo cómo le echa un vistazo a la casa. Compré este sitio hace pocos meses, así que todavía hay algunas cajas en varios rincones, pero ya nos hemos mudado del todo. La casa tiene un buen tamaño. Es perfecta para Max y para mí. No sé si Chicago será el lugar donde nos quedemos a largo plazo, pero me gusta la idea de echar raíces. En especial ahora que tengo un hijo. En cuanto tenga edad suficiente para empezar el colegio, no tengo pensado trasladarnos a ninguna parte.

Dios, qué deprimente. Tan solo tiene quince meses y ya siento que estoy perdiendo mucho tiempo. ¿Qué voy a hacer cuando sea demasiado mayor para viajar con el equipo? ¿Cuando esté en el colegio? ¿Lo dejaré en Chicago mientras viaje por trabajo y contrataré a una persona para que críe a mi hijo?

Quiero participar. Quiero ser un buen padre. Quiero que esté rodeado del amor incondicional de su familia. Lo último que quiero es que no sienta el peso de demasiadas responsabilidades a una edad tan temprana como me ocurrió a mí.

Quiero que tenga una vida fácil. Al menos, de un modo razonable. Quiero que aprenda a trabajar duro, a ganarse las cosas en la vida. Pero jamás sabrá lo que es tener que buscar el modo de ir al colegio cuando vives en la otra punta de la ciudad, arreglártelas para conseguir la próxima comida o falsificar la firma de tu padre en los documentos porque no quieres que nadie sepa que tu hermano y tú vivís solos. Sí, mi hijo jamás pasará por eso.

Rodeo a Miller, que todavía está plantada en el vestíbulo, y la miro a la cara.

—La habitación de Max está al final del pasillo. Te dejaré que explores por tu cuenta en cuanto se despierte de la siesta, pero la parte principal de la casa está por aquí. —Me meto las manos en los bolsillos y señalo con la cabeza hacia el otro lado de la casa—. Ven.

—Dios —gime y echa la cabeza hacia atrás—. ¿Me llevas a tu cama?

«Joder».

¿Qué proceso mental la ha llevado a llegar a esa conclusión? Le encanta dejarme descolocado y sacarme de mis casillas. Pero esta es mi casa. Aquí estoy al mando y estoy harto de que una tía de veinticinco años me haga sentir como un adolescente que se queda sin réplica ante la chica guapa que le suelta estupideces.

En vez de retroceder o negar con la cabeza como suelo hacer delante de ella, me acerco un paso e invado su espacio antes de inclinarme para decirle

en voz baja pero clara:

—Si eres tan mala en la cama como escuchando, Miller, ya te digo yo que no vas a entrar en mi habitación. —Separa esos bonitos labios y abre mucho los ojos color jade—. Yo también sé jugar a eso, Montgomery. Venga, vamos. —Vuelvo a señalar con la cabeza hacia el otro lado de la casa.

Ella aprieta los labios para reprimir una sonrisa.

—Como sigas hablando así, Kai, dejaré a un lado lo de «béisbol» y te llamaré solo «papi».

Suelto una carcajada y sonrío igual que Miller.

Me recorre la cara con los ojos mientras está a tan solo unos centímetros de mí. Tiene cierto aire sexual, pero sobre todo es una sonrisa de satisfacción, como si estuviera orgullosa de sí misma por haberme hecho reír.

—Gracias por ayudarme hoy con Max —añado. Necesito darle las gracias por que haya vuelto antes de que nos separen más de los cinco centímetros de distancia que hay ahora entre nosotros.

Asiente y me sigue mientras la llevo hacia la otra parte de la casa. La habitación de mi hijo está en la otra punta a propósito, para que pueda dormir a pesar de los ruidos que pueda haber en la zona principal.

—Mi dormitorio está al final del pasillo, igual que el cuarto de invitados. Aquí están el salón y el comedor —continúo, mencionando los espacios abiertos mientras pasamos por ellos. Doblo la esquina y abandonamos la principal estancia familiar—. Esta es la cocina y, si vienes por aquí, encontrarás...

Me paro en seco, pues no oigo las sandalias de Miller chocando contra el suelo de madera. Está de espaldas a mí, con los ojos clavados en la cocina.

—¿Esta es tu cocina? —pregunta.

—Sí.

—Kai, es impresionante.

Ah, ¿sí? Supongo que sí, tiene una encimera de madera maciza y los

electrodomésticos nuevos. Hay mucho espacio de almacenaje, los armarios son blancos y acabados en negro. Pero nunca he pensado mucho en ello, porque nunca la uso.

—La eligió el contratista, pero me sirve.

—¿Te sirve? —pregunta con una risa entrecortada—. Es la cocina de mis sueños. ¿Es eso un horno de convección?

—No tengo ni idea.

Se acerca para examinarlo y pasa las manos por encima de los botones eléctricos.

—Sí que lo es.

Miller continúa abriendo los armarios y los cajones porque así es ella. Esta mujer no sabría lo que son los límites ni aunque tuviera uno ante las narices.

Comprueba que casi todo está vacío y se dirige a la nevera. Me da vergüenza que no haya nada, pero es que acabo de volver de viaje, así que achacaré la falta de comida a eso e ignoraré que he estado demasiado agotado para hacer un pedido a la tienda o ir a comprar yo mismo.

—Kai Rhodes. —Ahoga un grito—. ¿Tienes cerveza en el frigorífico?

—¿Seguirá ahí cuando vuelva a casa o debería hacerme a la idea de que te las vas a beber?

Miller mira el horno para comprobar la hora.

—Probablemente siga ahí. Ya son más de las tres. Es demasiado tarde para mí. —Cierra la nevera y se apoya en la encimera que hay al lado—. ¿Te importaría que te tomara prestada la cocina esta noche?

Me encojo de hombros.

—Adelante. Pero intenta no quemar la casa. Y, ah... está claro que no tengo mucho que cocinar.

—No cocinaré, pero haré un pedido y te llenaré la despensa de comida.

Después de cómo la traté la otra noche, me figuraba que tendría que ponerme a cuatro patas para que cuidara otra vez de mi hijo, pero está

siendo... agradable, lo cual es una grata sorpresa. ¿Qué coño le habrá dicho Monty?

—Bueno, lo pagarás tú, por supuesto —continúa.

—Por supuesto. —Me río—. Te lo agradecería. No he tenido tiempo de ir a comprar. En ese cajón hay una tarjeta para emergencias que puedes utilizar. —Señalo el cajoncito que tiene al lado de la cadera—. También están todos los números de teléfono que puedas necesitar: el del pediatra de Max, el hospital de la zona y también está el número de mi amigo Ryan, por si necesitas ayuda. Vive a diez minutos de aquí. También he apuntado la rutina nocturna de Max. Ya está con comida normal, como sabes de la última vez que le cuidaste, pero si te cuesta dormirlo, puedes darle un biberón. Te lo he dejado preparado. Solo hay que añadir agua.

—Qué organizado, Papi Béisbol. Me apuesto lo que sea a que eres una de esas personas que sabe dónde tiene guardado el certificado de nacimiento, ¿verdad?

—¿Tú no? Miller, eso es algo que sin duda deberías tener localizado.

Esta mujer está a punto de responsabilizarse de mi hijo durante los próximos dos meses y ni siquiera sabe localizar un documento tan importante.

«A Max le gusta. Es la hija de Monty», me recuerdo.

—Necesito que digas ahora algo tranquilizador porque estoy a punto de dejar un ser humano en tus manos y no tengo mucha fe.

—Soy divertida.

Noto que una parte de mi boca tira hacia arriba.

—¿Se supone que eso es tranquilizador?

—También juego muy bien al póker.

—Bueno, por suerte mi hijo de quince meses no tiene mucho dinero a su nombre.

Desliza las palmas por la encimera.

—Y me queda muy bien tu cocina.

Intento contenerme, pero a la mierda, cómo me gusta darle caña a esta mujer.

—Es verdad.

No cabe duda. Miller está estupenda en mi cocina cuando me permito mirarla.

—¿Tu novio sabe que eres una ligona?

—Venga ya, Kai. Te lo sabes montar mejor. Sé directo. Pregúntame si estoy soltera.

Hay una sonrisa pícara en sus labios, una gesto que deja claro que le gusta tanto flirtear conmigo como a mí con ella.

Miller tiene algo, una personalidad muy fuerte, y mi instinto sabe que la lealtad está muy arraigada en ella. Así que no, no estaría coqueteando conmigo si tuviera novio.

—No me hace falta preguntarlo. Ya sé la respuesta.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

Echo de menos soltarme y flirtear con una mujer guapa, recordar lo fácil que era la vida. Con Miller no me cuesta dejarme llevar y fingir que todavía tengo la libertad de ser ese hombre.

Pero no, joder. Hay un niño en la habitación de al lado que me recuerda la vida que llevo.

Me aclaro la garganta y no contesto a esa pregunta.

—Llama a los de seguridad en la puerta cuando lleguen los del reparto. Vendrán y te dejarán aquí la compra.

Mira a su alrededor.

—Cuánto lujo hay aquí, Papi Béisbol.

—Es seguro.

—Me alegra saber que no tengo que preocuparme por que entre nada peligroso.

Puede que ella no se preocupe, pero yo sí. Porque con Miller Montgomery, la hija de mi entrenador, en la cocina con este aspecto, me

temo que algo muy peligroso se ha colado ya.

Estos asientos son horribles.

El año pasado, antes de firmar el contrato, debería haber incluido una cláusula para que los asientos del banquillo fueran más cómodos. Llevamos ocho entradas y media, pero ya tengo el culo entumecido mientras espero y estoy pendiente de que mi equipo gane.

Isaiah se está partiendo el lomo. Tiene una defensa cerrada. Hizo un home run en la cuarta y otro doble en la séptima, logró una carrera y ha conseguido que los Warriors lleven una buena delantera. Iba a invitarlo después del partido a tomar una de esas cervezas que puede que estén o no en la nevera cuando vuelva, pero con lo bien que lo está haciendo, el señor Popular va a recibir tanta atención que no querrá venirse a casa.

No es que no sea un jugador del equipo, pero odio los días en el banquillo. Aparte de los cuarenta lanzamientos para soltar el brazo y mantenerlo activo entre mis inicios de partido esta semana, no hago nada más que mirar.

Nos sentamos en algún lugar fuera de la línea de foul durante todo el rato cuando podría estar sentado en casa, pasando tiempo con mi hijo. Es en estos momentos cuando más me cuesta. Las noches en las que abro el partido, las horas que paso fuera están justificadas, pero en noches como esta, desearía que Max también estuviera aquí.

Con la gorra en la mano, paso de forma distraída el pulgar por encima de la foto de Max. Es una costumbre, pero cuando el trabajo se me hace pesado, también me recuerda que nada de esto importa en realidad, pero él sí.

Quiero jugar, de verdad que sí, pero tengo muchísimas más ganas de estar con él y no sé cómo encontrar el equilibrio.

Quizá si su madre no lo hubiera abandonado, lo llevaría mucho mejor. No estaría tan encima de él. Pero la mayoría del tiempo siento que tengo que

compensárselo, hacer de padre y de madre, y esperar que no la eche en falta.

—As. —Uno de los lanzadores de relevo me da unas palmaditas en la espalda—. Me gusta esto de no trabajar. ¿Crees que podrías hacer otras ocho entradas en el siguiente partido?

Me río y me recuesto en el asiento con los brazos cruzados.

—Me esforzaré al máximo.

Se sienta a mi lado y me ofrece un chicle, pero yo prefiero mis frutos secos.

—Tu hermano va a estar insufrible después de lo de esta noche.

—Dios —exhalo—, dímelo a mí.

Justo después del partido, Isaiah entra en el gimnasio con la música a todo volumen, como el cabrón arrogante que es.

Se desabrocha despacio el uniforme al ritmo de la canción y la camiseta con el número diecinueve le cae a los pies, todavía lleva puestas las zapatillas de béisbol.

—¡Estoy aquí, nena!

Yo lo miro tumbado en la camilla mientras me masajean el hombro y me esfuerzo por no reírme. Pero me cuesta no hacerlo cuando tiene a toda la sala en su lado, animándolo mientras se desnuda al ritmo de la música impulsado por el subidón de nuestra victoria y su juego personal.

—Rhodes, hoy te hago yo el masaje —dice Kennedy, una de las fisioterapeutas—. Te voy a dar uno bueno.

Isaiah se detiene a medio baile, con los ojos muy abiertos por el entusiasmo porque, bueno, está enamorado de la chica.

—Kenny..., ¿lo dices en serio? —La sigue hasta la camilla como un cachorrito loco de amor.

—Sí. Quítate la ropa y sube.

Mi hermano se gira hacia mí boquiabierto, pero sonriendo al mismo tiempo. Kennedy rara vez se ofrece voluntaria para trabajar con él porque el

chaval puede llegar a ser insufrible.

Me mira, la señala y luego se señala a él como si la mujer no tuviera ni idea de lo obsesionado que está con ella.

No puedo evitar reírme de él desde el otro lado de la sala, pero entonces el médico me clava el pulgar en el manguito rotador y me borra la sonrisa de la cara.

—¿Es esto parte de mi recompensa por jugar bien el partido? —le pregunta Isaiah a Kennedy mientras acaba de desvestirse y el suspensorio cae al suelo—. ¿De qué tipo de masaje estamos hablando?

—Por Dios, Rhodes. —Kennedy se aparta de él tan rápido como puede y se tapa los ojos—. Déjate los malditos pantalones puestos. No es esa clase de masaje. As, ¿qué coño le pasa a tu hermano? —me pregunta mirándome de reojo.

—Ojalá lo supiera, Ken.

Isaiah se tapa enseguida la polla con las dos manos y se queda con el culo al aire junto a la camilla de Kennedy.

—Bueno, has dicho que me quite la ropa y me he entusiasmado.

Señalo lo que se está tapando.

—No cabe duda.

Al gimnasio entero le entra un ataque de risa. Isaiah vuelve a ponerse los pantalones cortos y se sube a la camilla con el ánimo bajo y las pantorrillas al aire.

—Creía que por fin mi Kenny se había dado cuenta de que era el tío perfecto para ella —continúa diciendo—. Después de todos estos años y esta tensión sexual, solo hacía falta que un home run de dos carreras le abriera los ojos.

—No hay ninguna tensión sexual —contesta impávida.

Isaiah sonríe y gira la cabeza para mirarla.

—Cariño, sí la hay. Se podría cortar con un cuchillo. Algún día lo verás, Kenny. Querrás un hombre de verdad y yo soy ese hombre.

Ella le clava el codo en la pantorrilla derecha.

—¡Ay, hostia puta! —grita él y muerde el acolchado de la camilla para amortiguar el sonido. Emite un gemido ahogado y dice con la voz entrecortada—: ¡Kenny! ¡Kenny!

—Eso es, cariño. Suéltalo como un hombre de verdad.

El resto del gimnasio está muerto de risa y el egocéntrico de mi hermano se funde con la camilla, retorciéndose por apartarse de la fisio.

—¿Disfrutas haciéndome daño? —pregunta, incorporándose y alejándose de ella—. No sabes cuánto me gusta el dolor. Hay quien diría que soy un masoquista en la cama.

Kennedy está esforzándose mucho por contener una sonrisa. Llevan trabajando juntos tres años y mi hermano ha hecho todo lo posible en este tiempo para acostarse con ella, pero no ha funcionado. No obstante, la chica antes llevaba un diamante en el anular izquierdo y esta temporada no está, así que quién sabe, a lo mejor eso ha reavivado su determinación.

—Si te gusta tanto el dolor, vuelve a la camilla —dice dando unas palmadas sobre el acolchado.

—Kenny, has tenido un día largo. Estoy bien. No quiero que trabajes tanto.

Ella se ríe, niega con la cabeza y se marcha.

—Cagado.

Mi médico continúa estirándome el brazo de lanzar mientras hablo con mi hermano.

—Al final vas a hacer que dimita.

—Qué va —responde Isaiah, alzando la voz conforme se acerca a mi camilla y me mira—. Está enamorada de mí. No tiene ni la más remota idea, pero es así. Y está claro que yo estoy enamorado de ella.

—Clarísimo. Por eso te tiras a una chica nueva cada noche en el mismo hotel en el que se aloja ella.

Isaiah se encoge de hombros.

—Tenemos un acuerdo.

Me río.

—Me sorprende que te hayas quedado a fisioterapia. Creía que te irías corriendo a casa para apartar a Max de la niñera buenorra.

—Sí, bueno, Miller me ha pedido que suelte un poco las riendas y es lo que estoy intentando hacer.

—¿Ahora aceptamos sus peticiones? Interesante.

—Supongo que no está tan mal.

Las cejas de Isaiah se disparan hacia arriba y aparece una sonrisa pícara en sus labios.

—No está tan mal, ¿eh? ¿Quién eres tú y dónde está mi hermano mayor controlador?

Le hago una peineta con la mano libre.

—¿Sabes? Estaba pensando que a lo mejor podría pasarme por tu casa esta noche. Para asegurarme de que Miller esté bien. Si no le gusta la tuya, podría quedarse en la mía.

Kennedy pasa por nuestro lado, negando con la cabeza.

—Como amigo —se apresura a añadir Isaiah para que la fisio lo oiga—. ¡Como amigo, Kenny!

—Eres imbécil y no se queda a dormir en mi casa.

—Pero los niños de Max siempre han vivido contigo.

—Pero no tenían un padre que vive a treinta minutos de distancia con el que podían quedarse.

Tampoco tenían el aspecto de Miller ni hablaban como Miller ni me entraban ganas de seguirles el juego cada vez que abrían la puñetera boca. Además, no me hacían forzar la mano de lanzar en la ducha porque me tirara el día soñando con sus muslos gruesos y sus ojos verdes.

10

Miller

Me sobresalto cuando se abre la puerta principal, suelto el batidor, que repiquetea contra el cuenco de metal.

He perdido la noción del tiempo. Al parecer, llevo horas en la cocina, desde que acosté a Max, pero los minutos se me han pasado volando. En algún momento, me he perdido entre la mantequilla, el azúcar y la harina. La cocina de Kai está hecha un desastre. Tenía la firme intención de limpiarla antes de que llegara a casa, pero, mierda, ahora seguro que voy a hacerlo. Veo en el monitor que va a ver a su hijo, que está durmiendo, antes de salir de la habitación para dirigirse directo adonde estoy.

Me pregunto cuánto se cabreará. Me apuesto lo que sea a que se le pondrá la cara rojísima, fruncirá las cejas y abrirá mucho esos ojos helados. El Kai aturullado es mi favorito y parece que a mí se me da bastante bien sacar esa parte de él.

Pero disfrutaría mucho más de este momento si no estuviera tan nerviosa.

No me sale nada. He probado cuatro recetas nuevas esta noche y todas han sido un desastre total. La comida que he pedido no ha servido para nada y solo queda lo que he comprado para llenar la despensa y la nevera vacías de Kai. Ni siquiera una impresionante cocina de última generación como esta ha podido despertar mi creatividad. Mi última esperanza es la tarta de queso de crema fresca en la que he estado trabajando, pero hasta eso es poco prometedor.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —La voz de Kai rezuma pánico.

Me doy la vuelta e intento limpiarme parte de la harina del delantal, pero no sirve de nada. Estoy manchada de arriba abajo.

—¿Qué tal el partido?

—Bien.

Kai ni me mira, sino que se centra en el desastre de la cocina.

La larga exhalación que sale de mí me retira un mechón de pelo de los ojos, pero enseguida me cae de nuevo hacia la cara.

—Se me da fatal mi trabajo.

Deja de mirarlo todo confundido y suaviza la expresión.

—Bueno, mi hijo está vivo y no has quemado la casa... todavía. Diría que no está mal.

—Puede que sea lo más bonito que me has dicho, pero no me refiero a este trabajo, a cuidar a Max, sino al de verdad. Doy pena.

Justo entonces, pita el temporizador del horno. Uso el trapo de cocina que tengo echado al hombro para sacar la bandeja y me encuentro el acompañamiento chamuscado.

—Me cago en mi puta vida. Se suponía que esto iba a ser miga de sésamo negro.

—Pues parece que lo has clavado. Desde luego está negro.

Lo fulmino con la mirada, está demasiado guapo apoyando un hombro en la nevera mientras me observa.

—Ni siquiera es el postre principal. Tan solo un acompañamiento y ni eso sé hacerlo bien. ¿Qué me pasa? —Tiro la bandeja del horno sobre la encimera.

No soy llorona. No me apego lo suficiente para llorar, pero le estaba cogiendo cariño a lo que creía que iba a ser la receta que me desbloqueara. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los párpados e intento tragarme la decepción.

Bueno, hasta que siento dos largos brazos musculosos estrechándome.

Abro los ojos de pronto y me encuentro una camiseta gris pegada al pecho en el que tengo la cara hundida.

—No te pasa nada —dice de forma tranquilizadora.

Pronuncia esas palabras como debe decírselas a su hijo si se cae o si se ha dado en la cabeza. Es dulce y firme, y le va demasiado bien a mi caótico cerebro.

Me derrito contra él y le paso los brazos por la esbelta cintura.

—Hueles bien.

Su pecho me roza la mejilla.

—Esta vez me he duchado después del partido.

—¿Significa eso que has confiado en mí para que esté con tu hijo?

—No me preguntes eso, Montgomery. Estás en un estado delicado y tendría que mentirte para no hacerte sentir mal.

—¿Kai?

—¿Mmm?

—¿Por qué me estás abrazando?

Exhala y mi cuerpo se mueve contra el suyo.

—No lo sé. Parecía que te hacía falta. Dicen que soy reconfortante y supongo que sirve para todo el mundo.

Podría estar en lo cierto, porque me da la impresión de que, si hay algo que puede reconfortarme, es el timbre grave de su voz acompañado de su firme agarre.

—¿Qué pasa? —pregunta con amabilidad, acariciándome con una mano la espalda al descubierto.

—Que soy una negada. No me van a volver a contratar en la vida. Me van a retirar de la portada y todo porque no puedo hacer un puñetero acompañamiento para un queso de cabra, que no deja de ser otro acompañamiento. ¡Ni siquiera sé hacer un acompañamiento para el acompañamiento! No había llegado aún a la tarta de queso.

Se calla, sin duda porque no sabe qué decir. Cuando por fin encuentra las

palabras, me suelta:

—Bueno, seamos sinceros, ¿quién coño quiere tomar queso de cabra de postre?

Me río contra su pecho.

—Me pone mucho que lo hayas entendido, en cierto modo.

—¿Me quieres explicar por qué la niñera tatuada habla como si tuviera un restaurante con una estrella Michelin?

Me aparto de su abrazo y al instante echo de menos el consuelo. Con ese simple gesto, entiendo un poco qué es lo que le gusta tanto a mi padre de Kai. Es de fiar. Es estable.

—Perdona. —Le señalo la camiseta, ahora la tiene cubierta de harina igual que yo—. No tengo un restaurante con una estrella Michelin, pero sí ayudo en las cocinas que las ganan.

Veo su expresión de confusión tras las gafas.

—Me contratan por servicio. Ayudo a los chefs durante tres meses con la carta de postres, normalmente para que ganen una estrella Michelin. Algunos chefs son excelentes tanto con las comidas como con los postres, y a otros no se les dan bien los dulces. Ahí es donde entro yo.

—Entonces, en Miami...

—Allí estaba trabajando en una cocina, pero no dejaba de cagarla en todo. Decidí tomarme el verano libre para prepararme para el siguiente proyecto. Es el más importante hasta ahora.

—¿Y esa portada que te preocupa tanto?

—La portada de la revista *Food & Wine*. Y supongo que en el titular se leerá algo así como —señalo delante de mí, como si estuviera deletreándolo—: «Miller Montgomery: cocina del culo».

Asiente, ya lo ha entendido.

—Es pegadizo. Creo que se venderá bien.

Se me escapa una risa y me siento algo menos frustrada. De repente, como un disparo en el pecho, me llega la idea de que podría gustarme Kai.

Sobre todo si sigue actuando de forma tan encantadora y alentadora en vez de ser tan controlador respecto a su hijo.

—Bueno, si sirve de algo, me has dejado muy impresionado.

—Ah, bien. —Dejo caer los hombros—. Espero una cita tuya en la entrevista. «Jugador de béisbol de Chicago se pregunta quién coño iba a querer queso de cabra de postre, pero aun así está impresionado».

—En realidad, soy de Texas.

—¿Mmm?

—Nací en Texas. Austin, para ser exactos.

Es una nimiedad, un hecho minúsculo visto todo a mayor escala, pero oír a Kai compartir información por iniciativa propia, más allá de lo que prefiere comer su hijo o la rutina de sueño del bebé, tiene un peso que no esperaba.

—Un chico de campo, ¿eh?

La imagen mental de verlo en vaqueros, tal como le quedan los pantalones de béisbol, me está haciendo de todo en la cabeza.

—Miller.

—¿Mmm?

—Me estás sexualizando ahora mismo en esa mente tuya, ¿no?

—Por supuesto.

Se le marca la comisura del labio.

—¿Tus padres viven aún en Texas?

Empieza a recoger los platos que he dejado por ahí, ignorando completamente la pregunta.

—¿Por qué no te vas ya? Ya me encargo yo de limpiar. No quiero que Monty me dé mañana por culo en el entrenamiento si lo despiertas por llegar tarde a casa. Gracias por ayudarme esta noche. Espero que Max se haya portado bien.

—Ha sido un angelito. La verdad es que no tengo ni idea de a quién ha salido.

La espalda de Kai vibra, pero no me da la satisfacción de oír su risa.

—Y para que lo sepas, no me quedo en casa de mi padre.

Desde el fregadero, Kai gira la cabeza para mirarme.

—Me alojo en la furgoneta en su garaje.

—¿En el centro?

—Sí.

—No.

Se me escapa una risa de incredulidad.

—¿Perdona?

—No vas a dormir en un garaje del centro de Chicago, Miller. Puedes quedarte en la habitación de invitados.

—No, gracias.

—Miller. —Su tono es cortante—. No me lo discutas.

Pongo los ojos en blanco.

—Puede que seas padre, pero no eres el mío.

—¿Quieres que llame al tuyo para que te diga lo loca que estás?

—¿En serio, Kai? ¿Vas a llamar a mi padre para contarle lo que voy a hacer? Soy un poco mayorcita para eso, ¿no crees?

—Si eso es lo que hace falta para mantenerte a salvo, pues sí. No seas ridícula. Quédate en mi habitación de invitados o duerme en su sofá. ¿Por qué ibas a vivir en un puto coche?

Porque así mantengo las distancias. Es mi espacio y tiene ruedas para alejarme de cualquier sitio y de cualquier persona. Mi carrera no es propicia para las relaciones. Quiero a mi padre, pero me niego a aferrarme a élteniéndolo tan cerca. Necesita que me mantenga alejada para que pueda vivir la vida que tenía que haber vivido antes de que yo naciera.

Kai saca las manos del fregadero y se las seca en un trapo.

—¿Me vas a contar de qué va todo esto?

—No.

—Guay. —Asiente con la cabeza—. Buena charla.

La tensión de nuestra discusión empieza a disiparse cuando dibujo una sonrisa.

—No me hagas reír ahora mismo. Estoy enfadado contigo. —Me señala con un dedo acusador—. Tengo un montón de sitio en el jardín. Si estás empeñada en dormir en la furgó, al menos puedes aparcarla ahí. Tengo agua y conexión eléctrica, y así sabría...

—Vale.

Levanta las cejas, sorprendido de que haya cedido tan rápido, supongo.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bien. —Suelta una larga exhalación y vuelve al fregadero—. Y para que lo sepas, el único motivo por el que me preocupo es porque me costaría mucho encontrar a una nueva niñera tan entrada la temporada. No tiene nada que ver contigo, no es personal. Solo quería dejarlo claro.

La sonrisa que estaba intentando disimular, ahora está ahí del todo.

—Eres encantador.

—Bueno, ayúdame a limpiar el desastre que ha dejado el tornado a su paso por mi cocina mientras me cuentas más cosas sobre ese trabajo que se te da tan mal.

Cojo el trapo de cocina que tengo más cerca y lo uso para azotarle el culo.

—Buen intento, Miller, pero soy todo músculo. No siento nada.

Me pongo a su lado para secar mientras él friega y no le digo que tiene un buen lavavajillas a dos pasos porque me gusta tener una excusa para quedarme. Escucha con atención mientras divago sobre mi trabajo y me hace preguntas minuciosas. Es entonces cuando me doy cuenta de que está haciendo exactamente lo que yo le pedí.

Me está conociendo.

Yo ya había aceptado que me quedaba este verano, pero mientras estamos en la cocina, limpiándola juntos, parece que Kai también ha aceptado que voy a quedarme.

Mi padre tiene una sonrisa de oreja a oreja bajo la gorra de béisbol mientras conduce hacia el aeropuerto. Es la vez que más contento lo he visto desde hace tiempo, lo que me reafirma que he tomado la decisión correcta de pasar el verano cerca de él.

Llevo ya una semana aparcada en casa de Kai, pero voy a ver a mi padre todas las mañanas para desayunar juntos. Ya es de por sí un compromiso para él, puesto que no me quedo en su apartamento.

—Me gusta esto —dice—. Es como antes, como cuando eras pequeña y venías al entrenamiento y estabas conmigo en el banquillo.

—Porque me sobornabas con helado.

—Mereció la pena la inversión. —Me echa un vistazo con sus ojos castaños melancólicos, como si estuviera reviviendo toda mi infancia—. Te he echado de menos, Millie.

Le aprieto el hombro.

—Yo también, papá.

Me llega una notificación al móvil de un número que no tengo guardado. Para ser sincera, la mayoría de los números que aparecen en mi teléfono no los tengo guardados ni los conozco. ¿Para qué? No me quedo en un sitio lo suficiente para guardarlos.

Desconocido: *¿Estáis Monty y tú de camino?*

Yo: *¿Quién es?*

Desconocido: *¿En serio, Miller? ¿Llevas una semana cuidado a mi hijo y no te has guardado aún mi número?*

Yo: *Vas a tener que darme más detalles. Podrías ser cualquiera.*

Desconocido: *Soy el tío que está tremendo con los pantalones de béisbol. Es lo que me escribiste anoche en tu mensaje. Mira el móvil.*

Yo: . . .

Desconocido: *Soy el tío al que les estás gorroneando agua y electricidad.*

Yo: *¿Papi Béisbol?*

Desconocido: *¿Venís ya?*

Yo: *Sí, estamos aparcando.*

Desconocido: *Bien. Oye, Miller.*

Yo: *¿Sí?*

Desconocido: *Guárdate mi número. Vas a estar conmigo un tiempo.*

—¿A qué viene tanta sonrisita? —se ríe mi padre.

Le doy enseguida la vuelta al teléfono para esconder la pantalla en el regazo.

—¿Qué?

Le brillan los ojos castaños y una sonrisa de complicidad intenta aparecer en sus labios, pero lo ignoro y me bajo del coche en la terminal privada del aeropuerto en el aeropuerto internacional O'Hare.

El avión está rodeado por una cuadrilla que está guardando el equipaje, los coordinadores de viaje del equipo comprobando la lista de embarque y unos fotógrafos sacan fotos para las redes sociales del equipo.

Y justo ahí, al pie de las escaleras del avión, están Kai y Max.

Kai lleva hoy la gorra al revés y duele de lo guapo que está en bermudas y camiseta. Es la primera vez que le veo las piernas y no sé qué esperaba, o si estaba esperando algo, pero las tiene gruesas, bien definidas y musculosas.

No me había planteado que las pantorrillas de un hombre pudieran ser sexis, pero aquí estamos.

Y tiene... ¿Lo que asoma por el dobladillo del pantalón es un tatuaje en el muslo? Quién habría dicho que Kai el del palo metido en el culo tendría tatus.

Mi padre se queda atrás hablando con uno de los pilotos. Un tipo de la aerolínea me coge el equipaje y Max se me echa básicamente encima en cuanto estamos lo bastante cerca.

—Ahí está mi chico —me río—. Te he echado de menos, Bichito.

Se ríe mientras me toca la cara con las manos regordetas y me roza con cuidado el anillo septum. Finjo que le como el dedo y estalla en carcajadas,

luego se me deja caer en el hombro antes de empezar a recorrer con los dedos el tatuaje que tengo ahí. Me he dado cuenta enseguida de que es lo que más le gusta hacer cuando lo tengo en brazos.

Entonces veo a Kai apoyado en la escalera, con las manos en los bolsillos, observándonos.

—Hola.

Tiene los ojos azules relajados.

—Hola.

Mi padre se acerca para reunirse con nosotros.

—Hola, As.

Kai se aclara la garganta y se endereza.

—Monty —dice estrechándole la mano y dándole una palmada en la espalda.

Dirige unos ojos helados hacia mí detrás de sus gafas mientras abraza a mi padre.

—¿Me estabas esperando para embarcar, cielo? —Mi padre le da unas palmaditas en la mejilla—. Qué tierno.

—Que más quisieras, viejo. Estaba esperando a tu hija para que mis compañeros de equipo no se la coman viva cuando llegue a la parte trasera del avión.

Mi padre se gira hacia mí.

—¿No te quieres sentar delante con los entrenadores?

—¿Para verte repasar los vídeos de los partidos durante todo el vuelo? No, gracias.

—Vale. —Me pasa un brazo por los hombros y me besa en la parte superior de la cabeza—. Que te diviertas, Millie. Nos vemos en Houston.

—¿No vas a avisarla de cómo son los chicos? —le pregunta Kai a mi padre mientras este sube las escaleras—. ¿No le vas a decir que se mantenga alejada de ellos?

Miro al lanzador con cara de circunstancias.

—¿Tú conoces a mi hija? Debería haberles advertido a los chicos sobre ella. Sabe cuidarse solita.

Y al decir eso, acaba de subir las escaleras y se mete en el avión.

—¿Lo has oído? —pregunto—. Me sé cuidar solita.

Kai me quita del brazo la bolsa de tela, que está llena de mis libros preferidos de cocina, y la lleva por mí mientras yo llevo a su hijo.

—Es que no quiero que ninguno se meta conmigo, Millie.

Le levanto un dedo.

—No tienes permiso para llamarme así.

Durante la última semana, le he sacado unas cuantas sonrisas, pero ahora mismo no me muestra ninguna. Se limita a señalar con la cabeza hacia las escaleras del avión con cierta preocupación en la expresión.

No tengo ni idea de por qué está tan raro. Debería saber ya que no tengo ningún problema en cuidarme yo solita. No son más que unos cuantos jugadores de béisbol. ¿A qué viene tanto rollo?

—¡Que llega la niñera buenorra! —grita uno en cuanto entro en el avión.

En la parte posterior, donde se sientan los jugadores, veinticinco pares de ojos se asoman por el pasillo o por encima de los asientos, todos lucen unas sonrisas amplias y entusiastas.

Ay.

Todavía con Max en brazos, me quedo en medio del pasillo para que todos me vean.

—¿Y esto era lo que te preocupaba? —le pregunto a Kai girando la cabeza hacia él.

—Son niños literalmente.

Levanto la mano y saludo.

—Miller, aunque «la niñera buenorra» también sirve —me presento.

—No, ni hablar —dice Kai, lo bastante alto para que lo oiga el resto del equipo.

Avanzamos por el pasillo del avión y pasamos junto a mi padre, que me

mira negando con la cabeza, pero tiene una sonrisa en la boca.

Los asientos de delante están ocupados por los hombres que trabajan para el equipo, hasta... ¿es eso una mujer?

Se la ve diminuta en el asiento del avión, ataviada con unas mallas negras, zapatillas de correr y un jersey con la cremallera del equipo. Tiene el pelo de un tono caoba precioso y le cae sobre los hombros, pero no le veo la cara porque está pegada al teléfono en estos momentos.

¿Está mirando la foto de una mano? ¿De un anillo? No estoy segura.

—Hola —la saludo y me detengo junto a su asiento para llamar su atención—. Soy Miller.

Le tiendo la mano con la que no sujeto a Max y ella me la estrecha, aunque mira confundida a su alrededor.

—Me alegro de no ser la única mujer aquí —digo mientras Kai espera paciente detrás de mí—. ¿Cómo te llamas?

Me mira sin dar crédito y las mejillas pecosas se le tiñen de rosa.

—Kennedy. Soy del equipo de preparadores físicos.

—Kennedy —repito—. Estoy deseando que nos pintemos juntas las uñas de los pies y sincronicemos la regla. Ya sabes, todas esas cosas que les gusta hacer a las chicas.

—Joder —susurra Kai detrás de mí.

Kennedy al final esboza una sonrisilla y suelta una risita.

—Sí —contesta—. Lo estoy deseando.

Señalo con la cabeza su móvil.

—Bonito anillo.

Se le borra la sonrisa.

—Sí.

Y al decir eso, Kai me lleva hacia la parte posterior del avión.

Una vez pasada la salida de emergencia, las cabezas se vuelven hacia mí conforme voy caminado y la atención va de mí a Max y a su compañero de equipo.

—¿Has sido tú al que he oído, Isaiah? —pregunta Kai detrás de mí cuando llegamos al asiento de su hermano.

Isaiah luce una sonrisa traviesa.

—No sé de qué estás hablando.

—Su nombre es Miller —lo reprende—, así que empieza a usarlo.

—Miller —dice Isaiah, arrastrando la palabra mientras da unas palmaditas sobre el asiento a su lado—. Te he guardado un sitio.

—¡Y yo también! —interviene un hombre al otro lado del pasillo, incorporándose con entusiasmo—. Soy Cody, primer base.

Me tiende la mano y se la estrecho.

—Perdona, Miller —dice otro tío, sentándose al lado de Cody—. Este asiento está ocupado. Soy Travis, por cierto, receptor.

—¡Trav! —Cody lo empuja—. Largo de aquí.

—Parece que te vas a sentar conmigo. —Isaiah vuelve a dar unas palmaditas sobre el asiento que tiene al lado para que me siente.

Sin mediar palabra, Kai me desliza una de sus manazas por la cintura y me lleva a una fila detrás de todos.

—Estás conmigo, Montgomery.

Me gusta demasiado cómo suena eso. Casi tanto como estoy disfrutando la manera en que siento su brazo pesado y posesivo alrededor de la cintura.

—Vale. Pues yo llevo a Max. —Isaiah extiende las manos para coger a su sobrino, que básicamente se lanza sobre él—. ¿Soy tu persona favorita?

Max se ríe, mostrando los dientes de bebé.

Cody sale al pasillo.

—¡Maxie! Creía que yo era tu favorito.

—¡Bichito! —grita otro jugador—. ¡Te he echado de menos!

El equipo rodea el asiento de Isaiah, totalmente embelesado por el hijo de Kai, y yo no podría alegrarme más por lo mucho que lo quieren estos chicos.

Es una situación extraña que haya un bebé viajando con un equipo de

deportistas profesionales. Los horarios son duros, la carretera puede ser una vía de escape para algunos tíos y sé que la organización ha cambiado mucho el itinerario para adaptarse a los Rhodes. No tardo en sentirme protectora hacia el pequeñín, por extraño que parezca, y ver al equipo adulándolo enseguida hace que algo se me acelere en el pecho.

La parte posterior del avión sin duda es para Max. Hay una cuna anclada al suelo, con unas cortinas opacas contra el fuselaje, preparadas para envolverla mientras el niño duerme. Y hasta tiene su propia zona de juegos al otro lado del pasillo.

Los Warriors de verdad que lo han dado todo para que esto funcione.

—Este es nuestro sitio. —Kai señala la fila detrás de su hermano, donde una parte está vacía y en la otra hay un portabebés atado al asiento del pasillo—. Max suele dormirse en los vuelos y, si viajamos de día, esta es su zona de juegos. —Kai señala la parte que hay justo enfrente de la cuna—. No tienes que estar todo el rato con él en el avión. Yo estaré con él y, si tengo que ir a revisar un vídeo con los entrenadores o algo así, Isaiah puede vigilarlo.

—Pero a mí me gusta vigilarlo.

Kai centra su atención en mí rápidamente.

—Vale. Es que no quiero que te canses del niño.

—No me siento así para nada. Me gusta pasar rato con él.

Kai no añade nada más y se limita a mirarme con la ternura que solo le he visto dedicarle a su hijo.

—Vale.

—Por favor, tomen asiento. La puerta de embarque va a cerrarse — resuena la voz de la azafata por el sistema de megafonía.

Isaiah va a pasarle a su hermano el niño, pero Kai señala al suelo del pasillo enmoquetado.

—Ponlo de pie, a ver si quiere dar unos pasos. —Kai se pone en cuclillas y extiende las manos, con la esperanza de que Max dé los primeros pasos

para alcanzarlo.

Pero en cambio, lo que hace el niño es agarrarse al reposabrazos como si le fuera la vida en ello antes de caerse. Está claro que es su hora de la siesta, porque no suele llorar mucho, pero en cuanto toca el suelo, estalla en lágrimas.

—Muy bien, Bichito —dice Kai, cogiéndolo en brazos para tranquilizarlo—. Ya lo conseguiremos a la próxima.

Lo mece mientras le acaricia la espalda hasta que Max inspira suficiente aire para calmarse. Solo tarda unos minutos y, en cuanto cesa el llanto, Kai lo ata al portabebés para el despegue y se sienta a su lado. Yo me siento en la fila libre que hay enfrente de ellos, tengo unas vistas perfectas del jugador de béisbol sonriendo a su niño, que lo mira igual de embelesado, con los ojos cansados y llorosos.

Kai se lleva la mano de su hijo a los labios y le salpica de besos la palma. Al final consigue sacarle una risita al bebé que por lo general siempre está contento.

Nunca había pensado en tener críos, pero me sorprendería encontrar a una mujer cuyos ovarios no se pusieran a hacer todo tipo de cabriolas al ver que Kai Rhodes sabe qué hacer exactamente para que su hijo se sienta bien.

11

Kai

En cuanto mi hermano se instala en mi habitación, cierro con cuidado la puerta detrás de mí, esperando que Max no se despierte. Por poco llamo a la puerta que separa mi cuarto del de Miller para pedirle que lo vigile durante una hora más antes de que termine la noche, pero cuando he regresado del partido, estaba enfrascada en sus libros de cocina y en el portátil; seguro que estaba buscando inspiración.

La semana pasada, después de que me hablara de su trabajo, la busqué en internet. Aunque parezca raro, no lo había hecho antes. Supongo que no creí que hubiera mucho más que averiguar, porque es la hija de Monty y ya sabía que era superior a mis fuerzas.

Pero me equivocaba.

Su nombre aparece por todas partes. «Impresionante» no es lo bastante fuerte para describir la carrera de Miller Montgomery. Sus logros son inauditos para alguien de su edad. Le han dedicado artículos, ha ganado premios prestigiosos y ha trabajado bajo algunos de los nombres más importantes de la industria antes de hacerse un nombre propio. Pero las fotos son lo que más me sorprende. Aparece con una chaqueta blanca de chef bien planchada y el pelo recogido en un moño. Sin aro en la nariz ni tatuajes a la vista. Apenas se reconoce a la chica que conocí en el ascensor hace tan solo unas semanas.

Cada día se presenta con un peto diferente y suele ir descalza, pero

después de ver su lado profesional en internet, hay una parte de mí que se siente privilegiada de que Max y yo tengamos acceso a esta faceta menos conocida de Miller, a pesar de lo salvaje que sea.

A ella le gusta mi hijo y a mi hijo le gusta ella, así que eso hace que ella me guste un poco más a mí.

Después de empezar la temporada, mentí respecto a lo de que no necesito enfriar, pero esta vez no he podido. He lanzado hasta la séptima entrada esta noche y me duele muchísimo el hombro. Dudo que pueda coger mañana a Max con el brazo de lanzar.

Me dirijo al último piso del hotel en el que nos alojamos en Houston, cojo un par de toallas y salgo a la piscina de la azotea porque necesito hacer unos largos para enfriar los músculos. Es tarde, pasada la medianoche, y la piscina está cerrada al público, pero no es algo que me haya detenido antes. Vivo para el solitario momento de paz en la piscina después de un partido.

Pero esta noche no estoy solo.

El vapor del jacuzzi de al lado la rodea, pero está sentada con los pies colgando en la piscina. Es una cálida noche de julio y la luna estival ilumina lo suficiente para perfilarla. Miller lleva un bikini. Es un trozo de tela sin tirantes color verde bosque que le tapa el pecho y la parte de abajo está tan subida a las caderas que queda expuesto cada centímetro de esos músculos que tanto me gustan.

Es despampanante, joder, con esos tonos tierra y la piel tatuada bajo la luz de la luna.

Al abrir la puerta, hago mucho ruido, así que ya sabe que no está sola.

—¿Allanamiento de la propiedad, Rhodes? No es muy responsable por tu parte.

—A lo mejor tengo un lado salvaje que no conoces.

Suelta una carcajada.

—Sí, claro.

No sabe que el Kai prepaternidad era tan alocado como ella.

—Creía que estarías en tu habitación buscando inspiración en uno de esos libros de cocina con los que viajas.

Señala con la cabeza hacia la luna de verano que se ve en la distancia por encima del perfil de la ciudad.

—Esto me resulta muy inspirador.

No se equivoca. Las vistas son impresionantes.

Tanto por el panorama como por la chica a la que no debería estar mirando.

Dejo las toallas en una tumbona que hay cerca y por el rabillo del ojo veo que Miller empieza a levantarse. Saca las piernas del agua y recorro con la mirada cada centímetro de su piel mojada.

—¿Adónde vas?

Señala hacia el hotel.

—Te dejo la piscina. Me he imaginado que la querías para ti solo.

—Deberías quedarte.

Vale... No tengo ni idea de por qué he sugerido eso.

Vacila, pero no me responde. Regresa a su sitio sin más y vuelve a sumergir en el agua los dedos de los pies con las uñas pintadas de rojo.

Me quito la camiseta por la cabeza y la tiro en la tumbona antes de ajustarme la cinturilla del bañador. Pillo los ojos verdes de Miller recreándose en cada ángulo de mi vientre y mi pecho al otro lado de la piscina, pero lo único que me permite verlos es el resplandor de las luces que hay bajo el agua.

Joder, hace muchísimo tiempo que no he visto a una mujer fijarse en mí. Hace una eternidad que no me miran de una forma que me haga sentir un hombre y no solo el padre de alguien. Me pavoneo ante su mirada y el pecho se me ensancha por la atención.

—Tienes tatuajes —afirma, pero su voz destila un poco de sorpresa en el tono. Bajo la vista hacia las costillas y el muslo para ver en qué se está fijando—. Siempre he pensado que me juzgabas por los míos.

«Joder». ¿Eso hacía? A lo mejor sí, pero no era por los tatuajes ni el piercing ni por nada de su aspecto. Daba por sentado que, si una mujer iba a cuidar de mi hijo, sería una señora mayor dulce a la que se le dieran bien las manualidades y la jardinería. No me esperaba a una dinamita malhablada que también es brutal en la cocina.

—Qué va. Me gustan los tuyos. Te pegan. —Miller sonríe—. Pero lo de beber a las nueve de la mañana sí me pareció mal.

Su risa ronca es lo último que oigo antes de tirarme de cabeza a la parte profunda de la piscina. La recorro a nado entera hasta el extremo que apenas cubre, donde ella está sentada, antes de salir del agua. Me encuentro a menos de medio metro delante de ella y me paso una mano por el pelo para retirármelo de la cara.

—Dios santo, Kai. No me extraña que tengas un hijo. Solo verte así preñaría a cualquier mujer.

Me río resoplando.

—No bromeemos con que alguien se quede embarazada, por favor. Ya se me da fatal criar a uno solo. No podría con otro.

Se sienta más recta.

—Pero ¿qué dices?

Es demasiado tarde para entrar en esa conversación. Estoy demasiado cansado. Demasiado dolorido. Tengo la mente demasiado agotada para pensar en otra cosa que no sea relajar el hombro y caer a plomo en la cama. Tengo que despertarme con Max dentro de unas horas, pero al ver el bañador verde oscuro de Miller, mojado y succionado por cada rendija de su cuerpo, me dan ganas de quedarme levantado toda la noche aunque solo sea para mirarla.

«Es la hija de Monty. Es despampanante y es hija de Monty».

Después de eso, me sumerjo en el agua y me hago otro largo. Estiro el hombro y espero que la distancia que nos separa me ayude a olvidar lo preciosa que es esta mujer.

Pero con los ojos cerrados, ella es lo único que veo. Cuando vuelvo a salir a la superficie en busca de aire, me la encuentro sentada en la parte que menos cubre, apoyada en las palmas de las manos y sé que esa imagen no se me irá de la cabeza en mucho tiempo.

—A estas alturas ya deberías saber que ignorarme no te ayudará a olvidarme, Kai —dice con un tono uniforme y seguro—. Eres un padre fantástico. Y, si necesitas que te lo digan, aquí estoy yo.

No la creo, pero no va a servir de nada discutirlo.

—Gracias.

—¿Quién está con él ahora?

—Isaiah.

—¿Y su madre?

Se me escapa una carcajada y me deslizo hacia el agua un instante para recobrar la compostura.

—Es un poco tarde para mantener esta conversación, ¿no crees? —le digo al emerger.

—No. Creo que es el momento perfecto.

Me aparto de ella y empiezo a caminar por el agua. Las vistas son impresionantes desde aquí arriba, tenemos la ciudad entera a nuestros pies. La noche es cálida, el agua relaja y esta mujer casi desnuda hace que se me suelte la lengua.

—En Seattle, me imagino, pero no estoy seguro.

Antes de darme cuenta, oigo un chapoteo: Miller se ha metido en el agua detrás de mí. Nada hacia donde me encuentro antes de salir y sentarse en el borde para obligarme a mirarla.

«Me obliga». Me río por lo bajini. En cierta manera es un privilegio mirar a Miller Montgomery chorreando en bañador.

—¿Qué pasó? —pregunta con una voz más baja de lo habitual.

El agua le resbala por el cuerpo, le caen algunas gotas entre las tetas, donde tengo centrada mi atención. Ella lo sabe y, como una hipnotizadora

sexual, se acerca más a mí y vuelve a preguntar:

—¿Qué pasó con la madre de Max?

—¿Me estás distrayendo con tu cuerpo?

—¿Funciona?

Me froto la cara, sí, funciona. Demasiado bien, joder.

—Era alguien que... mmm... veía alguna vez cuando jugaba en Seattle. La conocí en un restaurante de la zona que el equipo frecuentaba. Ashley era nuestra camarera. Nunca fue nada serio y se terminó en cuanto firmé con Chicago. No fue más que un rollo, o eso creía yo. Me mudé al Medio Oeste en otoño y, justo un año más tarde, apareció en mi apartamento con un niño de seis meses en brazos.

—¿No te avisó cuando se quedó embarazada? —Miller frunce el ceño, con un enfado evidente.

—No lo supo hasta que ya me había marchado. Pero, no, no creo que tuviera pensado avisarme.

—La odio.

Me río.

—Yo no.

—¿Por qué no?

—Porque ella creía de verdad que estaba haciendo lo correcto, a pesar de lo equivocada que estuviera. No quería que yo pensase que intentaba atraparme o que le diera dinero, así que planeó hacerlo sola, pero a los seis meses se dio cuenta de que no quería ser madre. Y entonces fue cuando apareció.

Miller resopla.

—Pues ya le guardo yo rencor por ti, puesto que eres tan cuerdo y razonable. Fue muy jodido, Kai. Te perdiste seis meses enteros de su vida.

—Lo sé y pienso en esos seis meses cada día. Lo que me perdí, lo que Max aprendió sin tenerme a mí cerca. No la odio, pero sí estoy enfadado con ella por no habérmelo contado antes. Cuando se presentó en Chicago,

no me quedó ninguna duda de que yo sería quien iba a criarlo.

—¿Y estuviste seguro de que era tuyo? ¿Sin más?

Levanto las cejas y espero a que caiga en la cuenta. Max tiene mis ojos azul acero y mi pelo oscuro. No hay duda de que es mío.

—Vale. —Se ríe alzando las manos—. Es una pregunta estúpida.

—Ya me he perdido tanto que tengo miedo de perderme más.

Reina un silencio extraño y ensordecedor.

—Perdona —me disculpo—, es demasiado tarde para profundizar.

—Nunca es demasiado tarde para que me profundices, Papi Béisbol.

Estallo en carcajadas para romper la tensión.

—Qué tonta eres.

Sonríe, cosa que me gusta demasiado. Quiero quedarme mirándola y decirle muchas cosas cuando me mira de esta manera, pero me sumerjo en el agua y me alejo nadando hasta que la siento pegada a los talones, nada en la misma dirección que yo.

Salgo en la parte honda y espero a que ella salga también a la superficie.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Seguirte por la puñetera piscina hasta que me cuentes el resto.

—¿El resto de qué?

—De la historia. Por qué no le confías a nadie tu hijo. Por qué no confías en mí. —Usa los brazos y las piernas mucho más de lo que necesita para mantenerse erguida en el agua—. Además, no se me da muy bien nadar, así que, si me ahogo, pesará sobre tu conciencia.

—Sí que confío en ti.

Se queda quieta y esos ojazos verdes se abren mucho antes de empezar a hundirse despacio.

—Muy bien, Michael Phelps. —Le rodeo con un brazo la cintura para atraerla hacia mi cuerpo—. No hace falta que sacrifiques tu vida. Hablaré.

Nuestras piernas se entrelazan debajo del agua, la piel se me desliza contra la suya. El agua está bastante caliente, pero noto cómo se le pone la

carne de gallina en la espalda bajo mi tacto. Con una mano serpenteando por su cadera y las piernas enroscadas en mi cintura, baja lentamente los ojos a mis labios porque están demasiado cerca de los suyos.

Me aclaro la garganta y nos llevo nadando de vuelta a donde no cubre.

Cuando llego a donde ella hace pie, todavía no la suelto. Cuando intenta apartar las piernas de mis caderas, la agarro con más fuerza. Me gusta tenerla así. Demasiado. La verdad es que no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo sin tener el cuerpo de una mujer pegado al mío, pero no quiero que termine aún.

—¿Confías en mí? —susurra.

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Dios, no tengo ni idea. Eres como un elefante en una cacharrería, así que a lo mejor está claro que se me ha ido la olla.

La llevo despacio hacia el borde de la piscina, la dejo allí sentada, pero no me marchó. Me quedo entre sus piernas abiertas, con una palma plana sobre el hormigón a cada lado de ella.

—¿Qué preguntas tienes?

—¿Por qué has despedido a todas las niñeras?

Ella no vacila, pero yo sí.

Dejo caer la cabeza, los muslos de Miller están ahí mismo, delante de mí, y tengo que cerrar los puños para no tocárselos.

—¿Puedo decírtelo yo? —pregunta en voz baja—. Creo que quieres dejar de jugar al béisbol. Creo que te preocupa mucho perderte los momentos importantes y que quien cuide de Max los viva antes que tú. Creo que estás tan obsesionado por lo que te perdiste que estás desesperado por no perderte nada más.

Inhalo por la nariz y retrocedo en el agua porque estamos demasiado cerca y está viendo demasiado.

—Sé lo que es notar la ausencia de tus padres —le digo—. El día que me

seleccionaron, Isaiah era la única persona que tenía y fue lo mismo cuando le llegó su turno. También fui yo el único que estuvo cuando se sacó el carnet de conducir o cuando le partieron el corazón por primera vez. Lo último que voy a ser es un padre ausente. No me perderé lo importante y sobre todo no quiero perderme las pequeñas cosas del día a día. Lo quiero ver todo.

Nos quedamos callados mientras Miller patalea en el agua y me roza con el pie la pierna.

La actitud habitual de seguridad en sí misma se suaviza.

—¿Dónde estaban tus padres?

—Mi madre murió.

—La mía también.

Los ojos se me van a los suyos cuando se acerca un poco más al borde de la piscina.

—Tuvo cáncer —dice.

—La mía en un accidente de tráfico.

—¿Y tu padre?

Muy bien, esto es demasiado para contarlo esta noche.

—Es una larga historia.

Parece comprender la necesidad que siento de cambiar de tema.

—Tienes que divertirte un poco en la vida.

Se me escapa una sonrisa al acordarme de ciertas cosas.

—Créeme, a los veinte me divertí mucho. En cuanto Isaiah se asentó en la liga, me di la gran vida. Era estúpido e imprudente, y no me hace falta volver a eso ahora que tengo que criar a un hijo.

—No tienes que volver a eso, pero podrías encontrar un equilibrio entre lo de antes y lo de ahora. Eres un gruñón. —Y a continuación dice con voz más grave, imitándome—: «Odio tanto jugar al béisbol como a la gente que cuida a mi niño».

—No odio el béisbol. La verdad es que me encanta. Lo que odio es que

me aparte de Max.

—¿Y las personas que cuidan del niño?

Hago una mueca.

—Depende.

Se ríe y me da un revés con la mano en el pecho, pero se la cojo antes de que pueda retirarla.

—¿Cuántos años tenías tú cuando murió tu madre?

El tono en el ambiente cambia de nuevo.

—Cinco.

—Ostras —exhalo—. No había pensado que Monty fuera tan joven cuando perdió a su mujer.

—Ah, no estaban casados. De hecho, solo llevaban viéndose un año cuando mi madre murió. —Miller se desliza del borde al agua, se queda entre mi cuerpo y la pared de la piscina—. No es mi padre biológico.

«¿Qué?».

Se aleja de mí nadando, pero ella misma ha dicho que no se le da muy bien nadar, así que no llega muy lejos. Lleva toda la noche persiguiéndome por la piscina, pero esta vez soy yo quien está decidido a atraparla.

—Sigue hablando —la animo cuando sale a la superficie.

—Me adoptó. —Se retira las gotas de agua de la cara—. El día antes de que muriera, mi madre le pidió que me adoptara. Fue una petición absurda. Tenía veinticinco años y era jugador profesional de béisbol. Yo no era más que la hija de su novia, pero lo hizo de todos modos. Mi madre era madre soltera y me había criado sola hasta entonces. Mi padre biológico fue un rollo de una noche. Monty me adoptó, cambiamos mi apellido por el suyo porque ella lo quiso así. Dejó la liga y se puso a trabajar de entrenador en una universidad para cuidarme porque yo no tenía a nadie más. Es la cosa más desinteresada que jamás haya hecho nadie por mí y me siento fatal por ello.

Me quedo helado, de pie en la parte que menos cubre de la piscina,

aturdido por la vulnerabilidad que Miller nunca ha mostrado delante de mí. Usa el humor para disipar las situaciones tensas, pero ahora no lo está haciendo porque Monty se merece un momento de reconocimiento. Quiere hacerme entender lo bueno que es. Lo importante que es para ella.

—Le preocupa que te retires como lo hizo él —continúa.

Es algo en lo que pienso a diario. Me ahorraría mucho estrés. Claro, dejaría una carrera que me encanta, pero sería para desempeñar un trabajo que me gusta muchísimo más.

—No lo hagas —susurra—. Te lo dice la hija de alguien que lo dejó justo por lo que tú estás pensando en dejarlo. Max vivirá con esa culpa el resto de su vida.

Por eso volvió la semana pasada. Seguro que por eso Monty le dijo que me diera otra oportunidad.

—Miller, estoy agotado. Todo el puto tiempo.

—Déjame ayudarte. Déjame ayudarte a encontrar un equilibrio.

Va en serio lo de la culpa que siente. Pero ¿por qué? Conozco a Monty. Sé el tipo de hombre que es. Lo dejaría todo por su hija, igual que yo. ¿Por qué no lo entiende? Cuando tienes un hijo, llega un tipo de amor distinto a tu vida. Monty no sacrificó su carrera, tan solo cambió de dirección por lo mucho que quería a esa niña. La quiere tanto que lleva su foto de sóftbol a cada sitio donde vamos a jugar para ponerla sobre el escritorio y verla.

Ella me mira a los ojos suplicante, pero antes de que pueda responder, la luz cegadora de una linterna le ilumina la cara.

—¡Oye! —grita un guardia de seguridad—. ¡La piscina está cerrada!

Me doy la vuelta y tapo con mi cuerpo a Miller colocándome de espaldas a ella. En parte lo hago para quitarle esa luz de la cara, pero sobre todo porque me pongo muy posesivo al verla con ese bikini verde minúsculo y no me apetece compartir la vista.

A ella le entra un ataque de risa.

—¡Perdón! —Levanto las manos y las saco del agua—. Nos vamos ya.

Miller continúa riéndose.

—Te hago responsable de esta, Montgomery. Aquí estoy, pasando una noche contigo y ya metiéndome en problemas.

—Y esto no es nada. —Se ríe—. Tengo pensado meterte en un montón de problemas más.

Eso es justo lo que me preocupa.

12

Kai

Hemos salido de viaje para hacer nuestras rondas y jugar con los equipos de Texas. No hemos tenido ni un día libre desde que nos marchamos de Chicago y tampoco he tenido la oportunidad de hablar con Monty a solas. Los chicos están alborotados mientras avanzan por el túnel hacia el campo, pero yo me cuelo en el despacho del entrenador visitante mientras el equipo se prepara para los calentamientos.

—Hola, As —me saluda Monty, está de pie junto al escritorio y apenas levanta la vista de los informes que está mirando—. ¿En qué puedo ayudarte?

Cierro la puerta tras de mí sin hacer ruido, rodeo el escritorio y, sin mediar palabra, le doy un abrazo.

Se queda quieto un instante todavía con los papeles en las manos, pero no lo suelto. Al final, los deja en el escritorio y me devuelve el abrazo.

—¿Estás bien?

Sí. No. ¿Le digo lo impresionado y molesto que estoy al mismo tiempo? ¿Cómo expreso lo agradecido que me siento por lo que hizo por Miller sin que parezca que le tengo un apego de la hostia a su hija?

Me aparto y le doy un empujón en el pecho.

—Vete a la mierda.

Se ríe y levanta las manos en señal de rendición.

—Estoy recibiendo señales muy distintas, tío.

—Me dijiste que no me retirara cuando tú sí que lo hiciste y por la misma puta razón.

Se le ablanda la expresión de los ojos cansados y el pecho se le mueve al exhalar.

—Te lo ha contado.

—Sí, y tú también deberías habérmelo dicho.

—Siéntate.

Enfadado, obedezco y tomo asiento en la silla que hay al otro lado del escritorio.

El hombre vuelve a su sitio y junta los dedos de ambas manos debajo de la barbilla.

—No te lo conté porque tú y yo no somos iguales.

—Somos exactamente iguales respecto a eso, Monty. Te retiraste para cuidar de tu hija. ¿Por qué yo no puedo hacerlo?

—Porque yo no era tú, As. No tenía tu nivel. No tenía tu edad. No tenía el tipo de ayuda que tú tienes. ¿Por qué crees que he sido tan firme para que la organización se encargara de que esto funcionara? Sé lo duro que es. Joder, Kai, sé por lo que estás pasando, pero no estás solo. Yo sí lo estaba.

«Mierda».

—No te lo conté porque lo que estás buscando es un motivo para retirarte —continúa— y yo no iba a dártelo. Si no te encantara jugar, te ayudaría a hacer las maletas ahora mismo, pero te veo la cara las noches que te toca lanzar, lo mucho que te gusta estar otra vez con Isaiah. A ti aún te encantan los partidos.

—Y a ti también. Eso está claro. De lo contrario, no llevarías entrenando veinte años. Así que, ¿por qué lo dejaste si te gustaba tanto?

—Porque Miller tenía cinco años y acababa de perder a su madre.

Los ojos se me van a la foto enmarcada que hay sobre el escritorio. En ella aparece una Miller preadolescente con una camiseta amarilla de sóftbol, con el número catorce gigante en su uniforme. Sabiendo lo que sé ahora de

esta mujer, se me encoge el pecho por lo que tuvo que pasar siendo tan joven.

Me quito la gorra y paso el pulgar por la foto de Max que llevo metida ahí dentro.

Monty suspira resignado.

—Estaba en parvulario y había perdido al único familiar que había conocido. Me necesitaba.

—¿Te arrepientes de haberlo dejado? ¿Por eso no quieres que yo haga lo mismo?

—Ni por asomo. Yo la necesitaba tanto como ella me necesitaba a mí, pero para Miller y para mí no fue igual que para Max y para ti. Yo buscaba orientación en ese momento de mi vida y soy mucho mejor entrenador que jugador.

Tengo los ojos clavados en la foto.

—Tú tienes la ayuda que yo nunca tuve. Max y tú tenéis a mucha gente cubriéndolos las espaldas. Tu hermano, todo el equipo y yo.

«Y Miller», añadido en silencio.

En las semanas que lleva aquí, he visto lo protectora que es con Max, lo mucho que ya se preocupa por él, pero no lo diré en voz alta para que lo oiga su padre.

—¿Qué vas a conseguir dejándolo? ¿Estar en casa para asegurarte de que Max está contento? ¿Sabes que le pone contento a un niño? Ver a sus padres cumplir sus sueños. El béisbol sigue siendo tu sueño, lo sé. Deja de verlo como el enemigo y permítete disfrutarlo. Todo esto, el equipo, los viajes y los fans, en cuanto se acabe, se acabó.

Sin despegar los ojos de la foto de Miller, le doy vueltas a lo que me dijo. Ella no quiere que Max sienta la culpa que ella siente, quiere ayudarme a encontrar un equilibrio entre los dos amores de mi vida.

—Kai, mírame.

Obedezco y veo a Monty al otro lado del escritorio.

—Os quiero, a ti y a tu hijo. Ya lo sabes. Eres el mejor lanzador que he tenido jamás en un equipo, pero no te pediría que te quedaras si no creyera que es lo mejor para ambos. Quiero que tengas la oportunidad que yo nunca tuve. Tienes a mogollón de gente de tu lado.

Para alguien que siempre se ha sentido solo en cuanto a las responsabilidades, que nunca ha tenido nadie en quien apoyarse, no es fácil ver la ayuda a su alrededor. Pero aquí está. No hay ni un alma en el equipo ni en el personal que no hiciera todo lo posible por mi hijo y por mí. Tiendo a regodearme en la autocompasión, a decirme a mí mismo que estoy solo en esto, pero no es verdad.

Asiento.

—A veces se me olvida pedir ayuda.

—Bueno, has pasado muchos años buscándola sin recibir ninguna, así que no te culpo, pero ya no es el caso.

El silencio reina entre nosotros.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

Señala hacia el campo.

—Vale, pues mueve el culo al banquillo.

Me levanto riéndome y él hace lo mismo. Cuando me coge la mano para estrechármela, tira de ella desde el otro lado del escritorio para darme un abrazo, pero cuando voy a marcharme, me retiene.

—As, ¿a qué venía el abrazo que me has dado al entrar aquí?

Mantengo el contacto visual para asegurarme de que oye mis palabras:

—Por cuidar de Miller cuando lo necesitaba. Eres un buen hombre, Monty.

—Ah, joder —susurra, riéndose para sí mismo—. Te estás poniendo tierno conmigo.

—No puedo evitarlo. Algo extraño les pasa a tus emociones cuando tienes un hijo.

—Dímelo a mí. —Monty niega con la cabeza, frotándose los ojos con el pulgar y el índice para intentar disimular—. Largo de aquí. Tengo que recomponerme para salir ahí fuera y fingir que soy mucho más duro de lo que en realidad soy.

—Hace más calor que en el infierno —se queja mi hermano. Está a mi lado, tirándole la pelota a Cody por la línea de foul, para calentar el brazo.

Hago lo mismo, estiro el hombro y lanzo a una velocidad del veinticinco por ciento a otro de los lanzadores titulares que estará conmigo en el banquillo esta noche.

—No echo de menos Texas por muchas razones —digo—. Pero esta mierda de temperatura es una de ellas, sino la número uno.

Isaiah coge la pelota y la mantiene en las manos mientras se gira hacia mí.

—¿Alguna vez se te hace raro volver?

No podría importarme menos regresar a mi estado natal. Me he sentido más en casa tanto en Seattle como en Chicago. Me pasé la adolescencia aquí con dificultades, intentando que mi hermano entrara en la universidad con una beca, apañándomelas para ver cómo podíamos entrenar e ir a clase al tiempo que esperaba hacerle sentir el amor y el apoyo que nuestro padre no podía darnos.

Me quedo con la pelota en el guante mientras lo miro.

—Qué va. ¿Y tú?

—Raro no, pero en cierto modo lo echo de menos. Tengo buenos recuerdos de cuando era pequeño y jugaba aquí al béisbol.

Juro que es el rollo este de padre del que hablaba antes, me pone emotivo. Por eso siento una oleada de alivio al saber que mi hermano pequeño puede ver con nostalgia lo que vivimos aquí. Creía que lo había jodido. Creía que la cagaría al criarlo yo, pero parece que lo lleva bien.

Dejo mi puesto y le echo un brazo por los hombros y le coloco la palma

en la nuca.

—Sí, macho. Nos lo pasamos bien aquí, ¿eh?

—¡Ey, Rhodes! —grita alguien desde las gradas, que se están llenando rápido—. ¡Qué buen culo te hacen esos pantalones de béisbol!

Isaiah dibuja una amplia sonrisa mientras examina a la multitud que hay detrás de mí. Siguiendo su mirada, encuentro de dónde procede esa voz ronca que lleva un peto cortado, gafas de sol y tiene en brazos a mi hijo.

Dios, qué guapa está. En un mar de azul marino y rojo, ella luce ropa vaquera y colores tierra.

Pero ¿qué está haciendo aquí? El partido está a punto de empezar y tiene a Max colocado en su peto como si fuera un canguro. Al fijarme mejor, veo al niño con la miniversión de mi camiseta que el equipo le compró y los brazos y las piernas untados en protección solar.

Mi hermano se da la vuelta para enseñarle el culo y se lo mira.

—¿Te refieres a esto?

—Al tuyo no —grita ella y me señala—. ¡Me refiero al del padre soltero buenorro de ahí! Al número veintiuno.

—¿A él? —pregunta Isaiah, apuntándome con el pulgar—. Pero si es un viejo.

—Soy dos años mayor que tú, capullo.

—¿Qué quieres que te diga? —le grita Miller al campo—. ¡Me van los tíos mayores! —Enfatiza sus palabras con un silbido de admiración que sale de sus labios.

Sonrío de oreja a oreja, tanto que casi me duele, en parte porque que Miller esté diciendo que estoy bueno delante de mi hermano le hace alguna estupidez a mi ego, pero sobre todo porque Max está aquí y nunca ha estado presente en uno de mis partidos.

Me acerco trotando a ellos, puesto que están en la primera fila detrás de la barrera entre el campo y los aficionados.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Max se gira para bajar la vista, porque

está colocado en el peto de Miller y su preciosa sonrisa de mejillas regordetas me encuentra—. ¡Hola, Bichito!

—He pensado que igual te gustaba tener a Max cerca, ya que hoy te toca estar en el banquillo.

Los ojos se me van a ella.

—¿Dónde estás sentada?

Señala un asiento fuera de la línea de foul, el primero en el lado del banquillo. Un sitio en el que podré verlos a ambos durante todo el partido.

—¿Cómo coño has conseguido ese asiento?

—Conozco a alguien que trabaja para el equipo.

Giro la cabeza hacia el campo, Monty está delante del banquillo, pero tiene la vista al frente, con las gafas de sol, mascando chicle como si no estuviera mirando hacia aquí.

Max estira las manos hacia mí.

—¡Pa-pa!

—¡Hola, hombrecito! Te he echado de menos esta mañana.

Miller se desabrocha un lado del peto y lo saca.

—Pareces un canguro.

—Porque soy una canguro, pero buenorra, ¿eh?

Me pasa a Max por encima de la barrera cuando me quedo callado, prefiero no responder a una pregunta que me meterá en problemas. Porque sí, que me haya traído al niño, aunque haya sido a su extraña manera, es una de las cosas más sexis que he visto.

—Este es mi chico. —Le doy un par de besos en la mejilla—. ¿Eres un marsupial pequeñito? —Él suelta una risita y le acaricio la espalda, donde está escrito nuestro apellido mientras le digo—: Mírate con tu camiseta... Estás preparado para el partido, ¿eh?

Max cae hacia mi hombro, hundiendo la cabeza en el hueco del cuello y haciendo que se le caiga la diminuta gorra de béisbol. Pillo a Miller observándolo, bueno, observándonos a los dos, con una sonrisa tierna.

—¡Max-i-millonario! —exclama Isaiah—. ¿Has venido a ver cómo tu tío lo peta en el campo?

Mi hermano me quita a mi hijo, corre con él hacia el diamante y se lo enseña al resto de los chicos. Max sonríe mientras todo el equipo le hace mimos, como si no tuviéramos un partido profesional en el que concentrarnos en menos de una hora.

Con las manos en la barrera entre el campo y las gradas, veo a Isaiah sostener a su sobrino en la cadera. Corre con él por las bases, hasta que el resto del equipo los recibe en el home.

Se me encoge el corazón, pero no por el tiempo que paso apartado del niño o los momentos que me he perdido, sino porque es la primera vez desde que Max entró en mi vida que siento que puedo tenerlo todo.

Una mano pequeña se posa sobre la mía, que tengo apoyada en la barrera acolchada y, cuando levanto la vista, me encuentro a Miller mirándome.

—Nunca ha estado en uno de mis partidos —le digo con la voz un poco ronca—. Gracias por traerlo, Mills.

Enarca una ceja.

—Mills, ¿eh?

—No intentes estropear este momento con humor, Montgomery. Te llamaré como me dé la gana.

—Sí, Papi.

La mujer de al lado tose en el puño, un gesto como para recordarnos que está ahí.

—Papi Béisbol, quiero decir.

Me limito a mirarla negando con la cabeza.

He aprendido rápido que a Miller no se le dan demasiado bien los momentos emotivos, así que en vez de decir nada al respecto, me aprieta la mano sin más. Le devuelvo el gesto y ambos tenemos una conversación silenciosa en un estadio lleno de gente. Ella me dice que está cumpliendo su promesa de ayudarme a encontrar equilibrio en mi vida personal y

profesional, y yo por fin acepto ayuda.

—Voy a ir a enseñarle el banquillo. —Me agacho para recoger la gorra de Max, pero no dejo de observarla mientras reculo—. No veo que lleves el número veintiuno. ¿Dónde tienes tu camiseta?

—Yo soy más del catorce.

Su número de sóftbol.

Mantengo la boca cerrada para no soltar que he mirado esa foto en el escritorio de su padre demasiadas veces y que sé a lo que se refiere.

—Si vas a empezar a venir a mis partidos, será mejor que vea un Rhodes en tu espalda y no estoy hablando de mi hermano.

—¿Es eso algún tipo de perversión deportiva que tienes? ¿Necesitas ver a una chica con tu camiseta?

Mi antigua faceta de ligón, que he mantenido escondida y encerrada casi desde que Max entró en mi vida, se muere por salir.

Me encojo de hombros.

—Me gusta ver a las chicas guapas con mi camiseta. Y también me gusta quitársela.

Miller separa los labios y una sonrisa de sorpresa y satisfacción asoma por las comisuras.

—Bueno, eso suena muy prometedor. Me aseguraré de llevarla puesta la próxima vez.

El pecho se me agita por la risa que ella ya no puede oír, pues estoy demasiado lejos. Aunque los comentarios descarados de Miller se supone que son para chincharme y esas palabras no garantizan nada, no puedo negar que me hacen sentir como antes, el que era feliz y despreocupado, sin el peso de más responsabilidades de las que puede asumir una persona sola.

Pero la mejor parte de todo esto es que mi hijo está aquí y, a pesar de todo, me siento así.

El gimnasio está atestado después del partido, porque además de volar a

casa, por fin mañana tenemos un día libre. La mayoría de los chicos están terminando el tratamiento esta noche para no tener que quedar con su fisio ni con el equipo médico por la mañana antes del vuelo. Yo soy uno de ellos y espero dormir tanto como me lo permita Max, así que tiro de la banda elástica que he atado alrededor de un poste para que trabaje un poco el manguito rotador.

Por lo general, saldría pitando de aquí, sobre todo si hemos perdido, para regresar al hotel a tiempo de acostar a Max, pero por primera vez en toda la temporada, no siento la necesidad de compensar esos momentos que me pierdo.

Porque lo he podido ver durante todo el partido.

Sentado en el regazo de Miller, me saludaba mientras estaba en el banquillo cada pocos minutos hasta que cayó rendido en la tercera entrada y se quedó dormido contra su pecho. Estoy seguro de que le babeó encima, pero ella pareció no inmutarse. Simplemente le frotaba la espalda mientras dormía, le iba poniendo crema protectora por el cuerpecito cuando llegaba el momento y estuvo las nueve entradas apuntando al niño con un miniventilador.

Tenía que estar allí cuando se despertara, mientras se reaclimataba a lo que le rodeaba y, cuando alzó la vista hacia la chica que le tenía en brazos, le dedicó una sonrisa adormilada.

Le encanta. Es evidente por cómo la mira, por cómo va con ella cada vez que la tiene cerca. Le da el consuelo que le faltaba y a mí también me tranquiliza saber lo bien que se llevan.

—Kenny, por favor —suplica mi hermano. Va siguiendo a su fisioterapeuta preferida y se cuela entre las camillas sin despegarse de ella.

—No voy a tocarte nada.

—Es tu trabajo, literalmente.

Kennedy lo ignora y se centra en envolverle a Cody la rodilla con hielo.

—Kenny —gimotea Isaiah como el niño que tiende a ser.

—Sanderson está libre. ¡Eh, Sanderson! —lo llama—. Rhodes te necesita.

—No...

—¿Qué te duele? —pregunta el interpelado acercándose.

Mi hermano abre mucho los ojos.

—Nada.

Kennedy se echa a reír detrás de él.

—Venga, Isaiah. Dile lo que querías que yo te frotara.

Sanderson levanta las manos.

—Te juro por Dios que como me digas la polla, abandono mi puesto.

—Madre mía —resoplo y niego con la cabeza, porque, bueno, estoy segurísimo de que eso es lo que mi hermano estaba a punto de decir.

—No. Por Dios, no. Es el culo.

—Los glúteos —lo corrige Kennedy.

—Los glúteos —confirma él.

—Sube. —Sanderson da unas palmadas sobre su camilla—. Vamos a echarle un vistazo.

Isaiah le lanza a Kennedy una mirada asesina y atrae su atención mientras sube a la camilla de Sanderson con el culo arriba.

Kennedy luce una sonrisa de satisfacción cuando Sanderson empieza a trabajar con el codo sobre los glúteos de mi hermano, pero cuando Isaiah empieza a darle al fisioterapeuta indicaciones de verdad, con sonidos de malestar, Kennedy se pone seria.

—Isaiah, ¿te duele en serio? —pregunto.

—Sí. ¿Por qué crees que se lo estaba pidiendo a Kennedy, solo para que me tocara el culo?

—Sí —responde al unísono la mayoría del gimnasio.

—Dais asco, pero no, es que creo que hace bien su trabajo.

—Oye —protesta Sanderson.

—Tú también, tío.

Mi hermano se pone tenso en la camilla por el dolor y se le queda el cuerpo entero rígido mientras Sanderson trabaja con el codo en el músculo del glúteo.

Kennedy lo mira desde arriba un momento antes de poner una mano en la parte trasera del hombro de Isaiah.

—La próxima vez te lo hago yo, Rhodes —le dice sin tono sarcástico.

—Gracias a Dios, porque la próxima vez lo que necesitaré es que me froten la po...

—Siempre haces que me arrepienta de lo que digo.

Mi hermano levanta la cabeza de la camilla y le lanza una sonrisa descarada.

Alguien da unos golpecitos en la puerta del gimnasio y entra Miller con los ojos cerrados.

—¿Está todo el mundo visible? —pregunta antes de abrir un párpado y ver al equipo entero vestido en cierto modo—. Porras.

Sujeta a Max de las manos para que mantenga el equilibrio mientras entra caminando tambaleante hacia la sala gigantesca.

—¡Mira qué pasos da! —exclama Isaiah, incorporándose en el borde de la camilla.

—¡Muy bien, Maxie! —tercia Travis, el receptor.

Corro hacia la puerta y me pongo en cuclillas a poca distancia, con las manos extendidas.

—Vamos, Max. Venga.

Espero a ver si esta vez por fin reúne la confianza para dar los primeros pasos.

Cuando Miller lo suelta, se detiene, está inseguro de la hostia. Cuando intenta dar el primer paso solo, se cae de culo y el pañal recibe la fuerza del impacto antes de que el niño se ponga a cuatro patas y gatee hacia mí tan contento como si fuera caminando solo.

Me río y lo cojo en brazos.

—Buen intento, Bichito. Ya casi lo tenemos.

Miller se queda en la puerta, acalorada y brillante por el sol que le ha estado dando, y de repente me entran unas ganas tremendas de besarla. Es muy guapa y muy ridícula a veces, pero al verla con Max hoy, saber que lo ha traído para que tenga las dos cosas que adoro en el mismo lugar, ha hecho que me encariñe demasiado con la chica que tan solo hace un par de semanas quería que se fuera.

—Quedamos en el vestíbulo a las ocho —anuncia Cody—. Monty, tápate los oídos —le dice al entrenador, que acaba de entrar—. Esta noche vamos a emborracharnos, chicos. Quizá alguno incluso tenga suerte. Iremos a bailar y no vamos a volver al hotel hasta que salga el sol.

—Yo no sé nada —dice el recién llegado, tapándose los oídos antes de darle un beso a su hija en la cabeza y meterse en el despacho de al lado.

—Kenny, ¿vienes? —le pregunta Isaiah con mucha esperanza a la fisio.

—No.

—Guay. Guay. —Levanta la cabeza hacia Miller—. Niñera bueno...

Me mira a los ojos y no tengo que decir nada para que sepa que le partiré la cara si termina así la frase.

—Miller —se corrige—. ¿Te apuntas?

La interpelada me mira a mí.

—¿Vas a ir?

Como toda respuesta, señalo al niño con la cabeza.

Ella se vuelve hacia mi hermano.

—Creo que voy a pasar.

Me gusta demasiado la idea de que vaya a quedarse en el hotel porque nosotros también nos quedamos. Pero tiene veinticinco años y estoy seguro de que este verano sin trabajar no está siendo como se había imaginado. Lo último que quiero es que se amargue por nosotros.

—Deberías ir. Lo único que has hecho este verano es correr detrás de este bebé. —Señalo con la cabeza a mi hermano—. Aunque eso no será muy

diferente.

—Vete a la mierda. —Añade Isaiah un gesto con el dedo para mayor énfasis.

Max se ríe mirando a su tío.

—Genial —digo inexpresivo—. Justo «mierda» era lo que estaba deseando que añadiera a su limitado vocabulario.

—No pasa nada. Te ayudaré a acostar a Max —dice Miller.

—Ya me encargo yo. Deberías ir.

—Hazle caso a As —interviene Travis—. Deberías salir con nosotros, Miller.

Giro la cabeza hacia él, no me gusta cómo ha dicho su nombre, con un tono suave y melancólico. Travis es un buen tío, buen compañero de equipo, pero no quiero que le hable así a la niñera de Max. Tampoco me gusta que la mire así, como si fuera la chica más guapa que ha visto en su vida.

Lo es, pero no debería darse cuenta.

Mi atención entonces se centra en mi hermano, que tiene una sonrisa diabólica en la cara.

¿A qué viene esa mirada?

Miller se vuelve hacia mí.

—¿Seguro que no te importa?

«Joder».

Me trago mi arrepentimiento.

—Sí.

—Kennedy —le dice Miller a la fisio—. ¿Estás segura de que no quieres ir?

La chica duda, cosa que me sorprende. No ha salido ni una sola vez con el equipo para no traspasar la línea entre el trabajo y la diversión. Algo por lo que ni un hombre del personal ha tenido nunca que preocuparse.

—Voy a pasar —decide al final—, pero gracias por la invitación.

—Yo siempre te invito y nunca me das las gracias —dice Isaiah en tono burlón.

Kennedy lo ignora totalmente.

—Tú también vas a ir, As —dice Monty, saliendo de su despacho—. Hace tiempo que quiero estar con el chiquitín y esta noche parece la oportunidad perfecta.

—Bah, no importa. Me vuelvo al hotel con él.

El entrenador levanta las cejas como si estuviera recordándome en silencio la conversación que hemos tenido hoy.

«Encuentra el equilibrio. Disfruta mientras puedas».

Aparto la vista de él para mirar a su hija.

Tiene una inclinación traviesa en los labios.

—Deberías venir.

Me atraganto con mi propia saliva porque Miller es la puñetera Miller y sería imposible no imaginarse cosas si me lo dice tan insinuante.

—Qué puto asco —masculla Monty.

—Vamos a dejar de decir tacos delante del niño.

—Sí, deja de decir putos tacos, Monty —dice Isaiah.

El interpelado le lanza una mirada asesina.

—Quiero decir... Usted puede decir lo que quiera, señor.

El entrenador coge a mi hijo.

—Yo me quedo con Max esta noche salgas tú o no a divertirte.

Al ver al crío totalmente conforme con el hombre que lo ha adorado desde que entró en mi vida, vuelvo a mirar a Miller. Tiene esos ojos verdes alzados, esperando una respuesta.

Por una vez, no creo que esté perdiéndome nada, porque he estado con el niño casi todo el día. No me siento culpable por querer salir a divertirme con mis compañeros de equipo. La única culpa que siento es que la hija de mi entrenador ocupa demasiado mi espacio cerebral últimamente.

—Vale —contesto, mirándola a los ojos—. Iré.

Me dedica esa sonrisa pícara.

—¡Vamos! —exclama Cody—. ¡El papi sale de marcha! ¡Por fin, joder!

Se ponen a vitorear y hacer un ruido exagerado para un equipo que acaba de perder el último partido de la gira, pero no salgo con los chicos desde el verano pasado.

La energía en el gimnasio es una locura mientras todos se ponen a recoger sus cosas para llegar al hotel lo antes posible, pero yo mantengo los ojos clavados en Miller, que está ahí de pie, orgullosísima de sí misma por sacarme por ahí esta noche.

13

Kai

Estaba deseando llamar a la puerta que separa mi habitación y la de Miller para bajar con ella al vestíbulo y presentarnos juntos delante de mis compañeros de equipo con la esperanza de que entendieran que está fuera de su alcance esta noche.

Que está fuera de su alcance siempre.

Fuera de su alcance y del mío.

Pero en cuanto Monty llegó a mi habitación para cuidar de Max, bajé yo solo al vestíbulo y me obligué a esperarla allí mientras fingía que no me afectaba lo más mínimo la idea de pasar una noche fuera de casa o del hotel con la chica en la que, aunque me diera tanta rabia, no podía dejar de pensar.

Todo el equipo parece estar ya abajo, bebiendo unas cervezas después del partido, demasiado entusiasmados por tener la noche libre sin pensar en que mañana tienen que volver al campo. Me encuentro a Isaiah en un sillón y, en cuanto el culo toca el cojín a su lado, me ofrece una cerveza fría ya abierta.

—Jamás creí que esto volviera a pasar —dice, chocando su botella contra la mía—, que salieras de marcha con nosotros.

—Es algo puntual.

Se queda callado y se limita a llevarse la cerveza a los labios, pero puedo sentir a nuestro alrededor las palabras no pronunciadas que se muere por

decir.

—¿Qué?

—Nada, es que me parece muy interesante que justo la noche que decides salir con nosotros sea la misma noche que Miller se apunta.

—No tiene nada de interesante.

—¿En serio? Porque me ha parecido especialmente interesante cuando te has apuntado de repente, después de que Travis la invitara.

Veo a nuestro receptor con Cody y otros compañeros de equipo. Trav me cae muy bien, es un buen tío y un buen jugador de béisbol, pero también tiene veintiséis años, se acerca mucho más a la edad de Miller que yo, y su vida no gira en torno a nadie más cada minuto del día.

No me sorprendería que estuviera interesado en ella. Joder, creo que cualquiera se interesaría por ella si la conociera, pero no soporto pensar en que correspondiera a Travis, porque tendría todo el sentido del mundo.

—¿Es que a él le gusta? —pregunto tan despreocupado como me es posible y le doy un trago a la botella.

—¿Te importaría si así fuera?

Miro a mi hermano de reojo.

—Responde a la pregunta.

—Responde tú a la mía.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mirar al frente.

—Solo me molestaría porque está aquí por Max. No quiero que interfiera en su cuidado.

Mi hermano suelta una carcajada.

—¡La madre que te parió! Eres un mentiroso de mierda. —Se pasa una mano por la cara para ocultar una sonrisa incrédula—. No le echas la culpa a Maxie. He visto cómo la has estado mirando hoy en las gradas.

—No la he mirado de ninguna manera. Estaba mirando a mi hijo.

—Puedes mentir a los demás, incluso a ti mismo, pero a mí no me vengas con cuentos. Te conozco desde el día en que nuestra maravillosa madre

bendijo a este mundo conmigo y no te he visto mirar a una mujer como miras a Miller desde hace mucho tiempo. Joder, quizá nunca.

«Me cago en mi puta vida». Creía que las miradas que le echaba eran furtivas, pero no puedo mentir y decir que no me encuentro mirándola cada vez que está en la misma habitación que yo. La manera que tiene de tratar a Max, la extraña yuxtaposición de Miller como persona —pulcra y centrada en la cocina, pero salvaje e imprudente cuando está fuera de ella— me hace querer conocerlo todo sobre esta mujer. No viene nada mal que sea despampanante y sus putos comentarios descarados sobre mi aspecto físico hacen que me sienta igual de deseado.

De todas maneras, intento arreglar la mentira.

—Se porta bien con el crío. Así que sí, claro que me gusta verlos juntos, pero solo es porque Max está contento.

—Yo también pongo a Max contento y Monty pone a Max contento, pero no te veo mirarnos como si quisieras follarnos contra la pared.

—Qué puto asco, Isaiah.

—Solo digo que no pasa nada si admites que podrías estar interesado en algo más que las habilidades de Miller como niñera.

Niego con la cabeza

—Da igual. Va a marcharse.

Por el rabillo del ojo, veo que la sonrisa pícaro de Isaiah se ensancha.

—¡Lo sabía! —exclama en voz alta—. Joder, es que lo sabía. Me alegra saber que las joyas de la familia Rhodes todavía funcionan, porque me estaba empezando a preocupar.

—¿Puedes cerrar el pico? —Miro a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos haya oído—. No me he acostado con ella, por Dios.

—Pues ponte a ello. Como dices, se va a ir.

Le doy otro trago a la cerveza.

— Se acabó hablar de esto.

—Creo que a ella también le gustas.

Eso atrae mi atención.

—Ah, ¿sí?

Me señala.

—Ese rollo de padre inseguro no te pega nada.

—No es que esté inseguro.

«Estoy inseguro del todo».

—Estoy siendo realista. Miller es joven y tiene éxito. No se queda demasiado en un sitio. A mí me falta poco para retirarme y tengo un hijo que siempre será mi prioridad. A las mujeres como ella no les gustan los tíos como yo.

Isaiah abre mucho los ojos y no pestañea.

—Menudo cabrón quejica estás hecho. Tienes que echar un polvo para recuperar lo que tenías antes de que Max se presentara en tu puerta. Nunca creí que llegara el día en el que sería el hombre de apoyo de Malakai Rhodes, pero ahí vamos. —Se sienta más derecho—. En primer lugar, tener a Max es un plus, no un obstáculo...

—Yo no he dicho que sea un obstáculo.

Mi hermano levanta la mano para detenerme.

—Ya lo sé, pero estás diciendo que algunas mujeres podrían verlo así. No nos importan una mierda esas mujeres. Hay gente por ahí, pongamos como ejemplo la niñera buenorra que vive en el jardín lateral de tu casa, que consideraría el hecho de que seas padre como uno de los principales pros. Y en cuanto a lo de retirarte... Eres deportista profesional. Claro que te falta poco para retirarte. Estamos todos igual. Lo dices como si tuvieras setenta años y estuvieras a punto de ingresar en una residencia de ancianos. Tú antes tenías a las chicas rendidas a tus pies. Recuerdo quién eres, joder. Eres Kai Rhodes, lanzador abridor y sexy de la hostia.

Lo miro enarcando una ceja.

—Y solo te lo digo porque, menos en el color de ojos y las gafas, te pareces un montón a mí. Venga, macho. ¿Te acuerdas de que la chica que

llevé al baile de fin de curso solo aceptó ir conmigo porque quería montarse en la misma limusina que tú?

—¿Krista?

—Kaitlin. —Suspira y los ojos se le van hacia el techo—. La que creía que era el amor de mi vida hasta que me di cuenta de que estaba enamorada de mi hermano mayor, así como todas las chicas del instituto.

—Encuentras al amor de tu vida cada semana.

Hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Lo que digo es que habría una horda de mujeres a las que les encantaría sacarte de la racha de sequía en la que tú mismo te has metido.

—No necesito a una horda de mujeres.

—Claro que no, porque solo te interesa una.

Le hago un gesto negativo y bajo la voz.

—Es la hija de Monty.

Justo en ese instante, se abren las puertas del ascensor en el vestíbulo y, como el imán en el que se ha convertido, mi atención se siente atraída por ella en cuanto entra en la sala. El pelo oscuro y rizado le cae sobre los tatuajes que he empezado a memorizar. En vez del típico peto de Miller, lleva unos vaqueros oscuros ceñidos, tan apretados que veo cada estriación de los muslos. Un top color crema cae sobre sus pechos y, aunque normalmente no se maquilla, se ha pintado los labios rojos. Clava su mirada en mí.

—¿Te parece una cría? —pregunta Isaiah, intentando captar mi atención, pero no consigue que aparte los ojos de ella—. Ya me lo suponía. Tiene el aspecto de una mujer hecha y derecha que sabe muy bien lo que quiere. —Me da unas palmaditas en la pierna y se levanta del sillón—. Y eso, hermano mío, eres tú.

Miller mantiene la mirada verde jade clavada a la mía desde el otro lado de la sala y me provoca todo tipo de cosas en la cabeza y en la entrepierna. Si pudiera mirar a otro lado, me imagino que me encontraría a unos cuantos

compañeros de equipo pegándole también un repaso. No se les puede culpar, está despampanante y sueño despierto con que el rojo de esos labios me manche la polla.

Pero entonces Travis se acerca a ella para ofrecerle una cerveza, ella desvía la mirada y le lanza una sonrisa.

—Y sí —dice Isaiah, caminando hacia atrás para unirse al resto de los chicos—, respondiendo a tu pregunta: a Trav le interesa.

«Me cago en la puta».

—¡Vamos, chicos! —grita Cody en el vestíbulo—. Ya han llegado los coches.

Miller le dice algo a mi receptor, lo que hace que Travis se una al resto del equipo que sale afuera, pero ella se entretiene y se queda atrás. Me levanto y hago lo mismo, esperando que el vestíbulo se vacíe.

Miller me recorre el cuerpo con los ojos hasta que al final conecta con los míos.

—Hola —saluda y sonríe con los labios rojos.

—Hola.

—Estás muy guapo.

No he pensado mucho en los vaqueros y la camisa que me ponía, pero ahora estoy considerando que tengo que repetir este conjunto en cuanto pueda.

—Tú tampoco estás nada mal, Montgomery.

No podría haberme quedado más corto. Siempre tiene buen aspecto. Con el peto, con la chaqueta de chef o con estos vaqueros ceñidos que rozan lo pecaminoso, aunque intente no firmar en ello el tiempo que pasamos juntos.

Un brillo resplandece en esos ojos verdes y se le suben un poco los colores a las mejillas. Se muerde el labio y, joder, quiero sacarlo de ahí y morderlo yo mismo. No tiene sentido. Está como una cabra, es demasiado cabeza loca para mi gusto. Por no mencionar que es la hija de Monty. No soporto la mitad de las cosas que dice, pero, por algún motivo, no puedo

dejar de imaginarme a qué sabrá su boca.

—Me voy a tomar ese «tú tampoco estás mal» como tu mayor cumplido.

—Inclina la cabeza—. ¿Se ha dormido bien Max?

El repentino cambio en la conversación hace que me detenga. No estoy seguro de por qué, pero no esperaba que me preguntara por él, sobre todo cuando tiene la noche libre para salir por ahí de marcha con el equipo.

—Se ha quedado frito. Creo que el partido lo ha cansado en el mejor sentido.

Sus labios forman una sonrisa.

—Nos hemos divertido.

—¡Eh! —grita Isaiah desde fuera—. ¡Kai, nos vamos! ¡Niñera buenorra, venga!

Le lanzo una mirada asesina de desaprobación desde el otro lado del vestíbulo.

—Te juro que voy a matarlo como siga llamándote así.

Miller se encoge de hombros.

—Al menos alguien me llama así.

Se gira sobre los talones para dirigirse hacia la salida.

El aviso de Isaiah resuena en mi cabeza y las palabras descaradas de Miller también. Siempre ignoro su coqueteo, lo achaco a que le encanta sacarme de quicio, pero ya no quiero ignorarlo más. Por una noche, voy a fingir que puedo ser el tío que puede conseguir a una mujer como ella, no el tío que tiene mil responsabilidades en casa que lo atan.

Por una noche, no quiero pensar en de quién es hija y desde luego no quiero pensar en que se va a ir en menos de dos meses.

Sigo sus pasos hasta alcanzarla. Paso la mano junto a Miller para tirar de la puerta y la mantengo cerrada con el pecho en su espalda y los brazos rodeándola por ambos lados.

Bajo los labios a su oído.

—¿Es eso lo que necesitas oír, Miller? ¿Que creo que estás buena? ¿De

verdad necesitas oírme decir que no puedo apartar los putos ojos de ti cuando estás en la habitación o por fin lo has pillado?

Se le tensa el cuerpo y desde atrás veo que mueve la garganta al tragar saliva.

—No. Me gusta verte torturándote por que quieras mirarme. Es mucho más satisfactorio saber que te cabreo que saber que te pongo.

Una risita me retumba en el pecho.

—Bueno, lo más frustrante para mí, Miller, es que se te da genial provocarme ambas cosas.

14

Miller

Violet: *¿Qué tal las vacaciones? ¿Estás progresando en la cocina? ¿Cómo van esas recetas?*

Yo: *Las vacaciones, estupendas.*

Violet: *¿Y las respuestas a las otras preguntas?*

—¿Un bar de baile en línea? —se queja Isaiah en cuanto cruzamos la puerta—. Cody, ¿qué coño es esto, tío?

El aludido sonríe como un niño en Navidad al ver la sala gigantesca. La pista de baile es como el estado de Texas y delante, en el escenario, hay una banda que toca en directo. Allá donde mire, me bombardean los vaqueros, la franela, las botas de *cowboy*, incluidas las nuevas que lleva puestas Cody en los pies.

—No es un bar de baile en línea. Tan solo es un buen bar de *country*. —Inspira hondo por la nariz y aparece una ridícula sonrisa de entusiasmo en sus labios mientras se dirige directo a la barra—. Vamos, chicos.

Estos lo siguen.

Antes de apartarme de la entrada, una mano enorme se posa en mi cintura y las yemas de los dedos se me clavan en los vaqueros. Por instinto, sé que es Kai, sobre todo por la forma posesiva que tiene de agarrarme, es el mismo rollito que lleva desde que hemos salido del vestíbulo del hotel.

—¿Es que todo el mundo hace lo que él dice? —pregunto cuando el

equipo se reúne alrededor de la barra.

—Es el que monta el plan. Siempre tiene uno para nuestro tiempo libre. Alquiló un barco cuando estuvimos en Tampa. Fuimos a un espectáculo de Broadway en Nueva York. Salimos de excursión a las cataratas del Niágara cuando fuimos a Toronto. Y, por lo visto, hoy toca un bar country en Dallas.

Me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Y dónde estabas tú en esas salidas?

—En el hotel con Max.

—Pero esta noche no.

Desde detrás de las gafas, los ojos de Kai azul acero me recorren el rostro antes de clavárseme en los labios.

—No. Esta noche, no.

—¡As! —lo llama uno de los chicos, que levanta un chupito lleno hasta el borde con un líquido color ámbar.

—Joder —masculla Kai, mirando por encima de mi hombro hacia la barra—. No puedo tomar chupitos.

—No. Seguro que a los treinta y dos tu hígado de anciano no lo soporta.

—¿Me estás llamando viejo o estás intentando provocarme?

—Las dos cosas. —Empiezo a caminar hacia atrás en dirección a la barra—. La otra noche me dijiste que tenías un lado salvaje. Quiero verlo. Vamos, Papi Béisbol, ha llegado la hora de dar con la otra mitad del equilibrio que te prometí: la diversión.

Me sigue sin prisas, pero sus largas piernas se mueven mucho más rápido que las mías. Engancha un dedo en la trabilla de mis vaqueros y no solo impide que llegue más lejos, sino que tira de mí hasta que mi pecho choca contra el suyo.

Ay, ahora no me queda ninguna duda, esta noche va a ser divertida.

Se pasa la lengua por los labios.

—¿De qué clase de diversión estamos hablando?

«¡Madre mía!». Estoy intentando mantener la compostura, de verdad que

sí, pero en lo único en que puedo pensar es en trepar por su gigantesco cuerpo como si fuera un árbol.

Se ríe al verme paralizada y quita el dedo de mi cinturilla para darle la vuelta a mis caderas y que siga caminando hacia la barra.

—Vamos, Mills. Enséñales a los muchachos cómo se bebe.

—¡Dios! Eres un *boomer* de treinta y dos años, ¿eh?

—Y bien orgulloso.

Cuando llegamos a la barra para reunirnos con sus compañeros de equipo, Travis se pone a mi lado y siento que el cuerpo de Kai irradia enfado a mi espalda.

No tiene ni la menor idea de que Travis ya me ha dicho en el vestíbulo del hotel que los chicos tienen pensado sacar a Kai de quicio y no le van a permitir que se quede ni un segundo a solas conmigo, pero ¿quién soy yo para interrumpir la unión del equipo? Por extraños que sean los métodos.

—Kai —lo llama Isaiah, sosteniendo dos chupitos.

Suspira, pero se aparta de mí para ir con su hermano.

—Whisky con canela. —Travis me pasa uno de los vasos.

Me recorre un escalofrío solo de pensarlo. Es uno de esos licores que me negaba a volver a probar en la vida después potar hasta el hígado cuando cumplí los veintiuno. Pero Kai luce una sonrisa en los labios, está muy relajado mientras se ríe con su hermano, así que, a la mierda. Por una noche, beberé whisky con canela.

Me quema la garganta al tragármelo y tengo que esforzarme mucho para que no me entren arcadas, pero pillo a Kai mirándome mientras se bebe su chupito y me niego a que me vea sufriendo.

Solo hay un instante en el que me imagino teniendo arcadas en presencia de Kai Rhodes y seguro que no va a ser por este licor.

Camina hacia mí y me pasa un pulgar por la comisura de los labios para limpiarme una gotita de licor.

—¿Estás bien? Tenías mucha seguridad en ti misma hace tan solo un

minuto. No te irás a atragantar, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—Espero que más tarde.

Niega con la cabeza, su movimiento habitual cuando he dicho algo que lo ha pillado desprevenido.

—¿Me estás diciendo guarradas, Montgomery?

—Lo llevo haciendo desde que nos conocimos. ¿Cuándo vas a empezar tú a decírmelas a mí?

—Miller —nos interrumpe Isaiah antes de que Kai responda—, ¿me concedes este baile, por favor?

Cuando accedí a hacer esto, no me di cuenta de que a mí también me fastidiaría que nos jorobaran poder estar a solas. Pero Kai debería saber que no importa qué compañero suyo sea, no me interesa ninguno. Ese padre soltero lleva demasiado tiempo en mi cabeza como para tener espacio para nadie más.

Isaiah sonríe expectante, así que acepto. Poso la mano sobre la suya para que me lleve a la pista de baile, donde están ya algunos de sus compañeros.

—¡No tengo ni idea de bailar *country*! —grito para que se me oiga por encima de la música.

—Ni yo tampoco. Creo que todos vamos a quedar como idiotas, pero ¿por qué no, eh?

Sonríó y lo miro solo para cometer el error de dirigir mi atención a la barra.

Kai ya está rabioso. Tiene una cerveza en la mano y se me borra la sonrisa cuando veo su expresión. Me sigue con los ojos y los posa donde tengo la mano en Isaiah, antes de llevarse el botellín a los labios.

Nos unimos al grupo de gente para la siguiente canción.

—Te tengo que decir algo. —Isaiah me pasa un brazo por encima del hombro y me acerca a él para hablarme al oído—: No voy a ligar contigo.

Suelto una carcajada.

—Bueno, no me entiendas mal. Sería distinto si creyera que tengo una oportunidad, pero tal y como están las cosas, me gusta tener las pelotas donde las tengo, y Monty me da bastante miedo. Sin embargo, mi hermano mayor...

La atención de ambos se centra en la barra, donde está Kai con la mandíbula tensa.

—Probablemente sea el único tío del equipo que pueda pasar tiempo contigo sin que a tu padre se le vaya la olla. Y creo que le gustas. Todos lo pensamos, pero ya no se le da también ir detrás de lo que quiere. Tiende a no hacer nada al respecto y ocuparse de lo que necesitan los demás, así que... estaba pensando en...

—¿Obligarlo?

Se encoge de hombros.

—Los hombres somos criaturas simples. Los celos hacen maravillas. Se me ocurrió que, si te sacaba a dar una vuelta y dejabas que los chicos bailaran contigo un par de canciones, a lo mejor lográbamos que el menos atractivo de los hermanos Rhodes dejara el altruismo a un lado y fuera a por lo que quiere. Y te estoy metiendo en esto solo porque, corrígeme si me equivoco, a ti también te gusta.

No lo corrijo.

—Travis ya me ha contado lo que habéis planeado.

—Entonces, ¿te apuntas?

Cuando empieza la música, vuelvo a lanzarle otra mirada a Kai. No mentía cuando le he dicho que estaba muy guapo y el rollo celoso que tiene ahora todavía me pone más. Sí, mi padre me advirtió que no me convirtiera en una persona que luego echara en falta, pero Kai sabe que me voy en menos de dos meses y, aun así, me está mirando de esa manera. A lo mejor lo que quiere es un poco de diversión sin ataduras con la niñera durante lo que queda de verano.

—Antes que nada, tu hermano está más bueno que tú. —Isaiah se ríe—.

Pero sí, me apunto.

Con una sonrisa furtiva en los labios, Isaiah me hace girar antes de tirar de mí mientras la música inunda a la multitud que hay en la pista de baile.

Seis canciones más tarde, llego a la conclusión de que los jugadores de mi padre se mueven todos muy bien, por sorprendente que pueda parecer. Ya he bailado con seis. Cody es el más suelto, como si el par de botas *cowboy* recién estrenadas de repente le hubieran dado la habilidad de bailar al ritmo acelerado de la música *country*.

Todos los jugadores han salido aquí, ya sea para bailar conmigo o con otra persona, pero Kai sigue en la barra. Desde ahí tiene una panorámica perfecta de mí y sus compañeros de equipo.

—Maldita sea —dice Travis a mi lado, con las manos en las caderas mientras recupera el aliento—. Creía que ya estaría aquí. Soy receptor, tengo las rodillas hechas polvo. No voy a poder bailar contigo durante toda la noche.

—Creo que a lo mejor os habéis equivocado. Parece que le importa una mierda, lo que frustra el propósito de esta broma.

—No. —Travis mira otra vez hacia la barra—. Cambió cuando apareció Max y ahora le va hacerse el mártir. La temporada pasada, no habría dejado que nadie bailara contigo.

La música cambia, tocan algo lento y la gente empieza a ponerse en parejas de nuevo.

—Ay, joder. —Travis desliza una mano hacia la parte baja de mi espalda para llevarme hacia él—. Te juro por Dios que como As me odie después de esto, le voy a dar un puñetazo a Isaiah en toda la cara por habérsele ocurrido la idea.

Por encima de su hombro, veo a Isaiah en una mesa, mirando con los ojos muy abiertos de la pista de baile a la barra, parece entusiasmado. Yo me niego a mirar hacia allí. Al principio era divertido, pero ahora es un tanto

incómodo tratar de provocar a un tío para que haga algo cuando está claro que no tiene ninguna intención de hacerlo.

Cuando Trav nos gira, inmediatamente veo que Kai se pone de pie antes de apartarse de la barra para ir directo a la pista de baile.

A cada paso que da, no aparta los ojos de los míos desde el otro lado de la sala, pero cuando llega a la pista de baile, no viene a interrumpir. Va hacia su hermano, que está sentado en una mesa que hay alejada y se inclina para decirle algo al oído.

Isaiah abre mucho los ojos al mirar hacia la puerta del local.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Travis, señalando con la cabeza hacia los hermanos Rhodes.

Sigue mi línea de visión y ve a Isaiah.

—Ay, mierda —susurra, llevándome hacia la mesa que Isaiah lleva ocupando toda la noche—. ¿Qué están haciendo aquí?

Los ojos de Kai se posan en la mano de Travis al final de mi espalda mientras le da un sorbo a su cerveza, con los codos apoyados de forma despreocupada en la mesa alta delante de él.

Quiero darle una bofetada. También quiero besar esa estúpida cara tan bonita que tiene, pero va a tener que ser él quien haga algo al respecto. Me he tirado las dos últimas semanas diciéndole lo mucho que me atrae.

—Empieza a jugar contra Texas mañana. —Isaiah se gira hacia la pista de baile—. ¡Cody!

El primer base está bailando con un chico muy mono con un sombrero de *cowboy* negro y le lanza a Isaiah una mirada asesina por interrumpirlo.

Pero entonces Isaiah señala otra vez hacia la puerta y Cody aparece al instante en la mesa con sus compañeros de equipo.

—¿Está Dean Cartwright aquí? ¿No podían haber elegido otro bar?

—¿Qué pasa? —Los miro a los cuatro en busca de una respuesta.

—El año pasado, cuando jugamos en Atlanta, este papi de aquí le dio de hostias a ese de ahí. —Isaiah señala a un grupo de hombres con unas

constituciones muy similares a con los que yo estoy.

—No le di de hostias. —Kai le da otro trago al botellín, tiene los ojos clavados en la poca distancia que me separa de su receptor.

—Despejaste los banquillos después de darle un derechazo a Dean en la mandíbula que le hizo caer de culo.

—Fue con el brazo de lanzar, As. ¿Sabes cuánto dinero vale eso?

Kai se encoge de hombros.

—Se lo merecía.

—¿Qué hizo?

Kai por fin levanta la vista y me mira cuando le hago esa pregunta.

No contesta enseguida, así que Travis interviene a mi lado:

—Cartwright hizo un home ilegal mientras yo estaba cubriendo la base. Me sacó por las rodillas. Fue algo sucio y me dejó fuera el resto del partido.

Giro la cabeza hacia Kai.

—¿Le diste un puñetazo por eso?

—Por supuesto que no. —Le da un sorbo sin prisas a su cerveza—. Le di un pelotazo la siguiente vez que salió a batear. Esperé a que viniera a por mí en el montículo y fue entonces cuando le di el puñetazo.

Estallo en carcajadas porque, bueno, no me pega nada Kai haciendo algo así.

Una ligera sonrisa asoma detrás de su botellín.

—Eso fue antes de Max.

Ah. Claro. Me ha dicho que en el pasado era un hombre diferente, pero me gusta ver esa pizca de fuego en él. Y, por cómo tensa la mandíbula cuando la atención se le va a la mínima distancia que hay entre Travis y yo, sé que aún sigue ahí.

La mesa es pequeña y el bar está lleno de gente. No estoy más cerca de su receptor que él de su hermano, así que, aunque me gusta esa faceta posesiva, es un puto dramático.

Travis se aparta de la mesa.

—Voy a por otra ronda.

Cody e Isaiah nos dan la espalda para ponerse de cara a la pista de baile y entretenerse mirando a todas las tías que pasan, pero Cody también se fija en un par de *cowboys*. Kai aprovecha la oportunidad para rodear la mesa y colocarse a mi lado, donde ahora no hay nadie.

Se apoya con los antebrazos, bebe de la cerveza e intenta sonar despreocupado cuando dice sin mirarme:

—Travis es un buen chico.

«Ahí está».

—Sí, es verdad.

Asiente con la cabeza, todavía se niega a volverse hacia mí.

—Es de tu edad.

—Vaya, qué mala suerte. Como he dicho antes, prefiero a los tíos mayores.

Me mira a los ojos.

—Le gustas.

«Qué buen actor».

—¿Te molesta?

Se ríe, aunque se nota que no le hace gracia.

—Isaiah me ha preguntado lo mismo.

—¿Y qué le has dicho?

Kai vuelve a ponerse derecho hasta alcanzar toda su altura, me saca una cabeza y es algo que me parece delicioso.

—Le dije que solo me molestaría porque estás aquí por Max.

—¿Y es esa la verdad? ¿Es por Max?

Sus labios forman una sonrisa que está intentando contener.

—Si tuviera que decir la verdad, confesaría que me molesta tanto como para haberme pegado toda la noche mirándote y tramando cómo conseguir que Monty lo largue del equipo.

Me río resoplando y una sonrisa igual que la suya aparece en mi boca.

—Y tú me llamas ridícula.

—He tenido mis momentos. Era un hombre distinto antes de que Max apareciera en mi vida.

—Un hombre que daba puñetazos a otros jugadores en mitad de un partido.

—Un hombre que protegía a su compañero.

Alzo una ceja inquisitiva.

—Un hombre que ahora quiere echar a ese mismo compañero.

—Bueno, todos tenemos nuestros límites, ¿no?

—¿Y yo soy el tuyo?

Me recorre con los ojos la cara y vuelve a posarlos en mis labios.

—Creo que podrías serlo.

«Da un puto paso ya, Kai».

Sé que quiere hacerlo. Lo veo en la frustración que ha ido creciendo en él toda la noche, pero es como si estuviera decidido a encontrarle más sentido a que a mí me guste Travis o cualquiera de sus compañeros de equipo con los que he estado bailando, así que se reprime. Y a mí me preocupa que el jueguecito de los chicos tan solo haya revelado que Kai ya no es tan egoísta como para coger lo que quiere.

Esa preocupación se intensifica cuando Travis regresa a la mesa, lleva unos cuantos botellines de cerveza en las manos. Cuando los suelta, Kai se aparta de mi lado para volver a su asiento en la otra punta junto a su hermano.

—Bueno, ¿entonces nos vamos o nos quedamos si Cartwright y sus compañeros están aquí? —pregunta Travis.

—Nos quedamos. —Isaiah lo detiene con la mirada, arrastrando ya un poco las palabras—. Que le den a ese tío. Era un gilipollas cuando éramos unos críos y jugábamos al béisbol en el colegio y ahora es más gilipollas si cabe.

—Bueno, pues si vamos a quedarnos, me voy a bailar.

Cody me tiende la mano para coger la mía.

Los chicos se giran para mirar a su lanzador, esperando que intervenga, pero lo único que hace es cambiar la cerveza que se ha terminado por una nueva.

Cuando una canción termina y empieza la siguiente, uno de los jardineros me hace girar para llevarme hacia el siguiente par de brazos que me espera.

Sin embargo, la persona que me agarra esta vez no es uno de los chicos del equipo, sino Dean Cartwright, el jugador de Atlanta.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta, me coloca una mano en el lumbar y la boca demasiado cerca del oído.

Trago saliva, miro a mi alrededor en la pista de baile buscando una cara familiar, pero he bebido bastante y todo me da vueltas demasiado rápido, así que no veo a nadie.

—Miller.

Una sonrisa lenta se le extiende por los labios.

—¿No vas a preguntarme cómo me llamo yo?

—Ya sé cómo te llamas.

—Me lo imaginaba.

Esboza una sonrisa lenta que supongo que la mayoría de mujeres calificarían de sexy, pero el rollo de engreído a mí ya no me va. Solo tengo a un hombre cañón, pero inseguro en la cabeza, y no se me ocurre nada más atractivo que la idea de que por fin encuentre la confianza que merece. Sobre todo conmigo.

Me dispongo a quitarme a este pesado de encima, pero me agarra con más fuerza.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Solo un baile. Llevo mirándote toda la noche y me estaba preguntando qué coño haces aquí con los Windy City Warriors.

Me lo quedo mirando fijamente a los ojos.

—Mi padre es su director deportivo.

Levanta las cejas.

—¿Eres la hija de Monty? Tu padre no quiso contratarme.

—Tiene sentido. Siempre ha tenido buen gusto.

Suelta una carcajada sincera.

—Qué sarcástica eres, ¿eh?

—¿Me puedo marchar ya? —pregunto. Aunque no lo consigo, intentando apartarme de él otra vez sin montar una escena.

—Un baile, Miller Montgomery.

Tardo un momento, pero me rindo.

—Vale, pero solo si me cuentas por qué todo el equipo te odia tanto.

Empezamos a movernos de nuevo y dibuja una sonrisa maliciosa:

—Conozco a los Rhodes desde que éramos unos críos y jugábamos al béisbol en el colegio. Y puede que me acostara con una o dos de las novias de Isaiah en el instituto.

—Isaiah no tiene novias.

—Antes sí. Y era una forma fácil de dejarlo hecho polvo antes de empezar el partido.

No puedo contener la risa, no doy crédito.

—Así que eres una mierda de persona, ¿eh?

—Soy un competidor. Si algo tan trivial como eso hace que el oponente juegue mal, es culpa suya.

—Eres de lo peor, ¿sabes? Espero que Kai te dé con una bola rápida en todas las pelotas.

Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Gracias, muñeca.

Giro la cabeza, buscando al equipo y por fin los encuentro reunidos en una mesa, con los ojos clavados en mí.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto—. ¿No tienes partido mañana?

—¿Ya te sabes mis horarios? Qué mona. Mi hermanastra anda por aquí y pensé en sacarla del hotel esta noche. De hecho, deberías conocerla. —La

atención de Dean está puesta detrás de mi hombro—. Uy, mira. —Lleva la mano más abajo y me toca con las yemas de los dedos la parte superior del culo—. No he tenido nunca ocasión de joder a As.

—He sido amable hasta ahora, pero ni se te ocurra bajar más la mano.

Se limita a sonreír.

—Debería haber dicho que no he tenido nunca ocasión de joder a As hasta esta noche.

«¿Eh?».

Siento la presencia de Kai mucho antes de verlo. Cuando nos alcanza, empuja a Dean por el pecho hacia la multitud y hace que este me suelte.

—Quítale las putas manos de encima.

15

Kai

Tengo que admitir que llevo hundiéndome en la miseria toda la noche. Sé que Isaiah solo me está fastidiando para intentar obligarme a que actúe como un cavernícola enloquecido y que me eche a Miller al hombro o alguna mierda por el estilo. Pero lo único que ha conseguido es que reafirme lo que ya sé: no puedo permitirme el lujo de ser la clase de tío que a ella le gustaría.

Durante toda la noche, ha habido una sonrisa contagiosa en esos labios pintados de rojo. Apenas ha dejado la pista de baile. Es divertida y carismática. Quiero que me atraiga a su órbita, pero mañana me despertaré y recordaré quién soy. Un padre soltero sin tiempo para ir persiguiendo a una chica de veinticinco años.

No he apartado la atención de ella en ningún momento, he seguido cada uno de sus movimientos como el acosador obsesionado que tal vez sea. Dios, me siento un perverso, pero no puedo evitarlo.

He podido soportar ver a Isaiah bailando con ella porque sabía que me estaba dando por saco. De hecho, he podido soportar que baile con la mayoría del equipo, aunque haya estado observando sin pestañear para asegurarme que ninguno bajaba demasiado las manos. Hasta me he percatado de que Travis estaba jugando conmigo y una gran parte de mí ha estado a punto de cagarme en todos por ello.

Pero, en cambio, me iré a casa y me ocuparé de mis responsabilidades.

Le doy unas palmaditas a mi hermano en la espalda cuando llega el turno de nuestro jardinero derecho para bailar con Miller.

—Me voy. Échale un ojo de mi parte y asegúrate de que vuelve al hotel, ¿vale?

—¿Qué? —Isaiah se gira en el asiento y me presta toda su atención—. No me dejes, tío.

—He estado bebiendo cerveza para evitar decir o hacer algo de lo que me arrepienta, así que creo que es hora de que me marche.

—Joder, Kai. Estábamos de coña. Solo queríamos que sacaras el egoísmo por un segundo y fueras a por la chica.

Le doy unas palmaditas en la mejilla.

—Te quiero. No hagas ninguna estupidez esta noche. Avísame cuando llegues al hotel para que sepa que estás bien.

Choco el puño con unos cuantos compañeros de equipo para despedirme, pero cuando me doy la vuelta para marcharme, le echo un último vistazo a la pista de baile y veo que Dean Cartwright toma a Miller entre sus brazos.

«Tiene que ser de coña».

Se me tensa la mandíbula y me hierve la sangre. Puedo notarla fluyendo por cada vena del cuerpo a toda velocidad hacia lo puños. Me he controlado desde que soy padre, pero estoy seguro de que se me va a ir la olla en público por la niñera de Max.

Dean está sonriendo como el imbécil pretencioso que es y no puedo ver la expresión de Miller ni tampoco capto ninguna señal en su lenguaje corporal. Eso sí, están hablando mucho y no me gusta.

—Malakai —me advierte mi hermano, pronunciando mi nombre completo.

—Será mejor que le quite las putas manos de encima.

Isaiah se me pone delante.

—No lo hagas.

Sigo con los ojos clavados en ellos dos mientras avanzo hacia la pista de

baile.

—Solo voy a decirle una cosa.

—Kai, como te jodas la mano, Monty me va a matar, literalmente.

—No le voy a pegar.

Dean le baja la mano por la espalda peligrosamente.

«Vale, he mentido. Cabe la posibilidad de que esta noche vaya a la cárcel».

Continúa bajando y la deja justo encima del culo de Miller, que está increíble con esos vaqueros ajustados.

Lo veo todo rojo, pero de algún modo consigo mantener el paso calmado, aunque no hay ninguna tranquilidad en la rabia pura que me recorre el cuerpo.

—Quítale las putas manos de encima —digo, empujándolo por el pecho para que la suelte.

Sonríe arrogante mientras se endereza.

—Kai Rhodes. Qué sorpresa verte esta noche. ¿No deberías estar en casa con tu hijo? No querrás que tenga otro padre ausente, ¿no?

—¿Qué coño acabas de decir? —Voy hacia él, pero noto que Miller me tira de la camisa.

Dean siempre ha sido un fastidio desde que éramos críos. Nos conoce desde hace tanto tiempo que sé que se está refiriendo a mi padre.

—O, espera, déjame adivinar. Has salido a buscarle una madre nueva al crío.

Esta vez es Miller la que se mueve, pero con un brazo la mantengo detrás de mí.

—Ah. —Dean se ilumina y deja de mirarme para fijarse en Miller—. ¿Es ella la nueva mami? Vamos, As, es demasiado joven para obligarla a llevar ese tipo de vida contigo. No seas así.

—Kai. —Oigo la voz de advertencia de mi hermano en algún lugar detrás de mí, pero los oídos me estallan de lo furioso que estoy.

Si hubiera dicho algo de mí, sería una cosa. Pero ¿de Max? Ni de puta coña.

Camino hacia él y le doy con los nudillos en la mandíbula.

—¿Quieres otro? ¿Quizá en el lado izquierdo para igualar los dientes que te salté en el derecho?

—Kai —vuelve a advertirme mi hermano, pero no dejo de mirar a mi presa.

—Vaya, ha sido mucho más fácil de lo que esperaba. —Dean se ríe como el gilipollas que es—. ¿Sabe tu entrenador que babeas por su hija?

Niego con la cabeza.

—No va de eso, cabrón. Solo es la niñera.

Joder, me arrepiento de esas palabras en cuanto me salen por la boca.

Él se limita a reírse.

—Buen trabajo. Ahora ni siquiera puedes echarme a mí la culpa de esa cagada.

Me doy la vuelta y, aunque tema la idea, espero encontrarme allí a Miller, pero se ha ido. Y sé con cada fibra de mi ser que ha oído todo lo que he dicho.

Veo en la distancia un atisbo de su pelo castaño oscuro sobre los hombros tatuados, saliendo de la sala principal y bajando las escaleras hacia el lavabo.

—Menudo hijo de puta estás hecho —le digo al engreído de Dean antes de salir detrás de ella.

Es rápida, pero yo corro más.

—¡Miller! —grito lo bastante fuerte para que me oiga, pero no aminora el paso—. ¿Adónde demonios vas?

—Sé cuidarme sola —vocifera por encima del hombro—. Lo tenía bien controlado antes de que llegaras y montaras un numerito.

¿Está de puta coña o qué?

—¡Te había agarrado! —Hago justo eso, la cojo del codo para que se

detenga.

—¡Sé cuidarme sola! —Se gira hacia mí, es evidente que está enfadada—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Dios, llevas ignorándome toda la noche y ¿luego me sales con esas? Esto es increíble.

—¿Que te he ignorado toda la noche?

Joder, seguro que es eso lo que le ha parecido. No tiene ni idea de que no podría ignorarla ni aunque lo intentara.

Se suelta y baja corriendo las escaleras en dirección al lavabo de mujeres, pero mis largas piernas se comen la distancia y me coloco delante de ella para impedir que vaya más lejos. Estoy situado dos escalones más abajo que ella, lo que me pone a la altura de sus ojos.

Cruza los brazos delante del pecho como una mocosa y, joder, eso me pone.

—¿Vas a seguirme hasta el baño? No me queda claro qué es lo que te preocupa tanto. Al fin y al cabo, solo soy la niñera.

«¡Mierda!».

—No pretendía que me saliera de esa manera —suavizo el tono—. No quería decir eso.

—No pasa nada. Fui yo la que pedí ver al antiguo Kai.

Se mueve para pasar por mi lado, pero me pongo delante para bloquearle el paso.

—Nunca he sido así, pero es que... Joder, no soportaba ver que te ponía las manos encima. Si quieres conocer a mi antiguo yo, era una persona que cuidaba de los suyos, a pesar de las imprudencias que cometiera para lograrlo.

A los míos. A ella.

Veo el momento en el que se da cuenta de lo que he dicho.

—No necesito que nadie me proteja. Llevo mucho tiempo sola, igual que estaré sola de nuevo cuando llegue septiembre. Sé cuidarme sola.

—Deja de decir eso de una puta vez.

—¿De decir qué? —pregunta—. ¿Que sé cuidarme sola o que me iré pronto?

Exasperado, me paso una mano por el pelo. Todavía tengo la respiración acelerada de la ira.

—Joder, me vuelves loco, Miller. Te estaba tocando.

—¿Sabes a quién más has visto tocarme esta noche? A Travis. A Cody. A tu hermano. Y no te he visto hacer nada al respecto.

Tenso la mandíbula.

—Eso es diferente. Son buenos tíos. Si querías... —Niego con la cabeza, ni siquiera soy capaz de terminar la frase—. Dean Cartwright es escoria. Lo conozco desde que éramos críos. Eso no me parecía bien.

—¿Crees que necesito tu permiso? —Se ríe sin humor—. No eres mi padre. Puedo hacer lo que me dé la gana con quien me dé la gana y no tengo que darte explicaciones.

La gente pasa por nuestro lado en las escaleras y nos lanzan miradas suspicaces mientras discutimos a medio camino del baño.

Entrecierro los ojos.

—¿Y lo quieres a él?

Lanza las manos aire.

—¡Madre mía! Eres imposible. Márchate, no soy un problema del que tengas que preocuparte.

Se da la vuelta y sube por donde hemos venido, pero la detengo. Subo al mismo peldaño y la inmovilizo contra la pared.

—Sí que lo eres, coño.

Se me queda mirando, pero no se echa hacia atrás.

—Kai, no soy tu problema.

Le clavo los ojos en los labios.

—Pues sé mi problema.

Traga saliva e inclina la cabeza, examinándose.

—Entonces haz algo para convertirme en tu problema.

«Joder». Estoy tan colado por esta mujer que hago lo que me dice.

La convierto en mi problema.

No hay nada dulce ni tierno en cómo mi boca choca contra la suya, porque no hay nada dulce ni tierno en Miller. Me saca de quicio, me presiona, me desafía.

Y, por cómo su boca se rinde ante la mía, me desea.

La agarro de la cara y gime mientras cierro los labios sobre los suyos, como si este beso fuera el alivio más dulce. Los tiene blandos, como los imaginaba, y la lengua... Su puta lengua es cálida, húmeda y receptiva cuando se encuentra con la mía. Me arranca un gemido de tranquilidad de la garganta.

Es casi demasiado. Maldita sea, es demasiado perfecto.

La empujo, quiero más, me inclino e intento robar todo lo que puedo.

Miller me coloca las manos en los hombros. Me araña la piel con las uñas de un modo electrizante, antes de tirarme de las puntas del pelo como si ella tampoco pudiera más.

—Joder, Kai —me susurra, pasándome las manos por el cuerpo satisfecha—. Más.

No sabría decir cuándo fue la última vez que me sentí así. Deseado.

Que me tocaban y me prestaban atención.

Alguien pasa por nuestro lado en la oscuridad de la escalera, pero no podría importarme menos. Hundo las caderas en ella para empujarla contra la pared y nuestras bocas continúan frenéticas mientras Miller me rodea el muslo con una pierna.

Maldita sea, el hueco de sus caderas es perfecto para las mías. La empujo mientras la polla se me pone dolorosamente dura, buscando fricción, aunque solo sea del vaquero.

Es tan guapa... Está tan dispuesta...

Creía que se resistiría, que lucharía por el control, pero Miller es sumisa.

Es sumisa de la hostia cuando le agarro el culo y sube la otra pierna

también a mi cadera y luego cruza los tobillos a mi espalda.

Echa la cabeza hacia atrás contra la pared, dejando al descubierto el cuello estilizado. Aprovecho la oportunidad para lamérselo y morderle la delicada piel.

—Dios, sí —gime.

Le chupo y le lamo la clavícula, recorriendo con la lengua las líneas del tatuaje que encuentro allí.

—Qué bien, Miller. —Le beso la mandíbula, voy hacia la oreja y la cojo entre los dientes—. Sabes muy dulce. Como un puñetero postre.

Gira las caderas, frotando el coño y haciendo que se me ponga más dura, aunque parezca imposible.

Me pregunto si le sabrá tan dulce como el resto del cuerpo.

Voy a su boca de nuevo, la cual emite unos gemidos encantadores mientras nos besamos. El sonido se intensifica cuando vuelvo a meterle la lengua.

Sé que es posesivo y codicioso, pero justo así me siento ahora.

La deseo. Quiero que se quede más de lo que tiene planeado y, si una parte de ella está dispuesta a quererme, seré un egoísta de mierda y me la quedaré.

Se detiene, como si me hubiera leído la mente, y susurra contra mis labios:

—Kai. —Añade un beso suave en mis labios y se retira para mirarme—. Me iré pronto.

La miro a la cara y lo veo. El amable recordatorio de que no me encariñe con ella porque no va a quedarse. Me está dando una salida si no puedo con esto. Si es demasiado para mí.

Y funciona, como un jarro de agua fría.

Me preocupa que mi hijo se encariñe y estoy aquí soñando con ridículos escenarios por un puto beso.

Exhalo, apoyo la frente en la suya y cierro los ojos, ya estoy arrepentido.

La dejo en el suelo, mientras ella me mira la cara buscando una respuesta a sus palabras.

—Tengo que volver al hotel a ver cómo está Max.

Se le escapa una exhalación de derrota, pero asiente con la cabeza y me sigue hacia el exterior del bar.

16

Miller

En el ascensor nos quedamos en silencio hasta que llegamos a las habitaciones. Aún siento un hormigueo en los labios y la cabeza me da vueltas. Quiero que me empotre contra la pared fría y metálica del cubículo y que me haga sentir lo mismo que sentí en el bar. Pero no podemos volver a hacerlo, lo sé porque bastó que le recordara que me iré para que se detuviera.

Lo supe por la manera en que me besó, porque nunca me habían besado así, con tanto deseo. Con necesidad. Y sabía que debía darle la oportunidad de contenerse si no iba a poder soportarlo.

Tal y como me advirtió mi padre, Kai se encariña, pero yo... Yo no.

Nos quedamos frente a nuestras respectivas puertas y tardamos un rato en sacar las tarjetas.

—Bueno... —dice al final Kai.

—Bueno... —digo yo.

Una ligera sonrisa le asoma en la comisura de los labios. Le queda un poco de carmín, pero no despega los ojos de la tarjeta que tiene en la mano y que gira entre los dedos.

—Gracias por una noche divertida.

Me río resoplando.

—¿Vamos a llamarla así?

Esa bonita sonrisa ahora la dirige a mí.

—Estuvo bien recordar a mi antiguo yo por un segundo.

Aunque le haya gustado recordar esos tiempos, no quiere volver a la vida que tenía antes de Max.

Lleva la tarjeta hacia la puerta, veo en sus ojos azules el arrepentimiento. ¿Por el beso? Quizá. ¿Porque no puede dejar las responsabilidades y permitirse un momento egoísta de diversión? Posiblemente.

—Buenas noches, Mills.

—Buenas noches, Kai.

Se entretiene en el pasillo hasta que entro y, en cuanto cierro la puerta, oigo que la suya se cierra unos segundos más tarde.

Me lavo la cara. Me cepillo los dientes. Revivo en mi mente esta noche una y otra vez. No quería que fuera así la primera noche que él salía. Quería que le hubiera encantado cada minuto, que hubiera estado relajado sin la presión de las responsabilidades.

Pero, en cambio, se vio obligado a contenerse mientras sus compañeros de equipo le hacían pasar un mal trago. Creyó tener que defenderme y por poco eso le hace meterse en una pelea. Y fue lo bastante responsable para interrumpir nuestro beso, lo que lo llevó a arrepentirse de todo.

Pensaba que sería fácil. Creía que podía recordarle a su antiguo yo sin problemas. Pero ahora me ha quedado claro que Kai no quiere ser como antes.

Al retirar las sábanas para acostarme, suena la puerta contigua.

Me quedo inmóvil. «¿Qué coño...?».

Junto a la puerta, el corazón me late con fuerza en el pecho al saber que es él quien está al otro lado, llamando en mitad de la noche después de ese estúpido beso ardiente.

«¿Ha cambiado de opinión?».

Bajo la vista. ¿Cuánto tiempo necesito para ponerme algo un poco más sexy que la camiseta vieja llena de agujeros con la que tenía pensado irme a dormir? ¡Dios, y la cara que llevo! Parezco un donut glaseado por el

tratamiento facial que me pongo por la noche.

Vuelve a llamar.

«Joder».

Sin hacer ruido para no despertar a Max, abro la puerta que separa nuestras habitaciones.

La oscuridad lo rodea, pero Kai está ahí de pie, sin camiseta, con esos tatuajes en las costillas y el muslo, los mismo que me sorprendieron la noche que los vi en la piscina. Tiene apoyados los brazos en el marco de la puerta y tan solo lleva puestos unos pantalones cortos de deporte.

Trago saliva y el calor se me acumula en el vientre de solo mirarlo.

—Hola.

Recorre despacio con la vista mis piernas desnudas hasta encontrarse con mis ojos.

—Tu padre se ha quedado inconsciente en mi cama.

—¿Qué?

—Tu padre está como un tronco. Está frito en medio de mi cama.

Suelto una carcajada y los labios de Kai se curvan ante ese sonido. Me asomo a su habitación para verlo y, en efecto, Emmett Montgomery está desparramado en medio de la cama de Kai mientras Max duerme profundamente en la cuna a su lado.

—Por lo visto, vas a tener que dormir con un osito de peluche.

Kai se me queda mirando, por su expresión no está muy convencido.

—Despiértalo y mándalo a su cuarto —sugiero.

—Me sabe mal. Ha pasado toda la noche con mi hijo y ahora está... roncando.

—Bueno, y ¿dónde vas a dormir?

Mantiene su atención centrada en mí, esperando que lo deduzca. Sé lo que está sugiriendo, pero esta vez Kai va a tener que pedir lo que quiere, aunque sea algo tan insignificante como un lugar donde pasar la noche.

Se aclara la garganta.

—¿Te importaría que durmiera hoy en tu cama?

—¿Quieres dormir conmigo, Papi Béisbol? —pregunto con un tono de lo más sugerente.

—Ahora mismo solo llevo puestos unos pantalones cortos finos, así que, por favor, no me preguntes si me quiero acostar contigo mientras estamos en la misma habitación que tu padre.

Me brillan los ojos y señalo con la cabeza hacia mi dormitorio.

—Entra.

—Miller.

Me río.

—¿Sí?

—Por favor, déjate de coñas.

Me sigue hacia mi cuarto tras cerrar la puerta y el ambiente cambia al instante.

Allí, envueltos por el silencio de la habitación, de pronto somos conscientes de que él va sin camiseta y yo sin pantalones. Acabamos de darnos un beso apasionado y estamos a punto de meternos en la cama después de que Kai interrumpiera nuestro momento.

Se rasca la nuca.

—¿Qué lado de la cama prefieres?

Ambos la miramos.

—El que esté más lejos de la puerta. De esa manera, si entra un asesino, te matará a ti primero.

Echa la cabeza hacia atrás.

—¿Y que Max pierda a su padre? Qué fría eres, Montgomery. —Va conmigo hacia la cama—. Oye, ¿por qué brillas? ¿Te has puesto a hacer ejercicio en estos cinco minutos desde que nos hemos despedido en el pasillo?

Me meto entre las sábanas de mi lado de la cama, el seguro.

—Es por la crema que me pongo de noche, muchas gracias. Deberías

ponerte un poco. Me han dicho que tienen una línea específica para pieles maduras.

—Me muero de ganas por meterme contigo cuando llegues a los treinta.

«Solo que para entonces no me tendrá en su vida y tampoco se acordará de mí».

Kai se quita las gafas y las deja en la mesilla de noche antes de apagar la luz y meterse entre las sábanas. Me roza el pie con el suyo y se permite dejarlo ahí un instante antes de apartarlo.

Como si no fuera ya consciente de nuestra falta de ropa, con la oscuridad cubriéndonos, las sábanas escondiéndonos y nuestra piel desnuda rozándose mientras nos ponemos cómodos, el silencio está prácticamente gritando que estoy casi del todo desnuda a quien le estoy cuidando el hijo este verano. Con el hombre con el que me acabo de enrollar junto a los lavabos de un bar.

Medio esperaba que enseguida me diera la espalda y se quedara dormido, pero no lo hace. Está tumbado con un brazo doblado debajo de la cabeza, exhibiendo los músculos definidos, con los ojos abiertos clavados en el techo.

Y como soy una cotilla de mierda, le pregunto:

—¿Sabe tu padre que estás en Texas?

El silencio de algún modo se intensifica. «Menuda puta pregunta, Miller».

Pasa demasiado tiempo, así que me doy la vuelta e intento dormir. Espero que este tío sea un bicho raro que duerme con los ojos abiertos y que no recuerde la pregunta tan absurda que le he hecho.

—No —dice al fin.

Me vuelvo hacia él despacio, pero no le hago más preguntas no vaya a ser que vuelva a meter la pata.

Se ríe un poco, pero suena un poco dolido.

—Ni siquiera sabe que tiene un nieto.

«¿Qué coño...?».

—No he visto a ese hombre desde que tenía quince o dieciséis años. En cuanto mi madre murió... —Niega con la cabeza.

Me da la impresión de que quiere contármelo, pero se calla. Me pregunto si alguna vez ha tenido a alguien con quien hablar de estas cosas.

—¿Puedo... puedo preguntarte qué pasó?

Kai me mira, con un brillo picarón en los ojos.

—¿Es esto lo que hace falta para ponerte nerviosa? ¿Hablar de mi adolescencia de mierda?

Le suelto un manotazo en el pecho, pero doy las gracias por que se ponga a bromear en este momento.

Se ríe.

—Mi madre ya llevaba la mayoría de la carga en la familia, así que, cuando murió, mi padre se puso a beber como un tonto en vez de dar más de sí. Me dejó a cargo de mi hermano de trece años cuando yo mismo aún era un crío. Ni siquiera tenía todavía el carnet de conducir.

«Joder».

—Al final se metió en rehabilitación y dejó el alcohol, pero no volvió con nosotros. Lo último que supe es que se había ido a vivir a dos horas de donde nos criamos y que se había vuelto a casar.

—¿Te importa si lo odio por ti?

—Quizá uno de los dos debería hacerlo.

—No me digas que lo has perdonado. Estoy demasiado lejos de tu nivel de madurez.

—Creo que estoy en un punto en el que no siento nada hacia él. ¿Eso te sirve?

La cara de Kai está relajada, no tiene arrugas de enfado en sus rasgos. Cómo me molesta lo razonable que es.

—¿Al menos Isaiah le guarda rencor?

—Creo que por mí. Ahora que es mayor, hace comentarios sobre lo mal

que le sabe que eligiera una universidad cerca de casa para poder ayudarlo a terminar el instituto. Cosas así. Pero lo más seguro es que lo hubiera hecho de todas maneras. Ese chico es mi mejor amigo.

—Qué mono.

Me clava la mirada.

—No digas que soy mono.

Encuentro su mano entre nuestros cuerpos y entrelazo el pulgar con el suyo, palma con palma, antes de apoyar la cabeza contra el dorso de su mano.

—Gracias por contármelo.

Me recorre el rostro con los ojos, una suave melancolía le envuelve los rasgos.

—Gracias por escuchar. La verdad es que nunca he tenido a nadie a quien contárselo.

—Deberías seguir hablando. Tienes una voz muy sexy, aunque hables de tus traumas infantiles.

Se limita a negar con la cabeza, sonrío y sigue hablando:

—No estoy enfadado y no lo echo de menos, pero sí añoro cómo era antes nuestra familia. Todo era tan distinto antes de que mi madre muriera que lo más difícil ha sido saber cómo es una buena unidad familiar y no tenerla nunca. Ahora lo que intento es darle un poco a Max de lo que yo perdí.

Y ahí es cuando me doy cuenta. Kai ha madurado. No tiene ganas de compensar la fiesta que se está perdiendo, ni siquiera la libertad. No le hace falta recordar su antigua vida. Simplemente quiere la familia que una vez tuvo. Quiere ser suficiente para Max con la esperanza de que no sienta el vacío que Kai se ha convencido de que existe.

—Eres un buen tío, Kai. ¿Lo sabes?

Suspira y exhala una risa incómoda.

—No me lo tengas mucho en cuenta.

—Hablo en serio. —Cosa rara en mí.

La habitación está a oscuras, pero los ojos se me han adaptado a la falta de luz, así que veo claramente los suyos azules sin la barrera de las gafas.

Es bonito. La verdad es que es muy guapo.

Se pone de lado, de cara a mí, y me roza otra vez el pie con el suyo. Sin embargo, esta vez no lo aparta, sino que lo pone encima del mío y los entrelaza entre las sábanas.

—La única vez que se me ha ocurrido ponerme en contacto con mi padre fue cuando me enteré de la existencia de Max. Por una milésima de segundo, pensé en decirle que era abuelo.

—Pero ¿no lo hiciste?

—No. No me hacía falta. Monty en cierto modo se ganó ese título enseguida. Aunque Max no lo llame así, habría sido raro dárselo a otra persona que no fuera él.

«Ay, mi amor».

—Sí —exhalo—. Mi padre tiene un don para ganarse títulos que en un principio no son suyos.

—Es un buen hombre.

—El mejor de los mejores.

—Pero ronca como un cabrón.

Suelto una carcajada.

El ambiente vuelve a cambiar cuando Kai mueve la mano para retirarme el pelo de la cara con delicadeza y ponérmelo detrás de la oreja.

—Quiero que Max tenga el concepto de mí que tú tienes de él.

Me derrito cuando me toca.

—Ya lo tiene. Estás haciéndolo muy bien con él. Sé que tienes dudas en algunos momentos, pero lo estás haciendo muy bien. Y yo lo sé, porque tengo el mejor padre que existe.

—Me preocupa que la esté liando al llevarlo de viaje con el equipo. No sé qué coño hago. Intento fingir que sí lo sé, pero ojalá tuviera la respuesta a

cómo hacer bien de padre.

—Supongo que todos los padres se sienten así en cierto modo. Estás rodeando a Max de mucho amor. El equipo lo adora, mi padre lo adora... ¿Qué más podrías pedir?

Parece que quiera besarme de nuevo y, ¡Dios!, quiero que lo haga. Pero entonces veo a Kai tragar saliva. Aparta las manos de las mías y vuelve a ponerse boca arriba con ellas bajo la cabeza.

Me pongo en su misma posición, pero con las manos juntas en el regazo.

—¿Has podido avanzar en tu trabajo? —me pregunta.

Vaya, menudo cambio de tema. Me he distanciado alegremente de esa parte de mi vida durante las últimas dos semanas.

—En la cocina, nada, pero he estado planeando algunas cosas para cuando vuelva a casa y pueda experimentar en la furgoneta.

—¿En la furgoneta? ¿Hay ahí una cocina?

—Una pequeña, sí. Hace su función.

Pasa un instante.

—Te busqué en internet la semana pasada.

Giro la cabeza hacia él y una sonrisa burlona se me dibuja en los labios.

—¿La semana pasada? Me imaginaba que lo habrías hecho en cuanto salí de la habitación de mi padre el primer día que nos vimos en aquel hotel.

—Tu comida es una maravilla, Miller. Es arte.

No hay humor en su tono, así que no puedo reírme, aunque sea un cumplido incómodo.

Vuelvo a apartar la vista y me quedo mirando el techo.

—Antes sí lo era.

—¿Y ahora qué pasa?

—No tengo ni idea. De repente, un día no podía hacer ni lo más básico. Cosas que llevaba haciendo desde que era niña. Y nada nuevo ha funcionado.

—¿Crees que tiene algo que ver con el premio James Beard que ganaste?

Sonríó de medio lado y vuelvo a mirarlo.

—Kai Rhodes, ¿cuánto has estado investigando exactamente?

—Lo suficiente para descubrir que eres la hostia.

Niego con la cabeza, pero él continúa hablando.

—Sí que lo eres. El mundo entero está de acuerdo conmigo, así que puedes restarle toda la importancia que quieras, pero tengo razón. ¿Siempre has querido ser una gran chef repostera?

—No —respondo con sinceridad—, pero siempre me he esforzado para conseguir el siguiente logro, por ser la mejor en lo que sea que elija. Ya fuera en fútbol cuando era más joven o ahora en mi carrera. Siempre he ido a por la meta.

—¿Por qué?

Exhalo una risa.

—Ojalá lo supiera. Es lo que la sociedad nos condiciona a hacer, ¿no? A seguir esforzándonos por lo mejor en vez de hallar la paz y la gratitud donde estamos.

—Bueno, ahora que te has tomado un respiro, ¿sientes algo de eso?

—¿Paz y gratitud? —Me giro para mirarlo—. Creo que aquí en la cama contigo encuentro mucha paz y gratitud, Kai Rhodes.

Estalla en carcajadas.

—No tienes puto filtro.

Le sonrío, es abrumador sentirme tan cómoda al contárselo todo. Al igual que él, yo tampoco he tenido nunca a nadie con quien hablar de estas cosas.

—La presión pesa mucho—continúo—. Es casi agobiante. Cuando entré en la escuela culinaria, tenía pensado abrir algún día mi propia pastelería. Un lugar donde la gente fuera a por tartas y galletas, y yo pudiera disfrutar de la alegría en sus caras al dar el primer bocado. Pero, en cuanto estuve dentro del sector, ese objetivo dejó de parecerme lo bastante importante o impactante. Entré en un mundo de alto nivel y ahora las únicas personas que prueban mi comida son los críticos o los que pagan una cantidad

ridícula de dinero. Veo a la gente analizar cada bocado de lo que he creado en vez de disfrutarlo y, para serte sincera, como sé que van a opinar en lugar de disfrutar, me cuesta ponerle el mismo amor a la comida sin dudar de todo lo que hago.

El silencio es agobiante. Kai está a tumbado a pocos centímetros de mí, pero aun así no lo miro. La vulnerabilidad es una sensación de la que prefiero mantenerme alejada. Mi estilo de vida no conlleva amistades cercanas ni duraderas. Hace mucho tiempo que no me muestro vulnerable con nadie y llevo años evitando la introspección.

Su mano grande me agarra la cara y me gira la barbilla para mirarlo.

—¿Por qué sigues con lo de alta calidad en vez de simplificar y abrir tu propia pastelería como querías?

Trago saliva.

—Porque lo que hago ahora está a otro nivel. Sí, el tiempo que invierto es absurdo y claro que la presión de trabajar en una cocina así puede llegar a ser agobiante, pero me he labrado un nombre. Creo que quien mira mi currículum lo ve impresionante.

Busca mis ojos con la mirada.

—¿Acaso importa lo que piensen los demás?

Tan solo hay una persona cuya opinión me importe y es el hombre que está al otro lado de esa pared. Después de todo lo que ha hecho por mí, se merece una hija impresionante. Una hija que destaque en todo lo que hace.

—¿Me cocinarás alguna vez algo? —me pregunta Kai cuando no contesto—. Prometo no criticarlo ni analizarlo.

Me río.

—Primero quieres que cuide a tu hijo, luego que viaje contigo y ahora ¿tengo que cocinarte? ¡Dios! ¿Qué más quieres que haga?

Me recorre la mandíbula con el pulgar antes de deslizarlo hacia mi labio inferior.

—Quiero que vuelvas a besarme.

«Ah».

Se me queda mirando la boca.

—Me ha gustado mucho besarte, Mills.

Mi cuerpo se mueve hacia el suyo sin vacilación, como un baile ensayado. Kai desliza el brazo entre yo y el colchón para atraerme hacia él. Nuestras piernas desnudas se rozan y levanta la suya sobre la mía para acercarme más a su cuerpo.

Me lamo el labio inferior, estoy preparada para llegar hasta donde él quiera llegar.

—A mí también me ha gustado mucho besarte.

—Pero no puedo volver a hacerlo.

«Y... da igual».

—Porque como te vuelva a besar —continúa—, me da la impresión de que querré hacerlo cada vez que te vea.

Me arqueo hacia él.

—No veo que problema hay en eso.

—El problema con besarte es que voy a querer follarte más de lo que ya quiero y ahora no llevo tan bien como antes eso de no encariñarme.

—Pero lo de follar sin encariñarse es muy divertido.

Me río resoplando.

—Sí, pero desde que Max...

—No haces nada informal.

—Eso es un concepto que ya no existe en mi vida. Ahora tengo a alguien que depende de mí y de mis decisiones.

—Otra vez.

De repente lo entiende y rectifica.

—Tengo otra vez a alguien que depende de mí y no me puedo permitir ser egoísta. Tú misma lo has dicho: te vas a marchar pronto y a mí se me ha ido demasiada gente. No puedo ponerme a mí ni a mi hijo de nuevo en esa situación.

Por supuesto que no. No cuando está intentando construir un ambiente sólido y estable para Max. En cambio, yo solo quiero pasarlo bien hasta que vuelva a mi carrera y a mi auténtica vida.

—Lo entiendo.

Me aparto un poco para darle espacio en la cama.

—¿Qué haces?

—Darte espacio. Acabas de decir...

—Podemos acurrucarnos.

Las cejas se me disparan hacia arriba.

—¿Acurrucarnos?

—Sí, acurrucarnos. ¿O es que nunca has oído esa palabra?

Me callo, no estoy muy segura de esto.

—¿Es que no te has acurrucado antes con nadie? —me pregunta.

—Claro que sí. Me acurruco con tu hijo, pero nunca he...

—¿No te has acurrucado nunca con un hombre?

—¿Podemos dejar de decir esa palabra? No te pega nada decirla tú. Eres enorme y estás muy bueno, y has dicho «acurrucarse» más veces en los últimos treinta segundos que yo en toda mi vida.

Una sonrisa de complicidad aparece en sus labios.

—Miller Montgomery, eres una mujer fría y despegada. Ven aquí y acurrúcate conmigo.

—¡Deja de decir esa palabra!

—Acurrúcate conmigo, Mills.

—¡Aléjate de mí!

Me aparto encima del colchón.

Riéndose, me persigue hasta que al final dejo mi triste excusa para intentar apartarme de él.

Su gigantesco cuerpo me atrapa y, por instinto, las piernas se me abren a su alrededor. En cuanto sus caderas caen hacia el hueco de las mías, se nos borra la sonrisa que ambos lucimos.

Usa los brazos para despegarse de mí, lo suficiente para que vea su atención centrada de nuevo en mis labios.

—Kai.

Trago saliva y le paso las yemas de los dedos por encima de los abdominales para recorrer las curvas infinitas.

Se le contrae el estómago cuando inhala con fuerza y me cuesta una barbaridad no levantar las caderas y frotarme para sentir justo lo que me muero por sentir.

Quiere besarme. Quiero besarlo. También quiero despojarme de las pocas capas de ropa que separan el punto en que se rozan nuestros cuerpos. Pero veo en su expresión que le supone un conflicto y desearme lo está atormentando. Aunque a veces me guste torturarlo porque es divertido, no puedo darle a alguien que vaya a echar de menos. Después de lo que me ha contado, está bastante claro que no puede mantener una actitud despegada como la mía.

—Vale —digo, rompiendo la tensión—, me acurrucaré contigo, pero solo porque no quiero que le tengas celos a tu hijo por eso.

Deja caer la cabeza con una mezcla de arrepentimiento y alivio por que las cosas no se intensifiquen.

Kai se coloca boca arriba, extiende un brazo y me anima a apoyar la cabeza en su pecho. Lo hago y le paso un brazo por la cintura.

Esto es algo nuevo para mí. No he tenido nunca pareja y no soy de las que se quedan después de un revolcón, pero con él... lo llevo bien, por sorprendente que pueda parecer.

—¿Obligas a todas las mujeres con las que compartes cama a que se acurruquen contigo?

—No sabría decirte cuándo fue la última vez que compartí cama con una mujer.

Levanto la vista y lo miro extrañada.

—No sabría decirte la última vez que estuve con alguien. Pero fue antes

de que apareciera Max, seguro.

«Vaya, joder». Si tenía alguna esperanza de que nos enrolláramos, desaparece con esas palabras.

—Podría ayudarte al respecto, ¿sabes? Sería un sacrificio follar, pero soy una mártir.

Se ríe.

—No necesito tu caridad.

—¿Por qué no? Podrías deducirte impuestos.

Kai cambia totalmente de tema.

—Gracias por llevar a Max hoy al campo. Ha significado muchísimo para mí.

—No puedo creerme que ninguna de las niñeras anteriores lo llevara.

—Nunca se lo pedí. Nunca hablé lo bastante con ellas como para pedírselo.

—Pero conmigo sí hablas.

Hay ternura en sus ojos azules.

—Sí, Mills. Contigo hablo.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho y una vez más recorro con dulzura la forma de su abdomen.

—Aparte de tener la tentación de matar a mi receptor —añade Kai con un bostezo—, hoy ha sido un buen día.

—Todos los días podrían ser buenos.

La respiración se le ralentiza y sus palabras apenas son un susurro soñoliento cuando dice:

—Al menos durante las próximas seis semanas.

17

Kai

—Pa-pa.

El dulce aroma a azúcar me inunda la nariz cuando inspiro hondo.

—Pa-pa.

Tengo el cuerpo fusionado con el colchón y los brazos llenos de... Miller.

Miller está en mi cama o más bien yo estoy en la suya.

Inhalo de nuevo y la acerco a mí hasta que su cuerpo entero está encima de mí con la cabeza apoyada en el pliegue de mi cuello.

Estoy con ella en la gloria. Muy a gusto. Y también la siento como mía.

—Pa-pa.

Abro los ojos de repente y me encuentro a mi hijo a los pies de la cama, apoyado en el brazo de Monty. Ambos nos están mirando.

Max luce una sonrisa. Monty, no.

—Mierda —suelto.

Soy un hombre de treinta y dos años y el padre de la chica que me gusta nos acaba de pillar en la cama.

—Bueno, no sé cómo voy a borrar esta imagen de mi cerebro —dice con sequedad.

Miller se mueve cuando oye la voz de su padre, pero no basta para despertarla del todo. Es más, se frota más contra mí, llevando la pierna por encima de mis caderas, donde tengo un caso agudo de erección matutina. No podría estar más agradecido por que el edredón sea tan grueso.

—Pa-pa —repite Max, y Monty lo deja sobre el colchón para permitirle que gatee hasta nosotros.

—Hola, Maxie —digo con voz ronca mientras trepa por mi torso—. Te eché de menos anoche.

Se sienta encima de mi estómago, apoya la cabeza en mi pecho y mira a Miller, que todavía duerme. Le rodeo el cuerpecito con un brazo para sostenerlos a ambos cuando con cuidado alarga una mano para tocarle el piercing. El pequeño roce basta para despertarla y, cuando abre los ojos, mira directa a mi hijo y le aparece una sonrisa en los labios.

—Buenos días, Bichito.

Él le devuelve la sonrisa.

Este momento sería mucho más tierno, con ambos a gusto sobre mi pecho, si Monty no estuviera mirándome fijamente.

—Buenos días, Millie —dice su padre.

La aludida se gira con brusquedad al darse cuenta de que está ahí.

—Pero ¿qué coño haces ahí, papá? —pregunta, tapándose enseguida con la colcha, aunque no hubiera nada que esconder.

Tiene suerte de que a ella no se le haya empalmado nada, como a mí.

—As —dice Monty, regresando a mi habitación—. Creo que es hora de tener una conversación.

—No creo que sea necesario.

—¡Levanta el culo y ven aquí ahora mismo!

Miller pone los ojos en blanco, se echa a un lado de la cama y se lleva a Max con ella. Le hace cosquillas en la barriga para mantenerlo ocupado mientras su padre me echa una bronca.

Después de ir al cuarto de baño, me reúno con Monty en mi habitación y cierro tras de mí la puerta.

—No es lo que parece —le digo, poniéndome una camiseta para taparme el torso.

—No me importa una mierda lo que parezca. Lo que vosotros dos hagáis

no es asunto mío, pero, As, se va en menos de dos meses.

Me quedo parado.

—¿Por qué demonios todo el mundo necesita recordármelo?

—Porque me preocupo por ti.

—Bueno, pues no tienes que hacerlo. Solo he dormido ahí porque te quedaste roncando en mi cama. —Una sonrisa asoma en sus labios—. En serio, Monty. Por favor, no pierdas el tiempo dándome el discurso de padre sobreprotector. No hace falta.

Levanta las manos.

—No es eso. Solo quería hablar contigo porque Miller tiene una vida a la que va a volver.

—Joder, ya lo sé.

—Déjame terminar —dice—. Miller tiene una vida a la que va a volver, una vida que se ha esforzado mucho por conseguir. Ambos sois adultos. Lo que hagáis en vuestro tiempo libre es entre vosotros dos, pero lo que te pido, bueno, no, lo que te digo es que, si llega un momento en el que te encuentras suplicándole que no vuelva a esa vida, hables primero conmigo.

Pero ¿qué dice? Nunca le pediría eso. Sé lo que es este verano para ella. Lo dejó claro anoche, cuando interrumpió nuestro beso, que está solo de paso. El sueño de su vida la está esperando.

—No va de eso.

Monty se encoge de hombros.

—Tú tenlo en cuenta. Habla conmigo si cambias de opinión.

18

Miller

Violet: *No es que pretenda fastidiarte, pero, por favor, dime que te está saliendo bien alguna receta. Te quedan cinco semanas para presentarle tu trabajo a la revista.*

Miller: *He empezado hoy.*

Violet: *¡¿Hoy?!*

Corto la mantequilla por encima de la sartén y mantengo el fuego bajo en la cocina de un solo quemador. Me va muy bien tener una minicocina en la furgoneta, pero las llamas son un poco irregulares y calientan la sartén a velocidades distintas, así que, aunque pueda dorar la mantequilla hasta con los ojos cerrados, tengo que ir despacio y con calma cuando me pongo a experimentar en mi casita sobre ruedas.

Hace ya unos días que regresamos a Chicago, justo a tiempo de vivir la primera ola de calor del verano en la ciudad. La semana pasada llovía y hacía fresco, pero ahora hace un calor de cojones. Es abrasador y agobiante, y encima tengo los fogones y el horno encendidos. Pero no me queda más remedio que ponerme a trabajar aquí para crear recetas, sobre todo durante las raras ocasiones que Kai tiene el día libre y no va a jugar al béisbol, como hoy.

Con Max es fácil, puedo trabajar mientras está despierto y lo vigilo, pero no me apetece ponerme con las recetas si estoy con él. Me gusta estar con el

niño y prefiero concentrarme en el rato que pasamos juntos en vez de estresarme por la retahíla de fallos infinitos que cometo en la cocina.

Remuevo la mantequilla en la sartén mientras la veo derretirse. Cuando alguien, al llamar a la puerta, sacude el vehículo entero.

«Pero ¿qué coño...?».

Kai no ha venido ni una vez aquí. Me manda un mensaje de texto cuando está a punto de salir y necesita que entre a cuidar de su hijo, y no se me ocurre un motivo para que esté aquí aparte de...

—¿Está bien Max? —me apresuro a preguntar con una voz cargada de pánico cuando abro la puerta de mi furgoneta.

—Sí, está bien —contesta Kai con suavidad, mostrándome el vigilabebés que lleva en la mano—. Se está echando la primera siesta del día.

Mi exhalación rebosa alivio, esta sensación es nueva para mí.

Jamás he estado tan encariñada con alguien para preocuparme por el bienestar de la otra persona, pero al conocer la historia de Max, al saber que su madre no ha querido estar en su vida, se me ha despertado una actitud protectora.

Kai permanece fuera, con los pies descalzos sobre el camino de cemento que va de su casa a la mía. Lleva una camiseta de manga corta suelta y unos pantalones cortos que muestran la buena forma que tienen sus piernas. Lleva una gorra hacia atrás y no se ha puesto las puñeteras gafas. Sin embargo, esa sonrisa dulce de satisfacción le da un aspecto nuevo al deportista.

—¿A qué viene entonces esa llamada agresiva? —pregunto.

—No he sido agresivo. Era normal. Pero es que vives en un puto coche. Apenas he tocado la puerta y se ha mecido.

Enarco una ceja y una sonrisa pícaro aparece en mis labios.

—Esta furgoneta sabe mecerse. Deberías entrar algún día y probarla.

Me mira de reojo, no parece muy convencido.

—Por favor, déjalo.

Kai centra su atención en mi torso y me recuerda que no llevo más que un *bralette* y unos pantalones finos y sueltos que no tocan ni un centímetro de mi piel con este calor de mil demonios.

No me tapo, incluso apoyo el brazo de manera informal en el reposacabezas del asiento del copiloto, lo que me exhibe aún más y le permite verme, aunque sé que no quiere.

—¿En qué puedo ayudarte?

Kai sostiene un par de botellines Coronita.

—Te he traído tu bebida preferida de por la mañana.

—Son las diez.

—¿Demasiado tarde para ti?

Me río y le cojo una.

—No, aún no.

—¿Puedo entrar?

Mi furgoneta está hecha para una persona. Alguien más pequeño que un jugador de béisbol que mide uno noventa y cinco. Tengo una cama, una minicocina y una caja de plástico que uso para sentarme o para meter cosas, dependiendo del día.

—No sé dónde vas a meter ese cuerpo enorme tuyo, pero vale.

—La cama está bien.

Kai agacha la cabeza y entra en mi espacio. Tiene que doblarse por la mitad para dar dos pasos hacia el colchón. Se tumba y deja colgar sus largas piernas por el borde.

—Tienes razón —digo llevándome la cerveza a los labios—. Mi cama está muy bien.

Se ríe, apoyándose en un codo, con los tobillos cruzados mientras acerca el monitor para que ambos podamos ver a Max durmiendo dentro de la casa.

A Kai se le ve relajado hoy. A lo mejor es porque es su día libre. A lo mejor es el alcohol del que se está permitiendo disfrutar. A lo mejor es el

tiempo ininterrumpido que pasa con su hijo, pero no puedo apartar los ojos de él.

—Se te está quemando la mantequilla.

Vale, esas palabras ayudan.

—Mierda. —Retiro la sartén del fuego mientras la furgoneta se inunda del indudable olor a chamuscado—. Deja de distraerme con ese buen aspecto en mi cama mientras estoy intentando trabajar. No se me quemaba la mantequilla desde que era pequeña.

Dobla un brazo bajo la cabeza con una sonrisa de suficiencia antes de llevarse la cerveza a los labios.

Kai es un hombre guapo. Es imposible que no sea consciente de eso, pero a veces es como si se le olvidara. Durante estas semanas, desde que nos conocemos, mis comentarios han ido de ponerlo nervioso y sacarlo de quicio a darle un poco de alegría a su vida. No tengo problemas en hacerle la rosca al tío todo el verano si eso es lo que necesita.

Apago el fuego inconsistente y me siento en la caja de plástico, enfrente de la cama.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—Trabajaba en algo nuevo. Una tartaleta de avellana y mantequilla tostada. Helado de vainilla con suero de leche y pera caramelizada. Estarán en temporada en otoño, justo para cuando salga el artículo, pero no he llegado muy lejos —explico señalando la mantequilla quemada.

—Parece bastante complejo para esta cocina tan pequeña.

—He hecho aquí postres más amplios.

—A lo mejor te cuesta crear por la falta de espacio.

Vuelvo a centrar la atención en él. Debería ser un crimen ser tan guapo e intuitivo al mismo tiempo.

—¿Por eso me has traído una cerveza a las diez de la mañana en tu día libre, Kai? ¿Para ayudarme a averiguar por qué hago fatal mi trabajo?

—No. —Le da otro trago a su botellín—. Una vez me dijiste que la razón

por la que estabas aquí este verano es que se la debes a tu padre. También me dijiste que me explicarías qué querías decir con eso mientras nos tomábamos una cerveza por la mañana, así que he venido a que cumplas esa promesa.

—En realidad te dije que te lo contaría si nos emborrachábamos juntos una mañana. Con una Coronita no nos va a dar.

—Sí, bueno... —Señala con la cabeza el monitor—. Tengo responsabilidades. Lo de ser padre soltero y eso, así que tendrá que valernos una cerveza.

Una sonrisa empieza a formarse lentamente en mi rostro antes de taparla con la botella. Kai Rhodes relajándose en mi furgoneta con una bebida en la mano habría sido algo impensable hacía tan solo unas semanas, así que me comprometo. Me gusta verlo así.

—¿Vas a soltarlo o qué, Miller?

—Mi padre renunció a su carrera entera por mí. A toda su vida. Se la debo y me aseguraré de hacer algo importante con la mía.

—¿De eso va todo esto? —Señala con la cabeza la cocina.

No respondo, no estoy muy segura de si se refiere a la carrera que he elegido o a que me haya alejado de él durante tanto tiempo para trabajar en cocinas por todo el país, pero acertaría en ambos casos.

Kai se levanta de la cama y se lleva consigo el vigilabebés de Max cuando sale de la furgoneta.

—Ven conmigo —me dice tendiéndome una mano.

Lo miro con escepticismo.

—¿Para qué?

—Porque está a punto de darme un golpe de calor en esta puta furgoneta y tengo que enseñarte algo.

—Menudo dramático estás hecho, Papi Béisbol.

Le doy la mano y noto los callos ásperos de su palma contra la mía. La semana pasada le di la mano en la cama, pero no recuerdo que la diferencia

de tamaño fuera tan graciosa. No me extraña que pueda alterar la trayectoria de una bola como si nada. Debe de ser minúscula para él.

Entramos en la casa con todo el sigilo del mundo. Los juguetes y la alfombra de Max ocupan el salón entero y me encanta que a Kai le importe una mierda pasar por encima de ellos todo el día. Esta casa también es la casa de su hijo y no lo esconde.

Hay un sinfín de platos en el fregadero y me recuerdo ponerme con eso mañana. Montañas de ropa por doblar. Conociéndolo, seguro que va a intentar hacerlo todo en su día libre, pero cogeré el relevo cuando vuelva del campo mañana y seguro que se enfada por que le haya ayudado. Es muy orgulloso, siempre lo quiere hacer todo él solo.

Kai me lleva delante de él, quedamos ambos junto a la isla de la cocina y entonces es cuando lo veo. Hay una amasadora profesional nuevecita en la esquina de la encimera junto a unos botes herméticos con todos los ingredientes que podría necesitar.

—No puedes seguir trabajando en la furgoneta —dice—. Hace demasiado calor y apenas puedes moverte ahí dentro. Usa mi cocina, aunque yo esté aquí y no estés cuidando de Max.

Me acerco despacio y paso la mano por encima de la amasadora color marfil.

—¿Has comprado esto para mí?

—Bueno, no te pago por cuidar de mi hijo, así que he pensado que era lo mínimo que podía hacer.

Giro la cabeza hacia él y se me escapa una risa de sorpresa.

—Por supuesto que voy a cobrar lo de este verano. Los Warriors me van a pagar.

—Ah. —Examina mi nueva zona de trabajo—. Entonces voy a devolver todo esto.

—Ni se te ocurra. —Alzo un dedo acusador, pero lo único que consigo es resucitar su impresionante sonrisa—. Es preciosa, Kai. Gracias.

—Gracias a ti. Por cuidar de Max. —Hace una pausa y añade con voz más suave—: Le gustas mucho.

—Bueno, el sentimiento es mutuo. —Vuelvo a mirar la amasadora—. Aunque no tenías que hacerlo.

—Prometiste ayudarme a encontrar un equilibrio en mi vida y pensé en ayudarte a encontrar tu felicidad.

Se me rompe el corazón al oír eso, aunque no quiero que se me abra así. Es demasiado bueno, demasiado amable. Está demasiado bueno con esa gorra hacia atrás y la pierna tatuada al aire. Los muslos de un tío... ¿quién iba a saber que serían mi nueva kriptonita?

—Bueno, ¿y qué pasará luego? —Se apoya con aire despreocupado en la encimera y cruza los tobillos—. ¿Después de la entrevista en la *Food & Wine*?

¿Qué pasará luego? No lo he pensado.

Mi vida entera se nutre de los logros. La mejor lanzadora de sóftbol en el instituto. Hecho. La mejor de mi clase en la escuela culinaria. Hecho. Nombrada la mejor en mi campo al ganar el más alto honor en la industria. Hecho.

Pero ¿qué va después cuando ya no quedan más objetivos que perseguir?

—No... No lo sé.

—¿Habrás pagado tu deuda?

—¿Qué deuda?

—La deuda inexistente que tienes con Monty por haberte adoptado. Es a lo que referías en Miami, ¿verdad? Crees que se lo debes por todo a lo que renunció por ti.

Por el amor de Dios. ¿Es algo típico de los tíos mayores? ¿De los padres solteros? ¿O es que soy muy transparente?

—No soy tan lerdo, Miller. Lo quieres, aunque no estés nunca por aquí. ¿Por eso te has mantenido alejada? ¿Porque te sentías culpable?

—¿Puedes dejar de ser tan maduro e intuitivo por un par de segundos?

Empieza a moverse para acercarse.

—Miller...

Levanto las manos para detenerlo.

—Es que... después de todo lo que ha hecho por mí, se merece vivir la vida que se perdió.

Kai frunce el entrecejo.

—¿La vida que se perdió? Te echa de menos.

—No digas eso.

—Es cierto. No suele hablar de ti, ¿sabes? Tenemos buena relación y yo creía que eras una cría porque Monty nunca habla de ti. Creo que te echa tantísimo de menos que le duele mencionarte. Y ahora, desde que estás aquí, durante estas semanas no ha callado. Sonríe como un idiota. No hay nada por lo que debas sentirte culpable.

No respondo porque no tengo que tener esta conversación con él. No quiero tener esta conversación con nadie, ni siquiera conmigo misma.

Suspira, en cierto modo parece frustrado.

—Usa mi cocina mientras estés aquí. Crea tus recetas. Aprende a no quemar la mantequilla como una aficionada total.

—Cállate —me río y permito que la tensión desaparezca.

—Pero, Miller, vamos a tener un problema gordo si ese artículo y ese premio que te estresa tanto se debe a un sentimiento de culpa que no deberías tener, como eso de que estás en deuda con tu padre por lo que hizo y crees que se lo puedes pagar con galardones.

—Yo solo quiero que esté orgulloso de mí. Después de todo, se merece una hija impresionante.

—Ya la tiene.

Pongo los ojos en blanco.

—Me odiabas hasta hacía cinco días.

—Menuda exageración.

—Perdón, hace seis días.

—Me ponías nervioso.

—Sí —me río—, me daba cuenta.

—No. Quiero decir que me ponía nervioso que a Max le gustaras desde el principio. Me preocupa que se encariñe contigo.

«Espera. ¿Cómo?».

Me imaginaba que era la manera en la que hablaba o incluso mi evidente falta de experiencia cuidando niños lo que le daba miedo a Kai al principio. Pero no se me ocurrió ni una sola vez que le preocupara que conectara con su hijo.

—Lo primero que le pasó a Max en su vida fue que la mujer que se suponía que debía darle amor se marchó. No quiero que se acostumbre a la idea de que siempre se marchan las personas a las que quiere.

—Pero yo me voy a ir.

—Como has dicho —exhaló resignado—, ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Por ahora, quiero que disfrute viajando con el equipo lo máximo posible, y creo que eres la clave. Está contento. Está a salvo contigo. Ya veremos qué hacemos en septiembre.

Ya veremos que hacemos. Ya lo resolveremos. No solo Max.

Tiene la mano sobre la encimera, al lado de la mía, y por instinto se la cubro con la mía. Kai me atrapa los dedos con el pulgar y me acaricia la piel con suavidad.

—¿Por qué estás siendo tan agradable conmigo?

No me mira, solo se queda con la vista fija en nuestras manos.

—No tengo ni puta idea, Mills.

«Mills».

Me cago en todo, cada vez que me llama así, me cala más hondo, se abre un poco más de camino hacia mi corazón.

Kai se cierne sobre mí y me mira a los ojos con esos iris azul hielo antes de bajar hacia mi boca. Quiero quitarle esa gorra de béisbol que lleva y pasarle las manos por el pelo para recordar qué se siente.

—¿Por qué tienes los ojos clavados en mis labios?

—No los estoy mirando —contesta sin apartar la vista de ellos.

—¿Vas a intentar besarme de nuevo, Papi Béisbol? Creía que eso estaba descartado.

Parpadea y se aleja de mí.

—Así es.

—Madre mía, Kai. ¡Ibas a romper tu propia regla y a besarme!

—No, Miller, no iba a hacerlo.

—Creía que ahora me llamabas Mills.

Niega con la cabeza.

—Lo estropeas todo, ¿sabes?

No puedo esconder la sonrisa, necesito volver a meterme con él.

—¿Cuánto te odias a ti mismo por querer darme otro beso?

Kai, con las manos en las caderas, echa hacia atrás la cabeza por la frustración y mira hacia el techo.

—Créeme si te digo que, si vuelvo a besarte, será como mi último recurso para que te calles.

—Vale, entonces seguiré hablando. —Me fulmina con la mirada—. Me encanta lo mucho que odias sentirte atraído por mí.

Kai pone los ojos en blanco.

—Sí, bueno, a ti te pasa lo mismo.

El vigilabebés empieza a iluminarse y el llanto de Max se propaga por el altavoz. Kai se mueve hacia la habitación de su hijo, pero antes de que pueda marcharse, le pongo una mano en el pecho para detenerlo.

—Ya voy yo.

—Pero es tu día libre.

Me encojo de hombros.

—No necesito un día libre. Te dejaré aquí para que medites sobre el hecho de que estabas a punto de besar otra vez a la hija de tu entrenador. — Voy a coger a Max, pero antes de salir de la cocina, añado una cosa más

para que sepa que no es algo unilateral—: Y tápate esos muslos, que tenemos que ser profesionales. Técnicamente, trabajo para ti y ni siquiera sabía que me ponían las piernas de los hombres hasta que apareciste con esos tatuajes y esa masa muscular.

—¿Yo? —Echa la cabeza hacia atrás—. ¿Y tú qué? A mí se me pone dura con solo mirarte las piernas.

Nos callamos, la cocina se queda en silencio por un instante demasiado largo.

Estallo en carcajadas y ambos somos incapaces de dejar de sonreír como lunáticos, aunque estemos cada uno en un extremo de la habitación.

—Somos muy profesionales.

19

Miller

A la semana siguiente, paso casi todas las horas del día en casa de Kai, ya sea en la cocina o con Max. Cuando Kai llega a casa del trabajo después del partido al que no he llevado a su hijo, busco la manera de entretenerme un rato más, aunque la inspiración no me haya llegado todavía.

Está claro que es cosa mía si ni siquiera puedo crear con una cocina impresionante y de lo más moderna con herramientas nuevas.

Pero hoy es el día, lo noto en las yemas de los dedos. Anoche, mientras estaba tumbada en la cama, me lo imaginé, visualicé cada paso: mi versión de un plátano flambeado deconstruido.

En la cocina de alta calidad, solo tienes que vender algo como «deconstruido» para que automáticamente se doble el precio, lo que en mi opinión es una puta chorrada, pero no soy yo quien hace las normas.

Recuerdo que una vez creé un postre al que llamé «sabores de banana split» y serví un banana split deconstruido extendido por una mesa entera. Llevaba chocolate de avellana en un extremo y mousse de fresa en el otro. Costaba bastante darle un simple bocado, pero la presentación era impresionante y gané un premio por lo que en esencia era un banana split gigantesco y complicado.

Hoy, en cambio, voy a optar por un plátano flambeado.

Al menos ese era mi plan antes de que Max decidiera que su plan era ponerse pegajoso. Gatea tan rápido como yo camino hacia cocina. Tenía

pensado trabajar antes, mientras se echaba la siesta, pero Kai necesitaba que lo ayudara con tantas cosas de la casa que no he querido ignorarlo. Aunque seguro que le va a molestar que haya hecho la colada y tal vez sí, tal vez no, haya inhalado profundamente al coger una de sus camisetas de manga corta.

Este tío huele superbién, lo siento.

Bajo la vista al suelo, a mis pies descalzos.

—Max, cariño, ¿qué pasa?

Se sienta en la alfombra de la cocina y tiende las dos manos hacia mí.

—Nana —dice.

He aprendido que si el sonido que emite empieza por ene y termina mascullando en su idioma es que quiere una banana. Junto a los fogones tengo un montón que compré hace unos días. Están bastante maduras y por eso tengo que usarlas hoy.

Pelo una, me agacho y le parto un trozo.

—Aquí tienes, Bichito.

Le brillan los ojos azules y aún tiene el pelo un poco sudado de la siesta vespertina, pero, joder, es que es monísimo.

El fuego está encendido, pero con él cerca me va a ser imposible trabajar en esta clase de postre. Para un flambeado tengo que hacer fuego y hoy desde luego no vamos a llevar a cabo esa idea.

Max muerde el plátano contento, sentado en el suelo y con el pelo castaño alborotado.

—Maxie, ¿quieres ir a jugar con tus bloques?

Niega con la cabeza.

—¿Salimos fuera a hacer burbujas?

Otro no.

—Vale, ¿lo que quieres es estar conmigo en la cocina?

Mira hacia arriba y sonrío aplastando el plátano con los dientecillos de bebé.

Me río y lo cojo en brazos.

—Muy bien, mi niño. Entonces te pondremos a trabajar.

Apago el fuego antes de colocarlo en el artilugio que lo mantiene derecho a la altura de la encimera.

Me apoyo en los antebrazos para ponerme al mismo nivel de sus ojos.

—¿Qué hacemos?

—¡Nana! —grita.

—Todavía te queda banana.

—¡Nana!

—No puedo hacer ese postre con bananas si tú estás en la cocina. Las llamas son grandes y calientes, y uuuh... —Le hago cosquillas en la barriga hasta que lo oigo reírse—. Da miedo. Así que se nos tiene que ocurrir otra cosa con bananas.

—¡Nana!

«Dios santo, hoy le ha dado por las bananas».

—¿Qué te parece...? —Echo un vistazo a la cocina en busca de ideas. Bananas, harina y azúcar. También hay un molde Bundt. Vuelvo a mirarlo —. ¿Hacemos un bizcocho de banana?

Esto ni de coña va a contar como el trabajo que tendría que estar haciendo, pero llevo años sin hornear algo tan sencillo como un bizcocho de banana.

Max aplaude.

Supongo que vamos a hacer un bizcocho de banana de puta madre.

Tengo una antigua receta en la cabeza, se la hacía a mi padre cuando era pequeña. Es casi como un pastel con el interior esponjoso y los añadidos dulces.

Me lavo las manos y luego se las lavo a Max y lo acerco a la encimera para que vea y toque todo lo que quiera.

Coloco el recipiente de la amasadora delante de él.

—Muy bien. Antes que nada, vamos a machacar estas bananas.

Las pelo y las echo en el cuenco, pero llega un momento en el que Max

hunde la mano antes de aplastarlas y se mete un puñado en la boca.

Asiento con la cabeza.

—Nunca había cocinado así, pero allá vamos.

Cojo un tenedor para mí y a él le doy uno más pequeño con el que no hará una mierda, pero al menos sentirá que está participando.

Machacamos las bananas. Bueno, yo machaco las bananas. Max más bien golpea el tenedor contra el cuenco de metal.

—Perfecto —reitero—. Cuatro huevos. —Yo hago esa parte. No creo que esas manitas puedan coger un huevo aún—. Y un poco de aceite. —Lleno uno de los vasos medidores y se lo tiendo para que lo coja, pero asegurándome de que le agarro la mano todo el tiempo.

Quiero que sienta que lo está haciendo él. Quién sabe, a lo mejor está aprendiendo. Me habría encantado aprender a cocinar con mi madre, pero ya no estaba para enseñarme, igual que la suya no está aquí para enseñarle a él.

Vertemos el aceite en el recipiente y cae un poco sobre la encimera, así que añado un chorrito más para compensar.

Hacemos lo mismo con la sal y el azúcar. Añado bicarbonato y un sobre de flan de vainilla instantáneo. Ni de coña voy a conseguir una receta para el trabajo usando flan instantáneo, pero estamos cocinando por diversión, algo que llevaba años sin hacer. Y es especialmente divertido cuando Max echa la harina en el cuenco y la nube que se crea lo deja cubierto de una capa blanca.

Se ríe a carcajadas y yo no puedo evitar hacer lo mismo. Tiene el pelo castaño alborotado y salpicado y la camiseta perdida, pero también una sonrisa enorme. Intenta inhalar aire suficiente para respirar entre risotada y risotada.

—Bichito, creo que te tengo que poner un delantal como el mío.

Se ríe un poco más y adoro ese sonido. Sí, su unidad familiar es un poco distinta a lo que tendrán sus amigos cuando vaya al colegio. Puede que note

que un montón de niños en la tele tienen un padre y una madre, pero Max tiene algo muy bueno. Es feliz y ¿qué más iba a querer para él?

Le quito la camiseta y lo dejo la mar de contento sin nada antes de añadir un poco más de harina a la mezcla. Lo cojo a él y al cuenco, que sujeto a la base de la amasadora, y después ayudo al niño a que la encienda.

Abre mucho los ojos azules y la boquita cuando ve y oye que la amasadora se pone en marcha. No miro los ingredientes, tan solo lo miro a él, porque no puedo imaginarme lo que significará para el niño estar viviendo esto por primera vez. Hay mucha alegría en su dulce cara y yo me siento igual.

Feliz y entusiasmada mientras cocino.

Ya era hora de volver a tener esa sensación.

Suelo ponerle nueces al bizcocho de banana, pero esta vez opto por pepitas de chocolate. Dejo que las eche el niño desde arriba, y me fijo en que echa dos a la mezcla y dos se las mete en la boca.

Meto el molde Bundt en el horno precalentado y me recorre una extraña sensación de orgullo y... alivio. Por fin termino un postre con la corazonada de que no voy a meter la pata en la próxima hora mientras se hace.

Pero entonces me doy la vuelta y veo que hemos dejado la cocina hecha un desastre total. Pongo a Max otra vez junto a la encimera y sigue comiéndose las pepitas de chocolate que le dejo al lado; no puedo evitar sonreír al verlo.

Mis profesores se habrían muerto si lo hubiera dejado todo así en la escuela culinaria. Me habrían regañado a gritos. La industria gastronómica me ha curtido. La limpieza y la organización son las normas principales de las cocinas para las que me contratan. Aparte del único trapo que llevo al hombro, no toco nada. El pelo recogido hacia atrás, el uniforme impoluto y la piel tapada.

Pero aquí tengo a un bebé desnudo, llevo el pelo suelto y no podría sentirme más como yo misma.

Poco más de una hora después, nos corto un trozo de bizcocho con mantequilla derretida por encima. Justo entonces se abre la puerta principal. Kai entra después del entreno y se acerca sigilosamente a su hijo por detrás.

—¿Estás desnudito? —pregunta, haciéndole cosquillas a Max en la barriga y llenándole las mejillas de besos.

El niño se mueve sin parar de reírse.

—Maxie, ¿qué estás haciendo desnudo? —Su padre lo coge en brazos y se lo acerca al pecho. El niño enseguida lo rodea con los bracitos y tengo que apartar los ojos para no babear viendo a Kai con su hijo y esa maldita gorra puesta del revés—. Hola, Mills —dice.

Vuelvo a centrar mi atención en él.

—Hola.

Tiene a Max colocado sobre ese increíble antebrazo venoso y se limpia el sudor de la frente con el dobladillo de la camiseta.

Tiene que estar de puta coña. ¿Cómo no ha estado con nadie desde que apareció Max en su vida? Lo único que tiene que hacer es quedarse en la puerta principal sosteniendo al crío y quizá quitarse la camiseta para que todas las mujeres del vecindario se acerquen corriendo. Es como ver a un padre soltero porno.

—¿Qué habéis hecho?

—¿Qué?

Aparece en sus labios una sonrisa de engreído, pero me la he ganado.

—¿Qué habéis hecho, Miller?

—Bizcocho de plátano.

Levantas las cejas mientras sonrío entusiasmado.

—¿Has terminado un nuevo postre?

Me hace gracia lo mucho que desea que lo consiga. Puede que no entienda los pormenores de todo esto, sobre todo si se plantea que incluya un bizcocho de plátano hecho con flan instantáneo para el reportaje en *Food & Wine*, pero, aun así, me resulta muy mono.

—No es nuevo, pero sí. Además, lo he terminado sin quemarlo, así que es un punto a mi favor. Max también me ha ayudado.

—Ah, ¿sí? —le pregunta Kai a su hijo.

Max decide hacerse el tímido, pero me fijo en la sonrisita de orgullo que luce.

—¿Quieres probarlo? —le pregunto.

—Claro. ¿Vosotros habéis comido?

—Aún no.

—Bueno, pues Pruébalo tú y luego voy yo.

—¿Por qué? —Me río—. ¿Tienes miedo de que te envenene o algo por el estilo?

—No, pero has trabajado mucho en algo y no vaya a ser que la... fastidie. Pruébalo tú.

—Me gusta hacer pasteles para los demás.

Y llevo muchísimo tiempo sin hacerle un pastel a nadie, aparte de a los críticos. Es casi como si me hubiera olvidado de que mi parte preferida de cocinar es dar de comer a las personas que quiero. No siempre se me da bien expresar mis sentimientos, así que tiendo a decírselo a través del estómago.

No es de extrañar que no me haya salido nada bien últimamente.

—Max primero, entonces —digo, soplando un trocito para él.

Abre la boca mucho mientras acerco el tenedor y se oye el «hum» que se le escapa cuando le roza la lengua.

—Después de esa crítica excelente, creo que tengo que probarlo —interviene Kai.

Le doy a él otro trozo con el tenedor.

—¿A mí no me lo vas a soplar? —sugiere con una sonrisa traviesa, pero la mía es mucho más pícara.

—Ah, a ti te soplaría otra cosa. Lo único que tienes que hacer es pedírmelo.

—Hostia —se ríe—. Dame el puñetero bizcocho de banana.

No sé por qué, pero no le paso el tenedor y en su lugar se lo llevo a la boca directamente.

Cierra los labios alrededor del cubierto sin apartar los ojos de los míos y hay algo curiosamente erótico en todo eso.

—Miller. —Mastica abriendo mucho los ojos—. Dios mío, esto está de muerte.

—¿En serio?

Esto es lo que echaba de menos, ver la alegría de alguien cuando siente el dulce en la lengua.

—Sí, es el mejor bizcocho de banana que he tomado. No sé si lo deberías llamar bizcocho, porque es más como un pastel y me lo quiero comer entero.

—¡Ostras!

—No, va en serio. Dame otro trozo.

Me río y hago lo que me pide: le meto otro pedazo más en la boca.

Gime y, ¡hostia puta! Tengo que apretar las piernas al oírlo.

—Tienes que probarlo —insiste.

Usando el mismo tenedor con el que le he dado de comer, cojo un trozo para mí. Lo veo mirándome como si estuviera pensando lo mismo que yo, que tengo los labios donde acaban de estar los suyos.

Y ¡vaya, tiene razón! Sí que está bueno. Muy bueno. Creo que podría incluso ser mejor que la versión que hacía cuando era más joven.

—Es verdad. —Tomo otro bocado antes de pellizcar a Max en la barriga que tiene al aire—. Buen trabajo, Bichito.

La manaza de Kai se curva alrededor de mi nuca. Cuando lo hace, me giro hacia él y me encuentra una expresión tierna en su rostro. Me acaricia el cuello con el pulgar, en el punto donde se siente el pulso, antes de darme un tierno apretón.

—Buen trabajo, Mills.

«¡Vaya!». Me veo sorprendida por la extraña oleada de emociones que me embarga.

¿A qué coño viene eso?

No recuerdo la última vez que me dijeron que había hecho un buen trabajo en la cocina y Kai lo ha dicho con tanta naturalidad, con tanta confianza, que me dan ganas de seguir haciendo bizcochos para volver a oírlo.

No digo lo contrario, estoy de acuerdo con él. He hecho un buen trabajo.

20

Kai

En cuanto salgo de la ducha, me envuelve el cálido y dulce aroma a azúcar. Es el mismo olor que me ha recibido todos los días desde que Miller hizo aquel bizcocho de banana. No ha parado de hornear y siempre tiene la casa llena de tartas recién hechas, pastelitos y otros postres. He tenido que llevarlos al campus para sacarlos de casa antes de que ya no me quepan los pantalones de béisbol.

Pero me encanta. Me encanta verla trabajar, ver su magia en la cocina. Es como si le hubiera picado el gusanillo de los pasteles y no pudiera parar de hacerlos. Por lo visto, nada de lo que ha preparado hasta ahora la ayuda a crear las recetas que necesita para el artículo de *Food & Wine*, pero vuelve a estar contenta de verdad en la cocina. No puedo evitar notar la diferencia en su cara de la primera noche que me la encontré angustiada por todos los postres que le habían salido mal.

Me envuelvo la toalla alrededor de la cintura y voy hacia la cocina. Me encuentro a Max ataviado con un delantal minúsculo sentado en la encimera, frente a Miller. Ella le habla mientras va echando cucharadas de masa de galleta en la bandeja del horno. Hoy va vestida con tela vaquera, ha vuelto a su peto corto habitual. Me he fijado que tiene solo cuatro o cinco que va cambiándose, pero este tal vez sea mi preferido, porque enseña los muslos gruesos.

Max me pilla escuchando a escondidas, se le iluminan los ojos y sonrío

mucho. Debería volver a mi cuarto y ponerme algo de ropa, pero solo quiero estar con ellos.

—¿Qué estamos haciendo hoy?

—Galletas con pepitas de chocolate. —Miller sigue de espaldas a mí y continúa dividiendo la masa.

Pongo las manos en las mejillas de mi hijo y le doy un beso en la cabeza antes de estar a punto de hacerle lo mismo a su niñera, hasta que me doy cuenta a medio camino que se me está yendo la puta olla.

«¿Qué coño estoy haciendo? Estoy demasiado a gusto. Estoy demasiado a gusto, joder».

Por suerte, ella no se da cuenta de nada y aprieto los puños a los costados.

—Bueno, técnicamente son galletas de M&M. —Señala hacia la rejilla para enfriar donde ya hay una docena de galletas preparadas—. Puedes llevártelas al entrenamiento para los chicos.

Se las voy a llevar a mis compañeros de equipo, pero ni de coña van a ser los primeros en probarlas. Es una de las ventajas de que Miller viva conmigo.

Al lado, quiero decir. De que viva al lado. Aunque odio que duerma fuera y lo he dejado bien claro en varias ocasiones.

Cojo una galleta de la rejilla, le doy un mordisco y está de puta madre, aunque no es ninguna sorpresa.

—Qué buenas, Miller.

Dibuja una sonrisa mientras continúa trabajando. Sé que no es la repostería de alta calidad por la que normalmente la elogian y tal vez el cumplido suene a poco, pero veo lo orgullosa que se pone al saber lo mucho que le gustan las cosas que hace a los demás.

Hay unos M&M muy bien colocados encima y, al echar un vistazo rápido, supongo que Max la ha ayudado con esa parte. A juzgar por las manitas manchadas ya de amarillo, verde y naranja, seguro que los M&M con los que la está ayudando van directos a su boca.

Lo bajo de la encimera para que no coma tanta azúcar desde primera hora de la mañana y eso capta la atención de Miller, que me mira por primera vez hoy.

Empieza fijándose en el brazo en el que está apoyado mi hijo y luego baja a donde la toalla se encuentra con la piel desnuda alrededor de las caderas. La veo recorrer con la vista los tatuajes, pero la atención se le va al abdomen, como si estuviera contando cada músculo hasta el pecho.

—Tengo los ojos aquí arriba, Montgomery.

—Sí, lo sé.

Me río.

—¿Has terminado de sexualizarme?

Ella sigue trazando el mismo camino con la mirada.

—Como sigas andando por aquí con nada más que una toalla, la respuesta a eso será un no rotundo.

Al final me mira a la cara, pero lo único que hace es morderse el labio y mover las cejas; no disimula ni un ápice lo atractivo que me encuentra.

Me sienta de puta madre que me mire como me mira, sobre todo una mujer como Miller. Preciosa y con éxito, alguien que podría tener a cualquier hombre, pero me mira a mí.

—Bueno, ¿y cómo las llamo cuando se las dé a los chicos? —cambio de tema—. ¿Galletas M&M?

Miller le retira el pelo a mi hijo de la cara mientras está sentado sobre mi brazo.

—Vamos a llamarlas las galletas de Max y Miller. Las galletas M&M. Lo siento, Papi Béisbol, pero a ti no te incluimos.

—La verdad es que yo también soy una M. Mi nombre completo es Malakai, así que supongo que también estoy ahí.

—¿Te llamas Malakai?

Asiento con la cabeza.

—Malakai Rhodes —dice, como si estuviera saboreando cómo lo siente

en su lengua—. Es un buen nombre.

Sobre todo cuando lo dice con ese tono grave y ronco que espero oír todos los días.

—Supongo que entonces podrían llamarse como vosotros dos —continúa—. M&M. Max y Malakai. Tiene un sonido bonito.

«Y Miller».

«Max y Malakai y Miller».

Pero no lo digo en voz alta, porque ya me estoy imaginando demasiados escenarios absurdos al ver a esta mujer con mi hijo en mi casa, sobre todo cuando no pretende quedarse.

Estos días normalmente paso a toda velocidad por fisioterapia en el gimnasio después de hacer rápido unas cuantas secuencias de lanzamiento para intentar llegar a casa lo antes posible. Al menos, así era antes. Pero en el último mes, me he tomado mi tiempo, me he quedado a ver batear a mis compañeros mientras rajábamos antes de ir con el fisio y dejarle hacer lo que tenga que hacer.

Se ha producido un cambio. Vuelvo a disfrutar del béisbol, de cada parte del juego. Estoy satisfecho, cosa extraña después de lo estresado que he estado durante los últimos diez meses, pues estaba convencido de que no hacía lo suficiente como padre.

Pero Max está contento y yo también, y la razón es la misma.

—Mierda, Trav —dice mi hermano indignado—. Parece que no hayas bateado en tu vida.

—Es domingo —contesta Travis por encima del hombro mientras vuelve a prepararse en la base—. Ya estoy hartito. Estoy cansado y quiero irme a casa.

—¡Nueva norma! El que batee para un home run, se gana una galleta. —Cody levanta el táper lleno de las galletas de Miller; las tiene al lado, detrás de la jaula de bateo.

Las cejas de Travis se disparan hacia arriba bajo el casco. Apunta el bate

hacia el jardín izquierdo y la siguiente bola que le lanzan la envía justo a esa parte. Se deshace de su equipo de bateo y corre a coger una galleta, que le provoca una expresión de placer en la cara cuando se le derrite en la boca.

—Si hubiera sabido que lo que cocina mi hija os haría batear así, le habría hecho que me preparara postres hace muchos años —dice Monty, que se acerca a nosotros y también coge una galleta.

—¡Oye! —grita Isaiah—. Tienes que hacer un home run para que te den una galleta.

El hombre acalla a mi hermano con una mirada.

—Yo no tengo que hacer una mierda. Crie a esa chica y puedo ponerte en el banquillo si me apetece, Rhodes.

Isaiah señala el táper.

—Coma todas las galletas que quiera, señor.

Cody vigila las galletas de Miller, tratándolas como un premio sagrado que uno tiene que ganarse mientras el equipo se da la vuelta hacia el home para ver al siguiente bateador.

Me pongo al lado de Monty.

—¿Vas a dejar de asustar a mi hermano pequeño de esa manera?

—No, así es como funciona nuestra relación. Adoro a ese renacuajo, pero que no se entere. —Le da un bocado a la galleta que tiene en la mano—. ¡Mierda! Casi se me olvida lo bien que se le da esto a mi hija.

—Sí —exhalo—. Creo que a ella también se le había olvidado.

Noto los ojos de Monty fulminándome el lateral de la cara mientras observo el campo, fingiendo no ser muy consciente de que el padre de Miller me está mirando.

—¿Que le hizo ponerse otra vez con sus antiguas recetas? —pregunta con un tono de suspicacia.

—No lo sé con seguridad.

—¿Por qué no me miras?

Niego con la cabeza, con los ojos en el home.

—Sigo sin saberlo con seguridad.

Monty es mi amigo, pero mentiría si dijera que no intimida. Ya me ha entrado la paranoia de que vaya a acusarme de que estoy cogiéndole demasiado cariño a su hija o que piense que estoy intentando convencerla para que se quede en la ciudad cuando lo último que quiere ella es echar raíces.

—As, ¿por qué mi hija está preparando este tipo de cosas cada día en vez de trabajar en las recetas para su artículo?

Está claro que no va a dejar el tema, así que al final me giro para mirarlo.

—Creo que a lo mejor es por Max.

Monty entrecierra los ojos por la confusión.

—Creo que le gusta enseñarle a Max lo básico, le deja que la ayude en cierto modo. Ha estado en la cocina con ella todos los días. —Aparece una sonrisa en mis labios—. Hasta le ha puesto un minidelantal con dinosaurios. Estoy seguro de que no tardará en volver a trabajar en lo otro, pero por ahora, se han estado divirtiendo juntos.

Una sonrisa suave se asoma en la cara de Monty.

—Bien. Esto es lo que le hace feliz, no toda esa mierda pija por la que le pagan.

«¿Eh?».

Enarco una ceja al darme cuenta.

—¿Lo tenías planeado?

—No sé a qué te refieres. —Da otro bocado para no seguir hablando mientras se vuelve hacia el campo, fingiendo estudiar a los bateadores.

—Quieres que Miller deje su trabajo, ¿no?

—No he dicho eso.

—Pero lo estás pensando.

—Quiero que mi hija sea feliz, igual que tú quieres lo mismo para tu hijo. ¿Creo que sería más feliz haciendo este tipo de cosas todos los días en vez

de vivir el estrés de trabajar en un restaurante de lujo? Sí. ¿Sabía que no sería capaz de resistirse a dar de comer a la gente a la que quiere? También sí. ¿Creía que pasando el verano entero con tu bebé le haría volver a lo básico al saber que él no se comería ninguno de esos postres refinados? A lo mejor.

Suelto una carcajada.

—Eres un liante, ¿sabes?

—Soy un padre —me corrige.

Nos cruzamos de brazos, ambos con la misma postura y los ojos clavados en el campo.

—Las ha llamado las galletas de Max y Miller. Las M&M.

—Hmm.

—¿Qué?

—No he dicho nada.

—Has dicho «hmm».

—Puedo decir «hmm» cuando me dé la gana.

—Pero ese «hmm» es suspicaz.

—Es un «hmm» normal. Eres un paranoico y lo único que quieres es seguir hablando de mi hija.

Me río.

—¡Pero si has sido tú el que ha sacado el tema!

La boca se le curva un poco de lado.

—¡Atención, que llega la niñera buenorra! —anuncia Cody—. ¿Nos traes más galletas?

Sigo su línea de visión y me encuentro a Miller subiendo desesperada las escaleras del banquillo hacia el campo con mi hijo apoyado en la cadera.

Me da un vuelco el corazón al instante.

—¿Qué pasa? —grito—. ¿Qué ha ocurrido? —Corro hacia ella y llego al momento, pero me parece una eternidad antes de poder alcanzarlos a los dos. El pánico me inunda las venas mientras compruebo cómo está mi

bichito—. ¿Está el niño bien? —Centro mi atención en ella y le paso la palma por encima del pelo—. ¿Y tú?

—Max está bien.

Del alivio, tengo la misma sensación en el estómago que si me acabara de bajar de una montaña rusa y tengo que dejar que se me asiente antes de volver a hablar.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—Creo que está a punto de caminar. —Inspira hondo y supongo que ha venido corriendo desde el aparcamiento—. Estábamos jugando fuera y estaba usando la mesa de agua infantil para mantener el equilibrio, cuando de repente se soltó y parecía que iba a dar un paso hacia mí, pero lo cogí antes de que lo hiciera. Se supone que no tenía que haberlo hecho. Todas esas madres de internet me lo reprocharían y estoy segura de que en esos libros de paternidad tuyos me dirían que he hecho mal, pero no podía permitir que te lo perdieras.

Miller está frenética. Las palabras le salen de la boca sin respirar y me mira a la cara buscando una reacción, como si de verdad creyera que voy a enfadarme por detenerlo.

—Joder. —Me echo la gorra hacia atrás y apoyo la frente en la suya. Me siento tan aliviado que me río sin ganas—. Me has dado un susto de muerte.

—¿No creerás que no estoy cualificada para cuidarlo el resto del verano y me despedirás porque le he impedido andar?

Me aparto, le retiro el pelo de la cara y se lo meto detrás de la oreja.

—Si tú no estás cualificada para cuidarlo, yo tampoco. —Frunzo el entrecejo—. ¿De verdad crees que tengo libros de crianza? —Se echa a reír con ganas—. ¿Te has cruzado toda la ciudad por esto?

Asiente contra mi palma mientras apoya la mejilla en mi mano.

—No podías perderte sus primeros pasos.

«Hostia puta».

Ahora que la adrenalina se está asentando, me duele el pecho por esta

mujer. Es demasiado buena con nosotros, demasiado buena conmigo.

—¡Maxie! —grita mi hermano, rompiendo el hechizo de estar cerca de ella y recordándome que todo el equipo nos está mirando, incluido el padre de Miller—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Exhalo y por fin aparto la vista de ella para mirar a los chicos que están a mi espalda.

—Al parecer estaba a punto de echarse a andar.

Se arma un alboroto en el home. Este equipo ha estado ahí desde el día en que descubrí que mi hijo existía. Se ha entusiasmado con cada logro y esta ocasión no parece distinta.

—¡Tráelo aquí para verlo! —grita Travis.

—¡Sí, deja que se sienta como su tío, llegando al home después de correr por todas las bases!

—Bueno, si vamos a ser precisos —interviene Monty—, dejémosle en la segunda, ya que Isaiah no ha pasado de esa ni una vez en los últimos cinco partidos.

El equipo vuelve a estallar en carcajadas y se mete con mi hermano.

—Jolín, Monty. —Isaiah se lleva una mano al pecho—. Venga, admite que estás obsesionado conmigo. Menuda forma de seguir mis estadísticas.

Monty sonríe de medio lado.

Miller le pasa mi hijo a mi hermano antes de saludar entusiasmada a Kennedy con la mano. Se sienta al lado de su padre y Monty le echa un brazo sobre los hombros, quedándose juntos mirando. El resto de los chicos no puede resistirse y abandonan sus puestos tras la jaula de bateo para crear un semicírculo alrededor del home.

Yo me agacho justo detrás, de cara a la tercera base, cuando Isaiah pone a Max en el suelo, a tan solo unos pasos de mí. Mi hijo todavía se agarra con fuerza a los dedos de mi hermano para mantener el equilibrio, pero me está mirando fijamente, embobado, con esos diente-cillos de bebé.

—Venga, Bichito, vamos a ver. —Extiendo los brazos para que se

acerque—. Ven a por mí.

Isaiah retira los dedos, pero se queda allí un momento para que Max se aguante antes de que le suelte del todo. Normalmente, ahí es cuando Max se cae de culo y se pone a gatear, pero sigue con los ojos clavados en mí y las rodillas inseguras intentan mantenerlo derecho.

Nadie habla. Hay un silencio total en el campo que tan solo hace unos instantes estaba alborotadísimo con un equipo de béisbol poniéndose a parir los unos a los otros. Ahora se han quedado callados, en ascuas, esperando a que un bebé de dieciséis meses camine.

—Max. —Hago un gesto con las manos—. Vamos. Ya lo tienes.

Con las manos arriba para mantener el equilibrio, mueve con vacilación el pie derecho hacia delante. Toca el suelo antes de hacer lo mismo con el izquierdo.

Siento la sonrisa ampliándose en mi cara.

—Muy bien. ¡Lo estás haciendo! ¡Continúa!

Los chicos detrás de mí están entusiasmados. Es una emoción similar a la novena entrada, cuando tenemos a nuestro mejor bateador en el home, buscando la victoria. Me imagino que para ellos no son más que los primeros pasos de un bebé, pero para mí es un no tan suave recordatorio de que es bueno, de que está creciendo y no la estoy cagando. Así que, aunque lleve meses esperando este día, no me había dado cuenta de que los chicos podrían estar igual de entusiasmados que yo.

Antes daba por supuesto que no tendría a nadie con quien celebrar momentos como este y no podría haber estado más equivocado. Los chicos han estado conmigo todo el tiempo.

Max se sacude como uno de esos muñecos inflables que ponen en los concesionarios, pero logra mantenerse firme. Mueve el pie derecho hacia delante, se tambalea y no pierde el equilibrio antes de llevar también hacia delante el pie izquierdo.

—¡Sí, Max! —resuena la primera ovación detrás de mí.

—Muy bien, Max. —Luzco una gran sonrisa en la cara—. Dos pasos grandes más y habrás llegado.

Dios, el pecho está a punto de estallarme de la cantidad de orgullo que lo inunda. Lo está haciendo. Lo está haciendo, joder.

Entonces sus piececitos, con unas zapatillas a cuadros, dan dos pasos hacia el home y viene directo al hueco que dejan mis brazos extendidos.

El equipo se vuelve loco detrás de mí.

—¡Muy bien, Bichito!

La risa que exhalo está llena de alivio mientras lo abrazo con fuerza contra mi pecho y lo lleno de besos.

Cuando me pongo de pie con él en brazos, los chicos vitorean más alto de lo que he oído nunca. El ruido es casi ensordecedor mientras saltan los unos hacia los otros, empujándose en el pecho como si acabáramos de ganar el partido del año o algo por el estilo.

—¡Vamos, joder! —Isaiah echa la cabeza hacia atrás, con los brazos extendidos.

Ya le recordaré más tarde que no suelte palabrotas delante de mi hijo, pero de momento quiero celebrarlo.

El ruido es demasiado para Max, al niño le cambia la cara y empieza a temblarle el labio inferior antes de soltar un enorme lamento.

—Ay, colega —lo tranquilizo, intentando disimular la risa. Me lo llevo al pecho y le acaricio el pelo—. No pasa nada. Se alegran por ti.

Los gritos paran de inmediato. Tarda un segundo, pero Max enseguida levanta la cara regordeta de mi hombro y los mira otra vez a todos con una sonrisa, aunque tiene enrojecidos los ojos azules.

Los chicos vuelven a animarse, manteniendo el volumen a un nivel menos aterrador, y mientras colman a mi hijo de atenciones, echo un vistazo por encima del hombro para buscar a Miller.

Estaba al lado de Monty, pero ahora él está solo.

—Cógelo un minuto —le pido a mi hermano pasándole al niño.

Me meto detrás de la jaula de bateo para dirigirme a mi entrenador.

—¿Adónde se ha ido?

Una sonrisa de complicidad que me fastidia aparece en sus labios.

—Se acaba de marchar. Me preguntó si el entrenamiento había acabado y se imaginó que querías llevarte a Max a casa contigo.

Antes de que pueda añadir nada más, salgo del banquillo, salto las escaleras y bajo corriendo por el pasillo por el que ella ha venido antes. Veo el dobladillo deshilachado de su peto corto en cuanto entro en el túnel que lleva a las oficinas, la sede del club y después al aparcamiento.

—¡Miller! Espera.

Se gira sobre los talones mientras yo continúo corriendo hacia ella y los tacos de las zapatillas golpean contra el suelo.

—¿Adónde vas?

Señala con el pulgar por encima del hombro hacia el aparcamiento.

—A casa.

«A casa».

—Bueno, a tu casa —se corrige al otro lado del túnel.

Sigo trotando y, en cuanto la alcanzo, la atraigo hacia mi cuerpo y la envuelvo en un abrazo.

—¿Lo has visto? —pregunto con las palabras algo amortiguadas por su pelo—. ¿Lo has visto caminar?

Asiente con la cabeza y me rodea con los brazos la cintura.

—Lo ha hecho muy bien.

—Gracias. Por traérmelo. Me alegro muchísimo de no habérmelo perdido.

—Te lo prometí.

Me quedo así probablemente más de lo que debería, pero no hay nadie por aquí que me recuerde que deje de tenerle tanto puto cariño a esta mujer, así que así me quedo abrazándola un rato más. Al final me aparto, pero no le quito la mano de la nuca, pues me permito tocarla como sea. No sé qué

más decirle, pero no quiero que se vaya.

—Cody quiere que le des clases de cocina —es lo único que se me ocurre.

—¿En serio?

—Sí. Ya sabes cómo es, siempre está probando cosas nuevas.

—¡Me encantaría enseñarle! —exclama con una expresión de entusiasmo e ilusión.

—Se lo diré. Podrías quedar en casa algún día.

—Sería genial. —Sus ojos verdes brillan bajo las luces fluorescentes del pasillo—. La única vez que he tenido oportunidad de enseñar a alguien ha sido en las cocinas para las que me contratan, pero siempre era cosas de alta gama. Creo que sería divertido enseñarle a alguien lo básico. Bueno, a alguien aparte de a Max —concluye con una dulce risa.

Miller está radiante. Se le ha iluminado la cara ante esa idea.

Le acaricio la nuca con los dedos, es una forma de recordarnos a ambos que sigo tocándola. Alzo la otra mano para cogerla de la mandíbula y le acaricio con el pulgar el suave labio inferior mientras se me inclina ligeramente el cuerpo sobre el suyo.

—Kai —susurra.

—¿Mmm?

—¿Vas a besarme?

—Lo estoy pensando.

—¿Qué ha sido de tu norma de no más besos?

—Quiero romperla.

Asiente con la cabeza y, con el movimiento, le bajo el labio con el pulgar. ¡Joder, qué ganas me dan de metérmelo en la boca para chuparlo!

—Siempre he odiado esa norma —dice.

Pero antes de que decida lo que voy a hacer, el túnel se llena con las voces retumbantes de mis compañeros de equipo que se dirigen hacia nosotros desde el campo. Miller coge la mano que tengo en sus labios y me

da un beso casto en la palma antes de dejar que caiga a mi costado.

Mantenemos la atención el uno en el otro mientras los cuerpos pasan por nuestro lado para dirigirse a la sede del club.

Me dan unas palmaditas en el culo, a Miller la llaman «niñera buenorra», lo que me saca de quicio, y mi hermano me guiña el ojo por encima del hombro mientras entra con Max a la sede del club.

Me rasco la nuca, sé tengo que marcharme.

—Bueno... mmm, Max y yo no estaremos en casa esta noche. Tenemos cena familiar.

—Ah, ¿con Isaiah?

—No, con mis amigos, pero por alguna razón lo llamamos cena familiar. Es todos los domingos por la noche y voy siempre que estoy en la ciudad.

—Vale, divertíos. Nos vemos luego.

Me da un rápido apretón de manos y se gira hacia el aparcamiento.

—Oye, Miller. —Vuelve a detenerse por mí y yo me quedo ahí frotándome la nuca como un tonto—. ¿Te gustaría acompañarme?

La sonrisa pícara ha vuelto.

—¿En qué sentido me lo estás preguntando?

—Deja de pensar guarradas. ¿Me acompañarías a la cena familiar?

—¿Necesitas ayuda con Max?

—No.

Puedo notarla tensa desde aquí, a lo mejor porque piensa que mi invitación significa más de lo que debería. La verdad es que no tengo ni idea de qué significa, pero quiero que esté ahí.

—Si te hace sentir mejor —continúo—, el único motivo por el que te quiero allí es porque quiero demostrarle a mi gente que puedo pasar un mes entero sin despedir a una niñera. No tiene nada que ver con que yo vaya a disfrutar de tu compañía.

Reprime una sonrisa.

—¿Y cuántas personas son «tu gente»?

«Solo tú», pienso.

—Cinco o seis, depende de si Isaiah se presenta. Y te aviso que todos suponen que estamos follando.

—Si fuera por mí, tendrían razón.

La ignoro a propósito, porque ya me cuesta bastante contenerme y su constante aprobación no me ayuda a reprimir las ganas que le tengo.

—Me divertiría más si estuvieras allí —añado—. ¿Recuerdas la diversión que me prometiste? Ya sabes, porque soy un padre soltero muy ocupado y agotado que no sabe cómo soltarse.

—Eso es un golpe bajo, Rhodes, pero vale, te acompañaré.

Dibujo una sonrisa demasiado satisfecha.

—Deja de sonreír, me pones de los nervios. —Vuelve a dirigirse hacia la salida—. Conduces tú. Hago mejor de princesa copiloto, así que recógeme en casa.

La veo alejarse. Se sube a la furgoneta y, joder, cómo me gusta que salga de su boca la expresión «en casa».

21

Miller

La casa es bonita. Se parece a la de Kai, que está solo a diez minutos de distancia, pero es un poco más grande. En el breve trayecto, me he enterado de que los propietarios son un jugador de la NBA y su prometida. También voy a conocer a un tío que juega para el equipo de Chicago de la NHL y su prometida.

Estoy nerviosa.

Dudé si aceptar cuando Kai me lo pidió en el estadio, pero los nervios solo se han intensificado de camino aquí. Conocer a los amigos más íntimos del padre cuyo hijo estoy cuidando no parece precisamente el verano sin ataduras que había planeado. De hecho, me da la impresión de que esta cena es todo lo contrario.

Al mismo tiempo, noto una extraña presión en el pecho porque no sé si voy a gustarles. No recuerdo la última vez que me preocupó que me aceptaran. Jamás me he quedado en el mismo sitio el tiempo suficiente para preocuparme si haría o no amigos, pero esta vez parece diferente y no estoy segura de por qué. No debería importarme si les caigo bien o no a los amigos de Kai, porque, de todos modos, en menos de un mes, no van a acordarse de mí.

Kai abre la puerta principal sin llamar, lo que confirma lo a gusto que se encuentra con estas personas, y yo entro primero con Max apoyada en la cadera. Pero al dar dos pasos hacia el vestíbulo, oigo unas voces y me

detengo. Sin embargo, Kai me indica que pase hacia la parte trasera de la casa:

—Adelante. Creo que están todos en la cocina.

No me muevo.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

—Miller Montgomery. —Se gira hacia mí—. ¿Estás... nerviosa?

—No.

Se ríe.

—Ay, Dios mío, sí que estás nerviosa. La señorita «agárrame las tetas si te tranquiliza» está nerviosa por una insignificante cena familiar.

Ni siquiera puedo bromear ahora mismo. Así de rara me siento.

Él se entenece.

—Son todos buena gente, Mills.

Me enderezo y la determinación se asienta entre mis hombros.

—Seguro que sí. Vamos.

La mirada confusa de Kai me quema la nuca, pero no voy a revelar que estoy nerviosa porque en realidad yo no tengo amigos. No hace falta explicar que la amistad implica conexiones que conllevan sufrimiento cuando es inevitable que me vaya. Porque entonces me preguntará por qué estoy nerviosa si voy a marcharme y entonces tendría que preguntarme a mí misma por qué quiero caerles bien a sus amigos.

Soy la primera en ver a todos cuando me quedo en la entrada de la cocina con Max en la cadera.

—¡Hola! —saluda mi acompañante a las cuatro personas en la habitación, pero yo me quedo paralizada cuando todos los ojos se posan en mí.

Entonces Kai me pone la mano en la espalda. Es un gesto simple, pero hace que una extraña paz me recorra entera.

Pero así es Kai. Estable. Fiable. Siempre está ahí cuando lo necesitas.

Pero este verano, él me necesita a mí. Para ayudarlo con su hijo. Para

ayudarlo a soltarse. Y ahora han cambiado las tornas por primera vez en nuestra... lo que sea esta situación.

Las cuatro personas se miran entre sí en la cocina y tiene lugar una conversación sin palabras. Entonces, un hombre alto con una cadena alrededor del cuello y tatuajes decorándole los brazos sonríe con picardía.

—Bueno, no me digáis que no forman los tres la familia más mona que hayáis visto en vuestra vida —dice mirando al hombre que tengo al lado levantando las cejas.

Sí se nos ve en plan familiar de la hostia, yo con Max en brazos y Kai llevando la tarta de limón con merengue que he preparado.

—Miller, ¿verdad? —pregunta una mujer con los ojos verdeazulados y el pelo rizado.

Hago un breve gesto con la mano para saludar.

—Esa soy yo, la niñera a la que no pudo despedir y con la que ahora se acuesta.

Un hombre con unos ojos igual de vivos se atraganta con la bebida.

—Sí, me gusta —dice el primer hombre con tatuajes.

—Se está cachondeando de vosotros —interviene Kai.

Una mujer rubia se acerca a mí dando saltitos.

—¡Me alegro un montón de conocerte! Soy Indy —se presenta y luego señala detrás de ella—. Y este es mi prometido, Ryan. ¡Bienvenida a nuestra casa! Esta es mi mejor amiga, Stevie, y él su prometido, Zanders.

Memorizo los nombres lo mejor que puedo.

El hombre con los ojos como el océano y las mejillas pecosas: Ryan.

La mujer con esos mismos atributos: Stevie.

Tatuajes y cadena: Zanders.

Y el rayo de sol rubio: Indy.

—¿Puedo decirle hola a este pequeñín? —Le tiende las manos a Max y el niño se le lanza a los brazos—. Y deja que te coja eso. —Toma la tarta que lleva Kai—. ¿La has hecho tú, Miller? Tiene una pinta impresionante.

¿Quieres beber algo? ¡He hecho margaritas! Ven, ponte cómoda.

Después de saludarnos todos, la habitación pareció tranquilizarse y nos dio un momento para volver a estar juntos.

—Parece... simpática —digo en voz baja para que solo Kai me oiga.

—Te convertirá en su... *bestie*. Lo llamáis así ahora, ¿no?

Me río.

—Ni puta idea.

—Bueno, te convertirá en su mejor amiga aunque intentes resistirte, así que mi consejo es que te dejes llevar.

Esa idea me hace sonreír.

Kai me dibuja un círculo con el pulgar en la lumbar y me tranquiliza, como suele hacer.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Han dicho que somos muy monos.

—¡Cómo se atreven! —Echa la cabeza hacia atrás—. La última palabra que usaría para describirte es «mona».

—Exacto. Dios, qué bien me conoces.

—Stevie, ¿cómo va el centro para perros mayores? —pregunta Kai.

—Genial. Las donaciones de su equipo —señala a Zanders— han sido increíbles y ha habido muchas adopciones. —Levanta las cejas—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres adoptar?

Kai se ríe.

—Te prometo que algún día lo haré. Cuando me retire oficialmente del béisbol, serás la primera persona a la que acuda.

—Hecho.

Indy usa el tenedor para señalar el trozo de tarta de limón y merengue que tiene en el plato y que casi se ha terminado.

—Miller, necesito la receta de esto. En realidad, creo que necesito que vengas por aquí algún día a enseñarme a hacerlo. Nunca he conseguido que

me salga bien el merengue.

—Me encantaría. Enseñar es una de las cosas que más me gusta de mi trabajo.

—Estupendo. —Se lleva el margarita a los labios con una sonrisa—. Tendremos un día de chicas. Stevie, ¿te apuntas?

—Por supuesto.

Me recuesto en la silla con una sonrisa en los labios y la mano de Kai se me desliza sobre el muslo por debajo de la mesa para darme un apretón. Cuando lo miro, tiene una sonrisa dulce en la boca y me guiña el ojo con discreción.

Esta noche ha sido genial. Los nervios desaparecieron casi de inmediato.

Ayudó que Rio, el compañero de equipo de Zanders, apareciera y le pusiera humor a la velada. Es mi forma preferida de romper el hielo.

Pero sobre todo ha sido genial porque Indy y Stevie son muy amables y es reconfortante ver lo mucho que se preocupan los chicos por Kai y Max. Ryan incluso fue el que llevó al niño a la planta de arriba para acostarlo en una de sus habitaciones para invitados donde, por lo visto, tienen una cuna para noches como esta.

—¿Y la boda? —les pregunta Kai a Ryan e Indy—. ¿Cómo va la planificación?

Ryan lleva la mano hacia la de Indy, mirándola cuando responde:

—Genial. Ya se acerca la fecha. El doce de septiembre.

—Miller, ¿estarás por la ciudad? —pregunta Indy, señalando con la cabeza a Kai—. Le ponemos acompañante a Kai.

—Para, casamentera —masculla él por lo bajini.

Me quedo paralizada por primera vez en la mesa porque cenar con sus amigos ya me parecía demasiado íntimo y personal, pero asistir a la boda de sus mejores amigos es otro nivel.

—No, por desgracia. Me marchó a finales de agosto —digo.

Los ojos se me van a Kai y no está sonriendo.

—Hablando de matrimonio y maridos —tercia Rio, que ya va por su segundo trozo de tarta—. Miller, ¿estás buscando uno?

—No —responde Kai enseguida a mi lado.

—Ostras, papi, solo lo decía porque la tarta está buenísima y me casaría con ella por eso.

Kai se inclina hacia mí, pero habla lo bastante alto para que Rio lo oiga:

—No lo ha dicho por la tarta.

Rio suspira.

—Tienes razón, no ha sido por eso. Solo quiero encontrar a alguien que me quiera. ¿Es mucho pedir?

—Ay, Rio —lo arrulla Indy, que está a mi lado—. Yo te quiero.

—Gracias, Ind. Al menos tengo a alguien.

—Y yo también —tercia Stevie.

—Yo también te quiero, macho —añade Zanders desde la cabecera de la mesa.

Rio mira directo a Ryan.

—Y Ryan, ¿tú qué?

Ryan mira alrededor de la mesa, fingiendo haberse perdido la conversación entera.

—¿De qué estamos hablando?

Indy le da en broma en el pecho. Mientras nos rodean más risas y conversación, Kai tira de mi silla hacia él para acercarme aún más a la suya.

—¿Te diviertes? —me pregunta susurrando.

Nos inclinamos el uno hacia el otro, apoyando las mejillas en nuestras palmas y mirándonos.

Asiento con una sonrisa.

—Sí. Gracias por traerme.

Observa mis labios mientras hablo y se muerde el suyo.

—Gracias a ti por venir. Creo que esta ya se ha convertido en mi cena familiar favorita.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Sobre todo por la tarta.

Le doy un toque suave en la parte superior del brazo.

—Y por la chica que la ha hecho.

Me mira los labios y yo le miro los suyos antes de que la puerta principal se abra e interrumpa el momento.

—¿Isaiah? —pregunta Kai, cuando su hermano entra tan campante.

—¡Perdón por llegar tarde!

Indy se levanta de la silla.

—¡Me alegra que hayas podido venir! Déjame que te sirva un plato. Tenemos tacos. ¿Todo bien?

—Eres un ángel, Ind. Gracias.

Isaiah rodea la mesa, saluda a Ryan, Zanders y Rio con un gesto del brazo, y le da un beso en la mejilla a Stevie al pasar junto a ella.

—Stevie, estás preciosa.

—Búscate una novia, Rhodes —le recuerda Zanders.

Isaiah toma asiento al otro lado de Kai.

—Estoy en ello.

—¿Qué haces aquí? —pregunta su hermano.

—Hoy es la cena familiar.

—Llevas semanas sin venir a una. Y ¿por qué has llegado tan tarde?

Isaiah se acerca más a él para que solo lo oigamos nosotros dos.

—¿Sabías que Kennedy ya no lleva el anillo?

—¿Qué anillo? —pregunto.

—Ken llevaba antes un anillo de diamantes en el anular —me explica Kai —, pero lleva toda la temporada sin ponérselo.

—¿Lo sabías? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Y cómo coño no me he dado yo cuenta hasta hoy? Estoy todo el día mirándola.

—Creía que te habías fijado.

—Bueno, pues lo he hecho hoy, y desde ahora estás ante otra clase de

hombre.

Kai y yo estallamos en carcajadas.

—Perdonad, pero lo digo en serio.

—Por eso estás aquí —se da cuenta Kai.

—Ahora soy un hombre familiar. Todos estos años, no había tenido ninguna oportunidad porque estaba prometida, pero ahora es la mía.

—Técnicamente.

—Está pasando. A partir de hoy, estás mirando a un hombre de una sola mujer. Todos estos años estaba ocupando el tiempo mientras esperaba a que estuviera soltera.

—¿Con «ocupando el tiempo» te refieres a ocupar tu cama? —pregunto.

Asiente con un breve gesto de la cabeza.

Kai y yo sonreímos porque nos hace gracia ver al *playboy* de su hermano convertido en un tonto enamorado, aunque esperanzado.

—No puedes culparme por hacer mis cosas cuando ella no estaba disponible, pero ahora que está soltera... —Isaiah sacude la cabeza y se señala a sí mismo—. Soy un hombre diferente.

Indy le pone delante un plato con tacos antes de apretarle los hombros.

—Me alegro de que estés aquí, Isaiah.

—¡Me tendrás todas las semanas!

Me inclino hacia Kai.

—¿Dónde está el lavabo?

Señala detrás de nosotros.

—Por ese pasillo. La segunda puerta a la derecha.

—Ahora vuelvo.

La casa de Ryan e Indy es impresionante, moderna y limpia, pero también está llena de toques brillantes. Me quedo un rato mirando las obras de arte que hay en las paredes al pasar por el pasillo. Voy al baño y, cuando estoy lavándome las manos, no puedo evitar fijarme en la sonrisa infantil que veo en el espejo, porque esta noche me estoy divirtiendo. Esta gente es

divertida. No sabría decir la última vez que comí en una mesa donde se hablara de algo más aparte de los cambios en el menú, la fruta de temporada o las tendencias gastronómicas actuales.

Ha sido agradable estar en una comida donde yo era simplemente Miller en vez de la chef.

Me giro para secarme las manos en una pequeña toalla cuando la atención se me va a un punto de cruz enmarcado que cuelga de la pared. El bordado en la tela estirada de lino es de colores vivos y femenino. Las letras están en cursiva y se ha utilizado un hilo rosa oscuro, rodeado de florecitas y corazones.

«Por favor, no consumas drogas en nuestro baño», cuelga con orgullo, quedando a la vista de todos.

Está fuera de lugar en este lavabo oscuro y lúgubre.

Me encanta.

Al volver, la conversación continúa en el comedor, así que entro en la cocina para coger otro margarita. Para estar en casa de unos extraños, me siento curiosamente lo bastante cómoda como para irme a servir una bebida. Los amigos de Kai son gente relajada y es fácil estar con ellos, aparte de que me reconforta ver lo bien que los han acogido, tanto a él como a Max, en el grupo.

Le doy a la batidora de vaso un poco para mezclar el margarita helado antes de abrir el armario para coger una copa limpia. Pero la estantería que me queda a la altura de los ojos está vacía y las únicas copas disponibles están tan altas que no las alcanzo.

Me pongo de puntillas, me estiro todo lo que puedo y la tensión me tira de los tirantes en los hombros y hace que el peto corto se me meta por el culo. Rozo con los dedos la parte inferior de la estantería a la que he de llegar y uso la otra mano para impulsarme en la encimera. Estoy a punto de tocar una copa cuando un brazo venoso la coge por mí.

—La tengo —dice Kai con ella en la mano y de repente somos

hiperconscientes de lo cerca que estamos.

Su cuerpo se acerca al mío por detrás, envolviendo cada centímetro de mi piel. Cuando por fin saca la copa de la estantería, la deja en la encimera, pero no se retira. Mantiene su posición, con una mano a cada lado de mi cuerpo agarrada al mueble.

Me dejo caer sobre mis talones, permitiendo que cada centímetro de su parte delantera toque mi parte trasera.

—Gracias —logro decir.

—Mm-hmm.

El pecho le retumba al emitir ese sonido y noto un cosquilleo que me recorre hasta el último nervio del cuerpo.

Tengo los pantalones cortos ahora mismo muy subidos, pero no importa, pues Kai me los tapa. Le permito quedarse así y me inclino ligeramente hacia atrás para apoyar la cabeza en sus anchos pectorales.

Inhala y me habla susurrando mientras sus amigos están en la habitación de al lado.

—Huele bien. Dulce, aunque suene irónico.

—¿Por qué va a sonar irónico? —Me río—. Me gano la vida haciendo pasteles.

—Porque te gusta fingir que eres muy picante.

Sé lo que está haciendo, intenta que baje las defensas trayéndome a una cena familiar acogedora después de que su hijo haya dado los primeros pasos. Me dice que sabe que soy más dulce de lo que dejo ver, pero le dejo que me lo diga me permito disfrutar de la idea de unos días sencillos, cuando sé que muy pronto volveré al caos de perseguir objetivos en una cocina estresante.

Me pone la mano sobre el muslo desnudo y roza con las yemas de los dedos el dobladillo deshilachado del peto. Sigue la línea de la tela y me da unos toques en el culo desnudo antes de bajar el pantalón para tapármelo.

—Qué putas piernas tienes, Mills.

Involuntariamente, me arqueo hacia él. Qué a gusto. Huele bien y estoy muy harta de su regla de no besarse.

Kai me extiende la mano por encima de la tripa para que no me separe de él.

—Hoy ha sido un buen día. Bueno y sencillo.

Me giro hacia él para mirarlo y nuestros labios casi se rozan.

—Todos los días podrían ser buenos.

Los ojos se le van a mi boca.

—¿En serio? ¿En mi cocina? ¿Al lado de la comida? —Ryan está en la entrada con las manos llenas de platos sucios—. Al menos iros a una habitación de invitados. Tenemos tres más aparte de en la que está durmiendo Max.

Kai retrocede un paso y pone distancia entre nosotros. Lo último que necesito es que sus amigos crean que la situación de Kai es la misma que la suya, cuando ellos se casan y tienen bebés, y yo estoy aquí solo permitiéndome disfrutar de su estilo de vida durante mi breve estancia.

—Podríais quedaros a dormir aquí, ¿sabéis? —Ryan deja los platos en el fregadero y empieza a lavarlos—. Así no tendríais que mover a Max.

Por Dios, pasar la noche en casa de sus amigos después de cenar y tomar algo suena a pareja de la hostia.

Kai enseguida me mira, lo más probable es que haya notado la expresión de absoluto terror en mi cara.

—Gracias, tío, pero mañana salimos de viaje y deberíamos volver a casa.

Es una de las pocas veces que agradezco que pueda leerme la mente.

Max todavía está dormido en el hombro de su padre cuando llegamos a la puerta principal de su casa. Kai la abre y me hace un gesto para que yo pase primero.

Pero no puedo entrar. Es casi como si hubiera un campo de fuerza que me mantiene fuera. Después de esta noche, la situación se ha vuelto demasiado

complicada, hay demasiado vínculo para que yo entre ahí con él.

Le paso la mano a Max por el pelo y le doy un beso rápido en la frente.

—Voy a... —Señalo con el pulgar por encima del hombro hacia la puerta lateral que da al patio trasero—. Me voy ya a la cama.

—Mills. —El tono de Kai en cierto modo es suplicante—. Por favor, no duermas ahí fuera.

Dios, ese ruego me va directo al corazón y rompe un poco más la carcasa blindada que lo rodea.

Y por ese motivo retrocedo dos pasos hacia la puerta lateral, para ir hacia el jardín trasero sin añadir nada más.

—Miller —susurra-grita—. ¿En serio?

Me meto en la furgoneta y cierro enseguida la puerta con llave, porque necesito crear algún tipo de barrera que me separe de esta sensación casera, familiar y estable que me ha invadido el pecho esta noche.

Necesito dormir para olvidarme de esto. A lo mejor mañana me voy a conducir antes del vuelo para acordarme de que existen otros lugares aparte de Chicago, la ciudad de la que me marché dentro de un mes. Solo me hace falta un poco de aire fresco para recordarme quién soy, que no me importa la opinión de sus amigos ni que de verdad me gustaría volver a ver a esas chicas. Solo tengo que estar sola un momento, como estoy acostumbrada a vivir.

Me sacudo y voy a coger el cepillo de dientes que tengo junto al fregadero, pero no está.

Qué raro. Lo volví a dejar donde siempre después de usarlo por la mañana.

Busco en el pequeño espacio de la furgoneta, pero no lo encuentro por ninguna parte. Ni tampoco mi crema facial, ni la pasta de dientes, ni mis puñeteras zapatillas de andar por casa.

Yo: *¿Me has robado el cepillo de dientes?*

Papi Béisbol: *Ni siquiera me has dado las buenas noches.*

Yo: *Malakai Rhodes. ¿Dónde está mi cepillo de dientes?*

Papi Béisbol: *Uy, está usando mi nombre completo.*

Yo: *¡Kai!*

Papi Béisbol: *La próxima vez, no te vayas sin darme las buenas noches.*

Yo: *Buenas noches. ¿Contento? ¿Dónde está mi puto cepillo de dientes?
Y el resto de mis mierdas.*

Papi Béisbol: *Creo que las he visto en la habitación de invitados, aunque no estoy seguro. Lo mejor sería que entraras a ver.*

Yo: *¿Estás mudándome a tu casa sin preguntarme si quiera? ¿De qué vas?*

Papi Béisbol: *Ya te he dicho que no me gusta que duermas fuera.*

Yo: *Qué pesado.*

Papi Béisbol: *La puerta trasera no tiene echada la llave.*

En cuanto entro por la puerta corredera de atrás, me encuentro a Kai ya en calzoncillos de pie en la cocina, con los tobillos cruzados y el hervidor encendido a su lado.

—¿Quieres una manzanilla? Va bien para los nervios.

—Creo que vuelvo a odiarte.

Simplemente se ríe con orgullo.

Paso a toda velocidad por su lado y me dirijo hacia la habitación de invitados.

—Sé lo que estás haciendo, Kai. Cena con tus amigos, me mudas a tu casa...

—No estoy haciendo nada. Ha sido una cena normal y corriente. Y no es ninguna sorpresa que no me guste que duermas fuera. Lo que ha pasado es algo que no tiene importancia, algo normal. Si estás dándole vueltas, es problema tuyo.

No tengo energía para discutir con su lógica totalmente sensata. A lo mejor le estoy dando demasiadas vueltas a todo, pero ese nudo extraño que tengo en el pecho no desaparece. Es como nostalgia, lo que no tiene

puñetero sentido. No tengo nada que echar de menos.

La habitación de invitados en casa de Kai es la primera puerta a la derecha pasada la cocina, enfrente del cuarto de baño para las visitas. Una de sus camisetas del equipo está bien doblada encima del edredón para cuando me quede a dormir y mis zapatillas de andar por casa están colocadas junto a la puerta. Me desnudo deprisa, me dejo la ropa interior puesta y me pongo su camiseta por la cabeza. Kai es enorme y yo no, así que la camiseta es prácticamente un vestido que me llega hasta la mitad del muslo.

Voy dando pisotones por el pasillo hacia el cuarto de baño como una niña enfurruñada y me encuentro mi cepillo y la pasta de dientes en un vaso junto al lavabo, y la crema facial en la encimera.

Al mirar al espejo, veo a Kai casi desnudo detrás de mí, agarrado con los largos brazos a la parte superior del marco de la puerta. Se me queda mirando cómo me lavo los dientes con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Qué pesado —mascullo con la boca llena de espuma.

—No hay más que una pared. La única diferencia entre quedarte en mi casa y fuera es una pared. La otra parte, en la que te convences de que al dormir sobre ruedas te mantienes despegada de todos los que te rodean, es cosa tuya.

Miro su reflejo con el ceño fruncido.

—Es mi casa y voy a volver ahí esta noche.

—Es tu coche y, si te quedas aquí dentro, podré volver a cerrar con llave por fin la puerta otra vez.

—¿Qué dices? —Escupo la pasta de dientes—. ¿Por qué no cerrabas la puerta trasera?

Se encoge de hombros.

—No quería dejarte fuera en caso de que necesitaras... algo. No la he cerrado desde la primera noche que te quedaste ahí fuera.

Levanto los ojos para mirarlo en el espejo y enseguida me topo con los suyos. Ahí, con el cepillo de dientes en la mano, veo cómo me recorre con la vista y se fija en la forma en que su camiseta me envuelve el cuerpo.

Kai se aclara la garganta.

—Me voy a la cocina.

Y diciendo eso, su torso sin camiseta y él me dejan terminar mi rutina nocturna.

Al acabar, veo que está apoyado en la encimera de la cocina con una taza en las manos. Está impresionante y tiene cara de sueño. En cambio, yo intento no pensar en la única pared que me separará de su cama esta noche si me quedo en el cuarto de invitados.

—¿Quieres una infusión? —me pregunta alzando la taza.

Le gusta el té, es un tío familiar con gafas y crio a su hermano pequeño. Al principio pensé que era un estirado y un controlador, pero no podría estar más equivocada. Simplemente se preocupa demasiado y quiere demasiado. ¡Hoy por poco llora de alegría al ver a su hijo dar los primeros pasos, por Dios santo!

—Estoy bien, pero gracias.

Puedo notar que está esperando que me vaya corriendo. Es lo que suelo hacer, al fin y al cabo.

Me he dicho a mí misma que cogeré mis cosas y me iré fuera de nuevo, pero tengo los pies pegados al suelo de la cocina. Aunque no me guste reconocerlo, al experimentar las pequeñas alegrías de la vida de Kai hoy ha sido cuando mejor me lo he pasado en mi vida. Aquí estoy yo; supuestamente iba a enseñarle a este hombre cómo divertirse y resulta que la cena de un domingo por la noche y los primeros pasos de un bebé superan cualquier cosa que a mí se me hubiera podido ocurrir.

Se centra en la taza que tiene en la mano mientras yo me apoyo en la encimera delante de él.

—¿Por qué estabas tan indecisa sobre conocer a mis amigos? —pregunta.

—No lo sé.

Alza la vista hacia mí.

—No me mientas. Dime por qué.

Vale, que me entienda lo bastante para saber cuándo estoy mintiendo me molesta.

—No tengo muchos amigos, la verdad.

Me clava la mirada, pidiéndome de forma tácita que lo desarrolle.

—Me muevo tanto que mis relaciones siempre son temporales. Es fácil llegar a una ciudad nueva con esa expectativa clara. Duele menos marcharse así.

—Pero esta noche has estado con mis amigos. ¿Por qué iba a resultarte difícil eso?

Niego con la cabeza.

—Para.

La frustración me sacude. Ambos sabemos lo que está haciendo. Está tanteando, intentando que admita que me importa y me seguirá importando cuando me marche.

—¿Por qué, Miller? ¿Por qué no puedes reconocer que querías caerles bien? Que has estrechado lazos aquí en Chicago que van a hacer que te cueste más irte esta vez.

Le clavo la mirada con el ceño fruncido.

—No.

Deja la taza y se acerca a mí con un andar casi depredador.

Me pasa los dedos por el pelo y me lo coloca detrás de la oreja.

—Te va a costar más irte esta vez, ¿eh?

—Da igual. Voy a marcharme de todas maneras.

Se le inflan ligeramente los orificios nasales ante mis palabras y no aparta los ojos glaciales de los míos.

—Espero que esas palabras te hayan quemado al pronunciarlas. —Me recorre con el pulgar el labio inferior—. Porque la armadura que llevas es

horrible.

—Igual que tú.

Sigue sin despegar los ojos de mi boca.

—Por favor, no te acuestes en la furgoneta —me ruega en voz baja—. No duermo bien sabiendo que estás ahí fuera.

Me pone la mano en el cuello y trago saliva contra su palma.

—Dime que te quedarás —continúa.

No me quedan más excusas. Asiento con la cabeza, sin aliento.

—Me quedaré.

—Bien.

Inclinándome la barbilla con tan solo el nudillo y el pulgar, me sube la cara y aprieta su boca contra la mía. Es un beso dulce e íntimo. Un poco vacilante, pero solo hasta que me arqueo hacia él impaciente. Con mayor confianza, desliza la mano por la nuca y me pasa los dedos por el pelo mientras me besa.

—¿A qué ha venido eso? —pregunto mientras cojo aire.

—Me gustas vulnerable, Mills.

—Bueno, pues no te acostumbres. Es un caso aislado.

Se ríe.

—Entonces será mejor que haga que valga la pena.

Acerca su boca a la mía, esta vez con urgencia. Me agarra de la cadera, pegándose a mí al instante, y me froto contra él mientras no lleva más que unos calzoncillos.

Kai suelta un gemido desesperado en mi boca, el sonido me calienta la entrepierna y aquí estoy, dispuesta a hacer cualquier cosa que esté en mis manos por oírlo de nuevo.

Se muerde el labio inferior.

—¿Qué te he dicho de esas putas piernas?

—¿Que se te pone dura con tan solo mirarlas?

La confirmación la noto en el bajo vientre.

Me recorre con los dedos los muslos y me sube la camiseta para verlas mejor.

—Has sido tú el que no me ha dado unos pantalones —le recuerdo.

Una sonrisa traviesa asoma en su boca.

—Soy un tipo listo.

Kai me sube a la encimera. La fría superficie me conmociona el organismo y se me pone la piel de gallina en las piernas, que enseguida abro para él. Lo invito a que se acerque y le envuelvo los anchos hombros con los brazos mientras me sube más la camiseta revelando mi ropa interior empapada.

—Joder —exclama cuando baja la vista para verlo. Echa la cabeza hacia atrás, con los ojos en el techo, y deja escapar un profundo suspiro—. Por eso se suponía que no debía besarte.

—¿Por qué? —Sigo jugueteando con el pelo en su nuca, moviendo las caderas en busca de lo que necesito—. ¿Porque cualquier nimiedad que haces me excita?

—Madre mía —gime—. Porque ahora solo pienso en follarte.

—Pues deja de pensar y hazlo.

Se ríe sin gracia.

—Eres una puta lianta, Miller. —Me mira a los ojos y nuestras narices se rozan—. ¿Y si me hago adicto?

—Por suerte, todavía nos queda un mes para disfrutar de ese tipo de adicción.

—¿De verdad crees que te podré dejar cuando todo haya acabado?

Asiento con entusiasmo, esperando convencerlo.

—Soy fácil de olvidar.

—Estás hecha una mentirosilla esta noche, ¿eh?

Entrelazo los tobillos en la parte posterior de sus muslos y lo atraigo hacia el hueco de mis caderas.

—Tú no dejes que signifique nada y ambos estaremos bien.

Un instante de enfado pasa por su rostro antes de ceder y llevar su boca a la mía.

Inhalando, lo acerco más a mí para profundizar el beso. Me arde todo el cuerpo cuando me sube las manos por los muslos, me agarran el culo y su lengua se desliza con facilidad por mi boca.

Frota las caderas contra las mías y su erección me da la fricción suficiente para que me salga un grito demandante por la garganta.

Kai se traga los sonidos con un áspero gemido de satisfacción.

—Mierda —exhala, apartándose solo un segundo—. ¿Quién iba a saber que sonabas tan bien gimiendo?

Me arqueo hacia él.

—Lo podrías haber oído hace semanas si no fueras tan cabezota.

Mete las manos por debajo de la camiseta y me pasa las palmas por la espalda mientras la recorre de arriba abajo. Cruza los brazos, apretándome contra él tanto como puede en un beso demasiado íntimo para un rollo informal, pero me quito de la cabeza esa idea cuando empieza a explorarme con las manos; me las pasa por las caderas y las lleva hacia el abdomen. Me toca los pezones con los pulgares, que se me han puesto duros y sensibles.

—Repite eso —le pido sin aliento.

Lo hace, girándolos antes de pellizcarlos con los dedos.

—¿Te gusta? —me pregunta, aunque no necesita que se lo confirme. Creo que solo le gusta oírme pedírselo.

Asiento rápidamente con ojos suplicantes y apoyo la frente en la suya, los dos tenemos la respiración acelerada.

Sonríe con picardía.

—¿Te gusta que juegue con tus tetas, Mills?

—Sí —digo entre dientes cuando otro pellizco hace que me palpite el clítoris.

—¿Crees que podría hacer que te corrieras solo con esto?

Antes de esta noche, habría contestado un no rotundo. Soy el tipo de

mujer que necesita mucho calentamiento antes de correrse, si es que me corro. Me refiero a juguetes y un montón de orientación, pero la mayoría de las veces, termino yo sola.

Pero si hay alguien que pueda conseguirlo con tan solo tocarme un pezón, es este hombre, que tiene todo un lado lleno de seguridad que estoy empezando a ver.

—Creo que deberías intentarlo —le sugiero con un beso.

Se ríe un poco antes de llevar su boca a la mía otra vez y entrelazar nuestras lenguas. Lo atraigo más a mí, aunque nuestros cuerpos, que en cierto modo siguen con algo de ropa, ya están tocándose, pero no es suficiente. Quiero que nos desnudemos. Lo quiero dentro de mí. Le dejaría que me follara aquí mismo, sobre la encimera, para poder revivirlo en mi mente cada vez que estuviera trabajando en su cocina.

Me aprieta, me gira los pezones con los dedos mientras la mitad inferior de nuestros cuerpos continúa restregándose. Apenas tengo el culo en la encimera con lo mucho que nos frotamos, pues mis caderas buscan las suyas a cada empujón.

Enseguida aparta una mano de mi camiseta para quitarse las gafas empañadas y lanzarlas sobre la encimera, pero en vez de volver a llevar los dedos a mi pezón sensible, me agarra de la cadera y me roza la carne de forma casi dolorosa pero desesperada mientras cambia de sitio nuestros cuerpos.

Ambos bajamos la vista y nos vemos frotarnos el uno contra el otro.

—Joder, Mills. —Respira con dificultad—. Eres increíble.

Echo la cabeza hacia atrás cuando me tira del pezón con dos dedos.

—Por favor, no pares. Por favor. Por favor.

Estoy tan mojada, estoy tan cerca... Noto que me palpita el cuerpo, preparado para correrse solo de frotarse contra su polla.

Me agarra el culo para que no me mueva mientras se frota contra mí y su rabo me roza el clítoris con cada movimiento.

—Sí —grito—. Sí, As. Ahí.

El apodo se desliza por mi lengua sin pensarlo, pero ahora mismo soy toda jadeos y no se pueden tener en cuenta mis acciones.

—Joder. —Estampa la mano contra el armario al lado de mi cabeza, buscando donde hacer palanca—. Llámame así otra vez.

—¿As? ¿Te gusta que te llame por tu apodo?

Deja caer la cara contra el hueco de mi cuello al asentir.

—Suenan muy bien de tus labios, sobre todo con tu coño húmedo frotándose contra mí.

Continúa resbalándonos por el borde de la encimera, me besa el cuello y la clavícula, recorriéndome la mandíbula antes de mordirme la oreja.

Cada músculo de mi cuerpo se contrae cuando hace eso y se me mueven las caderas por instinto cuando le da una y otra vez al clítoris.

Entonces me viene, ahí en el borde. Todavía con la ropa puesta, en la encimera de la cocina, me corro solo por un poco de frote y jugueteo con los pezones. Cachondísima por un poco de frote y jugueteo con los pezones, debo añadir.

Cuando nota que el cuerpo se me tensa por el orgasmo, Kai me agarra con más fuerza para mantenerse justo donde lo necesito.

Levanta la cabeza de mi cuello y mira cómo me derribo.

—Joder, sí —susurra, hipnotizado.

Totalmente fascinado, no aparta la atención de mí mientras gimo y me retuerzo. Me mira como si no fuera a volver a verme correrme y necesitara memorizarlo, pero, joder, si así es como reacciona mi cuerpo al suyo con la ropa puesta, necesito saber cómo será tocarlo sin nada.

Con el pecho agitado, se me desploma el cuerpo entero cuando me relajo. Los músculos se me aflojan y doy las gracias por que me esté sosteniendo. Recuperando el aliento, me echo hacia su hombro y jugueteo sin pensar con su pelo oscuro en la nuca. Distraída, restriego mi cuerpo contra el suyo, todavía al borde de mi subidón cuando siento su erección contra el interior

de mi muslo.

Se la agarro y se la acarició de arriba abajo, preparada para todo lo demás.

—Miller —dice con voz ronca, desesperada—. Para.

«¿Qué?».

Me aparto de su hombro, respirando todavía con dificultad, cuando le veo el bulto en los calzoncillos que sé que a esas alturas debe de dolerle.

—Pero...

—Por favor —me ruegan sus ojos azul hielo—. En lo único que puedo pensar ahora es en follarte, pero estás como una puñetera cabra si crees que algo de esto se me va a olvidar con facilidad. —Niega con la cabeza, pasándose una palma por su cara de incredulidad—. Creo que me he quedado hecho polvo con tan solo ver cómo te corres, así que, por favor, hazme el favor de irte a la cama. —Me pone bien la camiseta y me da un último beso rápido—. Y por el amor de Dios... cierra por dentro la puta puerta.

22

Kai

Empiezo esta semana, mañana por la noche en Boston. Llegamos a la ciudad esta tarde e Isaiah enseguida se llevó a Max y todas sus cosas, declarando que iba a dormir con su sobrino.

Aunque me esfuerzo por pasar el mayor tiempo libre posible con mi hijo, es bueno para ambos que cree sus propias relaciones, sobre todo con las personas que estarán para siempre en su vida.

Así que, como tengo la noche libre, llamo a la puerta que separa mi habitación del hotel de la de Miller. Doy saltos de puntillas, nervioso porque han pasado un par de días desde la última vez que hablamos en serio.

Bueno, aparte de la noche siguiente a nuestro momento en la cocina. No había hablado con ella en todo el día, así que volvió a meterse a hurtadillas en la furgoneta para dormir. A los diez minutos, irrumpí allí, me la eché al hombro y volví a llevarla a la habitación de invitados antes de recordarle que ya no podía volver a dormir fuera.

Ahora tenía a alguien con quien celebrar los buenos momentos. Cuando Max dio los primeros pasos, ella estuvo allí. Y luego, aquella noche, con mis amigos, encajó a la perfección. Y sí, había segundas intenciones detrás de aquella cena.

Cuando llegue el momento, quiero que a Miller le cueste marcharse, no solo porque disfrute de su compañía, sino porque encontrar a gente que te

duele si no están es una de las partes más importantes de la vida. Tener un lugar que consideres tu hogar.

No quiero que sea Miller la que se pierda en la fantasía de quedarse en Chicago, ahora soy yo el que desea que se quede. ¿En qué universo se suponía que me iba a dar igual que se marchara?

¿Cómo demonios se supone que voy a olvidar cómo suena su risa o cómo saben sus labios?

Quiero estar con ella. Joder, lo quiero de verdad. Cualquier hombre coherente y sensato se habría lanzado ante la oportunidad de tenerla como follamiga, que era lo que ella quería, pero a mi cerebro se le ha olvidado cómo hacer eso mientras mi polla reza que me acuerde.

Así que sí, estoy enfadado conmigo mismo porque no sé cómo tenerla sabiendo que pronto tendré que dejarla marchar. Y, en vez de comportarme como un adulto y decírselo, he recurrido a evitarla.

Llamo a la puerta contigua una vez más, pero sigue sin contestar.

Pruebo a llamarla al móvil sin éxito.

Busco el número de Monty y el de Kennedy, y les mando el mismo mensaje de texto a cada uno.

Kennedy y Miller parecen estar a punto de hacerse amigas a pesar de que le gusta asumir que no tiene ninguna. Veo lo mucho que se entusiasma Miller cada vez que Kennedy está por aquí. Es la única otra mujer que nos acompaña en los viajes, así que ¿a lo mejor están juntas ahora?

Yo: *¿Sabes por casualidad dónde está Miller?*

Kennedy: *No, pero tu hermano no deja de enviarme selfis de Max y él para preguntarme si quiero ir a su habitación a jugar a las casitas.*

Me manda un par de imágenes de mi hermano y mi hijo en el suelo, jugando. Las fotos sin duda son la nueva manera que ha encontrado Isaiah de intentar llamar su atención. Su rollo *playboy* nunca tuvo efecto en Kennedy, así que supongo que está probando con lo de hombre de familia a ver si eso funciona.

Yo: *¿Quieres que le diga que te deje en paz?*

Kennedy: *Lo tengo controlado. Llevo años tratando con tu hermano. Me encanta humillarlo.*

Yo: *Que te diviertas.*

Kennedy: *Siempre.*

Monty responde con otro mensaje.

Monty: *¿Por qué?*

Me: *Qué respuesta más rara. ¿Está contigo?*

Monty: *¿Qué intenciones tienes con mi hija?*

Vale, definitivamente está con Miller. Cojo la llave de mi habitación y salgo de allí para dirigirme a la suya.

Yo: *Este nuevo rollo de padre sobreprotector no te va. Vive en una furgoneta y no te importa. Viaja por todo el país sola por trabajo. Ni de coña mis intenciones son lo que más debería preocuparte.*

Monty: *Mi pregunta es bien sencilla. Así que venga, As. Ya te he pillado en la cama con mi hija una vez. ¿Hay algo más que debería saber?*

«Hostia puta».

Giro un par de veces por el pasillo de nuestra planta, llego a la habitación de Monty y llamo a la puerta.

—¿Sí? —pregunta, abriendo solo una rendija.

—¿Está Miller?

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Papá, para —oigo que le regaña Miller de fondo.

La chica abre del todo la puerta y me deja ver su precioso pelo moreno y el peto verde oliva que lleva.

—Lleva así todo el día.

—Porque vosotros dos últimamente actuáis como si no os conocierais. Está claro que pasa algo.

«Vaya... mierda».

Miller lo ignora, me recorre con la vista la ropa. Voy vestido del todo,

preparado para salir del hotel.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas que te ayude con Max?

—No, está con Isaiah esta noche, pero me preguntaba... —Los ojos se me van al hombre que está detrás de su hija, con los enormes brazos cruzados sobre el pecho. Se señala los ojos con dos dedos antes de señalarme a mí con ellos para indicarme que me está observando—. ¿Puedes parar de una puta vez? Esto es muy raro, Monty.

Miller se da la vuelta, pero él hace como si nada.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

Pongo los ojos en blanco y los dirijo después hacia la belleza tatuada.

—Me estaba preguntando si querías ir a un sitio conmigo.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa.

Le brillan los ojos verdes.

—Papi Béisbol, ¿me estás proponiendo divertirme?

—Algo así.

Miller se gira hacia su padre.

—¿Te importa?

—¿La vas a traer antes del toque de queda?

Ella entrecierra los ojos.

—¿En qué puta realidad tengo toque de queda? No te estaba pidiendo permiso. Deja de actuar tan raro. Solo te estaba diciendo que si no te importa que no acabe de ver la película contigo.

—A las nueve en punto —se limita a responder Monty.

Nos tiene a los dos hartos.

—Ya son las nueve y media.

Miller coge la chaqueta vaquera del sofá y le da unas palmaditas a su padre en el brazo.

—Para la próxima vez deberíamos ensayarlo. Estoy segura de que puedes hacerlo mejor.

La típica sonrisa que luce cuando está con su hija finalmente aparece.

—Siempre he querido interpretar al padre controlador que hablaba con el chico con el que iba a salir su hija. ¿Qué puedo hacer la próxima vez para que sea más creíble?

—No lo sé, nunca me he visto en esa situación. —Al salir de la habitación del hotel, se despide de él con un breve gesto de la mano—. Hasta mañana.

—Te quiero, Millie.

—Y yo a ti, papá.

Caminamos juntos hacia el ascensor.

—¿En qué situación no has estado nunca? —pregunto—. ¿En la de tener un padre controlador o salir con un chico?

—En ninguna de las dos. —Se para en seco y se da la vuelta para mirarme—. Nosotros no estamos saliendo, ¿no?

—Vaya, no esperaba que te imaginaras eso. Jamás me atrevería a salir contigo. Significaría para ti demasiado compromiso, Montgomery.

Cuando el coche nos deja en el North End de Boston, la mano se me va a la parte baja de la espalda de Miller para guiarla hacia el edificio atestado. Preferiría cogerla de la mano y entrelazar nuestros dedos, pero tengo que ir despacio con ella para evitar que le dé demasiadas vueltas al tema.

Una cola de clientes llega hasta fuera y dobla la esquina. En cuanto nos colocamos, Miller se detiene a examinar los edificios de ladrillo rojo, tratando de averiguar dónde estamos.

Está claro que esta es la versión bostoniana del barrio italiano de Nueva York, con sus banderas italianas y las guirnaldas colgadas de un edificio a otro sobre las calles de adoquines. Hay una pastelería al otro lado de la calle igual de concurrida que esta, pero Rio me dijo que solo tenían *cannoli* y que debía llevar a Miller a esta.

—¿Vamos a tomar el postre? —pregunta mientras nos acercamos a la

entrada. Abre los ojos de una forma muy graciosa cuando mira a través de las ventanas y ve un sinfín de vitrinas llenas de dulces—. ¡Hostia puta! Así es justo como me imagino el cielo.

—Así que el cielo, ¿eh?

—Sí, todos tenemos nuestra propia versión del cielo. El mío se parece mucho a esto, pero sin todas esas vitrinas de mierda. De alguna manera, los postres se mantendrían siempre como recién hechos. —Al final deja de mirar embelesada la pastelería y vuelve a centrar su atención en mí—. ¿Cómo sería el tuyo?

—¿Puedo pedir lo que yo quiera?

—Lo que sea.

—Bueno, no sé muy bien cómo sería, pero tú estarías allí y cada vez que estuviéramos solos, la ropa te desaparecería del cuerpo por arte de magia. Será mi primera petición en cuanto llegue al cielo. De hecho, será mi parte favorita.

Se echa a reír y que una mujer me encuentre gracioso hace que el ego me suba a unos niveles absurdos. La cola vuelve a avanzar y ella me adelanta, acercándose cada vez más al interior. Desde atrás, le paso un brazo por la parte delantera de los hombros y el tamaño de mis manos y las venas que lo acompañan contrastan con las delicadas líneas florales en su piel bronceada.

—Siento haberte evitado —le digo en voz baja al oído.

Me agarra el antebrazo y le da un apretón.

—No pasa nada. Estás disculpándote con azúcar, así que sin duda estás perdonado.

Avanzamos con la cola y esta vez entramos al edificio, donde el olor a canela y chocolate nos recibe en cuanto cruzamos la puerta. Los labios de Miller se curvan en una sonrisa infantil y es tan maravillosamente auténtica que no puedo evitar quedarme mirándola a ella en vez de al sinfín de vitrinas con pastas, tartas y galletas.

—Vale, ¿qué lugar es este? —pregunta.

—¿Te acuerdas de mi amigo Rio, el que conociste la otra noche? Es de Boston y me habló de este sitio. Son casi todo postres italianos, pero tienen algunos franceses y también repostería tradicional americana. Con mi agenda de viajes, sé que es difícil para ti ponerte a trabajar en lo tuyo y estos postres no son tan elegantes como lo que tú haces normalmente, pero he pensado que tal vez te servían de inspiración para las recetas del artículo. Quién sabe, a lo mejor te da alguna idea.

Miller se queda callada, no dice nada, lo cual es raro.

La chica está llena de frases ingeniosas.

Y mi momento de seguridad, al pensar que era una buena idea, se ha ido volando.

—Bueno, o no tenemos que pensar en el trabajo y podemos comprar algo que tenga buena pinta para llevárnoslo al hotel.

—No —se apresura a decir, negando con la cabeza—. No, esto es... Es muy considerado por tu parte. —Me mira a los ojos—. Es una idea perfecta, pero también suena mucho a que estamos saliendo.

Me río.

—Está claro que nunca has salido con nadie antes si crees que es así. Esto es una reunión de trabajo, Mills. Deja de montarte películas y sé profesional.

Entrecierra los ojos y vuelve a sonreír. Mira otra vez los dulces y avanzamos en la cola, cada vez más cerca de que nos toque pedir. Delante de mí, se inclina hacia atrás, y se apoya en mi pecho distraída mientras continúa mirando las vitrinas.

Y yo sonrío como un niño de treinta y dos años la mañana de Navidad, porque ha habido una gran cantidad de tocamientos para ser una reunión de negocios.

—¿Qué te apetece? —dice casi en un susurro, como si fuera un secreto entre nosotros.

Cuánto me gusta verla así, joder. La sonrisa y el entusiasmo que muestra

ahora es como me la imaginaba que sería de pequeña, descubriendo su pasión por la repostería.

—Bueno —respondo, sacando una hoja doblada de mi bolsillo trasero—. He investigado un poco.

—¿Has investigado un poco? —me pregunta riéndose—. ¿También has imprimido el mapa de cómo llegar hasta aquí, anciano?

—Cállate.

Le brillan los ojos y tiene los labios apretados para contener la risa.

—Como he dicho, he investigado un poco y he hecho una lista.

—Has hecho una lista. En un trozo de papel a rayas. Has usado un boli.

—¿Vas a seguir explicando todo lo que hago o...?

—Existe una aplicación para tomar notas en tu móvil, Malakai, por si no lo sabías.

—Da igual. —Sostengo el papel delante de nosotros al tiempo que la envuelvo con los brazos—. Vamos a pedir todo esto y cualquier otra cosa que quieras probar.

Mientras Miller revisa lo que tengo apuntado y lo compara con lo que hay en las vitrinas, continuamos avanzando en la cola. Todas las mujeres que trabajan detrás del mostrador son bajas, mayores e italianas. Tampoco tienen tiempo para estas chorradas de los turistas y esperan que los clientes les pidan lo que sea en cuanto les toca. Si hay un retraso y la gente se entretiene mirando, una retahíla de palabras italianas, supuestamente palabrotas, retumba por la pastelería.

Reviso las vitrinas para asegurarme de que no me deje ninguno de los dulces obligatorios. Todos tienen una pinta impresionante y cogería uno de cada si tuviera espacio en la mesa. Pero también me ha malcriado tanto la repostera que vive en mi casa que esta salida es más por ella que por mí.

—El tiramisú era el postre preferido de mi madre —digo, señalando el pastel italiano al pasar por delante.

—Ya veo que la mujer tenía buen gusto.

—También buena genética, ¿eh?

Se ríe.

—Una genética estupenda.

—¡Siguiente! —grita desde la caja registradora la mujer con la piel aceitunada y las raíces canosas.

Miller se limita a pasarle la lista.

—Estos, por favor.

Los labios de la mujer se curvan hacia arriba de una manera inusitada mientras examina la hoja con los ojos.

—Me caéis bien —dice antes marcharse a servirnos los dulces.

—¿Ves? —susurro deslizándose la mano por la cadera de Miller y abriendo los dedos por encima de su bajo vientre—. Mi nota ha sido útil. Ni de coña habría tenido esa reacción si se lo hubiera enseñado en el puto móvil.

Se ríe, con la mano encima de la mía antes de sugerir:

—¿Podemos añadir un poco de tiramisú, por favor?

—¡Pues claro!

Miller me lanza una sonrisa de complicidad por encima del hombro. Desde luego, se le da fatal asegurarse de que no me enamore de ella.

—Ha sido la mejor hora de mi vida —suspira, contenta.

Hay cuatro cajas gigantescas de dulces en nuestra mesa, todavía llenas, solo hemos probado. Tenemos *torrone*, *biscotti*, *éclair* y algo llamado «cola de langosta» que es como de otro mundo. Ojalá pudiera seguir comiendo, pero estoy lleno.

—¿Cuál te ha gustado más? —pregunto.

—No sé si puedo elegir solo uno. ¿Y tu preferido?

—No sé si tengo un dulce favorito, pero sí me ha gustado mucho verte diseccionarlos como un científico loco antes de darles un mordisco.

—Estaba trabajando, ¿recuerdas? Esto es una reunión de negocios.

—Y ¿qué tal? ¿Ha surgido algo?

Le brillan los ojos mientras me mira desde el otro lado de la mesa. Una sonrisita le asoma en los labios y, aunque yo me refería a si le había venido la inspiración para trabajar, ambos sabemos que ha surgido una chispa entre nosotros.

Vuelve a centrar su atención en nuestra mesa llena de dulces.

—Creo que sí.

—Bien. —Agarro la pata de la silla y tiro de ella para acercarla a mí y dejarle claro que nuestra reunión de trabajo ha terminado oficialmente—. Cuéntamelo todo.

Coge un *cannolo*.

—Se me ocurre que podría hacer un cilindro de chocolate negro, con esta forma, relleno de crema de praliné de avellanas ahumada. —Señala el trozo de tarta de chocolate praliné—. Parecido a estos sabores, pero sin la textura pesada. Pondría una pintura de chocolate en el plato, adornada con trozos de azúcar y rematado con una bola de helado de leche de oveja salada. —Hace una pausa para coger aire—. ¿Qué te parece?

Me la quedo mirando boquiabierto.

—Ya. Quién coño querría helado de leche de oveja salada, ¿verdad?

—¿Acabas de crear eso de la nada? —Por una vez en su vida, Miller parece tímida—. Suena increíble, Mills.

—¿Sí?

—Sí, joder.

—Bueno, mientras no la cague cuando llegue a casa y haga la receta... Solo me faltarían dos. —Una sonrisa de alivio le curva los labios mientras mira a su alrededor en la concurrida pastelería—. Gracias por traerme. Me encanta este sitio. Qué divertido es ver a la gente dar el primer bocado.

Está mirando a alguien probar una pasta ahora mismo, pero yo solo la miro a ella. No disfruto de la misma manera que Miller, porque no soy creativo. No tengo un producto que ofrecer al mundo con la esperanza de que les guste, pero, joder, podría pegarme todo el puto día viéndola mirar

cómo comen los demás.

—¿Te gustaría abrir un lugar como este?

Soy consciente de que ahora estoy jugando con fuego. En cierto modo, le estoy preguntando si se quedaría en un sitio el tiempo suficiente para hacerlo.

Me clava la mirada, dejando claro que se me ve venir a la legua, pero me sigue el juego.

—Si me lo hubieras preguntado hace siete años, la respuesta habría sido un sí inmediato. Pero ¿ahora? No termino de verlo. Trabajo en restaurantes con estrellas Michelin por todo el país. Hace poco he ganado un premio que la mayoría de chefs se pasan toda la vida buscando y nunca lo consiguen. Tengo una lista de espera de tres años con cocinas que quieren contratarme. Gano mucho dinero y, aunque no te guste que lo diga, siento que le debo a mi padre hacer algo importante con mi vida. Y no, los dulces no son importantes, pero he intentado ser alguien importante en este sector. No me puedo permitir el lujo de cambiar de rumbo a estas alturas de la carrera. ¿No estás de acuerdo?

¡Ostras! No sé si Miller se ha puesto alguna vez tan vulnerable conmigo. No solo para revelar lo que se le pasa por esa bonita cabecita suya, sino para pedirme mi opinión.

Así que elijo las palabras con cuidado. Algo demasiado profundo y personal quizá la haga salir corriendo.

—No, no estoy para nada de acuerdo contigo. Creo que se puede cambiar de dirección cien veces más en la vida y que nunca se está demasiado estancado para hacerlo. La vida trata de encontrar lo que te da alegría, vivir de un modo que te haga feliz a ti y a los demás. Así que supongo que la pregunta en realidad es: ¿te hace feliz tu carrera? ¿Ese trabajo es el de tus sueños?

Se queda callada para pensarlo un momento.

—Estoy bien, así que sí, es mi sueño ahora.

No es exactamente la contestación a mi pregunta, pero me basta para comprenderlo. Esto es lo que quiere de la vida, una carrera de alto nivel en la que tiene éxito y no quedarse nunca mucho tiempo en un mismo lugar.

Hay cosas que quiero decirle: «Solo porque tengas talento no significa que se lo debas a nadie». «Lo único que le debes a tu padre es encontrar lo que te haga feliz». «Múdate a Chicago». «No dejes a Max».

Pero le prometí a Monty que hablaría con él antes de pedirle eso a Miller y me importan demasiado sus sueños como para pedirle que renuncie a ellos por mí.

Miller coge su tenedor y lo hunde en el tiramisú para darle un buen bocado. Suspira como si los bizcochos de soletilla y el chocolate fueran la respuesta a todas sus preguntas.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Mae.

—Mae —repite pensativa—. Otra M.

No puedo evitar sonreír. Solo la tuve a mi lado durante quince años, pero es la mejor mujer que he conocido.

—Ojalá hubiera conocido a Max. La habría tenido comiendo de su manita regordeta.

—¿No estamos así todos con él? —dice Miller, inclinando la cabeza a un lado y apoyando la barbilla en la mano como si pudiera quedarse allí sentada hablando conmigo toda la noche.

Es agradable tener por fin a alguien con quien hablar, pero me temo que notaré aún más la soledad cuando se marche.

—¿Cómo era? —me pregunta.

—Era... divertida. Fuerte. Un tipo de mujer que no se andaba con tonterías al criarme a mí y a mi hermano. Pero también era tierna con nosotros. —Llevo la mano a su muslo por debajo de la mesa y la paso por encima de la tela verde oliva—. Se parecía mucho a ti.

Espero que Miller se venga abajo, que insista en que soy demasiado

sentimental con ella, pero no me importa. Es la verdad.

—Me alegro de que Max tenga cerca a una persona como ella. Como tú.

Me mira a los ojos y aguanto, me niego a que me intimide ese duro caparazón que finge llevar.

Miller exhala y echa la cabeza hacia mi hombro, deslizando la mano sobre la mía.

Me lo tomo como que he ganado. Miller abraza otro momento de vulnerabilidad en vez de taparlo con humor.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —pregunto.

—Claire.

—Claire —repito—. ¿La echas de menos?

—La verdad es que no me acuerdo de ella, porque yo era muy pequeña cuando murió, pero sí echo de menos la idea de una madre. Nunca he sabido lo que es tener una.

Me sube la emoción de golpe, inundándome la garganta, tanto por ella como por mi hijo. ¿Se sentirá Max así? ¿Echará de menos la idea de una madre? Intento ser suficiente para él, de verdad que sí, pero cuesta ser ambas cosas. El padre bueno y el malo. La madre y el padre. No fue hasta hace un mes que por fin sentí que Max lo tenía todo y es porque la mujer que tengo a mi lado entró en nuestras vidas.

—Pero mi padre lo hizo muy bien —continúa—. Igual que lo estás haciendo tú.

Joder. Tengo que mirar al techo para controlarme, para mantener las lágrimas a raya. Tardo un rato, pero al final soy capaz de tragarme el nudo en la garganta y darle un beso a Miller en la cabeza mientras sigue apoyada en mi hombro.

Coge otro trozo de tiramisú, se llena la boca y aprovecho esa pausa para cambiar de tema.

—Deberíamos volver de nuestra reunión de trabajo —digo mientras inclina la cabeza para mirarme.

Tiene un poco de *mascarpone* en el labio inferior y no puedo evitar retirárselo con la yema del pulgar, que me meto en la boca para lamer los restos que acaban de estar en ella.

Miller sigue el movimiento con los ojos entornados.

Se limita a asentir con la cabeza y ambos sabemos que ya es hora de marcharnos.

Estoy acostumbrado a que sea Miller la que lleve la delantera, ella es la decidida. Es lo bastante segura para dar el paso.

Mientras subimos en el ascensor hacia nuestra planta en el hotel, no dejo de rezar para que así sea. Estoy esperando alguna insinuación obscena o que se me tire encima, porque eso me daría una excusa para sucumbir ante lo que deseo.

La deseo a ella.

Ya no lo niego. Deseo a esta chica más de lo que he deseado nada en la vida. Sí, quiero que se quede más que las próximas semanas, pero ha dejado claro que no puedo estar con ella más de ese tiempo. Así que la cuestión es: ¿puedo encariñarme lo justo para no derrumbarme del todo cuando se vaya?

Estamos el uno al lado del otro en el ascensor y hay demasiada tensión en esta minúscula caja metálica. Miller no da ningún paso ni dice nada sexual para cortar la tensión. Lo deja ahí, deja que me ahogue en ello.

Pero ambos sabemos que no es responsabilidad suya declarar una vez más cuánto me desea. La pelota está en mi tejado y, después de que nos haya frenado no solo una vez, sino dos, soy yo quien debe dar el paso. No va a ponerse en una situación en la que yo la rechace de nuevo y la verdad es que no creo que intente nada cuando sabe que temo encariñarme con una persona que va a marcharse.

Tiene la mano al lado de la mía, a tan solo un par de centímetros. Quiero empotrarla contra la pared, pulsar el botón de emergencia y ponerme de rodillas. Sería apropiado que por fin diera el paso en un ascensor, dado que

fue en uno de estos donde empezó todo.

Pero, antes de que pueda hacer nada, suena el pitido que indica que hemos llegado, se abre la puerta y Miller exhala un suspiro de derrota. Sale y se dirige como una flecha a su habitación. Sin perder el tiempo, saca la tarjeta y la coloca junto a la cerradura.

—Buenas noches, Kai —se despide, abriendo la puerta—. Gracias por lo de esta noche. Me he divertido.

Después de esas palabras, me dedica una sonrisilla y entra antes de cerrar la puerta tras ella y dejarme en el pasillo.

«Joder».

Dentro, estoy solo. Mi hijo no está ahí. La única persona de la que soy responsable ahora mismo soy yo mismo y estoy hasta los cojones de ser responsable.

Quiero ser imprudente e impulsivo.

Quiero estar con la mujer que hay al otro lado de esta pared y se acabó intentar convencerme de lo contrario.

¿Por qué coño he dudado en el ascensor?

Por una vez en la vida, no estoy pensando en nadie más respecto a esta decisión. No estoy pensando en mis responsabilidades. Ni siquiera estoy pensando en mi futuro y en lo mucho que me va a doler cuando esto se haya terminado.

Así que ¿qué más da si quiere algo informal? Nos acostemos o no, me voy a quedar echo polvo cuando se marche, así que ¿qué sentido tiene abstenerse de lo que ambos queremos?

Fingiré.

Fingiré, joder. Por ella, haré que sea algo informal por fuera y, cuando se vaya al final del verano, lloraré y me quejaré en privado.

Ya no puedo seguir negándolo.

Así que con la respiración entrecortada que me sacude el pecho, levanto la mano para llamar a la puerta que nos separa, pero antes de tocarla, esta se

abre.

Miller tiene la mano en el picaporte y también le cuesta respirar; sus ojos verdes transmiten cierta oscuridad y trastorno. Ya se ha quitado el peto y está en la puerta con tan solo una camiseta y las bragas.

Me permito mirarla con ganas porque me he pasado demasiados días fingiendo que no es lo único que veo.

Se da cuenta de que tengo el puño en el aire y una expresión de sorpresa le cruza el rostro.

—¿Por qué estabas a punto de llamar?

—¿Por qué has abierto la puerta?

—Yo he preguntado primero.

—Iba a llamar porque estoy a punto de ser egoísta. —Avanzo y cruzo el umbral que hay entre su habitación y la mía, reconozco que todo esto es bastante metafórico—. Por una vez voy a ir a por lo que quiero.

Dibuja una sonrisa peligrosa.

—Por fin.

23

Miller

Al entrar en mi habitación, Kai me hunde de inmediato las manos en el pelo y, apretando los dedos, dirige mi atención hacia él para llevar los labios hacia los míos.

—¿Puedo coger lo que quiero, Miller?

Sin habla, tanto por la desatada chispa en sus ojos como por su aire dominante pero descontrolado, me limito a asentir con la cabeza.

—¿Puedo oírte decirlo?

—Sí —susurro cuando me tira del pelo de esa deliciosa manera—. Puedes coger todo lo que quieras.

—Bien. —Me muerde el labio inferior—. Ahora dime por qué has abierto la puerta.

—Iba a ver si habías cambiado de opinión y querías estar conmigo.

Su risa es un tanto maliciosa.

—Ese nunca ha sido el problema y lo sabes.

Kai me rodea la cintura con un brazo y me levanta, yo lo envuelvo con las piernas por instinto mientras nuestros labios se encuentran en un beso tan inesperadamente posesivo que me sobresalta. Creo estar fuera de mi cuerpo al bajar la vista y ver a un hombre que es justo la última persona en tomar lo que quiere, pero por fin ha decidido ser egoísta esta noche. Entonces mi espalda choca contra la pared y vuelvo de golpe a este momento para darme cuenta de que esto es real y está sucediendo.

—Kai —susurro contra sus labios—. ¿Estás seguro de que esto te parece bien? ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

Se le ablandan los ojos y me roza la nariz con la suya.

—No quiero hacerte daño —continúo susurrando.

—Ya lo sé. —Me da un beso tierno en los labios—. Sé muy bien lo que es esto y lo quiero.

La lengua de Kai se desliza contra la mía mientras su erección choca contra mi entrepierna.

Es obsceno y dependiente y, para ser sincera, no era lo que esperaba después de visitar una pastelería pintoresca, pero creo que es lo que necesita para que funcione este rollo. La conexión, la confianza. Aunque haya estado diciendo todo el rato que esta noche no era como si saliéramos juntos, sí era una cita, y a lo mejor una cita tan tierna antes haya sido la solución.

Pero no hay nada dulce en el hombre que tengo delante.

—¿Quieres divertirme conmigo? —dice Kai con voz ronca contra mis labios.

«Dios santo». Unas palabras tan simples que a su vez hace desaparecer cualquier preocupación previa respecto a protegerlo. Como siga hablando así, voy a ser yo la que necesite protección.

—Por favor.

Sonríe en mi boca.

Usando la pared para sostenerme, me agarra la parte inferior del muslo, amasando la carne como había estado soñando tocarlo. Me desliza la otra mano por la espalda, sobre la curva del culo, hasta meter los dedos por el dobladillo de las bragas.

Pero no va más allá. Juguetea. Disfruta.

Estoy cachondísima. Cada parte de mi cuerpo ansía que la toque. Y me refiero a que me toque de verdad, esta vez sin ropa de por medio.

Lleva los dedos más abajo, tan cerca de donde los necesito que gimo en su boca de la frustración.

Se ríe.

—¿Lo quieres, Mills?

—Sí —gimo—. Me he tocado muchísimas veces pensando en ti.

Enarca las cejas por el interés.

—¿En mi casa?

—Justo al otro lado de tu pared. Esa noche, después de la cocina, me corrí de nuevo solo de recordarlo.

—Joder.

La mano de Kai es tan grande que me cubre la nalga a la perfección y la aprieta antes de volver a meter los dedos otra vez por el borde de las bragas, esta vez rozándome todo el coño como si fuera una recompensa por ser sincera.

La cabeza se me cae hacia atrás, contra la pared.

—Qué suave —murmura en mi cuello mientras lo recorre con la boca—. Estás preparada, ¿eh?

—Llevo preparada desde el día que te vi en ese ascensor. —Dibuja un círculo con el dedo corazón en mi clítoris sonsacando la verdad—. Estaba deseando esto desde que te conocí.

Me mordisqueea la clavícula, sonriendo contra la piel.

—Lo sé.

Por lo general, el rollo arrogante no me va nada, pero ¿que Kai tenga un momento de chulería? Estoy casi segura de que se le han mojado los dedos por eso.

—Gracias —continúa—. No me quiero poner cursi antes de follarte, pero me haces sentir otra vez como un hombre y no solo un padre.

«¡Madre mía de mi alma!». No sé dónde concentrarme primero. En las caderas que se me mueven en su mano pidiendo que un dedo se meta dentro o en la manera en que suenan las palabras «antes de follarte» al salir de la boca de Kai.

O en lo vulnerable que está este hombre y lo mucho que me tienta a estar

yo igual.

Pero, como ya me conoce demasiado bien, se aparta de lo tierno y sentimental cuando me quedo sin habla.

—¿Llevabas planeando esto todo el tiempo, Miller? ¿Desde el día en el ascensor cuando no dejabas de hablar? Sabías que un día te empotraría contra la pared y te haría callar, ¿no? —Vuelve a apretarme el muslo mientras los otros dedos trazan círculos lentos y tortuosos sobre mi clítoris—. Y, hostia, lo cálidas que van a ser estas piernas en mis mejillas cuando hunda la lengua justo aquí.

Desliza un dedo hacia el interior y lo lleva despacio más hacia dentro.

Un grito ahogado e inesperado se me escapa de los labios, pero estoy preparada para él. Estoy mojada, a juzgar por el sonido que hace contra la piel cuando entra y sale de mí. Tengo el cuerpo entero caliente, esperando que alivie mi ansia.

—¿Ya estás apretándome el dedo, Miller? —me dice al oído—. Apenas he empezado y ya estás desesperada, ¿eh?

Puede que Kai haya perdido un poco de seguridad en sí mismo por el camino, puede que se haya centrado solo en su hijo, pero está claro que este hombre tiene experiencia, aunque lleve un tiempo sin hacerlo. El modo en que me agarra, las palabras que pronuncia..., todo ello rebosa confianza.

Me encanta.

A lo mejor no lo sabe, pero esto es lo que necesito en la cama. Que la otra persona tome el control. En el trabajo yo soy la que está al mando, la que les dice a los demás lo que tienen que hacer, pero aquí quiero desconectar esa parte del cerebro y obedecer sin más.

Muevo las caderas mientras Kai me toca por dentro.

—Más —suplico—. Más, por favor.

Me besa y habla contra mi boca.

—¿Quieres más dedos o mi boca?

—Las dos cosas.

Se ríe y es una risa un poco mala.

—Qué codiciosa.

Acariciando mi humedad, moja el pulgar antes de llevarlo a la entrada de mi culo. Con cuidado, se toma su tiempo rodeándolo, calentándome antes de introducirlo, pero solo la punta.

Esa extraña sensación hace que el cuerpo me suba por la pared, pero respiro hondo al darme cuenta de que en realidad puede que me guste mucho. Ningún hombre me ha tocado ahí antes, pero no me enfado ni pizca por la nueva experiencia. Me gusta especialmente cuando añade un segundo dedo en el coño y me acaricia por ambos lados mientras echo la cabeza hacia atrás y me retuerzo contra él.

—¿Todavía no es suficiente? —me pregunta distraído, meciendo las caderas en el hueco de las mías.

La tiene durísima y yo quiero verla, sentirla. Chuparla.

—Miller. —Me pasa la nariz contra la columna de mi cuello antes de lamerlo de arriba abajo—. Contéstame.

No sé qué responder. Es demasiado, pero a la vez no es suficiente. Tiene las mejores manos que he visto en mi vida y saber que están dentro de mí desencadena unas visuales increíblemente calientes de él entrando y saliendo de mí.

—¿Necesitas mi boca?

—Necesito tu polla.

Se ríe.

—Paciencia, Mills. Quiero que te corras al menos una vez antes. ¿Quién sabe cuánto aguantaré en cuanto entre dentro de ti?

Dejando caer la cabeza en el hueco de mi cuello, me folla con el dedo mientras empuja a su vez la pelvis contra la mía y me hunde contra la pared. Lo único que puedo hacer es sujetarme en sus hombros y disfrutar del momento.

Huele bien, lo siento bien. No sé si alguna vez he estado tan excitada en

mi vida.

Hay una parte de mí que no quiere llegar al orgasmo todavía. Este tío me tiene más enganchada que nadie y preferiría que mi cuerpo no se lo revelara corriéndose en los tres primeros minutos. Pero entonces él flexiona los dedos y, por cómo estamos colocados, me roza el punto G. Me contraigo y caigo sobre su mano.

—Eso es —me dice—. Cabalga sobre mi mano, Miller.

Aprieto las piernas a su alrededor, sosteniéndole las caderas para que le dé a mi clítoris algo de fricción mientras me toca por dentro. El calor y la presión me han ido invadiendo el bajo vientre. Desliza los dedos una vez más y me corro.

Me corro tan fuerte que es como si no me hubieran tocado en años, cuando en realidad hace solo un par de noches me corrí en la encimera de su cocina y luego en la habitación de invitados.

Me agarro a la tela de su camisa y me abro camino por ella mientras se me tensa cada músculo del cuerpo. El corazón parece que se me vaya a salir del pecho y estoy segura de que él nota los latidos a través del suyo. Al ser un hombre con experiencia, mantiene las caderas contra las mías, dándome la presión requerida. No cambia el ritmo, no se retira, se queda allí y deja que el orgasmo dure lo máximo posible.

—Es una puta pasada cuando te corres —dice Kai con la voz ronca, moviendo aún los dedos para asegurarse de que he terminado del todo.

Nuestros labios se rozan hasta que por fin puedo hablar de nuevo:

—Tú eres una puta pasada cuando me haces correrme.

Se ríe contra mi boca.

Cuando empieza a entrarme el bajón, retira con suavidad el pulgar y luego los otros dedos. Me coloca bien la ropa interior para que no se caiga al suelo y me deja sobre mis propios pies tambaleantes.

Como no quiero darle la oportunidad de que otra vez detenga esto, me pongo de rodillas y le rozo con las palmas el cuerpo hasta sostenerme en

sus gruesos muslos.

¡Y, Dios santo, las manos se me ven diminutas en él!

Kai baja la vista hacia mí desde sus alturas.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy rezando. —Encuentro el botón de sus pantalones y se lo desabrocho—. ¿Qué coño crees que estoy haciendo?

Me coge la mano para detenerme.

—Si te acerco la polla a la boca, habrá terminado todo, y me gustaría estar dentro de tu coño cuando eso ocurra.

«Joder». ¿Cómo hace que suene sexy correrse rápido?

—Llevo un año sin hacer nada, Mills. —Me levanta la cabeza con un dedo debajo de mi barbilla—. Y quiero asegurarme de que estés bien follada cuando acabe la noche.

Retrocediendo hacia la cama, se quita la camiseta por la cabeza con una sola mano, se baja los pantalones desabrochados por las caderas y señala hacia el colchón.

—Ven.

Su tono es todo insinuación y lo acompaña de una sonrisa encantadora gracias a nuestra complicidad.

Y aquí sigo, de rodillas. Literal y figuradamente estoy de rodillas ante este hombre.

Es un tío alto, delgado y bien definido. No demasiado musculoso, pero sin duda fuerte, y para colmo es bueno. Amable. Considerado. Fiable.

Y está buenísimo con esas gafas puestas.

—Deja de comerme con la mirada y trae el culo a la cama, Montgomery.

«Maldita sea».

Me pongo de pie, me acerco al colchón, y Kai me da un cachete en la nalga al pasar.

—Buena chica. Te llevas un diez por escuchar.

Caigo en la cama con una carcajada. Se pone a darme órdenes, al segundo

siguiente suelta una broma y luego vuelve a estar vulnerable. Todavía no ha estado dentro de mí y creo que podría estar un poco obsesionada por este tío.

«¡Ostras! No, es verdad».

Es solo sexo.

Me siento en el borde del colchón.

—Un diez, ¿eh? ¿Me quieres poner cachonda elogiándome?

Se acerca a mí. Menudo estilo tiene este hombre para ponerse entre mis piernas.

—Ajá. Unos labios de diez. —Me inclina la barbilla hacia arriba y lleva su boca a la mía—. Por lo que han notado mis dedos, diría que tienes un coño de diez. —Lleva la mano hacia la parte inferior de mi camiseta y me la quita por la cabeza antes de desabrocharme el sujetador en un solo movimiento. Abre mucho los ojos y niega con la cabeza sin dar crédito—. ¡Joder! Y unas tetas de diez.

Le paso las manos por los muslos.

—Yo también pongo dieces.

Echa el cuello hacia atrás con un gruñido de tortura. Kai se queda mirando hacia el techo durante unos segundos antes de agacharse y ponerse en cuclillas para mirarme a los ojos. Parece un caballero, me mete el pelo detrás de la oreja y se queda mirándome la boca.

Me recorre la mandíbula con la palma hasta que me aprieta los labios con el pulgar, pero el movimiento es de todo menos caballeresco cuando lo empuja dentro de la boca.

—A ver —dice mientras lo mete y lo saca.

Me contempla con los ojos azul hielo entrecerrados, aunque parecen arderle.

Dentro, fuera. Dentro, fuera. Cuando vuelve a entrar, se lo chupo, le rodeo con la lengua la yema del dedo antes de lamerle el pulgar de arriba abajo.

—Joder. —Se pone de pie y retira la mano con un gruñido de frustración. Se yergue sobre mí mientras estoy sentada en el borde de la cama—. Solo un poquito.

Apenas se baja los pantalones y los calzoncillos, solo lo suficiente para sacarse la polla.

Y...

—Hostia puta —me oigo decir, con la mirada clavada en él.

Está hinchada y gorda, le palpita en la mano mientras se acaricia una vez. Dos veces. Una gota de líquido preseminal sale de la punta y me quedo totalmente hipnotizada al ver cómo se pasa el pulgar para esparcirlo por el capullo.

Este hombre mide un metro noventa y cinco y parece como si una mano de tamaño medio le estuviera agarrando la polla.

—Humedécete esos bonitos labios tuyos y abre la boca.

Trago saliva y obedezco: saco la lengua abriendo mucho la boca.

Me agarra de la nuca y me mete la polla.

Estoy llenísima. Tardo unos instantes en adaptarme a él. En cierto modo me asfixia, pero al final, recupero la compostura respirando por la nariz.

—Eso es, Miller. Joder. —Juego con la lengua y la muevo por la parte inferior de la punta—. Qué bien —me anima—. Tú sigue así. Oh, qué bien. Dios, me matas, ¿eh?

Lo acaricio y chupo, usando la mano para lo que no me entra en la boca. Me da control total, pero mantiene una mano en el pelo para acariciarme y elogiarme mientras la otra la lleva más abajo para comprobar el peso de mi pecho.

Se mece dentro de mi boca, las caderas se le mueven involuntariamente con el sonido de la desesperación más sexy que he oído. Me retumba en los oídos, me engatusa mientras deslizo la mano que tenía en su falo dentro de los calzoncillos para agarrarle las pelotas.

Kai da un respingo y sale de mi boca. Ahora tiene la polla aún más

hinchada y unas venas furiosas la recorren.

—Joder. Vale, sí. Un diez. Por favor, no me hagas pasar vergüenza ahora.

Una sonrisa de satisfacción aparece en mis labios mientras le veo recuperar la compostura para volver a metérsela en los pantalones, que es justo lo contrario a lo que quiero que haga.

Pero entonces exhala y baja la vista hacia mí, recorriéndome con los ojos el cuerpo casi desnudo. Lleva la mirada al pecho, a las caderas y a los tatuajes.

Kai niega con la cabeza. Parece que es su gesto favorito, pero esta vez no es porque le fastidie, sino porque no da crédito.

—Eres preciosa, Mills.

Tiene un tono tan dulce y sincero que casi hace que me sonroje. A mí, que precisamente no soy tímida en lo que a sexo se refiere. Pero Kai me mira como si fuera lo mejor que ha visto y, por cómo habla, parece que me da las gracias por estar ahí.

Lo que es totalmente ridículo.

El ambiente vuelve a cambiar cuando se acerca y me da un beso egoísta. Se agacha hasta quedar a mi altura mientras me lleva los labios a la clavícula y al pecho. Me rodea el pezón con la lengua y en su garganta retumba un rugido antes de metérselo en la boca.

Kai chupa y a mí se me arquea la espalda. Cuando repite lo mismo en la otra teta, estoy cayéndome del borde de la cama hacia su regazo.

—Ven aquí —dice con voz ronca, agarrándome el culo para que me siente a horcajadas sobre él en el suelo.

Chupa con más fuerza.

—Joder —gimo—. Vas a hacer que me corra jugando otra vez con mis pezones.

Sonríe de nuevo contra mi piel mientras me mece las caderas para frotarme contra la erección. Juro por Dios que, como me haga correrme otra vez con la ropa puesta, no seré capaz de mirarlo a los ojos, en serio. Se va a

pensar que me corro con solo tocarme, como por arte de magia.

Kai me pasa la lengua por el pezón una vez más antes de ir hacia la boca.

—Necesito saborear el resto de tu cuerpo.

Sí, definitivamente voy a correrme de nuevo porque estoy segurísima de que no me habían hablado antes de una forma tan directa en la cama.

Es mayor y no tiene problemas en decir todo lo que se le pasa por la cabeza.

Me pone muchísimo.

—Hazlo, por favor.

Se pone de pie y me lleva hasta la cama. Apoya una rodilla en el colchón mientras me tumba con mucho cuidado, como si fuera una carga preciada que pudiera romper. Luego me pasa la palma por el muslo para explorarme. Por arriba, por detrás, por el lateral.

—Ese primer día, en Miami, cuando llevabas puesto ese peto corto. — Kai me besa el cuello—. En lo único en lo que podía pensar era en tus piernas. Se suponía que debía estar buscando la forma de despedirte, pero lo único que quería encontrar era la forma en que esas piernas me envolvieran la cara.

Me froto contra él como una gata demandante.

—Parece que has encontrado la forma.

Va del pecho a mi estómago dando mordiscos y lametones.

—He estado soñando con este momento. Cada noche, cuando dormías fuera de mi casa, me quedaba dormido, agotado, tras intentar convencerme de dejarte en paz. Pero ya no puedo más, joder. Te deseo. Vaya si te deseo. Ha sido una tortura y ya no quiero resistirme más.

Me arqueo, me retuerzo en la cama solo por unas palabras y el aliento cálido sobre mi piel.

Yo también lo deseo, pero solo podemos tenernos el uno al otro bajo estas condiciones.

Coge la cinturilla de mis bragas entre los dientes y la hace chocar contra

mi piel. Tengo las terminaciones nerviosas del cuerpo tan sensibles que el chasquido de la tela me pone la carne de gallina por la espalda. Baja por mi cuerpo con mucha fluidez, usando las fuertes piernas para sostenerse mientras me baja las bragas por los muslos.

Totalmente al descubierto, estoy tumbada desnuda con el pelo sobre los hombros, viendo a Kai Rhodes de pie con toda su altura y mi ropa interior colgando de un solo dedo mientras con la otra mano se frota la mandíbula, admirándome.

—Maldita sea —exhala, negando con la cabeza.

Abro un poco más las piernas al oír eso.

Esta noche es un subidón para el ego y aquí estoy yo.

Con seguridad, se mete mis bragas en el bolsillo trasero antes de quitarse las gafas y dejarlas con cuidado en la mesita de un rincón de la habitación.

Siempre tan responsable.

—¿Cuánto ves sin eso? —pregunto.

Me recorre con los ojos el cuerpo entero al descubierto.

—Créeme, estoy viendo todo con lo que soñaba.

Sus pasos son grandes e imponentes y me tira de los tobillos para llevarme hasta el borde del colchón. Se coloca sobre mí y pasa las palmas por el pliegue en mis caderas.

—Te deseo muchísimo, Miller.

Al oír eso, lo miro directamente a los ojos y dejo de centrar mi atención donde me está tocando. Sus palabras son tan claras, tan sinceras... Suenan como si estuvieran unidas a un significado que va más allá de esta noche. Pero aparto ese pensamiento. No vamos a entrar ahí. Solo nos estamos divirtiendo y él lo sabe.

—Yo también te deseo, Kai, así que, si te pones ya, estaría genial.

Se ríe y se arrodilla. Con destreza, apoya mis tobillos en sus hombros, al lado de sus oídos, antes de tirarme de las caderas hacia él para acercarme, de modo que las rodillas se me doblen por encima de sus hombros.

Me besa el interior del muslo y la barba me roza la piel.

—Siempre tienes algo que decir, ¿eh?

Me envuelve las caderas con los brazos y usa el pulgar para acariciarme el clítoris.

Por poco me caigo de la cama. De hecho, probablemente me habría caído si no me estuviera sujetando con los brazos. Dibuja círculos suaves sobre la zona sensible antes de usar dicho pulgar para estirarme la piel y dejarme al descubierto el clítoris para lamerlo una vez.

—Venga, Mills. Vamos a oírlo. —Este cabrón engreído sabe que no puedo hablar. Que no puedo pensar—. ¿Dónde están esas ocurrencias que siempre suelta esa boca sucia que tienes?

Vuelve a lamerme, esta vez cubriéndome con la boca, chupándome y moviendo la lengua con ritmo. Me come como si fuera una maldita competición y pretendiera ganar.

No respondo porque no puedo. Solo puedo concentrarme en las largas y cálidas caricias de la lengua diestra.

¿Dónde coño ha aprendido esto?

Me recorren unos celos irracionales, pues sé que ha habido otras mujeres antes que yo. Ha tenido hasta un hijo con una de ellas, un niño que yo cuido, y estoy aquí echando chispas porque se atrevió a acostarse con alguien más antes de conocerme.

Vuelve a chupar, girando la lengua de una forma que me vuelve loca y a mis celos se los traga el calor y el deseo, y un poco de frustración por que le cueste tan poco que me deshaga en sus manos.

—¿Esto es lo que tengo que hacer para que te calles? —continúa—. ¿Lamer tu bonito coño?

Me limito a agarrar con fuerza las sábanas y a apretar los muslos como respuesta.

—Mmm —murmura y me hace vibrar—. Sí, cariño, ahógame.

No controlo el cuerpo, las caderas tienen vida propia, giran al ritmo de su

lengua, persiguiendo el segundo orgasmo de la noche.

Con una mano plana en mi barriga, concentra la lengua en mi clítoris mientras dos dedos de la otra mano se hunden dentro de mí, inclinándose hacia delante y ya estoy.

Entro en caída libre por el precipicio. El orgasmo me sacude tan fuerte que me convulsiono y tiemblo sobre la cama. Se me tensan todos los músculos, flexiono los pies y encojo los dedos que ahora tengo apoyados en su espalda.

Kai no deja de mover la lengua, pero levanta la vista cuando miro hacia abajo y veo esos ojos azul hielo observándome peligrosamente entre las piernas. Tiene muy buen aspecto ahí abajo y no puedo evitar tocarlo, agarrarle el pelo mientras dirijo su cara y disfruto de cada segundo que pueda.

Y al final, inspiro hondo y la exhalación me hunde en el colchón, donde caigo sin fuerzas, agotada, sin ni siquiera mover un dedo.

Sonríe contra mi piel. Se lo tiene creído y con razón.

—Precioso.

Kai me da un beso en el clítoris, suave y tierno. Una vez más hace que la cabeza me dé vueltas. Este tío tiene dos caras. Por un lado es un hombre seguro de sí mismo que dice guarradas y luego se convierte en un tipo tierno que ha estado solo en la vida.

Me salpica de besos el interior de la pierna antes de apartarse de la cama.

Es muy guapo y atento.

—Me has hecho correrme tres veces desde la noche de la cocina. —Tengo la respiración acelerada e intento calmarme—. Y yo no he podido ocuparme de ti ni una sola vez. Me parece muy injusto.

Kai saca un preservativo del otro bolsillo trasero de los pantalones, en el que ya están mis bragas.

—¿Así es como crees que funciona esto? ¿Quién coño te ha estado dando orgasmos solo para esperarlos a cambio? —Niega con la cabeza—. No me

respondas a eso. He cambiado de opinión. No quiero saberlo.

Se baja los pantalones y la polla se marca en la tela de los calzoncillos.

—Pues sí, así es como funciona —respondo, incapaz de quitarle los ojos de encima.

Se ríe y no hay ni pizca de humor en el sonido.

—Excitarte me pone. Deberías dejar de entretener a los chicos con otra forma de pensar.

Tira los calzoncillos al suelo y se me corta la respiración.

—De hecho, deberías dejar de entretener a otros chicos en general.

Sus gruesos muslos tatuados están tensos, forman una uve perfecta que llega hasta la polla, orgullosa, alta y gruesa.

Totalmente proporcional a su cuerpo gigantesco.

Gotea más líquido preseminal de la punta y lo reparte con el pulgar para lubricarse mientras se toca. Se planta delante de mí sin nada de timidez.

Es impresionante.

Pura masculinidad, delgado y fibroso, con una personalidad lo bastante tierna para criar a un ser humano propio con mucho cariño.

Creo que estoy viendo al antiguo Kai esta noche y esa versión me asusta. La confianza y la seguridad en sí mismo mezcladas con el nuevo Kai, amable y considerado. Es una combinación letal y no solo lo reconoce mi cuerpo, sino mi corazón.

Abre el envoltorio con los dientes.

—¿Puedo? —pregunto incorporándome.

Una sonrisa aparece en sus labios mientras se acerca a mí y me tiende el preservativo. La polla le sobresale del cuerpo y yo estoy aquí, salivando, viendo cómo tensa los músculos al moverse.

Pellizco la punta y desenrollo el resto del condón a lo largo del falo. Siento lo preparado que está porque me palpita contra la mano.

El puño de Kai cubre el mío, me usa para masturbarse de nuevo, y cierra los ojos cuando repite el movimiento.

—¿Cuánto hace que lo llevas en el bolsillo de atrás? —le pregunto.

—Desde la noche que salimos en Texas.

—¿Te refieres a después de esa noche?

—No. Me guardé uno en la cartera antes de salir al bar.

Enarco una ceja.

—¿Por mí?

—Siempre ha sido solo por ti.

«Ah».

Me explota el estómago con la sensación de lo que supongo que la gente llama «mariposas». No lo sabría decir. Nunca lo había sentido hasta estar cerca de este hombre.

Señala con la cabeza hacia la cama para indicarme que me tumbe. Obedezco y me arrastro hacia atrás, pero antes de que se suba al colchón conmigo, me doy la vuelta para ponerme a cuatro patas de cara al cabezal.

Su risa es oscura y amenazante.

—¿Crees que eso va a ayudarte?

«Mierda».

—¿Crees que así serás capaz de mantenerte distante porque no me estarás mirando a la cara mientras te follo?

El colchón se hunde cuando Kai sube detrás de mí. Sus gruesos muslos se pegan a los míos y odio lo bien que me entiende, lo bien que me conoce y sabe lo que me está haciendo mi caótica mente. Me coge la cintura con un brazo y con el otro me agarra las tetas mientras tira de mí hacia arriba, llevando mi espalda hacia su pecho.

Baja la boca hasta mi oído.

—Bueno, no importa si me ves o no. Vas a notar hasta el último centímetro de mí. Entraré tanto que me notarás hasta en la puta garganta. Te prometo, Miller, que tu cuerpo no dejará que me olvides.

«Joder».

La mano que me rodea el pecho se desliza entre mis piernas y dibuja

círculos en mi clítoris. Mueve las caderas y cubre el preservativo con mi excitación mientras restriega toda su longitud sobre mí.

Me besa justo debajo de la oreja y me mordisquea la piel.

—¿Crees que esto va a ser solo un rollo, Mills?

Asiento, desesperada, esperando convencernos a ambos.

Su risa es silenciosa, pero retumba contra mí.

—Mucha suerte.

Y con esas palabras, me coloca el glande en la entrepierna. Hay un momento en el que nuestra respiración está sincronizada y la anticipación se palpa en la habitación de hotel. Se queda ahí, permitiéndose un instante para prepararse antes de levantar las caderas y empujar hacia dentro.

—Ay, joder —grito, echándome hacia delante en el colchón, pero Kai viene conmigo, me cubre el cuerpo entero con el suyo.

Se mantiene arriba para no aplastarme, pero noto la dificultad con la que respira, siento la tensión que lo recorre mientras me da un momento y no se mueve.

Kai separa las rodillas usando los muslos para abrirme las piernas mientras intento adaptarme a su tamaño.

—Es demasiado grande —le digo y las palabras quedan amortiguadas por las sábanas.

La puta risa le retumba de nuevo.

—Solo he entrado la mitad, Mills.

Giro la cabeza y lo miro perpleja.

—No puede ser.

—Sí. Lo estoy viendo. Maldita sea, deberías ver tú misma, Miller. Estás preciosa intentando estirarte a mi alrededor. Muy mala idea no querer ver nada.

—Te odio.

Me toca el clítoris y gimo.

—Sigue diciéndotelo a ti misma —continúa jugando conmigo para que

me relaje—. Respira hondo.

Hago lo que me dice, con el cuerpo otra vez conforme. Tan conforme que Kai mueve las caderas y empuja despacio hacia mí y, cuando la pelvis me choca contra el culo, sé que ha entrado del todo.

Gime y me acaricia la nuca con la nariz.

—Qué bien, Miller. Eres perfecta.

Intento ignorar lo mucho que se estira la piel.

—¿Un coño de diez?

Se ríe otra vez, pero en esta ocasión es porque le hace gracia.

—No lo dudaba. Un coño de diez.

Me llena la espalda de cálidos besos y me retira el pelo para poder extender los besos hasta el cuello.

—¿Todavía te duele? —me pregunta contra la piel.

Niego con la cabeza para decirle que no. El dolor es más apagado ahora, un delicioso pellizco al estar demasiado llena, pero este tío podría partirme por la mitad y aun así no le pediría que parara.

—Bien. —Empuja hasta el final para entrar del todo, con el cuerpo todavía extendido sobre el mío, inmovilizándome en la cama.

Gimo en las sábanas con la esperanza de amortiguar el sonido, aunque agradezco que la pared de al lado sea la de Kai.

Me agarra con las manos la espalda desnuda, me acaricia la piel mientras me recorre los brazos hasta llegar a las manos y entrelaza los dedos con los míos. Me sostiene mientras empieza a moverse con ritmo. Ahora sí me folla del todo.

Le siento muchísimo. Es increíble. Es enorme. Está caliente. ¡Dios, cómo se vuelca sobre mí! Ahora mismo debe parecer una puta estrella del porno montándose.

—Has sido como un veneno este verano, ¿sabes? —me dice al oído—. Metiéndote dentro de mí y arruinándome poco a poco.

Gimo y levanto el culo para unirme a su ritmo.

—Un. Bonito. Veneno.

Continúa susurrándome guarradas y dándome con la polla una y otra vez. Aparta una mano y me la mete entre las piernas y el colchón para llegar al clítoris.

—As.

—Mmm —murmura—. Me encanta que me llames así. ¿Qué necesitas?

—Dame la vuelta. Quiero verte.

Se detiene.

—¿En serio?

Por lo visto, a los dos se nos da fatal acatar las normas patéticas que nos imponemos a nosotros mismos.

—Por favor.

Sale y siento el repentino vacío en el bajo vientre antes de que me ponga boca arriba.

Ay, ha sido una mala idea.

Sus ojos azul acero están oscuros por el deseo. Tiene los abdominales contraídos. La polla hinchada y la piel le brilla por el sudor.

Kai me abre las piernas, se pone una encima del hombro para tener mejor ángulo antes de ir a meterse otra vez en mí.

Ambos gemimos cuando me llena.

La desliza con más facilidad esta vez. Tengo el cuerpo preparado y estoy dispuesta a tomarlo, sobre todo ahora que puedo verlo. No cabe ninguna duda, jamás he deseado a alguien tanto.

Me agarra de las caderas mientras me inunda una y otra vez sin dejar de darme besos en el interior del tobillo que tiene apoyado en el hombro. Juguetea con el clítoris. Me aprieta las tetas. Entonces se inclina hacia delante, me dobla la pierna hacia el pecho mientras usa la cama de palanca para follarme contra el colchón.

¡Madre mía!

Nunca me han follado así.

Estoy a merced de este hombre y no se contiene. Le gotea el sudor de la frente, se nos resbala la piel mientras busco con las manos a qué agarrarme y le clavo las uñas en la espalda.

—Por eso tienes a Max —se me ocurre decir—. Estoy segura de que estás traspasando mi método anticonceptivo.

—Miller. —Detiene sus movimientos—. Ese no es más que un pensamiento interno.

—Yo no tengo pensamientos internos.

Se limita a mirarme negando con la cabeza, sigue siendo su gesto favorito.

Luego hace mi movimiento preferido y empuja las caderas para llenarme de nuevo.

—Te agradecería mucho que evitáramos hablar de que te dejo preñada mientras te la estoy metiendo.

Alzo una ceja, impresionada.

—Sí, papi.

—Me cago en la puta.

Kai me agarra de la mandíbula con una mano y me besa con brusquedad. Me mete la lengua en la boca, sin duda pretende que me calle.

Pero entonces, cuando su cuerpo cae hacia el mío, nuestros movimientos cambian.

Está menos desenfrenado. Encontramos un ritmo mientras Kai nos mueve. Los besos son lentos y penetrantes. Apoya la frente en la mía mientras me toca, apreciando cada centímetro de mi piel. Aprieto las yemas de los dedos en la parte baja de su espalda mientras se mueve encima de mí.

Nos miramos.

Es... íntimo.

Da miedo.

Pero no puedo dejar de subir hasta la cima con él.

—Hacía muchísimo que deseaba esto, Miller.

Empuja la nariz contra la mía y me besa de nuevo.

Y, como no soporto los momentos serios, intento interrumpir nuestra intimidad con humor.

—¿Qué? ¿Cinco semanas enteras? Tienes la paciencia de un santo.

Niega con la cabeza.

—Un poco más que eso.

«Mierda». No está refiriéndose a mi cuerpo. Se está refiriendo a que deseaba la conexión que hemos creado.

Debería corregirle. Recordarle que esto es un rollo. Es algo informal. No hay compromiso.

Pero este hombre se merece a alguien por quien luchar, que se quede a su lado. Y, aunque a largo plazo esa no voy a ser yo, me permito creer, solo por una noche, que tal vez lo sea.

Ha hecho que yo también quiera serlo.

Kai desliza un brazo entre mi espalda y la cama, y nos movemos juntos. Le envuelvo el cuerpo hasta que nos corremos los dos. Está hundido en el hueco de mi cuello cuando tengo el tercer orgasmo de la noche y le estoy besando el pecho empapado en sudor cuando él llega al primero.

Mi nombre suena como una oración cuando lo pronuncia contra mi piel y me besa con dulzura mientras se corre. Nunca me ha gustado tanto el apodo Mills como cuando Kai lo dice cuando está dentro de mí, llenando el mundo de gratitud.

¿Y verlo correrse? Creo que haría casi cualquier cosa por presenciarlo de nuevo.

Nos tocamos y nos acariciamos mientras nos relajamos. Cuando Kai sale de mí, me siento más vacía que nunca al perder la conexión.

Juega con mi pelo mientras está tumbado a mi lado, mirándome con ojos de agradecimiento.

—Perfecto —murmura.

Me acurruco en su pecho como una lapa que necesita que la abracen

después de follar.

—Tú tampoco has estado nada mal.

Sonríe con dulzura contra mi piel.

Quiero quedarme en esta cama toda la noche. Y repetirlo una y otra vez.

A lo mejor despertarme con él entre las piernas.

Pero entonces abro lo ojos de golpe y le veo el pecho mientras me abraza y me acaricia la espalda.

«No te ofendas, pero ¿qué coño estás haciendo?», pienso.

Me aclaro la garganta, me aparto y señalo el preservativo.

—¿Tienes que ir al baño para quitarte...?

—Ve tú primero.

Enarco una ceja, porque necesito que el humor vuelva a la habitación.

—Ah, así que ahora eres un caballero después de mancillarme a la perfección, ¿eh?

—No, es que quiero verte el culo mientras caminas.

Le doy un manotazo en broma y me levanto, pero Kai me tumba de nuevo y hunde las manos en mi pelo para darme un beso que parece mucho más significativo de lo que debería ser después de un rollo informal.

—Gracias —dice contra mis labios, mirándome a los ojos.

Me quedo sin habla.

Estoy obsesionada.

Creo que me he metido en un gran lío.

Así que me aparto enseguida y salgo corriendo al cuarto de baño porque necesito unos instantes para respirar.

«No te conviertas en alguien que eche de menos, Miller».

¿Y yo qué? ¿Qué voy a hacer yo?

Me quedo mirando al reflejo desnudo en el espejo. «No es más que otro tío en otra ciudad. Me voy dentro de un mes y se olvidará de mí. Yo me olvidaré de él».

Ni siquiera puedo mirarme a los ojos cuando me miento.

Tengo que solucionar esto. Volver a ponerme la armadura. A largo plazo, será lo mejor para los dos.

Es un rollo. Sin ataduras ni compromiso.

Inhalo por la nariz y me enderezo. Puedo hacerlo.

De vuelta en la habitación, la cama está vacía, así que me meto entre las sábanas y me esfuerzo por no pensar en lo increíble que ha sido esta noche. Lo bien que me he sentido.

Kai regresa de su habitación, lleva puesto un pantalón de chándal y viene directo a la cama. Levanta las sábanas por una esquina para acostarse conmigo, pero lo detengo poniéndole una mano en el pecho.

—¿Qué? —pregunta.

—No te quedes a dormir.

—¿Estás de coña?

Me limito a negar con la cabeza.

Exhala una risa incrédula.

—Pero ya hemos dormido antes en la misma cama.

—Eso fue diferente.

Lo contempla un momento y abre mucho los ojos sin dar crédito.

—Muy bien —dice, cubriéndome con las sábanas el cuerpo desnudo para arroparme, claro—. Espero que seas capaz de dormir algo con todas las vueltas que le estás dando al coco ahora mismo.

Kai me retira el pelo sudado de la cara para darme un beso dulce en la frente y luego me da otro menos dulce en la boca.

—Buenas noches, Mills.

Trago saliva.

—Buenas noches.

Gira la cabeza para mirarme una última vez antes de apagar la luz de mi habitación y marcharse. Pero no cierra la puerta que conecta su dormitorio con el mío, como si dejara abierta esa opción.

Me pongo boca arriba y me quedo mirando el techo. ¿Por qué tiene que

hacerlo todo con tanta gentileza? ¿Por qué no ha montado un numerito por no dormir juntos o cualquier otra cosa que me hubiera dado arcadas? No, tenía que volver a ser comprensivo.

Qué pesado.

Me molesta casi tanto como el dolor que siento entre las piernas y los recuerdos que me inundan de él dentro de mí en esta misma cama.

Se oyen unos golpes en la pared, justo detrás del cabezal, que vienen de la habitación de Kai.

—Oye, Miller.

—¿Sí?

—Gracias por el polvo.

Suelto una carcajada. Es muy fuerte y poco femenina, pero me importa una mierda.

Me frustra lo bueno que es este tío, me relaja con humor, como suelo hacer yo.

—De nada, Papi Béisbol. Y va en serio eso de «Papi».

Oigo desde aquí cómo se ríe.

—Hoy ha sido un buen día.

La verdad es que sí.

—Todos los días podrían ser buenos.

—Sí, a lo mejor —musita.

Solo nos separa una fina pared, unos pocos metros y una puerta abierta. Me he convencido de que esta es la distancia que necesito, pero, de algún extraño modo, es como si siguiera dentro de mí. No físicamente, sino como si hubiera entrado en mi alma. Su olor todavía está en las sábanas cuando me hundo en ellas. Aún noto su tacto en mi piel.

Tenía razón. No voy a ser capaz de olvidarlo.

24

Miller

Me despierto por culpa del sol brillante y cegador que se cuela por las cortinas. Con los ojos entrecerrados, tardo un momento en orientarme y recordar dónde estoy.

Boston.

Estoy en Boston.

La mayor parte de mi vida adulta me he despertado así, teniendo que recordar dónde estaba, en qué ciudad me encontraba.

Me doy la vuelta y me sorprende otro recuerdo.

Me duele.

Me duele ver el lugar donde Kai estiró mi cuerpo.

Porque nos acostamos.

Fue alucinante. Me corrí tres veces. El mejor polvo de mi vida.

Se me pasan por la cabeza imágenes de su pelo oscuro mojado por el sudor. Su cuerpo, largo y delgado, que sabe exactamente cómo ocuparse del mío. Y sus palabras... Dios, dice guarradas en la cama.

Aprieto los muslos al acordarme.

La atención se me va a la mesilla de noche donde dejó las gafas, pero no están, ni tampoco su ropa esparcida por el suelo. Pero todavía veo mi peto verde oliva donde lo dejé, así que sin un sujetador ni una camiseta, me lo pongo, porque necesito taparme el cuerpo desnudo. No sé si Kai habrá ido ya a recoger a Max de la habitación de su hermano.

Justo en ese momento, oigo que se abre la puerta del dormitorio de Kai. La que conecta los nuestros sigue abierta de par en par y, al cabo de unos segundos, aparece en el umbral con un café en cada mano. Lleva unos pantalones cortos de deporte, muy por encima de la rodilla y enseña ese tatuaje del muslo, una camiseta de manga corta gris y las gafas.

Tiene un aspecto estupendo a esas horas de la mañana mientras yo apenas estoy vestida y llevo el pelo hecho un lío de cuando me despeinó anoche.

Me sonrío de forma sexy y dulce. Está claro que no lo descolocó que ayer lo echara de la cama.

—¿Te acabas de levantar?

—Sí. —Me aparto de él y me miro en el espejo de cuerpo entero que hay en la pared para recogerme rápidamente el pelo en un moño—. Al parecer alguien me dejó agotada anoche.

—Bueno, es justo. —Kai se coloca detrás de mí y me mira en el espejo—. Porque tú me agotas a diario.

Le sonrío a nuestro reflejo. Lo último que necesito es que Kai entre aquí y se ponga hablar de nosotros haciendo el amor o algo por el estilo. Lo que necesito es que se meta conmigo.

Se inclina para besarme en el cuello.

—Buenos días.

—Hola. —Me encuentro inclinándome hacia él—. ¿Me has traído café?

—Un chai.

Me pasa el vaso por encima del hombro y me lo pone en la mano.

—¿Cómo sabes que me gusta el chai?

—Es lo que estabas bebiendo el día que nos conocimos, cuando tu padre me obligó a que me pegara a tu culo todo el verano.

Una sonrisa aparece en mis labios. ¡Qué observador es!

—Gracias.

Los ojos de Kai pierden el brillo alegre y ahora transmiten preocupación.

—¿Estás bien?

—¿Respecto a qué?

—¿Estás bien con lo que pasó anoche?

Una sonrisa lenta se extiende por mi boca mientras lo miro en el espejo.

—Más que bien.

Su preocupación desaparece y dibuja una sonrisa casi infantil.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Estarías más que bien si se repitiera?

Dios, qué mono, se pone tímido cuando lo pregunta.

—Me encantaría que se repitiera.

Ahora sonrío de oreja a oreja, es un gesto que no sabía que existiera tan solo hace un mes.

Es una sonrisa esperanzada, me recuerda por lo que ha pasado este hombre en su vida y que yo no puedo ser la siguiente persona que le haga daño cuando me vaya.

—Pero —lo interrumpo—, creo que deberíamos tener algunas normas.

—¿No hemos aprendido ya que se nos da fatal cumplirlas?

Levanto una ceja.

—Vale —se ríe—. A mí se me da fatal cumplirlas.

—Creo que sería buena idea, ya sabes, para asegurarnos de que ambos tenemos claro lo que es esto.

—Créeme, Miller. Ya has dejado clarísimo lo que significa esto para ti y yo te he dicho que me parece bien. No somos pareja.

—No dormimos juntos —empiezo a enumerar.

—Sí —responde con un tono nada impresionado—, eso ya lo he pillado.

—No nos besamos a menos que nos estemos enrollando. Que no haya demostraciones públicas de afecto.

Lo veo entrecerrar los ojos en el espejo.

—Aunque siempre hemos sido un poco cariñosos.

—Sí, pero ahora que nos estamos acostando, creo que eso debería parar.

Ya sabes, para mantener claros los límites.

—Solo para que me quede claro, ¿estas normas son para recordarme a mí lo que es este pequeño acuerdo o son para recordártelo a ti?

Dios, este hombre me vuelve loca con su capacidad para entrar en mi cerebro y entender cómo funciona.

Por supuesto que no quiero hacerle daño sabiendo cuántas personas con las que contaba se han marchado, pero después de lo de anoche, creo que necesito los límites que estas normas me obligarán a cumplir para evitar encariñarme cuando no tengo espacio para una pareja ni en mi vida ni en mi carrera.

Nunca me había preocupado eso antes.

—Y por último. —Me muevo, porque necesito incluir la regla más importante de todas—. Esto terminará en cuanto me vaya de Chicago para empezar mi próximo trabajo. No habrá grandes declaraciones de amor después de todo lo que se ha dicho y hecho. Nos divertimos, pero sabemos muy bien lo que es esto. Un rollo de verano.

—Un rollo de verano —repite—. ¿Te largas y sin más?

—Sin más.

Kai duda.

—Si eso es lo que quieres...

Así es y, aunque él no lo admita ahora mismo, también es lo que él quiere. A largo plazo, Max y él necesitan a alguien que tenga los pies en la tierra, que les dé seguridad. Y ambos sabemos que esa no soy yo.

—¿Sabes? —Kai me mete la mano por el lateral abierto del peto y me roza las costillas y la tripa—. Esta noche lanzo.

—Sí, lo sé.

—Y las supersticiones en el béisbol son algo serio. No puedo arriesgarme a no hacerles caso.

Sube las yemas de los dedos hacia el pecho y me acaricia con el pulgar el pezón ya tieso.

Me apoyo en él.

—¿De qué estás hablando?

—Lo que digo es que no puedo romper la rutina. —Me besa la piel sensible justo debajo de la oreja mientras me desabrocha con gracia uno de los tirantes. La tela se abre, dejándome el pecho al descubierto, y Kai se me queda mirando en el espejo—. Si lanzo bien esta noche, supondré que es por lo de anoche y voy a tener que pasarme el resto del verano metiéndome en ti cada vez que tenga oportunidad. Ya sabes, por las supersticiones.

—¿Y si lanzas mal?

Sonríe contra mi piel.

—Tendremos que seguir follando hasta que averigüemos lo que hicimos mal.

Me río como una tonta ante su lógica. Sí, me carcajeo como una colegiala enamorada.

Kai me pasa la mano por el pecho y el estómago, y la baja aún más. Se toma su tiempo para explorarme, tocarme y besarme, antes de que el dedo corazón me roce el clítoris. Lo acaricia suavemente dibujando círculos. Me excita, pero es diferente a anoche. No hay prisa ni desenfreno. Es lento y minucioso.

Echo la mano hacia atrás y coloco la palma en la base de su cuello.

Kai me murmura algo al oído y estoy a punto de tirar el chai al suelo para poderle tocar con las dos manos, pero entonces alguien llama a la puerta de su habitación y ambos nos detenemos.

Es su hermano y su hijo, estoy segura.

Kai aparta los dedos de mí antes de llevárselos a la boca para limpiárselos sin dejar de mirarme por el espejo.

—Dios, qué bien sabes.

—¿Quién coño eres tú y de dónde ha salido esta versión?

Con una sola mano me vuelve a abrochar el tirante.

—He estado aquí todo el rato, solo que me había olvidado de disfrutar de

las cosas.

Vuelven a llamar a la puerta.

—Y nunca había disfrutado tanto de algo como he disfrutado follándote.
—Termina con un beso en la sien antes de ir hacia su habitación, pero se gira para mirarme una vez más por el espejo—. Bueno, vístete antes de que me pierda el partido por tu culpa.

Tiene una sonrisa relajada cuando cierra la puerta que conecta nuestros dormitorios.

Lo único que puedo hacer es mirarme al espejo e intentar averiguar quién coño me está mirando. Porque ahora mismo no veo ni rastro de la mujer que se presentó en Chicago hace cinco semanas.

—¡Ahí está mi chico! —oigo que dice Kai al otro lado de la puerta.

—¡Pa-pa!

—¿Te has divertido con tu tío?

—Mmm, sí —responde Max, es la nueva palabra que aprendió la semana pasada.

—Jo, tío. —Kai exhala con fuerza y no lo veo, pero me lo imagino sosteniendo al niño contra el pecho—. Te he echado mucho de menos, Max.

Vuelvo a mirar mi reflejo, pero lo único que veo es una mujer que está enternecida totalmente por el pequeño y su padre.

Isaiah se ríe.

—Te has aburrido sin él, ¿eh? —Kai se queda callado y su hermano pregunta—: ¿Por qué tienes esa cara?

—No tengo ninguna cara.

—Casi me había olvidado de que tenías dientes. Hacía mucho tiempo que no te veía sonreír así.

—Para.

—¡Madre mía! ¿Te has...? —Isaiah se calla—. ¡Niñera buenorra! ¿Por qué mi hermano sonrío como un idiota?

Oigo sus pasos acercándose a la puerta, así que muevo el culo y corro

hacia ella. La cierro con pestillo justo a tiempo de que gire el pomo.

—Miller Montgomery, ¿eres tú la responsable de esto?

Me pongo la palma en la boca, porque no quiero que Isaiah sepa que estoy aquí.

Vuelve a intentar abrir la puerta.

—Isaiah, para —se ríe Kai.

—Te estás riendo. ¿Por qué te estás riendo? ¿Por qué estás tan de buen humor?

—No estoy... Solo estoy contento porque Max ha vuelto.

—Os habéis acostado, ¿no? —Kai ni lo confirma ni lo niega e Isaiah se viene arriba, incluso aporrea la puerta—: ¡Lo habéis hecho! ¡Lo sabía, joder! ¡Eh, buen trabajo, Miller!

—Vale, tienes que salir de aquí. —Por como lo dice, Kai está empujando a su hermano para que se vaya de la habitación—. Gracias por cuidarlo anoche.

—Si hubiera sabido que tenía que hacer de niñera para que el papi echara un polvo, lo habría hecho hacía meses, coño.

—Ese lenguaje...

—Sí, el lenguaje —dice Isaiah de manera inexpresiva—, porque mi manera de hablar es lo más inapropiado que ha pasado en esta habitación en las últimas doce horas. —Se oye un beso, probablemente se lo haya dado a Max en la mejilla—. Gracias por pasar el rato conmigo, Bichito. Kai, estoy muy orgulloso de ti.

—Por favor, cállate.

La puerta se cierra, pero todavía oigo a Isaiah en el pasillo:

—¡Miller, sé que estás ahí, y también estoy orgulloso de ti, tía!

El autobús del equipo aparca en el aparcamiento privado de Fenway. Es media tarde y el partido no empieza hasta las siete, pero antes hay mucho que hacer.

Normalmente, Max y yo nos quedamos en el hotel cuando los Warriors juegan un partido por la noche, pero Kai le quería enseñar a su hijo uno de los estadios más icónicos de la liga antes de salir al montículo.

Me quedo atrás y observo cómo ambos se toman su tiempo para bajar del autobús. Ahora que Max camina, quiere ir por su propio pie todo el rato.

Lleva la gorra hacia atrás igual que su padre y la camiseta tiene el mismo nombre y el mismo número que la que llevará su padre esta noche.

Kai inclina su alto cuerpo para coger de la mano a su hijo e Isaiah le coge la otra en el lado opuesto. Travis y Cody están charlando y metiéndose el uno con el otro, pero también andan muy despacio, como si ahora fuera algo instintivo para ellos moverse a la velocidad de Max. De hecho, nadie se queda atrás. Todo el equipo avanza al ritmo que marca un bebé de dieciséis meses.

Siento un escozor desconocido en los ojos. No sé por qué me emociono con esto, pero es que los chicos son muy buenos los unos con los otros. Son muy buenos con Kai y su hijo.

Después de pasar tanto tiempo en las cocinas con personal principalmente masculino, dudaba si pasar el verano con otro grupo de tíos, pero estos demuestran que me equivocaba.

Voy a echarlos de menos a todos cuando me vaya.

—¿Estás bien? —Mi padre me pasa el brazo por los hombros. Avanzamos con parsimonia detrás del equipo.

—Alergia, supongo.

Me aclaro la garganta y me trago lo que coño me esté pasando.

Mi padre aparta la vista de mí para mirar a Kai y Max.

—Sí —dice—, claro.

—¿Cómo ves el partido de esta noche?

—Bien. Siempre me siento bien cuando empieza As. Por no mencionar que hoy parece estar de un humor excepcionalmente bueno.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta.

Mi padre se ríe con ganas y me molesta.

—Tú, por otro lado, pareces estar sumida en tus pensamientos. ¿A qué le estás dando vueltas, Miller?

—Créeme, papá, no quieres saberlo.

—Vale. Bueno, ¿al menos te divertiste anoche? ¿Adónde te llevó Kai?

—A una pastelería en el barrio de North End. Me llevó con la esperanza de que me inspirara para el trabajo, puesto que no puedo cocinar mientras estamos de viaje.

Mi padre niega ligeramente con la cabeza.

—Es un buen tío.

Vuelvo a mirar a Kai. Luce una sonrisa orgullosa mientras observa a su hijo entrar en Fenway con él. Todos los ojos están puestos en él esta noche porque va a salir al montículo, pero él solo tiene ojos para Max.

—Sí —exhalo—, así es.

Puedo notar la mirada de mi padre, que me mira fijamente.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Sí, lo tengo controlado. No te preocupes, no le haré daño. Tenemos unas normas para asegurarnos de ello.

Me da un apretón.

—¿Y tú qué? ¿Tú no saldrás perjudicada?

Me río resoplando.

—Por supuesto que no.

—Por supuesto que no —repite con sequedad—, porque tú, Miller, no te encariñas con nadie lo suficiente para que te hagan daño, ¿verdad?

—Exacto.

—Bueno, por el bien de ambos, tú ten cuidado, ¿vale?

Hace una semana, no nos habría incluido a los dos en esa declaración. Me habría dicho que tuviera cuidado con Kai. Pero ahora lo ve tan claro como yo.

Existen muchas probabilidades de que yo esté tan en peligro como su

lanzador.

Como el equipo está en la casa club, Max con Kai, y mi padre en una reunión de entrenadores, vago por el laberinto del equipo visitante de Fenway hasta que encuentro el gimnasio.

Cuando abro la puerta, se me relajan los hombros del alivio al verlo vacío salvo por la persona que estaba buscando.

—Kennedy, necesito hablar contigo.

Está organizando cintas. Cada una la etiqueta con el nombre del jugador correspondiente, porque todos tienen sus preferencias, por supuesto.

Gira la cabeza para mirarme y la cola de caballo color cobrizo se mueve con ella.

—¿Estás bien?

—Sí. —Me pongo a caminar nerviosa por la sala—. No.

Enarca una ceja cuando se gira del todo. Se cruza de brazos y se apoya en una camilla. Lleva el uniforme habitual, un polo de los Warriors, unos pantalones negros de yoga, unas zapatillas del equipo y la cara limpia, sin maquillaje, así que se le ven las pecas.

—Mira, sé que en realidad no nos conocemos, pero no tengo a nadie con quien hablar de esto y tú eres la única mujer que viaja con nosotros y...

—Miller, ¿quieres que seamos amigas?

Me detengo en seco.

—¿Así es como funciona? ¿Se pregunta y ya está?

Kennedy se encoge de hombros.

—Yo qué sé. Me he pasado casi todos los días durante los últimos tres años con un puñado de tíos. No tengo muchas amigas.

Una sonrisa aparece en mis labios.

—A mí me pasa lo mismo.

—Entonces..., ¿amigas?

Pongo el culo en una camilla.

—Amigas. Bueno, ahora necesito contarte algo.

—Te has follado a As.

Me quedo boquiabierta cuando Kennedy se sienta en la camilla de enfrente.

—¿Cómo lo has...?

—Ay, por favor, ese tío va por aquí hoy como si cagara oro. Es evidente que ha pasado algo entre vosotros dos. Además, ha estado suspirando por ti desde que llegaste.

—Eh... no exactamente. No estaba muy entusiasmado cuando aparecí.

Se ríe sin gracia.

—Sí, bueno, estoy segura de que no estaba tan entusiasmado por querer acostarse con la hija de Monty sabiendo lo amigos que son ellos dos, pero todos vemos cómo te mira. —Se revisa las uñas como si esta fuera la conversación más trivial del mundo. Me gusta. Me siento menos inquieta al ver que no le ha sorprendido nada—. Así que, ¿cuál es el problema?

«¿Cuál es el problema?».

—No... no sé.

—¿Fue mal? ¿La tiene pequeña? —Kennedy abre mucho los ojos y se inclina hacia delante, por fin parece interesada—. Ay, Dios mío, no me digas que As tiene un micropene.

—¡No! Ya te digo yo que ese no es el problema. ¿Has visto las manos de ese hombre? Está muy... proporcionado.

—Maldita sea. Yo trabajo con esas manos. ¿Cómo has conseguido caminar hoy?

—Ni idea.

—Entonces, ¿estuvo bien?

Sacudo la cabeza.

—Fue perfecto.

La cara de Kennedy se relaja.

—¿Te confunde su gigantesco pene mágico?

—A lo mejor, pero no sé qué es lo que me confunde. No es nada formal y ambos lo sabemos.

Se queda callada mientras escoge las palabras con cuidado.

—¿Quieres que sea algo más?

—No. Desde luego que no. Fue idea mía dejarlo en un rollo. Tengo un trabajo de alta categoría esperando que vuelva en pocas semanas.

Se encoge de hombros como si tuviera una solución muy sencilla.

—Pues déjalo en un rollo. No le des más vueltas. As es mayorcito y tú has dejado claro qué es esto para ti. Diviértete y disfruta de esos polvos frustrantemente buenos mientras estés aún aquí. Y cuando llegue el momento de marcharte, vuelve a tu vida.

¡Vaya, dicho así parece simple! Es justo el consejo que yo me daría a mí misma si pensara con claridad.

—Además, no dejamos que los hombres se interpongan en las carreras que adoramos —continúa.

—Tienes razón. —Asiento con seguridad—. Maldita sea, debería haberme echado una amiga hace años.

—Ese consejo era fácil. Ahora mismo, daría el riñón izquierdo por echar un polvo frustrantemente bueno.

—Bueno, Kai tiene un hermano.

Suelta una carcajada y se echa sobre la camilla de masaje que hay a su espalda.

—No entres ahí.

—Isaiah es mono y le gustas muchísimo.

—A él le gusta todo el mundo. Encima es una forma muy fácil de que me despidan. Ni de coña voy a poner en peligro mi carrera por una noche con uno de los jugadores, mucho menos con Isaiah.

—Pero sí puedes ser su amiga, ¿no? ¿Es que no puedes salir con ellos sin más?

—No. Las relaciones informales entre el personal y los jugadores son

causa de rescisión de contrato, pero hace unos años, se contrató a la mujer de un jugador como fotógrafa del equipo. Eso se permitió por lo sería que era su relación.

—¿Y a mí se me considera personal? Si la gente se entera...

Kennedy me hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Miller, créeme cuando te digo que ya lo sabe todo el mundo.

—¿Qué? —Me río sin dar crédito—. ¿Cómo?

—Porque vuelve a parecer el As de antes, el que tenía una sonrisa en la cara y estaba contento y agradecido por jugar al béisbol. Esa es la versión que conocí la temporada pasada antes de que se enterara de la existencia de Max y se convenciera a sí mismo de que se le daba de pena criarlo. Pero te prometo que aquí no hay ni una persona que no sepa por qué va por ahí flotando como en una nube.

Se mira el reloj de pulsera y se baja de la camilla para continuar preparando el gimnasio.

—Además, tú eres la hija de Monty. Puedes hacer lo que te dé la gana, nadie va a decir nada.

Papi Béisbol: *Oye, ¿estás por aquí? ¿Te importa venir a por Max? Tengo que salir ya.*

Me bajo de la camilla y abrazo a Kennedy desde atrás.

—Gracias, amiga.

Se ríe.

—De nada, amiga.

Me encuentro a Kai y Max por fuera de la casa club visitante. Kai ya está con sus pantalones cortos de compresión, preparado para ir a estirar y que le pongan las cintas. Lleva las lentillas puestas y el pelo castaño revuelto, aunque se echa las ondas hacia atrás una y otra vez con los dedos.

Su sonrisa es lo primero en aparecer cuando me ve caminando por el pasillo hacia ellos, pero cuando Max se fija en mí, su expresión facial imita

la de su padre.

Se me encogen los pulmones ante esa imagen. Por esto estoy confundida. ¿Por qué el corazón me grita que esos dos son míos?

Corro por el pasillo y me agacho cuando me acerco para que Max corra hacia mis brazos.

—¡Ay, te tengo! —Hago como si luchara con él y le hago cosquillas para oírlo reír antes de cogerlo en brazos—. Deséale buena suerte a papá —digo señalando a Kai.

—¡Pa-pa!

Kai le pasa una mano por la cabeza para retirarle el pelo rizado y darle un beso en la frente.

—Nos vemos mañana, ¿vale? Pórtate bien con Miller esta noche. Te quiero.

Max se echa hacia mi hombro y veo a Kai seguir el movimiento con una suave sonrisa en los labios mientras nos mira a ambos. Luego me pone el pelo detrás de la oreja y le veo considerar llevar los labios a mi frente, como ha hecho con su hijo.

Los tres no podríamos parecer más una familia, ahí tan cerca, con él tocándome de esa manera, con tanto cariño. Con tanto cariño.

Me aclaro la garganta y retrocedo un paso para interrumpir la escena.

Siempre nos hemos tocado. Es algo fácil, como otra forma de comunicarnos, pero ahora la situación ha cambiado. Todo parece tener un significado oculto cuando no puede tenerlo.

Levanto el pulgar.

—Buena suerte ahí fuera.

Sí, muy informal. «Así se hace».

—¿Acabas de levantarme el pulgar?

Lo repito como si no fuera lo más patético que he hecho nunca.

—Sí.

—Hace menos de veinticuatro horas he estado literalmente dentro de ti y

¿me estás levantando el pulgar para darme ánimos?

Me atraganto con mi propia saliva cuando una sonrisa arrogante aparece en la boca de Kai.

—Bueno, como he dicho, que vaya bien esta noche. Espero que tengas... un lanzamiento de diez.

Suelta una carcajada y esa sonrisa transmite mucha alegría. Kennedy tenía razón. Hoy está distinto. Más relajado.

Y muy muy bien.

—Un lanzamiento de diez, ¿eh? —Le brillan los ojos al recordar lo de anoche, seguro. Al igual que yo tampoco he podido borrar la sonrisa de complicidad que se me ha dibujado en la cara cuando me han venido esos recuerdos a la mente—. Gracias por los buenos deseos, pero no los necesito.

—Ah, ¿no?

—Tengo la superstición de mi lado.

—No confiaría en eso.

—Ah, pues yo sí. Sé el peso que tiene. Lo importante que es que lance bien por eso.

Pongo los ojos en blanco, pero lo hago de coña.

—Bueno, lanzas un viernes por la noche en Fenway, así que te desearé buena suerte de todas formas. Esto es algo importante y solo pasa un par de veces en la vida, así que disfrútalo.

Asiente con la cabeza.

—Gracias, Mills. Lo haré.

Nos quedamos ahí, parece que no estamos seguros de cómo terminar esto. Parece que quiere darme un beso, pero por las normas que he puesto, no puede.

Así que, en vez de hacer nada, me doy la vuelta y me llevo a Max hacia la salida.

—Eh, Miller —me llama Kai para detenerme.

—¿Sí?

—Te prometo que no te mandaré mensajes entre las entradas para ver cómo está Max, pero no me enfadaré si quieres enviarme tú alguno para decirme el buen culo que me hacen los pantalones de béisbol.

La risa me viene con facilidad.

—Veré qué puedo hacer.

Kai sonríe, engreído y entusiasmado. Es un gesto que le queda muy bien y me lo quedo mirando mientras se mete en la casa club para prepararse.

Esa noche, en la tele de la habitación del hotel, mientras Max está durmiendo a pierna suelta en su cuna, veo el partido de su padre. Kai empieza cada entrada mirando al interior de su gorra, pasando el pulgar sobre algo que tiene metido en el doblete. Al final de la novena, veo que sus compañeros de equipo estallan de entusiasmo porque acaba de completar la segunda carrera, sin que el otro equipo tenga ni un hit ni carrera.

Se ha ganado una nueva superstición.

25

Kai

El segundo partido en las series de Boston se ha celebrado antes. Hemos empezado a primera hora de la tarde, lo que significa que Max ha venido al campo. El niño está tan atareado caminando él solo últimamente que solo ha aguantado tres entradas antes de que Miller se lo llevase al gimnasio y a las oficinas para que corriera por allí lo que quedaba de partido. Ellos han regresado al hotel antes que los autobuses para acostarlo y yo me he quedado en el campo más rato del habitual, bombardeado por preguntas por mi juego sin hits ni carreras de anoche.

No puedo explicar lo que le pasó a mi cuerpo en el último partido, pero estaba a tope. En cada lanzamiento, la pelota salía fuerte y fluida de mi mano. El hombro no me dolía como siempre cuando lanzo tarde en el partido. Me sentía electrizado. Rejuvenecido. Sí, había echado un polvo, pero ¿en serio el sexo había sido responsable de uno de mis mejores partidos?

Fue la hostia, así que a lo mejor sí.

Hubo algo esa noche que me recordó quién era, lo que tenía que ofrecer, y la idea de que una mujer como Miller me deseara, me hacía ir por ahí como si fuera invencible. Sin duda, eso se trasladó al partido.

Ella, en cambio, está aterrada y no estoy muy seguro de por qué. Fue idea suya y estoy siguiendo sus normas, pero ayer era como si creyese que cualquier roce entre nosotros significaba que iba a encerrarla, casarme con

ella y hacerle un bebé para que no se pudiera marchar de Chicago.

Sus putas normas. Desde luego son peores que cualquier cosa que haya establecido yo. Ahora podemos permitirnos disfrutar el uno del otro, pero solo en la oscuridad y jamás dormimos juntos. No me parece suficiente, pero es que a mí nada me parece suficiente respecto a Miller Montgomery. Aunque pudiera besarla en público o aunque se quedara a dormir en mi cama, la verdad es que se va a marchar dentro de tres putas semanas y nuestro rollo terminará.

Sé que Max no se ha dormido todavía, pero se acerca la hora de irse a acostar, así que cuando entro a la habitación, me aseguro de hacer el menor ruido posible.

Sin embargo, ninguno de los dos está en el cuarto, así que me dirijo al de Miller y me los encuentro tumbados en el sofá de la esquina. Max está en el regazo de la chica con la cabeza apoyada en su pecho. Están envueltos en una manta, pero veo que el niño ya está en pijama mientras Miller le lee un cuento en voz baja.

No saben que estoy aquí, así que robo el recuerdo, apoyándome en el marco de la puerta para observarlos.

Esta versión de ella es muy distinta a la de aquel primer día cuando la conocí. Ahora hay tranquilidad en ella. Parece centrada aquí en él, o a lo mejor soy yo proyectando y ella tan solo está actuando así por mi hijo.

Miller lee, ajustando un poco la entonación para crear las voces de los diferentes personajes, y a Max le encanta. Se ríe cuando pone voz grave masculina y otra vez cuando la pone aguda.

Ella pasa la página antes de acariciarle el pelo, le desliza los dedos por la cabeza casi de forma distraída. Los ojos azules del pequeñín cada vez están más pesados mientras se funde en sus caricias y escucha la lectura.

Y entonces se me hincha el pecho cuando ella le da un beso en la cabeza al darse cuenta de que está quedándose dormido.

Es tan tierno y natural... Lo ha hecho sin pensar. Justo igual que cuando

yo le muestro afecto al crío.

Joder, están monísimos juntos.

Muevo los pies y el suelo cruje, lo que interrumpe el dulce momento. Max abre los ojos enseguida y ambos se giran hacia donde estoy.

Los dos sonríen al verme.

—Pa-pa.

Max estira el brazo agarrando el aire como si fuera yo.

—Hola, Bichito. —Entro en la habitación, me acerco a ellos y me agacho al lado del sofá—. ¿Estáis leyendo?

Señala el libro infantil ilustrado que tiene Miller en la mano, emitiendo una especie de ruido que empieza con la letra ele.

Su versión de «libro».

—Sí, muy bien. Eso es un libro —me aseguro de pronunciar las sílabas para que las oiga mientras levanto la vista hacia Miller, que está tan adormilada y satisfecha como él—. Qué a gusto estáis los dos.

Le retiro el pelo a Max de los ojos y luego le hago lo mismo a ella, porque ahora mismo me importan una mierda sus normas. Solo va a quedarse por aquí un poco más, así que voy a tratarla como me dé la gana, como si fuera algo mío.

—¿Se ha portado bien hoy?

Me quito la gorra y la dejo caer al suelo porque con ella no puedo verlos bien. Miller asiente con una sonrisa somnolienta antes de llevar los ojos a mi gorra que está boca arriba.

—¿Qué es eso?

Sigo la dirección de su mirada y encuentro la pequeña foto que llevo metida en la banda interior. La saco para enseñársela. Los bordes están gastados de tocarla siempre en los partidos.

Es una fotografía minúscula de cuando Max tenía solo siete meses. Pocas semanas después de que apareciera en mi vida y la cambiara para siempre.

La cara de Miller se relaja con un alivio.

—La tocas siempre antes de cada entrada cuando vas a lanzar. Me fijé anoche.

—Sí. El árbitro la revisa antes de cada partido para asegurarse de que no llevo nada sospechoso en la gorra que pueda darme ventaja, pero la mayoría ya sabe lo que tengo ahí.

Es ñoño y sentimental, pero cuando estoy en el montículo, nervioso, es un buen recuerdo de que el trabajo no es lo más importante en la vida. Max, sí.

Miller hace una mueca y se muerde el labio.

—Eres un buen padre, Kai.

Le dedico una ligera sonrisa, me siento un poco más merecedor de esas palabras.

—Vamos a la cama —le digo al niño, porque quedarse a dormir con Miller va en contra de sus normas.

Quiero decirle que sus límites son una mierda, pero no me puedo permitir decir eso cuando precisamente decidí ignorar mis propios límites hace tan solo dos noches y eso me ha acarreado un montón de problemas. Siento la dolorosa despedida que me espera en el futuro, así que sí..., tal vez haya una parte de mí que quiera que ella también lo sienta un poco.

Con Max en brazos, Miller me sigue hacia la habitación. Las estancias en hoteles han sido más fluidas últimamente, como si los dormitorios fueran uno solo. Si Miller está preparando a Max para irse a dormir, se lo lleva a su espacio para apartarlo de los juguetes y el caos. Y si estamos aquí todos juntos, viene y pasa con nosotros.

En cuanto cruzamos la puerta que separa las estancias, suena el teléfono de Miller. Se lo saca del bolsillo trasero y frunce el ceño.

—¿Quién es?

—Violet. Mi agente.

Señala con la cabeza hacia su habitación antes de entrar allí y cerrar la puerta para hablar en privado.

Me invade el pánico al instante. ¿Por qué iba a llamarla alguien del

trabajo? Aún le quedan libres otras tres semanas. Es mía durante tres semanas más.

Voy con Max a sentarme en una silla y lo sostengo contra el pecho para pasar un ratito con él antes de que termine el día, intentando que mi nueva ansiedad no interrumpa este momento. Se apoya en mí, adormilado, antes de señalar hacia la habitación de Miller.

—Mmm —musita.

—¿Qué, Bichito?

Señala otra vez la puerta.

—Mmm.

—¿Estás intentando decir Miller?

—Mmm.

—Sí, es Miller. —Lo mezo en la silla, acariciándole la espalda con una mano mientras inclino la cabeza para mirarlo—. ¿Quieres a Miller?

Probablemente no sepa lo que le estoy preguntando, pero asiente de todas formas, supongo que reconoce la pregunta en la entonación.

Aunque no entienda lo que le acabo de decir, yo sé que mi niño quiere a esa chica.

—Lo sé. —Le doy un beso en la cabecita—. Ella también te quiere, colega.

Al cabo de unos minutos, Max se ha quedado frito entre mis brazos, así que lo pongo con cuidado en la cuna y apago la mayoría de las luces. El ambiente tranquilo y relajado cambia totalmente cuando Miller abre la puerta que separa nuestras habitaciones.

El estrés es evidente en su bonita cara.

—Me voy a la cama.

Agarro la puerta antes de que la cierre.

—¿Qué pasa?

—Estoy cansada.

Y una mierda. Estaba cansada antes de esa llamada telefónica, pero ahora

ya no. Ahora está alterada.

—¿Qué quería?

—Kai...

—¿Vas a volver antes?

La pregunta me sale demandante y desesperada. A lo mejor va en contra de sus normas mostrar esta faceta, pero me importa una mierda. Me he dado cuenta de que soy de las dos maneras con ella.

—No... no, no voy a volver antes. Era por el artículo que va a salir, pero no es nada importante.

Fuerza una sonrisa, pero no tiene buena pinta. No es ni ligera ni traviesa ni obscena. No la reconozco en absoluto.

He visto antes a Miller alterada por el trabajo, sobre todo cuando tiene problemas en la cocina. Este estrés que le veo ahora no parece el mismo que la versión anterior. Noto la distancia que está poniendo, aunque esté a menos de medio metro, la cual solo aumenta cuando dice:

—Voy a dormir un poco. Nos vemos mañana.

Y me cierra la puerta en las narices.

¿Qué coño ha pasado en esa llamada?

Miller es la divertida. La salvaje. La que sabe cómo soltarse cuando estoy demasiado abrumado por la vida. Así que una hora más tarde, cuando estoy tumbado en la oscuridad y veo por la rendija de la puerta que aún hay luz en su habitación, saco el teléfono para mandarle un mensaje a mi hermano.

Yo: *¿Estás despierto?*

Isaiah: *Sí.*

Yo: *¿Estás solo o tienes compañía?*

Es mi hermano. Tengo que preguntar.

Isaiah: *Estoy solo. Estoy cambiando, ¿recuerdas?*

Yo: *Sí. ¿Te importaría venir para quedarte con Max una hora o así? Ya está dormido y tengo que sacar a Miller de su habitación.*

Isaiah: *Suena raro. ¿Monty sabe que vas a sacar a su hija del hotel*

delante de sus narices?

Yo: *Por favor, cállate. ¿Puedes venir o no?*

Isaiah: *Madre mía. Pasas cuarenta y ocho horas sin echar un polvo y te conviertes de nuevo en un gruñón. Sí, ya voy.*

La puerta que separa nuestras habitaciones no está cerrada con llave. No hemos echado el pestillo en semanas, así que la entorno y me encuentro a Miller totalmente despierta en el escritorio, con el portátil y una libreta llena de confusos garabatos. Tiene un pie en la silla, la barbilla apoyada en la rodilla y el pelo marrón expreso recogido en un moño y la luz del ordenador le ilumina el rostro. Está sentada muy cerca, como si esperase que la información que está en la pantalla se transfiriera por arte de magia a su cerebro y, aunque estoy en la puerta, sé que está nerviosa por las recetas.

—Mills, ponte el bañador. Te vienes conmigo.

Se gira.

—¿Por qué?

—Porque tengo que relajar el hombro en la piscina.

—Pero... —Señala hacia el ordenador.

—No tienes que ponerte el bañador, pero te vienes conmigo. De hecho, de todas formas, te prefiero desnuda.

Se ríe y pone los ojos en blanco mientras se acerca al ordenador.

—Muy bien.

En cuanto Isaiah está en mi habitación, Miller y yo nos vamos a la piscina. Creía que esta sería interior, ya que en Boston hace muchísimo frío en invierno, pero está fuera, en la azotea.

Ella vuelve a llevar ese traje de baño verde bosque y ahora que sé lo que hay debajo, me niego a ocultar la cara de embobado cuando deja la toalla en una silla y mueve el culo hacia la piscina. Contonea las caderas, rozando los gruesos muslos a cada paso y está apetitosa de la hostia con esa piel morena y tatuada.

—Por eso precisamente necesitaba que vinieras conmigo. Este es el tipo

de motivación que estaba buscando.

—¿Así que me has traído aquí solo para sexualizarme? —pregunta mientras se mete en el agua.

—Sí..., claro.

La sigo, intento disimular la creciente erección que oculta el bañador, pero ni de coña va a desaparecer estando tan cerca de su cuerpo casi desnudo ahora que sé lo que se siente al estar dentro de ella.

Fuera está oscuro y la piscina está cerrada, pero no es la primera vez que nos colamos en una piscina de hotel sin permiso.

Miller se queda donde no cubre, donde hace pie. Yo hago un par de largos sin prisas mientras le doy un momento para que piense en mí. Me voy a meter ahí dentro en un minuto de todas maneras.

Está sentada en el peldaño superior de las escaleras de la piscina cuando vuelvo hacia ella.

—Necesito que te hagas más tatuajes —declara cuando salgo a la superficie.

—¿De dónde sale esa idea?

—De mirarte. Te quedan genial.

—Bueno. —Camino por el agua hacia ella—. Yo necesito que lleves menos ropa.

—¿De dónde sale esa idea?

Me encojo de hombros.

—De mirarte.

Sonríe y un poco de ese estrés anterior desaparece por un instante.

—¿Quieres hablar? —le pregunto, echándome el pelo mojado hacia atrás.

—No.

—Vale. ¿Por qué no me lo cuentas de todos modos? —La aparto de las escaleras, le deslizo los dedos por los antebrazos, juego con las manos y, no sé si es porque están bajo el agua o porque no hay nadie más aquí para verlo, pero cede al contacto físico.

Tiento a la suerte, me apoyo en el borde y la pongo delante de mí. Le envuelvo la cintura con los brazos desde atrás y la estrecho fuerte. Es entonces cuando dice:

—Tengo que irme a Los Ángeles.

Me quedo paralizado y el pánico se apodera de mí.

—Pero has dicho...

—No para quedarme. Volveré, pero el fotógrafo de la revista tiene que hacerme ya unas fotos para la portada, así podrá editarlas y dejarlas listas antes de septiembre. Haré la entrevista cuando vuelva para trabajar, pero el artículo se publica solo dos semanas más tarde, supongo.

Me apoya la cabeza en el pecho, como si cayera derrotada.

No me gusta. No encajo bien la idea de que se vaya.

¿Y si llega allí y no quiere volver? ¿Y si al regresar a su vida real se da cuenta de que lo de Chicago ya ha terminado?

Me devano los sesos para encontrar una solución.

—¿Tienes que estar en esa cocina en particular para que te hagan la sesión de fotos?

—No necesariamente, pero no conozco a nadie en Chicago que me deje una cocina.

—Usa la mía. —Echa la cabeza hacia atrás y me mira—. ¿Valdría? Solo es para unas fotos, ¿no? Tú misma has dicho que es bonita.

Frunce el ceño.

—Sí, pero...

—Pues ya está.

—Kai, ¿estás seguro? Va a haber un equipo de gente implicado que invadirá tu casa durante un día entero.

—Si eso impide que te marches, entonces, sí, estoy seguro.

La mirada de Miller se ablanda. Me escudriña el rostro antes de exhalar y apoyarse contra mí de nuevo, pero esta vez es un gesto de alivio.

—Gracias.

Ahora que está un poco más relajada, muevo las manos bajo el agua rozándole las costillas.

—¿Eso era lo que te tenía estresada? No es para tanto.

—Creo que me había olvidado de lo que me espera después de esto. ¿Y si no puedo hacerlo, Kai? ¿Y si ya no soy lo bastante buena? Me he pegado toda la vida persiguiendo esta carrera ¿para terminar dónde? ¿Haciendo galletas con pepitas de chocolate y bizcocho de plátano para un equipo de béisbol? Dios. —Hunde la cara entre las manos—. Es demasiado importante para mí como para pasarme el verano follando. Debería haberme centrado en el trabajo y ahora ya llega el momento y no tengo nada preparado. Los críticos me van a comer viva y...

—Oye —la tranquilizo, pasándole las manos por los brazos para que los aparte de la cara—, respira hondo.

Me obedece mientras le acaricio los hombros. Siento la tensión que tiene acumulada y le doy un masaje.

—Se supone que la divertida eres tú, ¿recuerdas? Yo soy el que se estresa.

Exhala una risa y un poco de tensión se disuelve, pero no la suficiente.

No mentiré. Sus palabras en cierto modo me hacen sentir una mierda. Yo soy el motivo por el que no ha sido capaz de trabajar o probar nada en la cocina. Llevamos todo el verano distrayéndola, alejándola de ese mundo en el que ha trabajado tanto para tener éxito, y ahora le ha entrado el pánico porque ha pasado las semanas en las que se suponía que debía estar recuperando su confianza en la cocina viajando con el equipo y ocupándose de mi hijo.

Presiono los pulgares en la tensión de sus hombros.

—¿Qué es lo peor que podría pasar?

Se queda pensando un segundo.

—Que no recupere ritmo. Que no pueda volver a crear un postre de calidad superior. Dejarán de llamarme los chefs y no volverán a contratarme. Me veré obligada a dejar la industria y terminaré trabajando en

la panadería de un supermercado, decorando pasteles para la fiesta de jubilación de Karen, pero entonces, la mujer se quejará porque la puta cobertura púrpura no es del tono violeta apropiado. Así que me cagaré en ella porque hay problemas peores en el mundo que el hecho de que su cobertura sea más morada que violeta y eso hará que me despidan de ahí también y tendré que irme a vivir a casa de mi padre y dormir en el sofá, y él estará muy decepcionado porque ha renunciado a toda su vida por mí para que yo termine en el paro y durmiendo en un sofá.

No puedo evitar reírme y, por suerte, ella también suelta una carcajada.

—Joder, qué dramática, Mills.

—Podría suceder.

—No va a pasar. Aunque abandonaras la alta cocina, seguirías siendo una repostera cojonuda. Abrirías tu propia pastelería o harías algo igual de asombroso. No has llegado donde estás por suerte. Trabajas duro y tienes muchísimo talento. Eso no ha cambiado.

No menciono nada sobre Monty, porque es totalmente absurdo que se preocupe por decepcionar a su padre y creo que ella también lo sabe. Ese tío mira a su hija como si fuera la puta octava maravilla.

—Tengo que ponerme en serio con la cocina cuando lleguemos a casa.

—Vale —contesto calmado—. Tienes razón, pero esta noche no puedes hacer nada al respecto. Así que no hay razón por la que estresarse ahora. —Me inclino para darle un beso en la parte superior del hombro—. ¿Voy a tener que ser yo quien te recuerde cómo divertirse?

Cuando la toco, se relaja y aprieta el culo contra el hueco de mis caderas bajo el agua.

—Eres otra persona desde que empezó el verano.

—Sí, bueno, en los últimos dos días he echado un polvo y he lanzado sin hit ni carrera, así que las cosas no me van nada mal. —Le paso las manos por la tripa y las tetas, le rozo los pezones con la punta de los dedos—. Además, ya te dije que el Kai de antes era diferente. Tenía un lado salvaje.

—Hmm —murmura contra mí, parece que su cuerpo resucita cuando la toco—. ¿Y qué hacía el Kai de antes para divertirse?

Bajo las manos, juego con los cordones del bikini que tiene en la cadera y tiro del extremo de uno.

—Bañarse en bolas.

La tela cae cuando ella baja la vista hacia el agua. Se retuerce contra mí cuando tiro del cordón de la otra y la braguita del bañador se queda flotando en el agua.

No ha costado mucho, la tengo dura como una puta roca.

—Kai —dice con un tono de advertencia, pero las ganas en su voz suenan más fuertes—. Nos pueden pillar.

Le muerdo el lóbulo de la oreja.

—Es parte de la diversión, nena.

Bajo la mano aún más para rozarle la piel del vientre antes de meter los dedos entre los pliegues. Le pongo la mano en el coño y le doy una palmadita en el agua.

—Este es el mejor coño en el que he estado, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —dice con la voz ronca. Me agarra por los antebrazos para no perder el equilibrio en el agua, pero sobre todo para mantener la mano donde la tengo.

—No podía creer lo prieto y caliente que estaba a mi alrededor. Eres en lo único que he pensado desde entonces. En lo bien que sabes. Lo mojada que te pones.

Gime, frotando todo su cuerpo contra el mío.

Le muerdo la piel del cuello y susurro:

—Quiero volver a estar dentro de ti.

—Pues hazlo.

Me deshace el nudo del bañador con unos dedos hábiles y cuele la mano entre la tela para agarrarme la polla.

Gimo y apoyo la cabeza en su hombro.

Es la hostia esta tía. Lo hace tan de puta madre como la otra noche. Me acaricia en el agua, al mismo tiempo que frota el culo contra mí.

Le meto un dedo en el coño y solo eso hace que casi se muera.

—Deberías follarme, Kai. Sería una buena distracción para quitarme el estrés.

—No llevo condones.

—No me importa.

No sabe lo que está diciendo. Está demasiado cachonda para pensar con claridad.

—Sí, sí que te importa, Miller. Ahora crees que no te importa porque te está chorreando el chocho literalmente en mis dedos.

Y lo sé muy bien.

Me agarra la polla y mueve el pulgar por el glande como si con la mano pudiera hacerme cambiar de opinión. Si mi hijo, mi constante recordatorio de las consecuencias, no estuviera durmiendo en la habitación del hotel, a lo mejor lo haría.

Aprieta las piernas alrededor de mi mano.

—Pues deja de jugar conmigo si no vas a hacer nada al respecto.

Le meto otro dedo en el coño y ella se inclina hacia delante con un gemido.

—No estoy jugando contigo. Voy a hacer que te corras, pero no será con mi polla.

—Pero a mí me gusta tu polla.

Me río.

—Ya lo sé. —Mueve y gira la mano en mi rabo—. Y, joder, a ella también le gustas tú.

Miller se inclina para besarme y sus labios ansiosos se encuentran con los míos. Quiero apartarme, porque en cierto modo me molesta que solo me bese cuando va a ir a más. Ayer, antes del partido, quería que me besara cuando estábamos fuera de la casa club, pero no podía. Y aunque ahora

estoy haciendo todo tipo de acrobacias mentales, cuando me mete la lengua en la boca, sé que ni de coña voy a frenarla.

Me quita el bañador con un gesto rápido y la prenda se queda flotando en el agua junto con su bikini. Con un tirón rápido de los tirantes que lleva atados al cuello, la parte de arriba cae y, como soy un hombre impaciente, se lo termino de quitar y lo tiro al agua.

Se le ponen tiosos los pezones cuando la brisa nocturna los alcanza y se aprietan contra mi tórax. Yo tengo la polla igual de dura cuando la deslizo por su cadera, buscando fricción. Tengo que recordarle que no va a haber penetración esta noche. Solo vamos a asegurarnos de que esta chica alocada recuerde cómo divertirse.

Pero entonces Miller frota su cuerpo contra el mío y el glande le empuja el clítoris.

Gime en mi pecho y repite el movimiento.

—Ay, joder, Mills.

Mis palabras son un grito susurrante cuando dejo caer la cabeza hacia la de ella.

Le meto los dedos entre el pelo y tiro de él para atraer su atención a mí.

—Tienes que dejar de frotar tu coño contra mí.

—No puedo evitarlo.

Le miro esa cara bonita. Está fatal, apoyada en mí sin fuerzas. Ha dejado el cuerpo a mi disposición, salvo por las caderas, que buscan frotarse contra las mías en el agua.

—Hostia puta, Miller.

Le doy la vuelta, le coloco la espalda contra el pecho otra vez y dejo que la polla siga la línea de su culo hasta que se desliza contra los pliegues de su coño. Siseo por la sensación y mezo las caderas contra ella mientras resbalo el rabo por ella.

—Usa la polla para correrte, pero ni se te ocurra metértela dentro.

Gira el cuerpo y se frota totalmente contra ella.

Echo la cabeza hacia atrás, con los ojos clavados en la luna, porque ¡hostia puta! Qué gusto.

Se retuerce contra mí, demandante y desesperada, pero no me la voy a follar sin condón. Sin embargo, encuentro sus muslos bajo el agua, los junto, le cruzo las piernas para crear un canal estrecho que me agarre bien la polla.

—Ay, Dios.

Balancea el culo contra mi hueso pélvico, sobre mi rabo sin metérselo.

Noto lo caliente que está incluso en el agua. Está mojada, pero por su propia excitación mientras se me tira de una forma que roza la locura.

Esto es una puta tortura. ¿En qué mierda estaba pensando? Cada vez que se restriega, el capullo empuja su abertura y lo único que necesito es un poquito más para estar dentro de ella.

Casi nada.

No voy a volver a salir de mi habitación sin un maldito preservativo.

Grita. Está desnuda. Es perfecta, joder. Estamos en un sitio público con las luces de la ciudad de Boston brillando a nuestros pies. Pero no voy a pararla ni de coña. Ver y oír a Miller correrse se ha convertido enseguida en mi nueva adicción y no tengo ni idea de cómo voy a superarlo cuando se marche.

Mezo las caderas hacia ella desde atrás y el glande por accidente pasa por la entrada.

Ambos nos quedamos quietos. Me impresiona el control que tenemos los dos para no hundirnos del todo en el otro aquí y ahora.

—Miller...

—Por favor.

Ambos jadeamos, tenemos la respiración entrecortada y esperamos con ansiedad. La podría tener aquí mismo. Podría llevar las caderas hacia delante y penetrarla. Es tentador de la hostia, pero no puedo hacerlo.

Lo que hago es apartarla de mí y sacarla del agua. La siento en el borde

de la piscina y le flexiono las rodillas para que los pies le queden sobre el cemento.

Entonces, la devoro.

Llevo la boca hacia ella, le paso la lengua por el clítoris controlando los grandes lametones.

—Ah —grita y me tira del pelo—. Sí, Kai. Ahí.

Levanto la vista entre sus piernas y la veo con la cabeza echada hacia atrás, moviendo las tetas bajo la luz de la luna. Aprieta las piernas alrededor de mis mejillas mientras el coño le palpita contra mi lengua.

Creo que así debe de ser el cielo y, si no, bueno, pues no quiero ir.

Miller está frenética, pero relajada. No controla el cuerpo mientras mece las caderas contra mi boca y logra el orgasmo.

Aprieta los dedos en mi pelo, se le contrae el abdomen mientras gime tan fuerte que ni de coña vamos a librarnos de esta.

—Ahí está —susurro contra ella y mis palabras hacen que le tiemble el cuerpo.

—Kai... Kai, me corro.

Tensa las piernas y se aprieta contra mí mientras se le sacude el cuerpo. Cuando la invade el orgasmo, lo único que puedo hacer es mirar.

Es todo músculos contraídos y mojados. Tiene la piel roja y las pupilas dilatadas. Está preciosa, joder, gimiendo mi apodo hacia el cielo nocturno. Se gira y se retuerce contra mí, buscando hasta el último segundo de placer. Yo no dejo de lamerla, permito que se frote contra mi cara mientras tengo la mejor puta vista de esta impresionante chica que se derrite por mí.

Tengo la polla palpitando, dolorosamente enfadada por no tener acción esta noche, pero ya me encargaré de ella en la ducha cuando vuelva a la habitación. Cada lánguida caricia se hará con el recuerdo vívido de cómo suena mi nombre cuando Miller lo pronuncia al correrse.

Se queda relajada en el suelo, satisfecha y adormilada justo como estaba antes de la llamada de teléfono. Justo lo que esperaba que sucediera cuando

la he sacado de la habitación.

Le beso el coño y termino dándole una suave cachetada en la piel sensible.

—¿Te encuentras mejor?

Asiente con la cabeza.

—Mucho mejor.

—Bien. —Le tiro de los brazos para levantarla del borde la piscina y llevarla de nuevo al agua conmigo—. Vamos a llevarte a la cama.

Subo las escaleras, con ella envolviéndome el cuerpo y la apoyo en uno de los peldaños, lo bastante profundo para que el agua le cubra el cuerpo desnudo por si alguien la ha oído gemir y ha decidido venir a sacarnos de ahí.

Mientras tanto, me hago un largo en la piscina para recoger los bañadores antes de reunirme con ella otra vez en las escaleras. Le paso el bikini que he vuelto a atar y, mientras se viste, salgo del agua para coger una toalla. Ni siquiera me molesto en taparme el cuerpo desnudo hasta que haya cubierto el suyo.

Mi polla muestra orgullosa lo preparada que está sobresaliendo de mi cuerpo. Intento ignorar el dolor mientras llevo la toalla hasta donde está sentada al final de las escaleras, todavía como vino al mundo.

Cuando me inclino para abrir la toalla, no solo la coge.

También me agarra a mí.

Me lleva a su altura hasta que toco con el culo el cemento del borde de la piscina.

—¿Qué estás...? —Pero las palabras se me mueren en la lengua cuando noto que se acerca a mí.

Y con un solo movimiento, Miller se echa el pelo mojado hacia un lado de los hombros y me lame el falo desde la base a la punta.

—Joder —exhalo—. Mills, sí, por favor.

Con una sonrisa en los labios, los abre y se mete todo el pene en la cálida

boca que la espera.

—Ay, Dios mío, sí, cariño. Así.

Miller está de rodillas en el último peldaño de las escaleras, impaciente, chupándose la polla como si fuera un puñetero polo. Me curvo encima de ella, cogiéndole el pelo con la mano para verla mejor. Le rebotan las tetas mientras me menea la polla y se la mete tan adentro que le llega hasta el fondo de la garganta.

—Joder.

Pongo los ojos en blanco.

Me toca los muslos y me aprieta los músculos. Recorre la piel tatuada en las piernas y las caderas, antes de pasar los dedos por el pelo púbico de la entrepierna, por encima del mismo rabo que está chupando en la mamada más entusiasta que me han hecho en la vida.

Empujo las caderas mientras le sostengo la cabeza y me encorvo para ver mejor.

Pero entonces Miller aprieta las palmas contra mi pecho y me hace que me tumbe en el suelo de cemento. Obedezco, apoyándome sobre un codo, con una rodilla flexionada y el pie en el borde mientras la otra pierna cuelga libremente en el agua.

Estiro el largo cuerpo mientras Miller continúa con la tarea.

¿Cómo coño tengo la suerte de que me la esté chupando una mujer impresionante bajo la luz de la luna en verano? Me siento el puto rey.

Y entonces gime. Gime, joder, con mi polla llenándole la boca.

Le recojo el pelo de nuevo, sosteniéndoselo contra la cabeza con una mano, moviéndola al ritmo que quiero que lleve. Miller gime contra mi polla, pero no se para. Lame y chupa la punta.

Aprieta las piernas en el último escalón como si esto estuviera poniéndola tan cachonda que fuera a correrse otra vez.

Desliza la mano hacia abajo, me agarra las pelotas. Me arde hasta el último músculo del cuerpo, que intenta contener el orgasmo. Me frota el

rabo con la mano y con los labios, creando una fricción y un ritmo locos. Miller aparta la boca de mí y usa la saliva como lubricante mientras me masturba solo con la mano.

Me echa un vistazo con esos ojos verdes traviosos mientras mueve la lengua por la base.

—Joder. Me estás matando.

Se me sacude otra vez el cuerpo. Me suplica que me deje llevar, pero quiero que esto dure lo máximo posible. Quiero pasar la noche entera aquí hasta que alguien entre para abrir la piscina por la mañana.

Me llena el falo de besos y al mismo tiempo me acaricia con la mano. El sonido de nuestra piel mojada deslizándose la una contra la otra es lo único que se oye aparte de los gemidos. Miller me lame la piel sensible de las pelotas antes de meterse una en la boca al tiempo que me masturba.

Y me mira todo el rato como si estuviera esperando el instante en que me deshaga.

—Me voy a... —Se me entrecortan las palabras—. Me voy a correr.

Ella continúa, chupando y girando la excepcional lengua hasta que mi rabo grueso e hinchado palpita en su mano.

Con largas sacudidas, el semen me decora el abdomen, saliendo mientras Miller continúa con sus movimientos. El cuerpo entero se me tensa y me dejan de funcionar los pulmones cuando me corro con tanta fuerza que la vista se me nubla por los laterales.

Sin embargo, de algún modo, aún veo a Miller entre mis piernas. Pagada de sí misma y satisfecha como si llevara queriendo chuparme la vida desde el primer día que nos vimos.

Creo que quizá esté un poco loca. Mi estilo preferido de loca, pero loca al fin y al cabo.

En cuanto tengo la polla vacía, respiro hondo y me dejo caer sobre el borde de cemento. Estoy acabadísimo. Miller se acerca a mi cuerpo desnudo y frota las tetas contra mi rabo blando mientras me lame la corrida

del abdomen.

Lo único que puedo hacer es reírme porque no doy crédito. ¿Cómo coño tengo esto en la vida?

—¿De dónde has salido?

Se coloca encima de mis caderas, con las manos clavadas en mis pectorales. Si no estuviera ya despalmado del todo, mandaría a la mierda la norma del condón y me la follaría aquí mismo.

Es el poder de una buena mamada, supongo, que te hace cometer estupideces.

—Ha sido increíble —susurro.

—Te lo dije. De diez.

Suelta una carcajada cómplice antes de lamerse los labios como si me saboreara de nuevo.

Ambos nos reímos, desnudos bajo el cielo nocturno. Luego Miller se tumba encima de mí y acurruca la cabeza en el hueco de mi cuello mientras la abrazo y le paso la palma por la espalda desnuda.

La dejo ahí, aunque haya muchas posibilidades de que nos pillen, porque sé que, en cuanto volvamos a la cama, ella no estará en la mía.

Demasiado íntimo. Demasiado apego para ella. Porque estar tumbados desnudos bajo las estrellas después de corrernos juntos no es íntimo de la hostia.

—Gracias —exhala contra mi cuello— por hacerme olvidar la vida real por un segundo.

Cierro los ojos al oír sus palabras. Esto es la vida real. Esta es mi vida real.

Como si ya no lo supiera, este instante es otro recordatorio de que me voy a quedar hecho polvo cuando ella vuelva a la suya.

26

Kai

—Isaiah, esta noche te vienes a casa. —Cojo las llaves del coche, la cartera y el móvil de la taquilla después del entrenamiento en nuestro campo de béisbol—. Cody y Trav, vosotros también.

Mi hermano sale de la ducha, no lleva más que una toalla alrededor de la cintura.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

Cody levanta las cejas.

—Sí, Papi Béisbol.

—Tú no tienes permiso para llamarme así.

—No —interrumpe Travis—. Solo puede llamarle así la hija del entrenador.

—Sí, bueno, por motivos que no voy a discutir contigo, ella puede llamarme como le dé la real gana.

—Créeme, As. Todos sabemos por qué la hija del entrenador te puede llamar «papi» —dice Cody—. Pero ¿por qué tenemos que ir nosotros?

—Miller está trabajando en unas recetas nuevas en casa y necesito que haya más gente que la anime, aparte de mí. Así que venid, comed y elogiad todos los dulces que os ponga delante de las narices.

—Haberlo dicho antes. No habría hecho falta que me pidieras que fuera. Me habría presentado yo solito. —Isaiah se pone una camiseta—. Podrías

invitar a Kennedy también.

—No quiere estar con el equipo fuera del trabajo.

—Pero ahora es amiga de Miller, así que probablemente le apetezca.

—Pues entonces adelante, invítala.

Isaiah suspira frustrado.

—Seguro que dice que no si la invito yo. —Mi hermano se gira hacia nuestro primer base—. Cody, ¿le preguntas tú si quiere venir?

—¿Por qué? —Suelta una carcajada—. ¿Para que la engañe y así pase tiempo contigo?

—Bueno..., sí. Exacto.

Cojo la gorra del banco antes de salir de los vestuarios.

—Venid sobre las siete.

Antes de llegar al aparcamiento, giro a la izquierda de pronto para dirigirme al despacho de Monty. La puerta está entornada, así que toco con los nudillos en la madera antes de entrar.

—Hola, As. —Apenas levanta la vista de la pantalla del ordenador—. ¿Qué tal el brazo?

—Bien.

—¿Has estado un rato en el gimnasio para que el personal te lo trabaje? Me siento en la silla que hay al otro lado de su escritorio.

—Sí.

Entonces por fin aparta los ojos del ordenador.

—Supongo que estás aquí porque hay algo que quieres decirme.

Exhalo una risa de sorpresa e incomodidad. «Me cago en mi puta vida».

—¿Decirte algo? —repito—. Ni por asomo. ¿Acaso debería decirte algo? Probablemente.

—Bueno, ¿vas a hacerlo?

¿Lo voy a mirar a los ojos y decirle que me he acostado con su hija? Ni de puta coña.

—Voy a acogerme a la quinta enmienda esta vez, Monty.

Se ríe por lo bajini. Está claro que le hace gracia lo incómodo que estoy, así que cambio de tema.

—¿Haces algo esta noche?

—Sí. Bueno, iba a ver si Millie quería salir a cenar. —Levanta una ceja —. ¿O es que está ocupada?

Dios, esto es muy raro. Hace seis semanas, creía que no soportaba a esta chica y ahora me sé sus horarios mejor que su padre. Y él sabe tan bien como yo que, si no está libre, es porque está conmigo.

—Por lo que yo sé, sí, pero ¿te apetece venir a cenar a nuestra... a mi casa?

Una sonrisa de complicidad aparece en sus labios ante mi descuido.

—Sí, puedo ir.

—Genial. Después necesito que te quedes un rato. Es que esta noche Miller va a hacer unas recetas para el trabajo. Bueno, todavía no sabe que va a hacerlo, pero creo que la ayudaría que estuvieras allí.

Monty se recuesta en la silla y cruza las manos sobre el vientre antes de decir con un tono de suspicacia total:

—¿Qué estás planeando, As?

Yo también me recuesto, estirando las piernas delante de mí. Supongo que si este hombre no fuera Monty, me sería incómodo ser tan sincero, pero aunque sea el padre de Miller, por encima de todo es mi amigo.

—Mira, la otra noche la llamaron del trabajo y estaba muy preocupada porque no ha pasado mucho tiempo en la cocina. Ha sido culpa mía, así que esta noche, algunos chicos del equipo van a venir para probar lo que sea que se le ocurra. Necesita recuperar la confianza en la cocina y sé que Miller quiere impresionarte a ti más que a nadie.

Niega con la cabeza.

—Eso es ridículo. A mí siempre me impresiona.

—Lo sé. Créeme, lo sé, pero... —«Joder». ¿Qué coño hago aquí hablándole de su propia hija cuando está claro que la conoce mejor que yo?

—. Se está poniendo mucha presión encima para volver al nivel en el que estaba antes de ganar ese premio y oír de ti que está haciendo un buen trabajo creo que la ayudaría a aliviar esa carga.

Monty se queda un poco confundido por mi discurso, pero al final accede.

—Vale, allí estaré.

—Genial.

Con un simple gesto de la cabeza, me levanto de la silla, pero me detiene en la puerta.

—Sé que no quieres que se marche, así que ¿por qué la estás ayudando justo a eso?

«Vaya, mierda».

No hay manera de contestar a esa pregunta sin que se entere de lo colado que estoy por ella.

Me vuelvo a sentar en la silla y suelto un fuerte suspiro.

—Porque es su sueño y ella me importa demasiado para no ayudarla a perseguirlo, aunque eso signifique que yo no esté ahí cuando consiga todo por lo que ha trabajado.

Monty me mira, buscando cualquier indicio de que le estoy mintiendo, estoy seguro. Ojalá lo estuviera haciendo. Ojalá no fuera un puto gilipollas y, con la conciencia tranquila, pudiera hacer lo que estuviera en mi mano para que se quedara. Pero no seré yo el motivo por el que renuncie a sus sueños.

—Eres bueno con ella, As.

—No, no... No es eso.

—Ah, no es eso, ¿eh? ¿Así que vienes aquí a sentarte y decirme que te estás acostando con mi hija, pero no significa nada? Me muero por oírlo.

«Maldita sea». No debería haber entrado en este despacho hoy.

—Oye, a mí no me mires. —Levanto las manos rindiéndome—. Si quieres tener esta conversación, habla con tu hija sobre las normas que ha puesto respecto al sexo.

Monty dibuja una mueca.

—Joder. No me puedo creer que haya dicho «sexo» delante de ti.

—Sí, no lo repitamos más, sobre todo si hablamos de mi hija. —Vuelve a sentarse en la silla—. Aunque los dos estéis demasiado ciegos para verlo o seáis demasiado testarudos para admitirlo, yo sé muy bien lo que es esto.

—Se va a ir. —Mis palabras menos preferidas tienden a salirme de la boca cada vez que busco una explicación.

—Sí —asiente Monty—. ¿Vas a estar bien cuando eso suceda?

Lo miro desde el otro lado del escritorio y miento:

—Ya encontraré la manera de estarlo.

Me sonrío con lástima. Ahora le doy pena al hombre con cuya hija me estoy acostando. De puta madre.

—Te acuerdas de nuestra conversación, ¿verdad?

Se refiere a la vez que me pidió que hablara con él si alguna vez sentía la necesidad de pedirle a Miller que no se fuera, que abandonara sus sueños para quedarse a vivir con Max y conmigo.

La necesidad está ahí cada día, pero no se lo voy a pedir. No es lo que ella quiere y no tengo fuerzas para oír su rechazo.

Miller no me permite que le demuestre cómo me siento respecto a ella, así que lo mejor que puedo hacer es decírselo con mis acciones. Apoyando sus sueños, ayudándola a perseguir todo lo que quiera. Continuaré haciéndolo hasta que al final me mate, porque, por desgracia, soy consciente de que una vida sencilla conmigo y mi hijo nunca será suficiente para ella.

—Me acuerdo —respondo—, pero esto no es por eso. Tiene muchas oportunidades esperándola cuando vuelva al trabajo.

Monty asiente como si lo comprendiera.

—¿A qué hora me paso? Asegúrate de que sea lo bastante pronto para que Max esté despierto. Quiero ver al pequeñín.

—¿A las seis?

—Allí estaré.

Vuelvo a ponerme de pie para marcharme, pero los ojos se me van a la foto que tiene encima del escritorio. Miller con su uniforme amarillo de sóftbol, agachada con un guante de lanzadora sobre la rodilla.

—¿Cuántas tienes? —Señalo el marco.

Sé que tiene una en casa, otra en el despacho de Chicago y otra que lleva en la maleta cuando salimos de viaje con el equipo. Creo que hasta lleva una en la cartera.

—No lo sé. Tres o cuatro.

—¿Por qué?

—¿Por qué llevas tú una foto de Max en la gorra?

«*Touché*».

—Para recordarme lo que es importante cuando el estrés del trabajo o la vida empieza a ser demasiado.

—Exacto.

Sin vacilar ni pedir permiso, cojo el marco del escritorio y lo abro por atrás. La foto es pequeña, tendrá unos seis o siete centímetros de alto y cabe perfectamente al lado de la de Max en mi gorra.

Monty se queda en silencio mientras dejo el marco vacío de nuevo en la mesa.

—Cállate.

Se ríe.

—No he dicho nada.

Pongo la foto de Miller debajo de la banda, cerca de la de Max, y paso el pulgar por el borde de ambas.

—¿Cuántos años tenía ahí?

—¿Unos trece?

—Parece contenta.

—Lo estaba. Era una niña muy feliz, igual que tu hijo.

Monty me recuerda con sutileza que lo estoy haciendo bien. Es su manera

de tranquilizarme y decirme que Max está bien, que estoy haciendo un buen trabajo, igual que lo hizo él. Pero solo estoy haciéndolo bien ahora por la chica de la foto que está al lado de la de mi hijo.

Me pongo otra vez la gorra y me marchó de la oficina.

Cuando logro llegar a casa, llevo las manos llenas de provisiones. La casa está vacía y en silencio, así que antes de dejar las bolsas de la compra en la isla de la cocina, me dirijo al jardín trasero para ir a buscar a Max y Miller.

La risa del niño resuena en el cristal de la puerta corredera de atrás y, cuando la abro, lo veo. No lleva más que el pañal y está jugando en su mesa de agua, salpicando y dando palmas al tirar agua de un pequeño cubo a otro que es un poco más grande. Miller está sentada en el suelo y aplaude con él, lo anima mientras el niño se empapa de agua, lo que es perfecto en un caluroso día de agosto.

Cuando me ve en el porche trasero, me saluda con la mano. Max sigue su mano con una sonrisa en la cara y sale disparado hacia mí y corre con los brazos por encima de la cabeza.

—Ahí está mi chico.

—Pa-pa —grita.

Cojo su cuerpecito mojado y lo siento en mi antebrazo. Miller se nos acerca y, cuando lo beso, me siento más que tentado a inclinarme para besarla a ella también. Este es un momento normal cotidiano, algo que quiero grabar en el recuerdo porque estos son los instantes que importan.

Pero no grabo el beso, porque los besos tiernos van en contra de sus normas.

Señalo con la cabeza hacia la casa.

—Ven.

—Malakai, no es momento de hacer nada inapropiado —me regaña.

Niego con la cabeza, la dejo pasar y le doy una palmada en el culo.

—Mete dentro esa mente sucia tuya.

Ve la comida en la encimera.

—¿Necesitas que te ayude a guardar esto?

Le doy un segundo para que les eche un vistazo a las bolsas. Saca harina, azúcar, azúcar moreno y leche. También hay el mejor chocolate que he podido encontrar en una tienda de repostería. He comprado el extracto de vainilla más caro que había en la estantería y todo tipo de frutas que ofrecía el negocio.

—¡Nana! —grita Max cuando saca unos cuantos plátanos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—Yo no. Tú.

—¿Qué voy a hacer yo?

—Lo que te apetezca. —Me coloco bien a Max en los brazos. Ya tiene casi diecisiete meses y empieza a pesar—. No has tenido tiempo de crear porque hemos estado mucho de viaje, así que esta noche me voy a ocupar yo de Max y tú te vas a poner manos a la obra. Como sé que trabajas mejor en la cocina cuando alguien prueba tus recetas y puedes ver su reacción, he pensado que quizá deberías volver a lo que te hace feliz y hacer pasteles para la gente a la que te importa, así que van a venir unos cuantos chicos del equipo. Y tu padre también. Lo que sea que te apetezca hacer, a nosotros nos apetece comerlo.

No dice nada, sino que se queda mirando la comida.

—Espero que esté bien —añado.

La nariz de Miller adquiere un tono rosado, pero esta chica no llora.

—Más que bien. —Se gira hacia mí con una sonrisa de medio lado—. Gracias, Kai.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de robarte todo el verano.

Se la ve tan delicada, tan vulnerable, que no puedo resistirme y me dispongo a romper las reglas. La cojo de la cabeza y me la acerco al pecho para darle un beso en el pelo. Max, en mi otro brazo, se inclina para besarla también en la coronilla.

Se ríe y, al levantar la mirada, se encuentra a mi hijo todo orgulloso.
—Gracias, Bichito.

27

Miller

Violet: *Por favor, dime que tienes nuevas recetas y que vuelves a tener las riendas en la cocina. Recuerda que la sesión de fotos para Food & Wine es el martes que viene. Estarán en la casa a las seis de la mañana para prepararse.*

Yo: *Esta noche termino las recetas. Kai ha planeado una cosa para mí. Es muy tierno. Y el martes no trabajo. Kai tiene partido fuera.*

Violet: *¿No puedes quedarte en casa por una vez? Seguro que puede apañárselas en un viaje él solo. Esto es importante.*

Yo: *No, no puedo faltar. ¿Qué tal al viernes siguiente?*

Violet: *Voy a preguntárselo al coordinador de la sesión. La chef Maven me ha preguntado qué día tienes pensado estar en California. ¿Puedo confirmarle que el día uno? Sales de Chicago el domingo 29, ¿verdad?*

Yo: *Sí. Dentro de dos semanas.*

Violet: *Gracias a Dios. El mundo culinario te echa de menos, Miller. Tengo la bandeja de entrada llena de correos de blogueros gastronómicos que quieren entrevistarte sobre tu pequeño paréntesis estival, ¿por no mencionar que ya he añadido otro año de consultoría a tu agenda en el último par de semanas!*

Yo: *Genial. Qué ganas.*

Violet: *Tu sarcasmo está más que claro, pero ahora mismo lo estás petando, chef. Es superemocionante. Solo es el principio de lo que te*

espera. ¡Nos vemos en dos semanas!

—Este es el bueno —declara Isaiah, señalando el último plato que le pongo delante.

Ha considerado cada uno de los postres de esta noche como «este es el bueno».

Cody gime al meterse un bocado en la boca, Travis abre mucho los ojos y mi padre simplemente luce una sonrisa orgullosa como la que lleva dedicándome toda la noche. Busco siempre primero su aprobación antes de mirar a nadie más.

—¿Qué es? —Isaiah le da otro bocado antes de coger una nueva cucharada, pero Kai lo aparta para coger él una porque todavía no ha tenido la oportunidad de probarlo.

Me limpio las manos en un trapo que llevo echado al hombro.

—Es crema de limón glaseada con fresa. Esa ligera sorpresa que notas en la lengua es peta zeta casero combinado con sorbete de vino rosado. También hay un poco de pimienta salvaje de Voatsiperifery, un grano de pimienta con unas notas herbales y florales más. Se reserva normalmente para otras recetas, pero creo que va muy bien con el limón.

Todos los chicos dejan de masticar y me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza. Cuando hablo sobre postres con otros colegas, me entienden, pero cuando le explico lo que hago a cualquiera de fuera de la industria, es como si hablara en otro idioma.

—No tengo ni idea de lo que significa —dice Isaiah—, pero es increíble y deberías hacerlo para la revista.

—Creo que el perfil del sabor es demasiado veraniego para un artículo que va a salir en el número de otoño, pero vi las fresas y el limón y pensé: «¡Qué más da! Voy a divertirme y a experimentar».

He experimentado bien haciendo cinco nuevos postres para que los prueben los chicos. El cilindro de chocolate negro relleno de crema de

praliné de avellanas ahumada que se me ocurrió cuando fuimos a aquella pastelería en Boston ha sido un éxito instantáneo e incluso me he impresionado a mí misma al crear una tarta de queso *mozzarella* cubierta de compota de moras.

No he quemado nada ni tampoco me ha costado hacer ninguna parte. Estaba contenta y entusiasmada por darle de comer a la gente que me importa más de lo que creía que era capaz. Me inunda el alivio al saber que todavía puedo tener éxito en lo que mejor se me da.

—Papá, ¿tú qué opinas?

La única persona a la quiero impresionar le da otro bocado a la crema de limón.

—Fenomenal. Como siempre.

Siento mi radiante sonrisa bajo las luces de la cocina al verlo tan orgulloso de mí. Esa es la razón por la que hago lo que hago, para asegurarme de que sabe que estoy haciendo algo con mi vida por lo que mereciera la pena que él renunciara a la suya.

Hoy me siento mejor, como si fuera por el camino correcto para volver a donde estaba antes de toda la presión, y sé que en gran medida se lo debo a Kai.

El hecho de que haya organizado esto por mí... Nadie había hecho nada tan considerado nunca. Ha hecho de ayudante del chef durante toda la noche, me ha acercado los ingredientes cuando los necesitaba y ha limpiado después de terminar de usar un cuenco o la espátula. Durante todo el rato, lucía una sonrisa de máximo orgullo en la cara y nunca me ha gustado más estar en una cocina que cuando lo he tenido aquí a mi lado. Lo único que lo habría mejorado habría sido tener a Max también en la encimera, pero ya es muy tarde y está durmiendo.

Hoy también he sido limpia y organizada. Nada que ver con cuando me pongo a cocinar con el crío. He sido más que una reconocida chef pastelera que ayuda a las cocinas a ganar estrellas Michelin, aunque todavía se me

vean los tatuajes, lleve el piercing y me haya sentido en la cocina más yo que nunca.

Pero la revelación que da miedo es que no tengo ni idea de cómo se supone que voy a volver al trabajo que Kai me susurre palabras de ánimo al oído o me ponga la mano en la lumbar para comprobar si necesito algo.

Esta noche ha sido perfecta. Él ha estado perfecto porque él siempre es así.

Y dentro de dos semanas, ya no lo tendré a mi lado.

Voy al fregadero donde está lavando los platos porque quiero estar donde esté él. Me apoyo en la encimera y lo miro.

—Un gran trabajo, Mills —dice y una sonrisa de orgullo le asoma en los labios.

—Gracias. Y gracias por esta noche. Ha sido... justo lo que necesitaba.

—¿Te sientes mejor?

Asiento con la cabeza. Quiero ponerme de puntillas y romper mis propias normas, llevar mi boca a la suya y agradecersele. Es tan guapo, tan amable... Se preocupa tanto por su gente...

Quiero esconderme en su casa para siempre y poder considerarme una de esas personas.

«¡Ostras! No... no».

—Estás muy guapa así, con el delantal atado a la cintura y el pelo recogido —dice mientras continúa fregando los platos que he usado—. Qué creativa eres. Me encanta haber visto a la pulcra chef repostera que no es tan pulcra debajo de la chaqueta de chef.

—Bueno, tienes suerte, y tal vez esta noche puedas ver lo que hay también debajo del delantal.

—¿Tal vez? —Se le iluminan los ojos de entusiasmo—. ¿Nos estamos haciendo los difíciles?

Me inclino hacia él.

—Tú y yo, Malakai, nunca nos lo pondremos difícil. —Se inclina para

darme un beso casto en el pelo y se ríe—. Violet me ha enviado un mensaje con la fecha de la sesión de fotos. ¿Te va bien el viernes antes de ponerme a trabajar?

—Puedes hacerlo cuando sea, Mills, aunque tenga que salir de viaje. Ya veré quién se queda con Max.

—Tienes partido en casa esa noche —le digo—. Consulté tu agenda antes de darles una fecha. Hay algo apuntado como «Día de la Familia» en el calendario del equipo al día siguiente. No tengo claro qué es.

El Día de la Familia también cae en mi cumpleaños, pero Kai no lo sabe.

Pasa la esponja por el interior del cuenco de la amasadora sin mirarme a los ojos.

—Es una actividad que la dirección del equipo pone para que todas las familias se reúnan en el campo. Cada equipo en el que he jugado siempre celebra una jornada familiar. Habrá comida y bebida, ese tipo de cosas. Es durante las series contra Atlanta. —Al final me mira—. ¿Crees que irás?

Aunque no lo diga, sé que nunca ha ido nadie por él en una de esas actividades. Supongo que Isaiah siempre ha estado demasiado ocupado con su propia temporada como para ir y, sí, este año tendrá a su hijo, pero también me tendrá a mí.

—Seguro a que tu padre le gustaría verte allí —añade Kai.

Su tono es despreocupado, despegado, justo como le he pedido que sea, pero no debería hablar así cuando por fin le está pidiendo a alguien que lo apoye.

Le paso las yemas de los dedos por la fina piel del interior del antebrazo.

—Allí estaré —digo convencida—, por ti.

No se me escapa que se le ablandan los ojos antes de desviarlos hacia la isla, donde están sus compañeros de equipo y su entrenador. Creo que lo hace para recordarme que están aquí y quizá se pregunte por qué de repente no tengo ningún problema en mostrar algo de afecto en público.

Apoyo la cabeza en su bíceps, le rodeo el brazo con la mano para

agarrarlo mientras friega los platos, y me olvido de mis normas por un momento.

—Gracias por esta noche.

Apoya la mejilla en mi pelo.

—Haría cualquier cosa por ti, Miller.

28

Miller

Hay un caos organizado fuera del estadio de Anaheim. Los gestores del equipo están supervisando la carga de los autobuses mientras termina el espectáculo tras el partido. Los fans están gritando, llevan carteles y camisetas en las manos, esperan ver a su jugador preferido antes de que se marche al aeropuerto.

Normalmente, ya estaría subida al autobús y Max estaría dormido, pero ha estado enfermo los últimos días y su horario habitual se ha ido al traste. Yo también estoy cansada de cuidar a un bebé enfermo durante el viaje y me ha pegado lo que sea que haya pillado, así que estoy agotadísima.

Tengo un terrible dolor de cabeza mientras lo mezo en los brazos cerca de la entrada trasera de los vestuarios del equipo visitante. Intento calmarlo, pero por lo que he aprendido en los últimos días, la única persona con la que quiere estar cuando no se encuentra bien es su padre. Sin embargo, Kai ha lanzado esta noche, así que estoy segura de que estará en las ruedas de prensa y luego le tocará sesión de fisioterapia.

—No pasa nada, Max. Shhh.

Le paso una mano por la espalda antes de llevarle la cabeza hacia mi hombro, con la esperanza de que eso lo obligue a descansar.

No es así. Lloro a pleno pulmón, me está dejando sorda.

—Pa-pa —solloza, con los ojos azul hielo enrojecidos mientras lo busca desesperado por el concurrido aparcamiento—. ¡Pa-pa!

—Lo sé. Lo sé. Enseguida sale.

No para y, de alguna manera, encuentra la capacidad pulmonar para gritar aún más fuerte.

Mi padre me lanza una rápida mirada de preocupación desde el otro lado del aparcamiento, pero está tan ocupado revisando informes con el resto del personal de entrenamiento que le quito importancia y le digo que estoy bien.

Todo el mundo tiene trabajo que hacer y este es el mío.

Pero no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo. Sé cómo divertirme con Max, cómo averiguar si necesita comer, dormir o que le cambien de pañal, pero no tengo ni idea de cómo ayudarlo cuando se encuentra mal o le molesta algo.

No tengo instinto maternal y no estoy segura de si es porque perdí a mi madre cuando era muy pequeña o qué, pero esta quizá sea la primera vez en mi vida que me amarga no haberla tenido cerca para aprender este tipo de cosas.

Cuando destaco en algo, tengo la satisfacción de que merece la pena la inversión que se ha hecho en mí. Ya fueran chefs que invirtieron en mí al seleccionarme para prácticas exclusivas o saber que mi padre invirtió su vida al adoptarme cuando no era precisamente quien debía aceptar esa responsabilidad. Al menos me he ganado una reputación.

Pero ahora mismo, no estoy haciendo nada por Kai ni por su hijo.

Los fans hacen cola en la zona acordonada, hay un espacio despejado para que el equipo se suba al autobús, pero la mayoría de los chicos tardará un rato en llegar. Se pondrán a firmar autógrafos y a agradecerles a los fans que se hayan quedado hasta tan tarde.

Me están mirando como si no tuviera ni idea de lo que hago por tener a un bebé de diecisiete meses todavía despierto a las once de la noche, chillando como un poseso en mi oído, y la verdad es que no se equivocan. Las inseguridades me invaden enseguida porque todo el mundo sabe que no

soy lo que necesita el crío.

Hace tan solo siete semanas, tenía pensado pasar el verano trabajando en nuevas recetas y resolviendo mis problemas en la cocina, pero ahora en lo único que puedo pensar es en intentar darle a Max lo que necesita para que se encuentre mejor. Sé que está incómodo, eso se ve a la legua. Tiene la garganta inflamada y la nariz no deja de gotearle. Pero yo no soy Kai y el niño no va a relajarse hasta que no salga su padre.

Me duele tantísimo la cabeza que lo único que quiero es tumbarme en una cama y dormir unas cuantas horas. Pero entonces por fin sale Kai, con la gorra hacia atrás y las lentillas puestas en vez de las gafas. Está guapísimo y centrado mientras yo me siento una mierda.

El llanto de su hijo es como un faro que lo atrae hacia nosotros de inmediato.

—Ven aquí. —Kai me coge a Max y lo mece para intentar calmarlo mientras susurra—: No pasa nada... Tranquilo, Bichito. Ya estoy aquí.

Los lamentos de Max se calman y pasa a sollozar mientras se hunde en el hombro de su padre.

—¿No ha dormido nada? —me pregunta Kai, con el tono un poco cortante.

Me limito a negar con la cabeza. Estoy demasiado cansada para decir mucho más y demasiado avergonzada para poder soportarlo.

Kai suspira frustrado. Lleva tres noches sin descansar del todo, así que no solo está exhausto como yo, sino que creo que se siente culpable por haberle hecho pasar a su hijo por un viaje extenuante cuando estaba enfermo. Añadido al hecho de que ha lanzado de mierda esta noche y que los Warriors han perdido por una carrera que permitió mientras él estaba en el montículo.

Kai me mira y veo que tiene ganas de abrazarme. Yo quiero que lo haga. Quiero mandar mis normas a tomar por culo y dejar que me envuelva con sus brazos porque necesito su consuelo ahora mismo. Me he vuelto cada

vez más dependiente de ello.

Tengo las palabras en la punta de la lengua cuando uno de los coordinadores de prensa del equipo le da unos toques en el hombro.

—¿Estás de coña? —dice Kai, porque sabe lo que tiene que hacer sin que se lo pidan—. Mi hijo está enfermo. Déjame subir al puto autobús.

Su frustración es evidente. Kai rara vez suelta palabras malsonantes delante del niño.

—Lo siento, As. —El coordinador se encoge un poco—. Llevas dos partidos esquivando a los fans. Por desgracia, tengo que insistir en que esta noche hagas las rondas antes de marcharnos.

La mirada fría de Kai es casi asesina y me da un vuelco el corazón por el pobre tío de relaciones públicas que simplemente está intentando hacer su trabajo.

Le tiendo las manos.

—¿Quieres que lo coja?

—No.

No me sorprende su rápida respuesta. Lleva días al límite y a lo mejor me merezco que esté enfadado conmigo. No he sido de gran ayuda.

Kai se quita la chaqueta por los hombros y la usa para tapar al niño.

—Esto es una mierda —masculla antes de dibujar una sonrisa en la cara y dirigirse a la horda de fans que gritan aún más fuerte ante el entusiasmo de ver al jugador que se acerca a ellos.

El pobre coordinador me dedica una sonrisa avergonzado y se va a acorralar a más jugadores para que vayan a hacer sus rondas. Por suerte para él, ninguno se resiste tanto como Kai.

Otros jugadores se unen a la masa de fans, pero entre la multitud veo a Kai poner esa bonita sonrisa y usar su única mano libre para firmar autógrafos. También hay hombres allí que se desviven por acercarse a él, pero yo lo que veo son mujeres que le lanzan halagos al pequeño Max que tiene en brazos. Están locas por convertirse en la esposa del padre soltero

del equipo.

Las odio a todas y no me importa lo infantil que suene.

Odio que al final vaya a conocer a alguien que le ofrezca el tipo de compromiso que él necesita. Odio el día en que complete su familia.

Y odio que la mujer que elija no sea yo porque no soy más que un rollo de verano.

—Millie —me llama mi padre, me llama la atención haciéndome señas con la mano para que me acerque al autobús del equipo—. ¿Estás bien? Parece que estés enferma.

«Ahí le has dado, papá. Es justo como me siento».

Me toca la cabeza con el dorso de la mano.

—Estás ardiendo.

—Apenas me queda energía ahora mismo.

—¿Por qué no te sientas delante conmigo durante el vuelo para que puedas descansar un poco?

—No, estoy bien. Kai ha trabajado toda la noche. No puedo dejarlo con un bebé enfermo.

—Bueno, pues mi bebé también está enferma y me preocupo por ti.

Me río sin mucho entusiasmo.

—Tengo casi veintiséis años, papá.

—Pero siempre serás mi bebé.

Este hombre es demasiado, lo juro. Alto, fuerte como un roble, lleno de tatuajes y el tío más tierno que conozco.

—Venga —continúa mientras sube las escaleras del autobús—. Tenemos que irnos al aeropuerto.

Por instinto, busco a Kai una vez más con la mirada antes de entrar en el autobús. Está hablando con una mujer que tiene el pelo largo de color caoba, es preciosa, por supuesto, y lleva una camiseta con su nombre. Le dice algo que no sé qué es, pero ella echa la cabeza hacia atrás riéndose antes de meterse el pelo detrás de la oreja y mirarlo pestañeando.

Conozco esa mirada. Yo también la he usado.

Pero va dirigida a Kai y ahora no solo estoy cansada, sino que echo chispas.

Ella le pasa un rotulador, se da la vuelta y se recoge el pelo a un lado para que le firme la camiseta. Cuando ha terminado, creeríais que Kai iba a marcharse, pero no, se queda ahí a hablar un rato más con ella. La mujer señala a Max, que por fin está relajado y lo que sea que le dice hace que el padre sonría como suele sonreírme a mí.

Y entonces la sangre empieza a hervirme cuando le pone una nota en la mano que tiene libre. Su número, sin duda.

No soy el tipo de chica que se queda sentada viendo cómo coquetean con su hombre. Tampoco había tenido antes un hombre que reclamar y, aunque me gustaría acercarme allí y poner a esa tía en su sitio, me doy cuenta de que Kai no es nada mío. Y yo soy la que me he asegurado de eso.

No debería ponerme así de posesiva, no tengo ningún derecho, pero no puedo evitarlo. Me siento alterada, por extraño que parezca. Esa mujer no sabe nada de él.

No sabe que ha criado a su hermano o que intentó retirarse el mismo día que se convirtió en el único responsable de Max. No sabe qué es lo que le gusta ni que se le empañan las gafas cuando da un beso demasiado largo.

Sí, es muy atractivo y un deportista profesional. Sé que el rollo de padre soltero abnegado tiene que gustarles a otras mujeres, igual que me gusta a mí, pero este hombre no está disponible.

«¿Verdad?».

¿Desde cuándo soy celosa? Nunca le he tenido tanto apego a nadie como para sentir celos.

Y ¿por qué estoy dándole vueltas, imaginándome a esta pelirroja cualquiera como la nueva madre de Max?

Me apuesto lo que sea a que ella sabría cómo hacer que se encontrara mejor cuando está malo. Seguro que ella habría sido capaz de lograr que

dejara de llorar en el aparcamiento. Lo más probable es que sea abogada o médica. O algo peor, puede que sea una pediatra con un montón de chaquetas de punto y que proceda de una gran familia que estaría encantadísima de recibir a estos dos en su rebaño.

La familia es lo más importante para Kai y seguro que le encantaría tener una enorme en la que criar a su hijo.

Dios, es perfecta. La odio muchísimo.

Por eso necesito amigas. No puedo ponerme a criticarla con mi padre y a decirle lo mucho que odio a la futura esposa pelirroja de Kai o algo por el estilo. Tampoco puedo contarle que, aunque vaya a marcharme pronto de la ciudad, esos son mis chicos y no estoy preparada para compartirlos con nadie.

Así que le mando un mensaje a la única amiga que tengo.

Yo: *La futura mujer de Kai es impresionante. La odio. Es pelirroja y estoy a punto de odiar a todas las tías que tengan así el pelo solo por eso.*

Kennedy: *Yo soy pelirroja.*

Yo: *Lo sé. Por eso te estoy avisando. Pero al menos tú no intentas seducir al hombre con el que me estoy acostando ni le pides que te firme la camiseta ni le das lo que probablemente sea un consejo de paternidad fantástico y le has dado un papel con tu número de teléfono.*

Kennedy: *Espera. ¿Una fan ha hecho que te pongas celosa?*

Yo: *No estoy celosa. Pero sí.*

Kennedy: *¿Por qué? As y tú solo os estáis acostando, ¿no?*

Yo: *Sí.*

Kennedy: *Tengo que terminar de recoger el gimnasio, pero ¿te quieres sentar conmigo en el avión? Podemos hablar de todos esos sentimientos confusos de camino a San Francisco.*

Yo: *No puedo esta noche. Max no se encuentra bien, pero mañana podemos comer juntas.*

Kennedy: *Vale, pero espera. ¿Te has guardado mi teléfono en la agenda?*

Qué honor, señorita Desapego.

Yo: *Sí. Sí. Sabes lo que significa eso, ¿verdad? Ahora tenemos una relación seria.*

Kennedy: *Ay, Dios. ¿Soy la primera?*

Yo: *Me has desvirgado en relaciones serias, Kennedy Kay.*

Kennedy: *Doble honor.*

Me quedo mirando un rato más a Kai y a Max. Todavía está hablando con la misma mujer y, antes de que pueda apartar la vista, se da la vuelta y me pillá mirando. Él se queda parado, con los ojos clavados en mí, mientras ella continúa hablándole y nuestro contacto visual solo se interrumpe cuando al final le dedico una sonrisa comprensiva y me giro para ir hacia el autobús.

No quiero entenderlo, pero lo comprendo. Kai terminará conociendo a alguien que eche raíces con él y ambos sabemos que esa no seré yo.

29

Kai

—Esta ha estado demasiado dentro, pero la velocidad era buena.

Harrison, uno de los entrenadores de lanzamiento, usa el cursor para mover la imagen fija y enseñarme todos los ángulos de uno de los lanzamientos que he hecho esta noche.

Intento concentrarme en el ordenador. Me está haciendo un desglose de los lanzamientos en el vuelo de Anaheim a San Francisco, pero hay una mujer en el pasillo frente a mí que tiene a mi hijo en brazos y toda mi atención.

El paracetamol para bebés por fin ha hecho efecto, gracias a Dios, ha aliviado parte del malestar de Max y le está dejando descansar.

Miller está superagotada, pero Max no iba a dormir en la cuna, porque siempre se pone un poco demandante cuando no se encuentra bien, así que ella está haciendo todo lo posible para dormir algo en el asiento incómodo mientras el niño descansa encima de ella.

Tener un bebé enfermo no es divertido. ¿Y tener un bebé enfermo en un viaje de trabajo? Es una absoluta pesadilla.

Los últimos tres días han sido duros. Me corroe la culpa por hacer viajar a mi hijo enfermo. Debería haberlo dejado en casa, pero me sentía igual de culpable al pensar dejar a Miller cuidándolo a tiempo completo, sobre todo cuando el niño no se encuentra bien. Esa no es su responsabilidad.

En momentos como este, me siento egoísta de la hostia por seguir con mi

trabajo. Si no fuera porque ella me está ayudando, no podría hacer nada de esto.

Harrison pasa al siguiente lanzamiento en la secuencia para que podamos analizarlo juntos, pero cuando veo a Miller por el rabillo del ojo intentando encontrar la pose, apoyando la cabeza contra el fuselaje, no puedo quedarme ahí sentado ni un segundo más.

—Perdona, pero ¿podemos hacer esto por la mañana? —Señalo al asiento al otro lado del pasillo—. Max está enfermo.

Harrison echa un vistazo.

—A mí me parece que está bien. Miller está con él.

—La chica necesita descansar un poco —contesto tratando de no alterarme cuando, en realidad, estoy irritado. Entiendo que la organización ha hecho todo lo posible para que funcione mi situación, pero estos momentos son los que de verdad importan—. Mira, me levantaré una hora antes mañana y quedamos para tomar un café o algo, pero esta noche tengo que ocuparme de mi familia.

Accede, pero está claro que le fastidia. Yo ya sé que está intentando hacer su trabajo. Hemos perdido el partido por mi culpa, así que no es que pueda ir con muchas exigencias, pero cede, coge su iPad y se va a la parte delantera del avión para sentarse con el resto del personal de entrenamiento.

Estoy hecho polvo. No he dormido una mierda porque el niño está enfermo y encima tengo que resistirme al insoportable deseo de tratar a la niñera que vive temporalmente en mi casa como si fuera a quedarse. Pero ahora mismo, lo único que quiero es abrazarlos a los dos.

Con el avión a oscuras y en silencio, la mayoría de los chicos intentan cerrar un poco los ojos antes del aterrizaje. Me levanto del asiento y cruzo el pasillo.

Hago todo lo que puedo por no despertar a Max, paso un brazo por debajo de las rodillas de Miller y otro por su espalda para cogerla con cuidado en brazos y robarle el sitio. Me la pongo en el regazo para

abrazarlos a ambos.

—¿Qué pasa? —me pregunta. Ni siquiera abre los ojos cuando me hunde la cabeza en el hombro con Max todavía deshecho en su pecho.

—Nada —susurro—. Duerme.

Respira hondo por la nariz y se acurruca más.

—¿Por qué no estás trabajando?

—Porque hay cosas más importantes que el curro, Mills.

No responde y sí, a lo mejor lo he dicho de una manera que también me refería a su trabajo.

Se acomoda aún más y le pasa una mano a Max por la espalda.

—Achucharme así delante de otras personas es bastante íntimo.

Me río en silencio.

—Sí, bueno, a veces no me importan una mierda tus normas, Miller. Esta es una de esas veces.

—¿Por qué no has intentado infringirlas durmiendo en mi cama?

«Espera... ¿Qué?».

Juego con el pelo que le enmarca la cara y se lo retiro para verla mejor.

—¿Quieres que rompa esa norma?

—Solo me preguntaba por qué no lo has intentado.

—Me confundes muchísimo, Montgomery.

—Yo también estoy hecha un lío.

Me muevo para cogerlos mejor.

—No he intentado colarme en tu cama sobre todo por tu bien, porque estoy segurísimo de que, si empezamos a dormir juntos, te vas a enamorar de mí y sé lo mucho que has insistido en que esto solo sea un rollo.

Una sonrisa adormilada aparece en sus labios.

—Te he echado de menos.

Abre los ojos verde jade al hablar y no puedo evitar reírme bajito ante su exhausta sinceridad.

Nos hemos visto todos los días desde que llegó a Chicago, así que no se

está refiriendo a eso. Nos hemos estado turnando para cuidar de Max porque está malo y ambos hemos estado demasiado cansados para hacer nada juntos en cuanto por fin se dormía.

—Te lo dije, Mills. Ya te estás enamorando.

—Yo no me enamoro.

Esas palabras al instante cambian el ambiente juguetón. Quiere una vida sin ataduras y, cuanto más nos metemos en esto, más está claro que la única vida que estoy complicando es la mía.

—Siento no haber podido calmar a Max esta noche —continúa hablando en susurros. Los ojos se me van a mi hijo, que duerme muy tranquilo entre sus brazos y la oigo mascullar—: Creo que me odia.

—Pero ¿qué dices?

—He intentado dormirlo, de verdad que sí, pero no me quiere. —Se le quiebra la voz, susurrando las palabras, pero tiene esos ojos verdes llorosos como nunca los he visto—. No sabía qué hacer.

Por la mejilla le cae una única lágrima, aunque impactante. Enseguida se la seco con la yema del pulgar.

Sin duda está más agotada de lo que suponía, porque Miller no es llorona.

—No dejaba de gritar y de gimotear, y creo que me odia de verdad, y tú me odiabas al principio cuando llegué, y sé que ahora a los dos os encanta esa pelirroja.

«¿De qué coño está hablando?».

Aunque tiene los ojos cerrados, las lágrimas siguen cayendo y yo se las enjugo. Me recuerdo que no tengo que echárselo en cara mañana después de que los dos hayamos podido dormir. Conociendo a Miller, se morirá de vergüenza cuando le recuerde que se ha mostrado tan vulnerable.

Pero me encanta. Quiera reconocerlo o no, Miller está, como mínimo, encariñada con mi hijo. No sabría decir cuántas veces me he desmoronado de esta manera al preocuparme no estar haciendo lo suficiente y sé de primera mano que solo reaccionas así cuando alguien te importa.

—No era por ti. Cuando se encuentra mal, se pone así y por algún motivo yo soy el único que puede calmarlo. Siempre pasa lo mismo.

Mi hermano, que está sentado delante de nosotros, asoma la cabeza por el hueco que hay entre los asientos.

—Tiene razón. Una vez estaba cuidándolo yo mientras Kai había ido a un concierto benéfico y tuve que entrar en un auditorio en completo silencio durante el solo de un violinista porque Max me iba a dejar sordo con sus alaridos, pero en cuanto Kai lo cogió se tranquilizó, claro.

—Deja de poner la oreja en conversaciones ajenas, lameculos.

Me ignora y dibuja una sonrisa traviesa.

—Miller, estás muy guapa cuando lloras.

—Cállate, Isaiah. Date la vuelta y olvida que esto ha pasado.

Intento reprimirme, pero no puedo impedir que se me sacuda el cuerpo cuando me río en silencio.

Isaiah me ve y me dedica una sonrisa de complicidad antes de ponerse mirando hacia delante de nuevo. ¿Qué sabe o por qué está mirándome así? Ni puta idea.

—Miller —susurro—. Si estás tan triste, tengo un hombro en el que puedes apoyar las piernas.

Se ríe a carcajadas. Sí, a carcajadas. Es adorable, aunque nunca dejaría que me escuchara llamarla así en voz alta.

—Oye, yo soy la de los chistes verdes de adolescente. —Se le borra la sonrisa y las lágrimas siguen cayéndole por las mejillas—. Estaba cansada y tú estabas enfadado conmigo después del partido.

Exhalo y echo la cabeza hacia atrás.

—No estaba enfadado contigo. La prensa no dejaba de hacerme preguntas y luego tenía que ir a hablar con los fans... Estaba agotado y sabía que tú también lo estabas. Quería que pudieras descansar. No quería tomarla contigo ni hacerte sentir que era culpa tuya. —Le paso una mano por el pelo y le llevo la cabeza a mi hombro—. Y él te quiere, ¿sabes?

Cuando Miller levanta la vista para mirarme, los ojos enrojecidos hacen que los iris parezcan aún más verdes.

—Nunca lo he visto tan enamorado.

«Y ya somos dos», pienso.

—¿Tú crees?

Me río.

—Sí, Mills. Se ha quedado como un tronco y está babeándote el peto. Creo que está bastante claro que está enamorado de ti.

Baja la vista un instante y le acaricia el pelo oscuro.

—Vale. —Se sorbe la nariz mientras recupera la compostura—. ¿Te vas a burlar de mí mañana por haberme puesto a llorar de lo cansada que estaba?

—Uy, pues claro.

Se ríe un poco, recuperando parte de ese espíritu que la hace ser quien es, antes de acurrucarse de nuevo en mi hombro.

—Gracias —susurro—. Sé que no lo digo suficiente, pero eres muy buena con él.

—¿Crees que soy mejor que la pediatra que tiene todas esas chaquetas de punto?

Confundido, inclino la cabeza para mirarla mejor.

—El pediatra de Max es un hombre y no creo que le vayan mucho las chaquetas de punto.

—La pelirroja. —Miller bosteza—. La que te ha dado su número de teléfono después del partido. ¿Crees que a Max le gustará?

Me devano los sesos a ver si logro averiguar de qué está hablando. «Chaquetas de punto. Médica. Número de teléfono».

Un número de teléfono... ¿La mujer pelirroja que me dio una nota después del partido? Supuse que era su móvil, pero ni lo miré antes de tirarlo a la papelera cuando iba a subirme a autobús.

—Miller Montgomery. —Se me escapa una sonrisa de suficiencia—. ¿Estás celosa?

Niega con la cabeza para decirme que no.

—Mentirosilla.

—Shhh —me acalla, acurrucándose contra mi pecho—. Estoy durmiendo.

No puedo evitar la sonrisa que se me extiende por los labios. Miller Montgomery está celosa, aunque me parece una emoción que va en contra de una relación sin ataduras.

Son justo las dos de la madrugada pasadas cuando entro en la habitación del hotel en San Francisco. Max ha dormido durante todo el vuelo, gracias a Dios, y no se ha despertado ni una sola vez de camino al hotel en el autobús ni cuando lo he puesto en la cuna de viaje ya en el dormitorio. Odio volar con él por la noche y el equipo ha reprogramado nuestros viajes para evitarlos esta temporada; sin embargo, a veces no hay más remedio y tenemos que llegar de algún modo a la próxima ciudad.

Después de lavarme los dientes, me tiro en la cama. Los últimos días me han dejado agotadísimo.

Pero hay una mujer al otro lado de la pared que está igual de cansada y no puedo dejar de pensar en lo mal que estaba dándole vueltas a que no había sabido darle a Max lo que necesitaba. Eso no es algo que te preocupe si «solo estás de paso».

Desenchufo el móvil del cargador y le mando un mensaje.

Yo: *¿Estás bien?*

Pasa un minuto hasta que responde.

Mills: *Sí, ahora sí.*

Yo: *Bien. Bueno, ¿qué llevas puesto?*

La oigo reírse al otro lado de la pared.

Mills: *No te gustaría saberlo.*

Yo: *Sí me gustaría. Por eso lo he preguntado.*

Me manda una foto de ella en la cama, tapada de los pies a la cabeza.

Lleva una sudadera enorme, unos pantalones de chándal anchos que creo que son míos y la cara le brilla por la crema esa que se pone de noche. Está claro que está preparada para dormir y, Dios, lo que me gustaría estar ahí dentro con ella.

Yo: *Si te pregunto algo, ¿me dirás la verdad?*

Mills: *Bueno, no tengo por costumbre mentirte, así que adelante.*

Yo: *¿Por qué estabas tan mal por lo de Max?*

Pasa un buen rato antes de que reciba la respuesta.

Mills: *No estoy segura. Solo quería ayudarlo. Darle lo que necesitaba, supongo.*

Yo: *¿Es porque lo quieres?*

Mills: *Sí. Claro que quiero a tu hijo.*

Y cree que no se enamora cuando ya se ha enamorado una vez este verano.

Yo: *¿Puedo hacerte otra pregunta?*

Mills: *Dispara.*

Yo: *¿Te has puesto celosa esta noche?*

Aparecen tres puntos grises y desaparecen. Luego se repite ese patrón un par de veces más en la pantalla.

Al final responde.

Mills: *Sí.*

Yo: *¿Por qué?*

Mills: *¿Me creerías si te digo que no estoy segura? Nunca me había puesto celosa antes. Nunca me ha importado nadie lo suficiente.*

Yo: *Pero ¿nosotros sí te importamos?*

Soy demasiado cobarde para sugerir que solo le importo yo. Al menos si meto a Max, sé que no podrá contestar con un no rotundo.

Mills: *Más de lo que creía que sería capaz.*

Joder, noto el corazón como si se me fuera a salir del pecho. Quiero cruzar la puerta que separa las habitaciones y traerla a mi cama para

creerme por un segundo que será mía más allá del verano. Pero Miller ha puesto esas normas, así que va a tener que ser ella quien las rompa.

Antes de poder responder, Max empieza a moverse y poco después su llanto inunda la habitación.

Me levanto enseguida de la cama. Hay veces en las que lo dejo llorar hasta que se vuelve a dormir solo, pero como está enfermo, esta no va a ser una de esas veces.

—Ven aquí. —Lo cojo de la cuna cuando el llanto aumenta de volumen—. Shhh. No pasa nada, colega. Estoy aquí.

Lo mezo y me pongo a caminar por la habitación.

Continúa llorando. El brazo me duele muchísimo después de una noche de lanzamientos, pero si lo dejo en la cuna, nadie dormirá, ni siquiera los que están en otras habitaciones. Así que voy de un lado a otro, meciéndolo y acariciándole la espalda hasta que los gritos se convierten en un resoplido e intenta encontrar una postura cómoda en mi hombro.

Lo llevo a la cama en vez de a la cuna. Quizá así tenga suerte y descanse un par de horas.

Lo pongo en medio del colchón, por si se mueve y yo me pongo a un lado, de cara a él. Usa mi bíceps de almohada sin dejar de llorar, pero es el tipo de llanto que le entra cuando está intentando volverse a dormir.

Le acaricio la espalda y emito sonidos tranquilizadores para intentar calmarlo. Entonces se abre la puerta que separa mi habitación de la de Miller.

Se asoma y me mira.

—Perdón —susurro desde la cama—. No te dejamos dormir.

Se limita a negar con la cabeza, entra en la habitación y cierra la puerta tras ella. Levanta el edredón por el otro lado de Max y se mete en la cama con nosotros.

—Mmm —murmura el niño, intenta decir su nombre cuando se da la vuelta para mirarla.

—Hola, bebé. —Miller le aparta el pelo de la cara antes de pasarle la mano por la espalda para tranquilizarlo.

Apoya la cabeza en mi palma abierta contra la almohada y levanta los ojos para mirarme.

—¿Te parece bien?

Por lo general, odio que alguien comparta estos momentos con el niño, incluso los más duros, pero no siento envidia con Miller. Me parece bien que esté aquí.

—Por favor, quédate.

Mis palabras suenan desesperadas, pero están llenas de esperanza. Ella asiente, le acaricia con cuidado a Max la espalda y le besa la cabeza con suavidad hasta que el llanto se desvanece y se vuelve a dormir.

No tengo ni idea de qué era lo que le preocupaba antes, pero para mí es evidente que esta mujer alocada calma a mi hijo. Y en muchos sentidos, creo que él también la apacigua a ella.

La acerco, aunque el niño sigue entre nosotros. Entrelazo las piernas con las suyas y le paso el otro brazo por la cintura con la esperanza de mantenerla pegada a mí.

Me ha gustado ver que Miller se ponía celosa esta noche, pero no tiene por qué estarlo. Sé que esta escena de los tres juntos desaparecerá pronto, en cuanto se marche, pero de momento, tengo pensado aprovechar cada segundo fingiendo que no se acerca la fecha de caducidad. Porque, por desgracia para mí, sé que nadie podrá llegar a hacernos sentir tan completos a Max y a mí como ella.

30

Miller

Llevamos ya en Chicago un par de días y he estado trabajando mucho en la cocina. El fotógrafo que se va a encargar de la sesión viene a finales de esta semana, lo que significa que mi regreso al trabajo está a la vuelta de la esquina.

Esta noche, tengo la casa para mí sola. Kai, Max y mi padre están en la cena del equipo. Estoy acostumbrada a no estar acompañada, a quedarme en habitaciones de hotel vacías o alquilar casas cuando estoy de viaje, pero no me había dado cuenta de lo sola que estoy hasta llegar a Chicago. Hasta Max y Kai.

Los cuencos, los ingredientes y las bandejas para hornear están sobre la encimera de la cocina y yo intento trabajar en este espacio que casi nunca está en silencio.

Recuerdo exactamente cómo es tener a un chef respirándome en la nuca mientras intento crear o cómo sonaba cuando me gritaban delante de mis compañeros porque no había conseguido la consistencia adecuada en una salsa. Al ir mejorando en mi carrera, yo misma me he convertido en mi propia motivación. Me he dado mi propia voz interna para animarme cuando estoy metiendo la pata.

Pero, al echarle un vistazo a la cocina de Kai, me doy cuenta de que esas voces no me importan. No quiero oír ninguna. No quiero oír el repiqueteo de las sartenes ni la comunicación entre el personal. No quiero sentir el

calor de los fuegos de la cocina ni la presión del chef principal que quiere el próximo pedido.

Solo quiero oír las palabras incoherentes de Max y el timbre tranquilizador de Kai diciéndome que estoy haciendo un buen trabajo, dos cosas que no tendré cuando me marche de aquí.

Apago el fuego y retiro el chocolate medio derretido. Me desato el delantal y tiro el trapo sobre la encimera. Qué forma de malgastar la noche. Esto es lo único que haré en cuanto vuelva a mi ajetreada vida y no tengo ganas de hacerlo ahora.

Kai me invitó a la cena del equipo y yo rechacé el ofrecimiento porque decidí trabajar, pero si soy sincera del todo conmigo misma, me importa una puta mierda el curro. Solo me quedan unos días para estar con ellos, así que ¿qué coño estoy haciendo aquí sola?

Cuando saco el móvil para llamarlo y enterarme de dónde están para ir a verlos, me llega un mensaje de texto.

Desconocido: *¡Hola! Soy Indy, la amiga de Kai. A lo mejor te suena raro, pero quiero emborracharme esta noche y mi mejor amiga no puede acompañarme porque está embarazada. Así que ¿quieres venir a beber conmigo?*

Indy, el rayo de sol que celebró la cena familiar. Quedar con Kai y sus compañeros de equipo me parece bien, pero la idea de tener una noche de chicas es aún mejor. Nunca he participado en una.

Solo he hecho una amiga este verano, pero está tan ocupada que apenas la veo cuando estamos de viaje.

Pero al igual que yo, Kennedy no está acostumbrada a quedar con muchas chicas, así que a lo mejor le apetece venir también y necesito hablar de la mierda que tengo en la cabeza más que nada en el mundo.

Yo: *Cuenta conmigo. ¿Puedo invitar a otra amiga a la fiesta?*

Desconocido: *¡Cuantas más, mejor! ¡Hasta ahora!*

—La celebración va a ser ahí. —Indy señala la puerta corredera que da al jardín trasero—. No habrá mucha gente, unas cincuenta personas. Perfecto para nosotros.

Me sorprende que con tan solo cincuenta personas tengan suficiente. Su prometido, Ryan, es un jugador de baloncesto de la NBA muy conocido y ella es supersociable. Es bastante obvio, a juzgar por cómo me ha recibido a mí, que solo me ha visto una vez, y a Kennedy, a quien no había visto hasta hoy.

—No puedo creerme que vaya a estar en la boda de Ryan Shay —suspira Rio—. Es un sueño hecho realidad para mí.

—Sabes que te he invitado yo, ¿no?

Rio le hace un gesto con la mano a Indy para quitarle importancia.

—Es cuestión de semántica.

Ella se ríe y se lleva su cóctel a los labios. Está claro que ni se inmuta ante el comentario de su mejor amigo, al que le gustaría ser el padrino en vez de estar al lado de ella como caballero de honor.

Stevie, la única sobria, está sentada en el sofá con Kennedy mientras Rio, Indy y yo ocupamos el suelo del salón. Kennedy me pasó a buscar y, al cabo de una hora, Rio apareció por la puerta para unirse a nuestra noche de chicas.

—Miller, ¿cuándo te vas a Los Ángeles a trabajar? —pregunta Stevie.

Si no estuviera ahora mismo como una cuba, esa pregunta me habría despejado.

—El domingo.

—Ostras —exhala—. No me había dado cuenta de que era tan pronto.

Noto que todos los ojos están puestos en mí.

—¿Y cómo te sientes? —me pregunta Kennedy mientras le da otro sorbo a su bebida, es más consciente que nadie de que me está costando mucho hacerme a la idea.

Me tumbo bocarriba, clavo los ojos en el techo y sostengo el cóctel por

encima de mi cabeza, porque, bueno..., estoy borracha y no sé lo que estoy haciendo.

—¿Quieres la respuesta sobria o la borracha?

Inclino la cabeza y veo a Stevie con el entrecejo fruncido mientras se toca el vientre.

—La borracha, por supuesto.

—Hay una parte de mí que no quiere marcharse.

—Pues no te vayas. —Las palabras de Rio parecen tan sencillas...

—No funciona así exactamente —interviene Kennedy—. La chica es una chef repostera reconocida a nivel internacional, tiene una lista de espera de tres años para ir a trabajar a otras cocinas.

—Ha aumentado a cuatro años —señalo a Kennedy por encima de la cabeza—. Pero, sí, exacto.

—¿Y qué es lo que te retiene?

Echo la cabeza a un lado y me encuentro enseguida a Indy. Tiene la sonrisa más falsa que he visto en la vida, porque conoce de sobra la respuesta.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Vale, señorita Romántica. ¿Por qué no me lo dices tú, ya que parece saberlo?

—Porque estás enamorada de Kai.

—Error. Eso no es cierto.

—Bueno, sé que estás enamorada de Max y eso sí que no puedes negarlo.

Exhalo y dejo caer la cabeza hacia el suelo mientras sostengo la bebida en el abdomen.

—Sí. Dios, quiero tanto a ese niño... ¿Es raro?

Indy, que está sentada con las piernas cruzadas, se me queda mirando.

—No, Miller. No es raro. A veces no podemos explicar cómo o por qué amamos a quien amamos. Simplemente lo hacemos. No le puedes decir al corazón lo que tiene que hacer.

—¿Está hablando el alcohol o es cierto que eres así de romántica?

Stevie se ríe.

—Es la defensora número uno del amor. Esté borracha o no.

Me incorporo en el suelo para mirar al grupo.

—Cuando veo a Max, pienso en su primer día de colegio y en lo mucho que va a llorar Kai. Pienso en los amigos que va a hacer y espero que sean buena gente. Son pensamientos normales de una niñera, ¿no?

Al levantar la vista, todos me están mirando con expresiones que van desde sonrisas de complicidad a ojos vidriosos.

—Miller, no creo en absoluto que seas solo una niñera para nadie de esa familia —dice Kennedy.

—Me cago en mi puta vida —suelta Rio, se le ha caído la bebida y se va a la cocina a por otra—. Voy a ser el único que quede soltero, pero es tan adorable que no me importa una mierda.

Indy me da un apretón en la pierna.

—No pasa nada si las cosas cambian en la vida por algo importante, ¿sabes?

Stevie asiente con la cabeza.

—Y no pasa nada si cambias de rumbo, aunque te hayas pasado toda la vida yendo en una misma dirección.

—No es tan sencillo. Esto es todo por lo que he luchado. Todo el sector gastronómico conoce mi nombre. He ganado premios por los que la gente lucha durante toda la vida y solo tengo veinticinco años. Una no deja así como así una carrera como esta.

—Lo hace si ya no le gusta. Si le gusta algo o alguien más —apunta Kennedy y me quedo corta si digo que me sorprende que esté sugiriendo que deje mi trabajo. Ella lo da todo por su carrera. Ni siquiera sale con el equipo por ahí, porque le preocupa que mancille su reputación o que los chicos no la tomen en serio.

Rio vuelve al salón con lo que queda de tequila, que no es mucho, y le

pasa a Stevie otra botella de agua.

—No sé lo que estoy haciendo —admito borracha—. Es todo un lío. Yo solo estaba tomándome un descanso del trabajo y ahora estoy locamente enamorada de Max y estoy echando los mejores polvos de mi vida con su padre.

—¡Ahí estamos! —Stevie se sienta más erguida—. Eso es lo que queremos oír. Después de veros a los dos juntos en la cena, sabíamos que iba a ocurrir. Danos detalles. ¿Es bueno?

—Buenísimo.

—Lo sabía. ¡Te lo dije! —Indy señala a Stevie—. Ya has visto las manos de Kai.

—Las manos son una pista —estoy de acuerdo.

—Maldita sea. —Rio niega con la cabeza—. Es oficial. Soy el último.

—No sé lo que estoy haciendo. ¿Quién se folla al padre del niño que está cuidando?

Stevie se encoge de hombros, indiferente.

—Yo me follaba al jugador de hockey del equipo para el que trabajaba.

Indy señala a Stevie.

—Yo me follaba a su hermano.

—Yo no me follo a nadie —suspira Rio.

Kennedy toma un largo trago de su cóctel.

—Mi exprometido se está follando a mi hermanastra.

Como si se hubiera rayado un disco, el salón entero se queda en silencio y todos los ojos se posan en ella.

—Vale, tú ganas —dice Stevie—. Pero deberías desarrollar eso.

Kennedy levanta la botella de tequila antes de darle otro trago.

—Mi exnovio canceló nuestro compromiso porque no dejé mi trabajo después de la última temporada. Su ego era demasiado frágil para que su pareja viajara con un grupo de hombres deportistas, por así decirlo. Entonces hubo un giro de los acontecimientos justo antes de que empezara

esta temporada y me enteré de que su nueva novia era mi hermanastra. Y justo el mes pasado, vi la foto de un anillo en Instagram y me enteré de que se van a casar.

«Pero ¡qué coño...!». Estoy intentando dominar mi expresión, pero estoy demasiado borracha para impedir quedarme boquiabierta.

—¡Ah! —Se ríe de forma un tanto oscura, sin muestra alguna de debilidad—. Y no he terminado. El anillo de pedida era el que yo había elegido, pero no con el que me lo propuso. No obstante, sí se lo compró a mi hermanastra, y ahora estoy condenada a pasar todas las fiestas familiares con ellos dos durante el resto de mi vida.

Levanta la copa para brindar.

Kennedy no está dolida, pero sí cabreada. Lo noto por cómo cuenta la historia. Es bajita de estatura, pero da bastante miedo cuando está enfadada.

—Hostia. —Indy se levanta del suelo—. Creo que necesitamos más alcohol después de esa confesión.

Rio se aclara la garganta.

—¿Sabes? Si necesitas ayuda para pasar página...

—Rio..., no —le reprende Stevie riéndose.

—Solo digo, Kennedy, hazme caso, que no quieres ser la única que quede soltera en ese grupo, como me ha pasado a mí. Nos podríamos ayudar el uno al otro.

—¿Isaiah no es parte de este grupo? —pregunta—. Él también está soltero.

Levanto una ceja con picardía.

—Sí, así es.

—Ah, no. De eso nada. No la mires así. —Rio me señala a mí y luego a Kennedy—. Como Isaiah precisamente se eche novia formal antes que yo... No puede ser. Dejad de darle ideas.

—No te preocupes, Rio —lo corta Kennedy—. Si no he dejado mi carrera ni por mi prometido, lo último que voy a hacer es tirarla por el retrete por el

puto Isaiah Rhodes.

Stevie bosteza y se levanta del sofá. La pobre chica ha sido una campeona esta noche al quedarse con nosotros sobria y agotada.

—Esta señora embarazada necesita irse a dormir. Ha sido divertido y, Kennedy, me ha encantado conocerte. ¡Ind, me voy a una habitación de invitados!

—¡Vale! —grita la aludida desde la cocina—. Nos vemos por la mañana. —Indy regresa al salón—. Rio, tú te quedas, ¿no?

—¡Sí! Y voy a dormir en la cama de Ryan Shay.

—No. —Se gira hacia mí y Kennedy—. Tengo dos habitaciones libres más. Podéis quedaros una en cada una.

Mi cerebro ebrio no quiere callarse esta noche.

—Creo que quiero volver a casa de Kai. No me quedan muchas noches y quiero pasarlas en su casa.

—Ostras, vale. —Indy abre mucho los ojos—. Eso ha sido una puta monada.

Nunca me ha gustado la palabra «monada», sobre todo si va dirigida a mí, pero hay algo en ese aspecto de Clark Kent que últimamente me tiene en una nube.

—¿Kennedy? —la llamo—. En casa de Kai hay habitación de invitados.

Una en la que yo he estado durmiendo, pero mi yo borracha no quiere dormir en otra cama que no sea la de Kai.

—Me parece bien. As probablemente sea el único jugador que no me importa ver fuera del trabajo.

Por desgracia, es tarde y sé que Max está durmiendo, así que no sé si Kai podría venir a buscarnos sin despertarlo. Me zumba la cabeza y sonrío borracha cuando saco el teléfono.

Yo: *Hola.*

Él responde de inmediato.

Papi Béisbol: *Hola, Mills.*

Yo: *Te echo de menos.*

Papi Béisbol: *¿Estás borracha?*

Yo: *Si digo que sí, ¿te aprovecharás luego de mí?*

Papi Béisbol: *No.*

Yo: *Entonces estoy totalmente sobria y quiero irme a casa, pero ni Kennedy ni yo podemos conducir.*

Papi Béisbol: *... porque estáis borrachas.*

Yo: *No.*

Papi Béisbol: *Voy a buscaros.*

Yo: *¿Y Max?*

Papi Béisbol: *Isaiah se ha quedado a dormir. Puede quedarse con él.*

Yo: *¡Vale!*

Papi Béisbol: *Vale. Hasta dentro de diez minutos.*

Yo: *¿Estás enfadado conmigo? Pareces enfadado conmigo.*

Papi Béisbol: *¿Por qué iba a estar enfadado contigo?*

Yo: *No lo sé, pero estás poniendo un punto al final de cada frase.*

Papi Béisbol: *Siempre pongo puntos. ¿Preferirías que utilizara exclamaciones?*

Yo: *¡A lo mejor! Veamos. Prueba.*

Papi Béisbol: *¡Isaiah se queda con Max! ¡Llego en diez minutos! ¡Kennedy puede quedarse en casa si quiere!*

Yo: *Joder. Vale. Deja de gritar.*

Papi Béisbol: *Te odio.*

Yo: *No me odias.*

Papi Béisbol: *Tienes razón. Es más bien lo contrario. Deja de escribirme. Tengo que conducir.*

Si estuviera un poco más sobria, ese mensaje me habría puesto de los nervios, pero a la Miller suelta y borracha no le importa lo más mínimo.

31

Kai

Después de llamar a la puerta de Indy y Ryan, Rio es el que me abre.

—¿Creía que era noche de chicas?

Se encoge de hombros.

—Lo es.

—¿Ryan y Zee están fuera de la ciudad?

—Sí, están en Indiana esta noche, recogiendo una cuna que el padre de Zee le había guardado.

Sigo a Rio adentro y me encuentro a Miller muy borracha y torpe tumbada en el suelo del salón, riéndose con Indy y Kennedy.

Apoyo el hombro en la puerta.

—Totalmente sobria, ¿eh?

Me ve y la sonrisa en sus labios solo aumenta.

—Qué bueno estás.

—Vale. —Me río—. Vamos a llevar a esta borracha a casa. —Me inclino para cogerla y ponérmela al hombro—. ¡Ind, tú tienes la culpa de esto!

—¡Da igual! Miller, a ver si repetimos —dice mi amiga.

Miller levanta la cabeza de mi espalda y la señala.

—¡Sí!

—Ken, ¿puedes caminar?

—Porque si no, puedo ayudarte —se ofrece Rio poniéndose de pie.

—Rio, te quiero, macho, pero Kennedy te comería vivo —le digo.

El hombre se encoge de hombros.

—Eso suena bien.

Kennedy se recoge su larga melena pelirroja en un moño alto mientras me sigue para salir de la casa.

—¡Me encantáis, chicos! —dice girando la cabeza.

—¡Lo mismo digo, hermana! —grita Indy.

Hostia, las tías borrachas se convierten en mejores amigas solo estando en la misma habitación.

Kennedy sube al asiento trasero de mi camioneta mientras yo coloco a Miller en el asiento del copiloto y le pongo el cinturón de seguridad.

Me pasa una mano por la cara, estar borracha hace que se ponga sobona.

—¿Sí? —pregunto.

—Me gustas.

Me retumba la risa en el pecho.

—Tú también me gustas, Mills.

—¿Me das un beso?

—No quieres que te bese en público, ¿recuerdas?

—He cambiado de opinión.

A lo mejor ha cambiado de opinión. A lo mejor no. Pero no hay universo posible en el que Miller Montgomery me pidiera que la besara y yo me negara.

Con la mano todavía en la hebilla, me inclino hacia ella y le rozo la nariz con la mía. Sonríe y, en cuanto curva los labios, le planto un beso para robarle la sonrisa de la cara. Un suave gimoteo se le escapa de la garganta, así que la beso un poco más antes de apartarme.

Se lame los labios, sonriendo de nuevo mientras apoya la cabeza en el asiento.

—Gracias.

—De nada, nena.

Me limito a negar con la cabeza mientras me río, cierro la puerta y voy a

arrancar el coche.

Después de pasar por el McDonald's y gastarme más dinero del que pensaba que era posible, las chicas se espabilan un poco. Cuando volvemos a casa, Kennedy es la primera en entrar.

—¿Es una broma? —dice mientras Miller y yo estamos aún en el porche delantero.

—No le has dicho que Isaiah está aquí, ¿eh?

Miller gruñe.

—Me he olvidado totalmente.

Entro en la casa y cierro la puerta. Me encuentro a mi hermano como un puto subnormal, sentado en el salón con una sonrisa enorme.

—No sabía que tú también te quedabas a dormir.

Kennedy pone los ojos en blanco.

—Jamás habría venido si llego a saber que estabas aquí.

Isaiah se lleva una mano al corazón.

—Siempre sabes qué decir para enamorarme, Kenny.

Sé lo mucho que ha trabajado Kennedy para que la tomen en serio. No hay ni un tío en el equipo que no crea que es la mejor preparadora física que tenemos, pero mi hermano no puede dejar de ligar con ella ni aunque su vida dependiera de ello.

—Kennedy, ¿quieres que te acerque en coche al centro? —me ofrezco—. Puedo llevarte a casa si no quieres quedarte.

Se da la vuelta para examinar a mi hermano.

—No, da igual. Pero no hagáis que sea algo raro, ¿vale?

Isaiah se anima.

—Parece entonces que vamos a compartir la habitación de invitados. Yo soy muy mimoso, Ken, y me gusta hacer la cucharita.

—Acabo de pedir que no hagáis que sea raro.

Señalo la puerta trasera.

—Isaiah, tú te quedas fuera, en la furgoneta de Miller.

En el rostro de Kennedy aparece una sonrisa victoriosa.

—Muy bien. —Mi hermano enfatiza cada palabra—. Pero por la mañana voy a hacerte el desayuno y te va a encantar. ¿Cómo te gustan los huevos?

—Escalfados. Suaves.

—Fantástico —dice de forma inexpresiva—. Supongo que me pondré unos vídeos de YouTube para ver cómo los hago, porque no tengo ni puta idea de cómo es un huevo escalfado. Pero te prometo que van a estar perfectos. ¡Así que ojito, no te enamores de mí mañana, Kennedy Kay!

Isaiah se va al jardín trasero, haciendo ruido por la casa hasta que cierra la puerta corredera.

Kennedy se vuelve hacia nosotros con una sonrisa.

—¿La habitación de invitados es por ahí?

—La primera puerta a la derecha. El cuarto de baño está al otro lado del pasillo.

—¿A tu hermano le gusta de verdad? —me pregunta en voz baja Miller en cuanto su amiga está fuera del alcance del oído—. La mitad del tiempo no sé si está de broma o no.

—Uy, sí que le gusta, sí. Solo actúa tan raro cuando está colado por alguien. —Entrelazo los dedos con los de Miller para llevarla a mi dormitorio por el pasillo—. Ven conmigo.

Abro la puerta y la dejo entrar primero. Se toma su tiempo echando un vistazo, pues nunca antes ha estado aquí. Sus normas sobre el rollo que tenemos no nos han permitido compartir la misma cama desde aquella noche en San Francisco, cuando Max estaba enfermo. Cuando estamos en casa, nos divertimos en su cuarto y la meto en la cama antes de volver aquí para dormir solo.

Mi habitación no es gran cosa: hay una cómoda, un baño en suite y un vigilabebés y una foto de Max en la mesilla de noche al lado de la cama.

Hay unas cuantas fotos más enmarcadas encima de la cómoda. Una de Isaiah y yo la primera vez que jugamos el uno contra el otro en las Grandes

Ligas, unas cuantas fotos de cuando éramos pequeños y algunas con nuestra madre. Y luego hay una solo de ella.

Miller va directa a ella, la coge de la cómoda, y puedo ver cómo se pone sobria mientras la mira.

—Es preciosa.

—Lo era.

—Mae, ¿verdad?

Asiento, de pie junto a la puerta, con las manos a la espalda. La tentación de tocarla es demasiado grande. Queda muy bien aquí. En mi dormitorio. En mi casa.

Miller deja el marco donde estaba y pasa con cuidado las manos por las otras fotografías, tomándose un tiempo para mirarlas todas.

—Siempre habéis estado Isaiah y tú, ¿eh?

—Desde que murió ella, sí.

Su atención vuelve a centrarse en mí.

—Has sido un buen hermano criándolo y sacrificando tu infancia y la elección de universidad para quedarte cerca de casa.

—Es mi hermano. Haría cualquier cosa por él.

Sonríe con dulzura.

—Igual que harías cualquier cosa por Max.

—Y por ti.

Me mira a los ojos y se ruboriza. No es una chica tímida, pero ha bebido y eso me está permitiendo ver una nueva faceta de ella.

—Haría cualquier cosa por ti —repito—. ¿Lo sabes, verdad?

—Creo que yo también haría cualquier cosa por ti.

No lo muestro en mi cara, pero si tuviera que expresar cómo se siente mi corazón ahora, estaría sonriendo como un tonto.

Continúa mirando las fotos enmarcadas de mi familia.

—¿Alguna vez has tenido a alguien con quien hablar de todo por lo que has pasado? Perder a tu madre tan joven y luego tener que ocuparte de tu

hermano además de ti...

Puede que no sepa lo que está haciendo, pero la Miller achispada diciendo lo que se le pasa por la cabeza me está abriendo el puto corazón, y eso que llevo unas semanas convenciéndome de protegerlo de ella todo lo que pueda.

Como no respondo, se gira para mirarme y yo, que no me he movido de la puerta, niego con la cabeza.

—Puedes hablar conmigo, ¿sabes?

—Sé que puedo, pero ¿durante cuánto tiempo? Te vas en menos de una semana.

La dulce sonrisa de Miller desaparece un poco antes de volver a girarse. Ignora mi pregunta y continúa con el recorrido.

—No tienes televisión.

Me preocupa haber estropeado el momento, así que me aparto de la puerta, me acerco a ella por detrás y le rodeo la cintura con los brazos antes de salpicarle el cuello de besos.

—La tele es una distracción. Cuando estés aquí, deberías estar concentrada en dormirte o en mí. —Se ríe y echa la cabeza hacia atrás, hacia mi pecho. Está borracha y necesita dormir—. Ve a lavarte los dientes y prepararte para que pueda meterte en la cama.

Se va al cuarto de baño a trompicones y, al cabo de un instante, asoma la cabeza.

—Todas mis cosas están aquí, la crema para la cara y el cepillo de dientes.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque solo te quedan unos días aquí y estoy harto de esa norma de no dormir juntos.

Mira sus cosas y luego vuelve a centrar su atención en mí.

—Esa norma era una mierda, ¿eh?

—Igual que todas tus normas, Mills.

Vuelve al cuarto de baño para prepararse para irse a la cama. La oigo cepillarse los dientes y el sonido del agua cayendo del grifo acompañada de su ebrio canturreo. Cuando sale, todavía lleva la ropa puesta y sigue maquillada.

Miller se apoya en la puerta, me observa mientras me quito la camiseta, los zapatos, los pantalones y me quedo en calzoncillos.

—Te has quedado embobada —le recuerdo.

—Sí.

—¿No te quitas la ropa?

—Tengo que ponerme algo para dormir.

—Desnuda me va bien.

—A mí también, pero me tiraré encima de ti si estoy medio desnuda, Malakai, y tú eres el que no quiere aprovecharse de mí.

Niego con la cabeza. Siempre la miro y niego con la cabeza, pero la diferencia entre ahora y a principios de verano es que no puedo evitar sonreír al mismo tiempo.

Cojo la camiseta que acabo de quitarme y se la lanzo. Se desnuda y se pone mi camiseta por la cabeza, le llega hasta la mitad del muslo.

Le queda perfecta, la verdad.

Se balancea un poco sobre los pies todavía en la puerta del baño.

—¿Necesitas ayuda para desmaquillarte? —pregunto.

—Sí, por favor.

Le doy la vuelta y la meto en el cuarto de baño. Su crema facial está todavía sobre el lavabo, justo como la he dejado hoy en un intento por imitar cómo la tiene colocada en el baño para invitados. La levanto para sentarla en la encimera y me pongo entre sus piernas abiertas.

—Vas a tener que decirme lo que tengo que hacer.

Señala una botella de líquido claro.

—Echa eso en el disco de algodón.

Hago lo que me dice y vierto un poco de líquido en un disco desmaquillante.

Miller cierra los ojos.

—Eso quitará la mayoría. Tú pásamelo por la cara.

Aunque vacilo, se lo paso por la mejilla porque me parece la apuesta más segura. El disco limpia un trazo, así que con un poco más de confianza, se lo paso por la ceja y el algodón se mancha de marrón. Se lo paso con cuidado por los ojos y el rímel desaparece. Limpio lo máximo posible para no dejarla como un mapache. Luego, repito lo mismo en el otro lado.

—¿Y ahora?

Coge el siguiente frasco y lo aprieta para ponerme una pizca en la yema del dedo.

—Espárcelo por todas partes.

Mueve las manos de una forma que parece muy brusca, así que se lo paso con cuidado solo por la mandíbula, describiendo círculos con las yemas de los dedos hasta que empieza a hacer espuma.

Miller tiene una sonrisa bobalicona mientras le pongo el producto. Sé que quiere meterse conmigo por tardar tanto, pero la ignoro y continúo, asegurándome de llegar a todos los rincones de la cara.

Pasamos por el resto de la rutina de cuidado facial y terminamos con la crema hidratante, como ella la llama. Cuando le pongo un poco en la piel, ella también coge crema y me la frota por la cara.

—Para tu piel madura —dice riéndose, extendiéndola antes de llevar las manos a cada lado de mi cuello—. Os he echado de menos a Max y a ti esta noche.

«Hostia puta». Tiene que parar, pero me da la sensación de que no lo hará porque está bajo los efectos del alcohol y, como consecuencia, se le ha soltado la lengua.

—Nosotros también te hemos echado de menos. —Le froto la crema malva por la cara—. ¿Te has divertido?

Asiente con una sonrisa infantil.

—Me gustan esas chicas y me gusta Kennedy. Mucho.

—Bien. Me alegro de que os hayáis hecho amigas. Seguro que a Kennedy también le viene bien que haya una mujer en los viajes.

—Sí, y está bien hablar con alguien cuando tengo la cabeza hecha un lío por tu culpa.

Me retumba el pecho por la risa.

—Tienes la cabeza hecha un lío por mi culpa, ¿eh, Mills? Me siento halagado.

—Deberías.

Cuando he terminado con la cara, Miller se recoge el pelo en un moño. Intenta atárselo bien con un coletero, pero aún está como una cuba.

—Déjame hacerlo a mí.

Le cojo la goma de la mano, le sujeto el pelo como ya he hecho antes, e intento recogérselo en un moño pasándole la goma un par de veces.

Miller se mira al espejo.

—Está fatal, As.

Le dedico una sonrisa. Sí, tiene toda la razón.

Me mira a los ojos en el reflejo.

—Gracias.

—De nada.

—¿Te acurrucas conmigo?

—Perdona, pero ¿acabas de usar el verbo «acurrucarse»? —Le toco la frente con el dorso de la mano—. ¿Qué demonios has bebido esta noche?

—Cállate.

Me envuelve la cintura con las piernas y me pasa los brazos por los hombros, yo la cojo y la llevo al dormitorio. En cuanto tengo a la chica piripi en la cama y he apagado las luces, me quito las gafas y me meto entre las sábanas con ella. Extiendo el brazo y Miller levanta la cabeza para colocarse en mi pecho, como si estuviera acostumbrada a acurrucarse.

No hablamos. Simplemente nos quedamos tumbados juntos y estoy casi seguro de que se ha dormido cuando rompe el silencio:

—Esta noche le he dicho a las chicas que a veces pienso en no volver al trabajo.

Juro que el tiempo se detiene cuando salen esas palabras de sus labios. Abro los ojos de repente, me quedo mirando la oscuridad y me repito lo que ha dicho para asegurarme de que lo he oído bien.

Trago saliva.

—¿Por qué lo dices?

—No quiero dejar a Max.

Maldita sea, el corazón me va a mil por hora y me escuecen los ojos porque esta chica quiere con toda su alma a mi hijo. No estaba seguro de que sucediera, que otra persona lo quisiera como yo esperaba que lo hiciera.

—Pero tengo que volver —continúa.

Me muerdo la lengua y espero hasta encontrar la respuesta adecuada.

—Sí —exhalo—, es cierto.

Inclina la cabeza para mirarme.

—¿Tengo que hacerlo?

—Es tu sueño, Mills. No permitiré que te alejes de eso por mi hijo.

«Ni por mí».

Vuelve a recostar la cabeza en mi pecho.

—Me da miedo la presión por rendir, por cumplir las expectativas. Hay una parte de mí que se resiste y se pregunta si voy a poder cumplirlas, ¿sabes?

—La presión es un privilegio, Miller. Las expectativas son altas porque tienes éxito. Si fueras como la media, nadie te estaría esperando aguantándose la respiración. Me recuerda a las noches que estoy en el montículo. Tienes que decidir si tus sueños y metas merecen esa presión. Si quieres cumplir las expectativas que te han puesto.

—Sí, quiero ser la mejor.

—Pues hazlo.

Parece la cantidad apropiada de ánimos para el resultado que temo, así que en un momento de egoísmo le pregunto:

—¿Tu carrera te hace feliz?

Espera, se gira para mirar al techo y entrelaza los dedos con los míos.

—No.

Aprieto los dientes y me esfuerzo por permanecer tranquilo. Es una extraña contradicción: quiero que sea feliz, pero en cierto modo, me alegra que no la llene lo que la aparta de mí. Pero ¿qué coño se supone que debo decir? ¿Animarla a que divague borracha porque justo lo que quiero es que se quede?

Le prometí a su padre que no lo haría.

Este verano está divirtiéndose y ese es el único motivo por el que está cuestionándose qué hacer con el trabajo. Ojos que no ven, corazón que no siente. Así es.

Recordará lo que quiere en cuanto se marche. En cuanto me deje.

—Pero no sé si se trata de ser feliz —continúa—, sino que más bien quiero demostrar que puedo hacerlo. Quiero demostrar que merezco el premio que he ganado. Quiero demostrar que estoy haciendo algo que justifique que mi padre renunciara a toda su vida por mí.

Y ahí está.

—Miller...

—No le digas que te lo he dicho.

—El amor no se compra. Monty renunció a su carrera porque siente un amor incondicional por ti. No tienes que pagárselo persiguiendo galardones. No funciona así.

—No lo entiendes, Kai. Renunció a toda su vida por mí y apenas me conocía. Por eso no quiero que te retires todavía. No quiero que Max sienta la carga que siento yo.

—Miller —digo con un tono un poco duro, sobre todo porque no me

gusta que hable de sí misma así—. No me imagino ni a una sola persona que crea que tú eres una carga.

—Tú. Cuando llegué.

—Bueno, he cambiado de opinión. Ahora me siento afortunado de tenerte en mi vida.

No tiene nada que decir al respecto, así que el silencio entre nosotros se alarga un poco más.

—Si lo dejo, me sentiré una fracasada. —Se le quiebra un poco la voz, aunque parezca increíble, y me la acerco para que exprese lo que tiene en la cabeza, sea por la bebida o no—. Creía que solo necesitaba un descanso este verano para recuperar el ritmo, pero ya no creo que se trate de estar quemada. Es como si hubiera pasado toda la vida detrás de una carrera que, a pesar de los premios y el prestigio, me doy cuenta de que no me hace sentirme realizada. Y en las últimas siete semanas, he estado más feliz que nunca, persiguiendo a Max, pasando tiempo con mi padre y estando contigo.

—Mills, tienes veinticinco años. Puedes cambiar de rumbo cien veces más en la vida y aun así no serás una fracasada. Trabajas muy duro para que nunca se te considere una fracasada. La vida está hecha para pasarla persiguiendo la felicidad.

Se calla un instante y, cuando vuelve a hablar, le entra el hipo y dice:

—Casi veintiséis.

Muevo el cuello para mirarla.

—¿Cómo que «casi»?

—Los cumpliré esta semana.

—Miller, ¿cuándo es exactamente tu cumpleaños?

—El sábado.

Dentro de cuatro días. Su cumpleaños es dentro de cuatro días.

—¿Por qué no me lo has dicho? Es un día antes de que te marches.

Se encoge de hombros.

—Supongo que nunca he tenido a nadie a quien decírselo.

Dios, conozco esa sensación demasiado bien.

Me la acerco más. Somos más parecidos de lo que había pensado. Nos hemos pasado solos la vida adulta. Yo por las cartas que me han tocado y Miller porque le ha costado mucho crear vínculos al ir de una ciudad a otra.

—¿Quieres tener más hijos? —me pregunta y el cambio repentino de tema me despierta de golpe.

—¡Joder! ¿Cuánto has bebido?

—Solo estoy un poco achispada. El Big Mac ha empapado bastante el alcohol. Responde a la pregunta, Rhodes. ¿Quieres más hijos?

Si me lo hubiera preguntado en junio, habría contestado con un no rotundo. Sobre todo porque no creía que estuviera haciéndolo bien con el que ya tengo, pero pasar las últimas siete semanas al lado de esta chica que me ha hecho sentir que tengo una familia ha cambiado mi punto de vista.

Si fuera con ella, la respuesta sería:

—Sí.

Se pone boca abajo, encima de mí.

—¿Sí?

—Sí. Pero la próxima vez, estaré ahí desde el principio. Nunca volveré a perderme los seis primeros meses.

Cruza los brazos sobre mi pecho y apoya ahí la barbilla.

—Te lo mereces. Además, haces unos bebés muy bonitos, así que deberías tener más.

Me río y le retiro el pelo que se le ha salido del moño.

—¿Y tú, quieres tener hijos algún día?

—Si te soy sincera, nunca lo había pensado. Siempre he estado centrada en el siguiente objetivo, el siguiente movimiento de mi carrera y la alta cocina no es un entorno muy amigable para tener familia. Pero si mi vida fuera distinta, sí lo veo. Mientras fueran igualitos a Max.

Sonrío con dulzura.

—Es muy bueno.

—Es el mejor —dice con un suspiro—. ¿Kai?

—¿Sí?

—¿Podemos olvidarnos de algunas de mis normas durante el resto de la semana que me queda? Me gustaría saber lo que se siente.

—¿Lo que se siente en qué sentido?

—Siendo tuya.

La observo, busco cualquier indicio de que me indique que se arrepentirá de lo que ha dicho cuando esté sobria, pero sus ojos son claros y brillantes. Así que me inclino para besarla, aunque esta vez no tenga nada que ver con el sexo. La beso con apego y lleno de compromiso, porque así es como me siento cuando estoy con ella.

—Mills, ya eres mía. Aunque no te lo haya podido demostrar, siempre has sido mía.

Se vuelve a recostar sobre mi pecho.

—Hasta el domingo. Esa norma tiene que seguir cumpliéndose.

Esa norma es la más frustrante, pero ¿qué voy a hacer? ¿Suplicarle que me quiera más allá de este rollo de verano? ¿Pedirle que abandone sus sueños para jugar a las casitas conmigo y mi hijo para siempre?

Es demasiado libre, demasiado salvaje para atarse a mí. Tiene demasiado talento para que yo le pida eso.

—¿Miller? —digo y ella murmura medio dormida—. Hoy ha sido un buen día.

Sonríe contra mi pecho.

—Todos los días podrían ser buenos.

Al menos hasta el domingo.

Parpadeo cuando me despierto, el pelo de Miller me tapa la cara. Tiene el culo pegado a mis caderas y sus gruesos muslos entrelazados con los míos.

Me levanto para mirarla.

Todavía está durmiendo sobre mi brazo entumecido, con los dedos entrelazados con los míos. Está tranquila, caliente y parece que este es el lugar al que pertenece, mi cama. No he tenido el privilegio de despertarme con ella desde que empezamos a acostarnos y, de algún modo, tengo que asegurarme que nuestras próximas cuatro mañanas, las únicas que nos quedan, duren toda la eternidad.

La beso en el brazo tatuado, recorriendo con los labios las líneas florales. Para vivir con tal desapego, me sorprende que haya sido capaz de comprometerse con algo tan permanente.

Se estira contra mí y frota el culo contra la evidente erección matutina que tengo.

—Buenos días —dice con la voz más ronca que de costumbre, lo que llama la atención de mi polla ya dura.

Me la acerco más.

—Buenos días, Mills.

Es como una muñeca a mi lado, todavía dormida y guapísima. Se retuerce contra mí, lánguidamente, aún espabilándose, pero por cómo se mueve sé que se ha despertado cachonda.

—Esta noche he tenido un sueño —dice—. Bueno, ha sido una especie de pesadilla.

—Ah, ¿sí? —La beso debajo de la oreja y meto la mano por la camiseta que lleva puesta—. Cuéntame.

—Estaba en la cama con un jugador de béisbol gigante que llevaba gafas y un tatuaje en el muslo.

Subo la mano hasta las tetas y la paso por la piel erizada.

—Parece atractivo.

—Así es, pero cuando le pedí que se aprovechara de mí, me rechazó.

Me roza la polla con el culo y la aprieto contra mí para que lo vuelva a hacer.

—¡Qué capullo! Está claro que no sabe lo que se está perdiendo.

—Está claro —confirma con una voz susurrante y un gemido se entrelaza con sus palabras cuando le pellizco el pezón—. Así que creo que lo justo es que te aproveches de mí esta mañana para compensar lo de ese tío. Que le den dándome a mí, ¿vale?

Me río mientras trazo delicados círculos con los dedos en su vientre, pasando la mano por su piel suave.

—¿Es eso lo que quieres, nena? —Bajo la mano y se la paso por encima de las bragas—. ¿Quieres que te folle en mi cama? ¿Quieres saber cómo sería despertarte todas las mañanas conmigo?

Se le escapa un pequeño gemido y asiente desesperada, frotando los muslos entre sí mientras jugueteo con la ropa interior.

—¿Quieres arrepentirte de haber pasado las últimas siete semanas durmiendo en una cama que no era la mía?

—Sí —contesta apenas con un soplo.

Sí que se ha despertado cachonda.

Deslizo la yema del meñique por debajo de las bragas para acariciarle la piel tersa y suave antes de sacar la mano.

—Por favor —suplica, retorciéndose en el colchón a mi lado y apretando el culo contra mí—. Por favor, Kai. No juegues conmigo.

—Que no juegue contigo, ¿eh? —Le mordisqueo el lóbulo de la oreja, vuelvo a meterla la mano en las bragas y a pasársela por encima del coño—. ¿Por qué no? Si mira lo mojada que te pones, joder.

Está empapada, ya me gotea los dedos.

—Por favor.

Esta vez se inclina para bajarse las bragas y se las saca por los pies, quedándose solo con mi camiseta.

—Qué educada eres por la mañana. —Cojo un preservativo del cajón de la mesilla de noche y, tan rápido como puedo, me quito los calzoncillos para cubrirme la polla de látex—. ¿Quieres que te folle así? —pregunto pegándole la espalda a mi pecho.

Levanta la pierna sin vacilar.

—Joder, Miller. —Me agarro el rabo y lo paso por ella cubriendo el preservativo con su excitación antes de darle unos golpecitos en el clítoris —. Sinceramente, esto me hace odiar tus normas incluso más por no haber hecho esto desde que llegaste.

Emite un gemidito precioso.

—Bueno, a decir verdad, cuando llegué creías que era poco menos que una lunática.

—Siento desilusionarte, pero todavía lo creo.

Se ríe, pero enseguida la risa se transforma en un grito ahogado cuando le rodeo la pierna con el brazo y le levanto la rodilla hasta el pecho para poder entrar mejor. Coloco el glande contra su abertura antes de empujar y entrar con un gemido.

—¿Por qué estás tan prieta, joder? Y tan húmeda.

Estamos tumbados, yo dentro de ella, pero no nos movemos salvo por la respiración irregular.

—Hago muchos ejercicios vaginales, así que seguro que es eso. Tengo que mantener el suelo pélvico en forma.

Me río en su pelo.

—Por el amor de Dios, por favor, cállate.

Aprieta el culo contra mí para pedirme que me mueva y eso hago: la embisto desde atrás. Mantengo el brazo debajo, sujetándola contra mí, y con la otra mano le toco el clítoris mientras encontramos el ritmo.

—Eres perfecta, Miller. Eres mía —le susurro al oído. En su garganta retumba el gemido más sexy y agradable—. ¿Eso te ha gustado?

—Sí —exhala.

—Eres mía, nena.

Se mueve contra mí más rápido, acelerando el ritmo, y se toca el clítoris más deprisa.

Sé que las palabras son irrelevantes para ella, solo las suelta por la

intensidad del momento, pero para mí son las más sinceras que pudiera decir.

Si me dejara tenerla, sería mía. Me encanta esta chica e intento demostrárselo mediante mis acciones y, si me diera luz verde, también se lo diría.

—Kai —grita contrayendo el cuerpo—, me...

No puede añadir nada más antes de que el orgasmo la sacuda. Siempre está preciosa cuando se corre. Quiero memorizar esa imagen, cada estremecimiento, cada gemido, pues sé que es lo único que me quedará de ella en tan solo unos días.

Continúo moviéndome en su interior cuando su coño me aprieta.

—¿Te queda mucho? —me pregunta mientras el pecho se le expande por las inhalaciones y exhalaciones desesperadas.

A mí también me cuesta respirar, pero continúo empujando porque me encanta lo caliente que está. Ojalá este condón no se interpusiera para sentirla del todo. Nunca antes he querido esa intimidad con una mujer y sobre todo no me he querido arriesgar desde lo de Max. Pero con Miller, me encuentro queriéndolo todo.

—¿Puedo chupártela? —pregunta.

Me detengo, con la polla palpitante y anhelante en su interior.

—¿Qué?

—Quiero que te arrodilles delante de mí y me folles la boca.

«Hostia puta, esta tía».

Salgo de ella y Miller se incorpora para quitarse la camiseta. Se queda desnuda en mi cama, todavía noto en los dedos que le tiembla el coño del orgasmo. Se coloca sobre la almohada, cerca del cabecero con una sonrisa demasiado entusiasta en los labios.

«¿Cómo es posible que esta sea mi vida?», me pregunto últimamente.

La sonrisa en su rostro se vuelve oscura mientras observa cómo me quito el preservativo y lo tiro a un lado antes de ponerme encima de ella. Pongo

una rodilla a cada lado de su cara y la atrapo debajo de mí.

Enarco una ceja.

—¿Estás segura?

Saca la lengua para chuparme el capullo y asiente con entusiasmo como la descarada que es.

—Joder —exhalo y niego con la cabeza porque no acabo de creérmelo—. Estoy obsesionado contigo.

Sonríe aún más.

—Como tiene que ser, Malakai.

Señalo con la cabeza hacia abajo.

—Métetela en la boca.

Hace lo que le digo y yo me agarro al cabezal para follarle la boca como me ha pedido.

Miller gime como si fuera lo más excitante del mundo. Giro la cabeza y veo que se está frotando los muslos, otra vez dispuesta a correrse.

Tan solo hace unos meses estaba agotado, hecho polvo y a punto de dejar el trabajo para poder sobrevivir y ahora, tengo a la mujer más sexy que haya conocido debajo de mí. Encima, no solo es la hostia en la cama, sino que ha traído alegría y diversión a mi vida.

La verdad es que no sé cómo he tenido tanta puta suerte de que se fijara en mí, pero a estas alturas haría casi cualquier cosa para seguir teniéndola.

32

Miller

Violet: *¡Hoy es el gran día! Esto es todo por lo que has trabajado. ¿Estás emocionada?*

Violet: *Además, prepárate para empezar con energía cuando vuelvas al trabajo la semana que viene. No solo la chef Maven está ilusionada por que la asesores en Luna's, sino que tu entrevista en Food & Wine está programada para salir cuando ya lleves allí una semana. Ah, y he puesto en marcha una pequeña visita virtual por los blogs gastronómicos también para esa primera semana.*

Violet: *De alguna manera, este descanso que te has tomado ha hecho que estés más solicitada que antes. No me había imaginado toda esta buena prensa. Estamos preparados para tu vuelta y para ver a dónde te ha llevado tu inspiración.*

Violet: *¿Miller?*

Violet: *¿Por qué no me contestas?*

Max está jugando fuera, intentando atrapar las burbujas que Kai e Isaiah están soplando. Los observo a todos juntos a través del cristal de la puerta corredera trasera.

—Chef.

Max le sonríe a su padre, entrecerrando esos ojos azules con una sonrisa llena de dientes.

—Chef.

Se acerca a gatas donde Kai está sentado, se le sube al regazo y su padre intenta enseñarle cómo soplar para hacer una burbuja.

—Chef Montgomery.

Vuelvo a la realidad, me doy la vuelta y me encuentro a Sylvia, la coordinadora de la sesión de fotos de hoy, mirándome como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez es sí.

Me aclaro la garganta.

—¿Sí?

—Le estaba preguntando dónde quiere que pongamos esto.

Señala el escurrer platos que hay junto al fregadero, donde se están secando los vasitos y el plato de silicona de Max.

La cocina está impoluta. Yo me habría despertado para asegurarme de que estuviera inmaculada, pero Kai se levantó antes que Max y lo hizo él. Ha hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarme a que mi vuelta al trabajo sea triunfal.

Lo único que queda en la cocina son los platos que Max ha usado para desayunar esta mañana.

—Mmm... —Miro a mi alrededor para ver dónde los pongo, pero ahí es donde tienen que estar. Porque esta es la casa de alguien y sí, aquí vive un bebé.

—Déjalos en el suelo o por ahí —dice Sylvia, moviendo el sujetapapeles con desesperación—. Las fotos serán todas de cintura para arriba, así que no aparecerán en la imagen.

El ayudante se agacha para dejar los platos en el suelo.

—¡No! Ya los cojo yo —me adelanto.

Recojo la vajilla del niño con torpeza mientras busco un lugar donde colocarlos que no sea el suelo. Pero, al mirar a mi alrededor, no veo un sitio libre porque han invadido la cocina y la han convertido en un estudio de fotografía.

Me quedo en el pasillo que lleva a la habitación de Kai y veo que Sylvia y la fotógrafa van revisando las diferentes tomas que están buscando para la revista. Hay tres personas distintas trabajando en la iluminación. Otro ayudante prepara unos cuencos de cristal con ingredientes para que parezca que estoy cocinando delante de las cámaras.

La casa es un caos. Unas diez personas, que no había visto en mi vida, deambulan por la cocina de Kai, esforzándose por que parezca como si estuviera en un restaurante de lujo en vez de en la casa de un padre soltero y su hijo.

Nada me parece bien. Desde el momento en que la primera persona abrió la puerta principal con el equipo, me he arrepentido de la decisión de hacer aquí la sesión. ¿Cómo coño voy a mirar la portada de la revista cuando salga en otoño sabiendo que en esa cocina tengo algunos de mis recuerdos preferidos y que ninguno tiene que ver con la vida ni la carrera que saldrá reflejada en el artículo?

Este es el lugar donde Max y yo hicimos galletas juntos por primera vez. Donde me enamoré otra vez de lo básico de la repostería. Donde Kai y yo estábamos tan desesperados por tocarnos que literalmente nos tumbamos sobre la encimera.

Y ahora parece como si no se hubiera usado nunca, con esas luces brillantes que te dejan ciego y unos desconocidos yendo de un lado a otro.

Con los platos de Max en las manos, vuelvo a centrar la atención en el jardín trasero. Los tres chicos Rhodes llevan fuera toda la mañana, distrayendo a Max para apartarlo del caos de la casa. Comparado con la agitación que hay en la cocina, el jardín parece otro mundo totalmente distinto.

Mi otro mundo totalmente distinto.

La vida que he construido durante mis vacaciones de verano está al otro lado del cristal mientras yo estoy inmersa de nuevo en mi antigua vida. Pero ahora esa familia de fuera es como mi nueva normalidad, mientras que esto,

el caos de la cocina al que estaba acostumbrada, es un espacio al que ya no pertenezco.

—Chef Montgomery —me llama un ayudante de fotografía y tardo unos instantes en darme cuenta de que me está hablando a mí.

Hace mucho que nadie me llama «chef», así que ahora que lo oigo me suena raro.

—¿Puedo decirle que soy muy fan? —añade en voz más baja, tiene los ojos muy abiertos y parece entusiasmado—. Estoy en la escuela culinaria, pero me he ofrecido voluntario hoy porque estaba deseando conocerla. La manera que tiene de combinar una presentación contemporánea y las técnicas con un acercamiento experimental a los ingredientes es... —Niega con la cabeza como si le pareciera imposible—. Inspirador.

—Gracias...

—Eric.

—Gracias por tus palabras, Eric.

—No, gracias a usted, chef. No creo que haya una persona en el sector que no esté esperando con entusiasmo su regreso a la cocina.

Dios, he estado tan desconectada de este mundo los últimos meses que casi me olvido de cómo es que te hablen así, que te traten como si fueras una especie de celebridad.

No me parece bien mientras tengo las cosas de Max en las manos.

A Eric puede que no se le ocurra una sola persona que no esté entusiasmada por mi regreso, pero a mí sí.

Yo.

—Me llamo Miller —le digo—. Y no me hables de usted.

El pobre chaval frunce el ceño confundido y abre la boca para hablar, pero no le salen las palabras. Dudo de que alguna vez un chef le haya dicho que no le llame por su título.

—¡Eric! —lo llama Sylvia moviendo la mano para indicarle que corte el rollo—. Chef Montgomery, la necesitamos preparada en diez minutos.

—Tengo que volver al trabajo, pero ha sido un honor, che... Miller.

Le dedico una sonrisa apaciguadora y, cuando se quita de en medio, vuelvo a fijarme en el jardín trasero, solo que esta vez Kai me mira desde el césped, donde está sentado.

«¿Estás bien?», veo que articula.

Me encojo de hombros. Sinceramente, no tengo ni idea de qué responder. Y sin decir nada, giro sobre los talones y me dirijo a su dormitorio por el pasillo.

Es la misma habitación que ahora considero mía hasta que me vaya.

He pasado todas las noches en esta cama con Kai desde principios de semana. Desde entonces, hemos tirado por la borda todas las normas que pusimos, menos la fecha de caducidad. Cada semana que paso con la guardia bajada, indefensa, noto que él entra, que se adueña de todos mis pensamientos, de todas mis acciones.

Quiero estar donde él esté, pero cada minuto que pasa es como si hubiera una gigantesca cuenta atrás en la pared, la cual me recuerda a todas horas que esto terminará pronto.

Y hoy... es el mayor recordatorio.

Cierro la puerta tras de mí y dejo la vajilla encima del colchón. No sé muy bien dónde dejarlas, pero estoy segura de que no quiero que nadie de ahí fuera toque las cosas de Max.

No sé por qué estoy actuando así. Hoy solo van a hacerme unas fotos. Todavía me quedan unos días más para volver de nuevo al trabajo, para ponerme la coraza que sea necesaria con el fin de sobrevivir en la industria gastronómica.

Ni siquiera me parece bien dejar que esa parte de mi vida toque esta aunque solo sea por un segundo.

Estoy aquí de pie, frente al espejo, haciéndome la raya en medio y cepillándome el pelo hacia atrás para recogérmelo, cuando se abre la puerta. Y tan solo unos segundos después, Kai aparece en la entrada del cuarto de

baño y mira mi reflejo.

—Hola, Mills.

Me arreglo el pelo como siempre lo llevo en la cocina, pulido y controlado.

—Hola.

Kai me observa a través del espejo. Veo que recorre con los ojos el pelo que nunca me ha visto así. Me ve quitarme el piercing y dejarlo en el mueble del lavabo.

—Estoy distinta, lo sé.

—Solo un poco distinta a la chica que entró en el ascensor con dos cervezas en la mano a primera hora de la mañana.

Se me mueve el pecho por una risa silenciosa y agradezco que me la haya podido sacar.

—¿Qué pasa? —pregunta Kai, porque, claro, ha sabido que algo va mal por dentro, aunque me esté riendo por fuera.

Niego con la cabeza para no decirle nada. Este hombre acaba de cederme toda su casa para ayudarme. Ha invertido mucho tiempo y esfuerzo para apoyarme este verano.

—Es una pasada ver esta parte de tu vida —dice—. Es impresionante, pero también intimidada.

Lo miro con una sonrisa en los labios.

—¿Te intimido, Malakai?

—Siempre me has intimidado. Por lo libre que eres. Por lo valiente que eres y por la confianza en ti misma que demuestras tener. Así que ¿por qué pareces tan insegura ahí fuera?

Se me borra la sonrisa.

Esa es la gran pregunta. Llevo años confiando en mi carrera. He trabajado mucho para ser la mejor, así que ¿por qué unas fotos hacen que me sienta así?

—No me parece bien hacerlo aquí —le digo con plena sinceridad.

La confusión le invade la cara.

—¿Por qué?

¿Por qué? Porque desde que me marché de casa a los dieciocho años, no he tenido un sitio que considerar mi hogar y, aunque esta estancia es solo temporal como lo han sido las demás, siento que tengo que proteger esta casa.

Me doy la vuelta para mirarlo y señalo hacia la cama.

—Iban a poner las cosas de Max en el suelo. Tú y yo estamos siempre lavándole los platos y la ropa, y ellos iban a poner sus cosas en el suelo para quitarlas de en medio. ¿Quién hace algo así?

Kai se ríe.

—Gente que no quiere que salgan vasos de bebé en la portada de una revista que va dirigida a un estilo de vida lujoso. No sé, es solo una suposición.

Esta vez no me río porque estoy dándole demasiadas vueltas al asunto.

—Mills, ven aquí —susurra y entra en el cuarto de baño.

Me rodea con todo el cuerpo en un abrazo reconfortante y me coge de las mejillas para levantarme la barbilla y besarme.

Es inesperado, pero me doy cuenta de cuánto lo necesito cuando el cuerpo y los nervios se me derriten ante su tacto.

La lengua de Kai se me desliza por la comisura de los labios y la abro para él, dejando que tome el control. Solo él puede lograr que un beso haga que me centre y me calme.

Lo que más me gusta de este hombre es lo estable y constante que es. Asume las responsabilidades que otros no tienen fuerzas para gestionar, incluso tranquilizarme a mí en este momento.

Tengo que averiguar cómo robarle parte de esa resiliencia que tiene para aplicarla cuando me marche.

Kai termina con una simple presión de sus labios en los míos antes de apartarse.

—Gracias —susurro.

—Me tienes muy impresionado, Miller. Estoy orgulloso de ti. —Se ríe y apoya la frente en la mía—. No sé si es raro que te lo diga.

—No es raro. —Niego con la cabeza—. Es justo lo que necesitaba oír.

Kai se ha mantenido firme respecto a que yo vuelva al trabajo, me ha animado a hacerlo y me está ayudando en todo lo que puede.

Hay una parte de mí que desea que me pida que me quede, que continúe lo que sea que hayamos estado haciendo los últimos dos meses, pero una gran parte de mí se alegra de que no lo haga. En realidad, solo le haría daño abrirse para pedirme más, porque al fin y al cabo, no me queda más remedio que marcharme.

Siento que está a punto de preguntarme otra vez qué me pasa hoy, pero por suerte, alguien llama a la puerta del dormitorio antes de que pueda hacerlo.

—Chef, ya estamos preparados.

Nos separamos y me giro hacia el espejo. Me paso la mano por el pelo para alisarlo y Kai vuelve a entrar en el baño con mi chaqueta de chef. Uno de los ayudantes de fotografía la ha planchado y la ha dejado perfecta.

Llevo meses sin ponérmela y la única razón por la que me parece bien volvérmela a poner es porque Kai la está sosteniendo abierta para que meta los brazos.

Veo en el reflejo que vuelve a apoyarse en la puerta y observa con una sonrisa de orgullo cómo meto cada botón por el respectivo ojal.

Este hombre lleva apoyándome todo el verano, ha estado dispuesto a ayudarme a volver al trabajo en el nivel que deseo. Me recuerda siempre el buen trabajo que hago, con unas palabras que casi había olvidado que existían. No hay mimos en la industria gastronómica ni tampoco es algo que hubiera creído que necesitara. Pero, después de pasar dos meses con él, no puedo imaginarme trabajando sin los constantes ánimos de Kai inundando la cocina.

Cuando intento salir del baño, me pasa un brazo por los hombros para acercarme a sí y me besa en la frente.

Me echo hacia atrás y lo miro.

—¿Acabas de darme un beso en la frente cuando llevo puesta mi chaqueta de chef?

—Ajá.

—He hecho llorar a hombres adultos llevando esta chaqueta.

—Uy, no lo dudo, pero las mujeres empoderadas también necesitan besos en la frente.

—¿Acabas de decir «mujeres empoderadas»?

—Sí, ¿no es así como os llamáis?

Al oír eso, me sale una carcajada auténtica y al instante me siento más relajada, siento que soy más yo misma.

—Vamos —dice, sacándome del baño—. Ve a hacer lo que se te da tan bien para que podamos echar a esta gente de nuestra casa.

«Nuestra casa».

—Y cuando digo «lo que mejor sabes hacer», me refiero a ponerte ahí y salir bien guapa en las fotos. No tiene nada que ver con que seas una chef repostera de la hostia.

Suelto otra carcajada y Kai me da una palmada de ánimo en el culo antes de avanzar por el pasillo hasta el salón y dejarme en la cocina.

—Detrás de la isla, chef. —Sylvia señala mi posición inicial.

Los cuencos de cristal con los ingredientes secos están sobre la encimera cuando me coloco tras la isla de la cocina.

—Empezaremos con algunas fotografías en movimiento. —Me pone uno de los cuencos de cristal delante—. De una en una. Rompe un huevo ahí.

Sylvia se gira para decirle algo a la fotógrafa, pero en lo único que puedo concentrarme es en el salón, detrás de ellos, desde donde Kai, Isaiah y Max están mirando.

Max se fija en mí y me señala.

—Mmm —dice la única parte de mi nombre que tiene dominada—. ¡Mmm!

Se retuerce en los brazos de Isaiah y se aparta de su tío para dirigirse corriendo hacia la cocina. Esquiva a los de iluminación y a la fotógrafa y rodea la isla.

—¡Mmm! —me llama con los brazos en el aire para que lo coja.

Me sale la sonrisa más grande de toda la mañana cuando me inclino para cogerlo.

—Hola, Bichito. Ven aquí.

—¡No! —grita Sylvia cuando lo cojo—. ¡Suéltelo! ¡Se va a arrugar la chaqueta!

Me quedo paralizada en la cocina, con Max en brazos y miro a la mujer sin dar crédito.

—Suéltelo —repite Sylvia y añade más bien para sí misma—: Este no es sitio para que haya niños.

Me quedo quieta, como si oír esas palabras me hubiera dejado inmóvil. No se equivoca. El ambiente de los restaurantes de lujo no es lugar para niños. Las horas no son propicias, se trabaja hasta muy tarde por la noche y hay mucho jaleo los fines de semana. Y me doy cuenta ahora de que por eso he estado hoy desconectada.

Sé la vida que me espera cuando regrese y, aunque quiera continuar con mi relación con Kai y estar ahí por Max de algún modo, no podré hacerlo. No tendré tiempo.

Críticos y chefs me han adulado. He tenido su atención, pero ahora la única que quiero es la de este niño pequeño y su padre. Sin embargo, en cuanto me marche de Chicago, ellos volverán a su rutina normal, a una vida en la que yo no estoy.

—Se está arrugando la chaqueta, chef.

Sylvia me señala, con la otra mano apoyada en la cadera.

Estoy dándome cuenta de ciertas cosas y su actitud me tiene harta.

—Bueno, pues para eso está Photoshop —le suelto y abrazo a Max.

—Ya lo cojo. —Sin darme cuenta, tengo a Kai a mi lado y coge en brazos a su hijo—. Ya veremos a Miller cuando acabe de trabajar, ¿vale, Bichito?

Sylvia exhala exasperada, niega con la cabeza y vuelve a colocar los cuencos de cristal.

Eric, el alumno en prácticas, me dedica una sonrisa de compasión mientras la fotógrafa mira a la pantalla de la cámara y sonrío a las imágenes que ha sacado hasta ahora.

Entonces veo a Kai y Max saliendo por la puerta trasera otra vez y me pongo de muy mal humor.

De pie en la cocina, se me ocurre algo agobiante y a la vez aterrador. La posibilidad de que me sintiera así llevaba ahí todo el verano, pero ahora mismo es como si una niebla borrosa se hubiera levantado para dejar paso a la verdad.

No hay una sola parte de mí que quiera estar en la cocina.

Solo quiero estar con ellos.

33

Kai

Hoy es el cumpleaños de Miller y ha empezado justo como yo quería: con mi cara metida entre sus piernas.

Estoy tonto perdido por esta mujer. Tanto que, cuando se ha marchado para desayunar con Monty, me he pasado la mañana en la cocina haciendo lo que hace ella normalmente para prepararle una tarta de cumpleaños.

Miller tiende a decirle a la gente que la quiere a través de la comida, así que se me ha ocurrido que, como no se lo puedo decir con palabras, se lo demostraré de esa manera.

Como ya he dicho, estoy tonto perdido.

Pero además del cumpleaños de Miller, también es el Día de la Familia. La organización de los Warriors ha abierto una parte del campo a partir de la tercera base para que se reúnan las familias y los amigos. El despliegue de comida roza lo absurdo, hay todo lo que se podría desear, barra libre y un fotomatón.

El Día de la Familia suele ser el que menos me gusta del calendario. Todos los equipos en los que he jugado lo han celebrado. Es un poco incómodo cuando no hay nadie que se presente por mí, sobre todo cuando el resto de mis compañeros tienen allí a sus hermanos y hermanas, a sus parejas y a sus padres. Antes de ser padre, Isaiah era mi única familia y siempre lo pillaba en medio de su temporada. El año pasado, estuvimos juntos y este año, tenemos a Max.

Y aunque Miller técnicamente está aquí por Monty, sé que también está aquí por mí.

Esa es una idea que me cala cuando aparco la camioneta y la veo por primera vez desde que salió de la cama esta mañana.

Se fue a desayunar con su padre y luego se ha presentado aquí con la camiseta a rayas diplomáticas blanca de los Warriors con mi nombre y mi número en la espalda. La lleva desabrochada y abierta, a juego con una camiseta de tirantes entallada y un peto vaquero corto que le queda genial con esos muslos gruesos.

Pero, aunque tiene muy buen aspecto, ha estado de un humor de perros desde la sesión de fotos de ayer y no estoy seguro de por qué.

Rodeo la mesa alta en la que está y le deslizo la palma por la lumbar.

—¿Quieres venir conmigo a presentarle a Max a los padres de Trav? Quieren conocerlo. —Niega con la cabeza y se lleva un cóctel a los labios —. ¿Por qué no?

—Porque sería raro que la niñera de Max estuviera allí mientras le presentas a tu hijo a los padres de un compañero de equipo.

Echo la cabeza hacia atrás y me la quedo mirando, pero ella mantiene la atención en la parte externa del campo de béisbol.

Está muy bonito esto, es la hora mágica de Chicago. El cielo luce todos los tonos de naranja y amarillo, y el campo está iluminado con un cálido resplandor. Pero la mujer que tengo al lado esta tarde es hielo puro, un gran contraste con la luz brillante que ha traído a mi vida este verano.

—No eres solo la niñera y lo sabes, joder —le recuerdo en un duro susurro—. ¿Qué coño te pasa hoy?

Se encoge de hombros con indiferencia y le da otro sorbo a la bebida, luego se aparta el pelo de los hombros.

Me agacho y le digo en voz baja al oído:

—Vuelve a apartarte el pelo así, por favor. Me recuerda a una Miller mucho más contenta con mi polla en la boca. —Por fin, una ligera sonrisa

discreta le aparece en los labios y me río—. Joder... ¿Eso es lo que hace falta para que cambies la cara? ¿Voy a tener que arrancarte ese humor follándote o qué?

—Probablemente.

Me encuentro a Max caminando por el campo con Isaiah antes de volver a centrar mi atención en la chica que tengo al lado. Tiene la bebida a medio camino de los labios, pero se la quito de la mano y me la termino yo.

—¡Oye!

—Hoy te has portado como una niñata.

Me bebo todo el cóctel y dejo el vaso en la mesa.

Ella resopla.

—Si soy la puta alegría de la huerta.

—No, estás de mala leche desde la sesión de fotos de ayer y no me dices por qué.

Continúa callada. Solemos contarnos las cosas, salvo por ejemplo lo que siento por ella, así que no saber lo que pasa por esa bonita aunque frustrante cabecita me está poniendo de los nervios.

Nos queda una noche juntos y, si esta es su manera de ir distanciándose de mí, me voy a cabrear. Ella es la que se va. Ella es la que quería que no nos encariñáramos. Si hay alguien que tiene que prepararse mentalmente para su partida, soy yo.

Yo soy el que rompió mi norma de no acostarme con ella, aunque sabía que me iba a pillar por ella si me permitía añadir otra capa de conexión y eso es justo lo que ha pasado.

Uno de los encargados del equipamiento me llama la atención desde lejos, está colocando dos guantes y una pelota en el home.

Me hace una señal con la cabeza como confirmación antes de volver a la fiesta.

—Ven conmigo.

—¿Por qué?

—Deja de estar tan gruñona y ven conmigo. —Entrelazo los dedos con los de Miller y tiro de ella.

Pasamos junto al personal y las familias de camino al home. Yo saludo con la cabeza y sonrío como si arrastrar a la hija del entrenador conmigo fuera lo más normal del mundo.

—Puedo estar todo lo gruñona que quiera. Es mi cumpleaños. —Miller se detiene—. Espera, no podemos salir al campo.

—Ya he hablado con el encargado. El mantenimiento lo hacen después, así que no pasa nada.

—¿No pasa nada si hacemos qué?

Recojo los guantes y le paso a ella el de lanzador.

Mira escéptica el guante y luego me mira a mí.

—Quiero verte lanzar, señorita sóftbol.

Enseguida niega con la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo.

—No pasa nada. Lo harás bien.

—No creo.

Me he dado cuenta de una cosa: lo pasa mal si no es la mejor en todo. Es una extraña contradicción con la chica que vive despreocupada y sin ataduras, yendo de una ciudad a otra. Pero, cuando tiene un objetivo en mente, siente esa necesidad innata de ser la que mejor lo haga. La mejor lanzadora de sóftbol. La ganadora del premio James Beard. Como si los títulos significaran que ha logrado algo en vez de hacerlo solo porque lo disfruta.

—No me importa que seas buena o no, Miller. Solo quiero que te diviertas conmigo mientras todavía estés aquí.

Coge el guante, aunque no la veo muy segura.

—Nos lo jugaremos —digo—. Si consigues eliminarme, dejaré de preguntarte qué te pasa. Si llego a la primera base, empiezas a hablar.

Sonríe de medio lado, aunque es un gesto casi imperceptible. Le tiro la

pelota y le doy con el guante en el culo para se coloque en el montículo del lanzador.

Avanza unos diez metros, sin salvar toda la distancia del montículo al home, pero más próxima a la posición a la que estaba acostumbrada cuando jugaba a sóftbol.

—¿Puedo calentar? —pregunta.

Me río y me agacho detrás del home. Qué competitiva.

—Sí, nena, puedes calentar.

Miller se mete las mangas de la camiseta por los tirantes del sujetador, pues le queda demasiado grande. También coloca los pies en la tierra para sostenerse bien.

Estoy acostumbrado a ser quien está ahí, donde ella se ha puesto, pero el campo le queda genial, sobre todo porque lleva mi apellido.

Con el guante y la pelota en la mano izquierda, practica la mecánica una vez antes de hacer el primer lanzamiento. El guante suena fuerte contra el muslo, pero no tanto como la pelota cuando choca contra mi palma enguantada al llegar al home.

Vaya, joder, eso ha sido un bonito lanzamiento.

—Creo que estoy preparada —dice, abriendo el guante para que le devuelva la bola.

—Sí, no jodas, Mills. Creía que ibas a estar oxidada.

Se encoge de hombros y coge la pelota. Recupera la posición para lanzar de nuevo, está empeñada en no decirme qué le pasa.

Al cabo de unos diez minutos, vamos tres a dos. Los lanzamientos que su padre ha llamado «bolas» en vez de «strikes» apenas han salido del plato. Si hubiera un bateador de verdad jugando con nosotros, ni de coña habría podido darle.

No me da vergüenza admitir que ver a mi chica competitiva me la está poniendo dura. Tiene un aspecto estupendo ahí, con el estadio vacío detrás

de ella, el sol poniéndose a lo lejos y un poco de sudor en la frente. Se lo quiero quitar a lametones, pero el problema de estar agachado detrás del home con una intensa erección es que un puñado de compañeros de equipo se han reunido para mirarnos.

Están cortándonos el rollo, pero al mismo tiempo es una noche de verano en nuestro campo de béisbol. Tengo a mi hijo, a mi chica y a mi hermano, así como a Monty y a todos mis compañeros de equipo. Toda mi familia está aquí y mañana todo va a cambiar. Así que me empaparé de esta sensación mientras pueda.

—Cuenta completa, Millie —dice su padre mientras le lanzo la bola a la chica.

—La última debería ser un strike —dice ella—. Necesitas gafas, viejo.

Monty se ríe detrás de mí, muy metido en su papel de árbitro. Está siendo mucho más duro de lo que sería con otra persona que no fuera su hija.

Miller hunde las puntas de los pies en la tierra para recolocarse. Echa el codo hacia atrás, mientras se balancea sobre los talones antes de pasar por su mecánica y trazar con el brazo un círculo completo. Sus movimientos son muy fluidos, muy entrenados, aunque lleve años sin hacerlo, pero entiendo lo que es tener esa memoria muscular. Tener el lanzamiento arraigado en el cuerpo.

La bola de neón se eleva y choca contra mi palma cuando la cojo. Ha estado cerca, justo al borde del home, así que dejo el guante justo donde la he cogido, esperando a ver qué decide el árbitro.

Yo diría que es un strike y no solo porque puede que no eche un polvo esta noche si no lo hago, sino porque ha sido un lanzamiento de la hostia.

—Bola —declara—. Base por bolas.

—¡Y una mierda!

—¡Vamos! —exclamo, levantando los brazos por encima de la cabeza. Lo celebro mientras me incorporo y le dedico una sonrisa de satisfacción a Miller, que parece que no se lo acaba de creer.

Monty se ríe de forma burlona y se ve lo mucho que ha arraigado en su hija esa naturaleza competitiva y esa ética laboral.

—Esas dos últimas decisiones han sido horribles, papá.

Isaiah tiene a Max cogido de la mano.

—¡Qué crack, Miller! Tienes un brazo brutal, niñera buenorra.

Voy hacia ella y me echo su cuerpo al hombro como si fuera un saco de arena. Salgo hacia la primera base y paso por todas como si acabara de anotarme un *grand slam*, con una mano la agarro del muslo y la otra la alzo con el puño cerrado.

—Bájame, Rhodes. No has corrido por todas las bases en toda tu carrera. Deja de actuar como si supieras lo que estás haciendo.

No puedo evitar reírme. Miller la competitiva está peleona.

—Una base por bolas —me burlo—. Qué vergüenza, Mills.

—Te odio. ¡El árbitro estaba de tu parte!

Me río y continúo la carrera hasta el home.

—Dios, me encanta ganar.

—¡Bájame! —Miller me da en el trasero—. Joder, se me había olvidado lo duro que tienes el culo.

—¿Cómo coño te has olvidado de eso? Todavía tengo las marcas de las uñas que me clavaste anoche.

Eso hace que por fin le salga una auténtica carcajada.

—Qué asco. —Isaiah le tapa a Max los oídos, dándole la vuelta hacia el resto de las familias y los amigos del equipo—. Vamos, Maxie. Miller y tu padre están tan felices que me sacan de quicio. A los solteros como nosotros no nos hace falta oír esas cosas.

Como todavía hay mucha gente en el home, la llevo al montículo del lanzador para tener algo de privacidad antes de dejarla en el suelo. Después de pasarse todo el día enfurruñada, vuelve a lucir esa sonrisa enorme más propia de mi Miller.

Cuando vuelva a trabajar seis días de la semana, doce horas al día, quiero

recordarle esto. Lo que se siente al estar rodeada de gente que la quiere y a la que ella también quiere. La vida es mucho más que el dinero que ganas o el cargo que ocupes. Se trata de elegir la felicidad.

Pero entonces la sonrisa de Miller desaparece cuando se me echa al pecho.

—No me gustó nada de esa sesión de fotos de ayer —reconoce al fin—. No me gustó nada volver a ponerme esa chaqueta ni que me llamaran «chef». Se supone que debería estar entusiasmada. Mi carrera está despegando y creía que sería un sueño. Mi sueño.

Nunca sé que se supone que tengo que decir cuando habla así. ¿Estoy de acuerdo? ¿No estoy de acuerdo? Solo quiero que sea feliz y, hasta la otra noche, creía que su carrera le daba esa felicidad.

—Si no es un sueño, entonces ¿qué es?

Alza la vista para mirarme, con la barbilla apoyada en mi pecho.

—Una pesadilla. —Le retiro el pelo de la cara y la animo a continuar—. Llevo de mal humor desde ayer porque no esperaba sentirme así y me pone furiosa. Estoy enfadada porque, con todo lo que he trabajado, ahora no me siento realizada lo más mínimo. Estoy furiosa porque el tiempo está en nuestra contra y tengo que marcharme mañana. —Se tapa la cara con las manos y niega con la cabeza—. Debería estar ilusionada por lo que me espera, pero no es así. Y, a pesar de lo que siento, tengo que irme. Hay demasiadas personas que cuentan con que vuelva al trabajo y, como ves, estoy hecha un puto lío.

Le aparto las manos de la cara y le acaricio los brazos.

—Miller...

No despega los ojos del suelo.

Hay una parte de mí que quiere apoyarse en lo que está diciendo, darme esperanzas, pero sé que estos sentimientos desaparecerán en cuanto regrese a su rutina. Es simplemente la última noche de vacaciones.

Y la última noche que puedo permitirme esta fantasía.

—Perdona. Estoy bien. Solo es un momento de bajón. —Respira hondo para recomponerse y entonces posa los ojos en Max, que está a lo lejos con mi hermano—. ¿Sabes? A veces lo miro y me enfado de forma irracional contigo porque estuviste con otra mujer antes que conmigo. Por el descaro que tuviste de no pensar en mí entonces, ¿sabes?

Se me escapa una carcajada cuando Miller rompe la tensión emocional con humor como de costumbre; tiene una sonrisita traviesa en los labios. Justo como debería ser siempre.

Le paso un brazo sobre los hombros y la beso en la cabeza.

—Eres la mujer más celosa que he conocido, ¿sabes?

Echa la cabeza hacia atrás.

—¿Has conocido a otras mujeres?

—Igual de encantadora que siempre, nena.

—Siento haber estado enfurruñada hoy.

—No pasa nada, Mills. —Enseguida la beso en la boca—. Ya sabes que aprecio todos tus defectos.

—Vaya, mierda. No era consciente de que tenía de eso.

—¡Mmm! —exclama Max, intentando decir el nombre de Miller mientras se esfuerza por salvar la distancia que nos separa con las piernecitas—. Mmm.

Esperaba que pudiera oírlo decir su nombre antes de marcharse mañana, pero aún le falta.

—Ahí está mi niño favorito —dice, agachándose para cogerlo en brazos—. ¿Tienes hambre? Yo sí. Vamos a picar algo.

Miller está en medio del campo con mi nombre en la espalada y mi hijo en brazos. Parece mía.

Debería ser mía. Nuestra.

—¿Vienes? —me pregunta girando la cabeza.

—Adelantaos vosotros dos. Tengo que hablar con tu padre.

—Muy bien. Hasta ahora.

No ha dado más que un paso para alejarse de mí cuando meto el dedo por la trabilla del cinturón para acercármela de nuevo.

Agacho la cabeza para besarla, ahí, en mitad del diamante, donde nos puede ver todo el mundo, porque esto no es solo un rollo. Nada de esta situación es indiferente. Al menos para mí y no sé cómo gestionarlo.

Monty está apoyado en la barandilla del banquillo, charlando con la última persona con la que habría esperado encontrármelo en el Día de la Familia: el entrenador de tercera base de Atlanta.

—Hola, As —dice Monty y señala con la cabeza al hombre que tiene al lado—. Sabes quién es Brian Gould, ¿verdad? Es parte del personal de entrenamiento de Atlanta.

—Sí. —Le tiendo la mano vacilante, todavía no muy seguro de por qué un miembro del equipo contra el que jugamos ayer está aquí—. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. —Tiene un apretón de manos firme—. Tienes un brazo increíble.

—Brian y yo fuimos compañeros de equipo cuando fui jugador profesional —explica Monty—. Así que estábamos aquí recordando los viejos tiempos.

—Qué pena que te retiraras de esa manera. —Brian niega con la cabeza—. Tenías muchísimo potencial y renunciaste a todo.

—Fue por una buena causa —replica Monty—. Oye, Miller está aquí, así que por fin te la presentaré esta noche.

—Monty, ¿podemos hablar? —lo interrumpo.

—¿Va todo bien?

—Sí, pero tenemos que hablar.

El hombre le hace una señal a Brian con la cabeza y ese simple movimiento basta para que se vaya y nos deje privacidad. Me apoyo en la barandilla a su lado y ambos nos quedamos mirando hacia el campo.

—Me pediste que hablara contigo si alguna vez sentía la necesidad de

pedirle a Miller que se quedara —empiezo a decir—. Y aunque sí, quiero suplicarle que se quede, no voy a hacerlo. Ambos sabemos que no puede hacerlo y yo no quiero que se sienta obligada a quedarse por mí o por Max, pero voy a decirle que siempre tendrá un hogar con nosotros y quería que lo supieras antes de hacerlo.

Él se queda callado, con la vista al frente y se limita a asentir.

—Bueno, si te parece bien —añado.

Hasta ahora, no había tenido una figura paterna en mi vida desde los quince años. Monty no solo ha sido un buen amigo, sino un gran apoyo en los momentos difíciles. Así que, aunque el tema sea su hija, lo necesito.

—¿No vas a pedirle que se quede porque no quieres que se sienta obligada o porque tienes miedo de que te diga que no si se lo pides? —pregunta al final.

«Bueno... Mierda». Claro que han aparecido algunos miedos internos. Todo el mundo quiere que lo quieran y sí, me da miedo pedirle a alguien que quiera estar conmigo cuando me he acostumbrado a que la gente se marche.

Ya no pido nada: ni ayuda ni que nadie se quede. Simplemente lo hago yo solo.

Pero la posibilidad de no tener que hacerlo solo, de que Miller de verdad quiera estar conmigo, casi tiene más peso que el miedo.

—No quiero que renuncie a toda su vida por mí y que luego se dé cuenta de que no ha merecido la pena quedarse conmigo.

Monty gira la cabeza hacia mí, pero yo mantengo la vista clavada en el campo.

—Entonces no la conoces en absoluto si no ves cómo te mira, como si fueras lo mejor que le ha pasado en sus veintiséis años de vida.

Eso me llama la atención.

—Puede que lo seas —continúa—. Después de mí, claro.

Rompe la tensión emocional con el humor, como también suele hacer su

hija.

—Hablo desde la experiencia. No se siente obligada por tu hijo, así que quítate eso de la cabeza. Lo quiere como yo la quería a ella.

Nos los encontramos a los dos acercándose a la mesa con la comida. Miller le da a Max un trozo de queso y se come la otra mitad antes de ir hacia el siguiente plato y hacer lo mismo.

Sí que lo quiere. Y él la quiere a ella.

—No es de mi sangre, pero es mi niña —dice Monty—. Y mira a tu hijo, que no es de su sangre, igual que yo la miraba a ella. Llevo viéndolo todo el verano. La he visto enamorarse de dos personas al mismo tiempo y me ha recordado a mí mismo cuando la conocí a ella y a su madre. No podrá alejarse de esto así como así, independientemente de que tú se lo pidas o no. —El hombre me mira con los ojos vidriosos—. Sé que yo no podría.

—Joder, Monty. —Aprieto los párpados para contener la emoción—. ¿Qué coño...?

Se ríe, pero de forma entrecortada y llorosa.

—Todas esas veces que te he pedido que vinieras a hablar conmigo antes, no ha sido porque pensara que no fueras digno de pedírselo a mi hija, sino que te estaba protegiendo. Miller tiene esa fuerte necesidad de ser la mejor en todo lo que hace, aunque no sea algo que le guste mucho, y quería tener esta conversación antes de que pusieras en juego tus sentimientos. Kai, puede que ella no lo diga, pero te prometo que, si se va, no es por ti. Tienes que entenderlo.

Suelto una larga exhalación.

—Me he fijado en esa necesidad que tiene de ser la mejor. Como si se valorara por sus logros.

—Sí —dice—. ¿Alguna vez te ha contado por qué?

—No explícitamente, pero me da la impresión de que tiene que ver con el modo en que llegasteis a ser familia. Creo que hay una culpa residual. Como si sintiera que es la responsable de que dejaras la vida que tenías

cuando murió su madre.

Monty asiente con la cabeza, sin despegar los ojos del campo y sin mirarme.

—Sí, tenía el presentimiento de que eso era lo que pasaba. Lo hemos hablado, pero creo que nunca ha entendido de verdad que no hay nada en nuestra situación que fuese sacrificio.

Veo a Max y Miller de nuevo. Mi hijo está apoyado en su hombro, pasando la manita con cuidado por la tinta que mi camiseta demasiado grande le ha dejado al aire.

—¿La quieres? —pregunta Monty.

—Sí, mucho.

—A lo mejor te rompe el corazón.

—La querré de todas maneras.

—Lo sé.

—Bueno, a veces aún creo que se pasa mucho. —Me encojo de hombros.

—¿A qué sí? Menudas cosas salen de la boca de esa chica. ¿Quién demonios la ha educado?

Nos reímos y hay una pausa en el momento emotivo mientras miramos a mi hijo y a su hija juntos.

Monty suspira de satisfacción.

—Solo sé que yo la quise primero.

Asiento.

—Y yo la querré siempre.

A mi izquierda, Kennedy sube las escaleras del banquillo con Dean Cartwright ni más ni menos pisándole los talones. Me habría sorprendido al instante que cualquier miembro de un equipo contrario entrara en nuestro banquillo, pero ¿Dean precisamente? Todos los sentidos se me ponen alerta.

No me gusta ese tío, pero no me ha hecho nunca nada personal. Sin embargo, fue a por mi hermano durante años cuando éramos pequeños y, tras la muerte de mi madre, hice todo lo que pude para proteger a Isaiah.

Dean fue a un instituto rival y se acostaba con todas las chicas que se enteraba que estaban saliendo con mi hermano, lo que hizo que Isaiah tuviera un complejo jodido en las relaciones, pues no estuvo ni una vez con nadie que no le pusiera los cuernos. Siempre hablaba fatal de él en el campo y, aunque a mi hermano le gusta fingir que no le afectaba, la verdad es que en el fondo es muy sensible.

Por lo tanto, me he pasado años manteniendo a Dean alejado de él, a menos que estuviéramos jugando contra Atlanta, como este fin de semana.

Cualquiera que le cree problemas a mi hermano, automáticamente se convierte en un problema para mí.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? —le pregunto a Dean apartándome de la barandilla.

Él me responde con la sonrisa más irritante que he visto en la vida:

—El partido es mañana, Cartwright. —Se acerca Travis—. Aquí no eres bienvenido.

—Sí que lo es —dice Kennedy—. ¿Qué os pasa, chicos? Es el Día de la Familia.

—Exacto —tercia Isaiah—. Él no debería estar aquí.

Dean se gira hacia mi hermano y esa irritante sonrisa se convierte en la del gato de Cheshire. Es astuta y pretenciosa. Se acerca un paso más a Kennedy y mi hermano se pone colérico.

Isaiah se nos acerca con pasos rápidos y fluidos, pero lo intercepto poniéndole las manos en el pecho para echarlo atrás.

—Aléjate de ella, mamón —suelta por encima de mi hombro.

Kennedy tiene los ojos entrecerrados por la confusión.

—¿Por qué te pones así?

—Sí, Isaiah. —Dean le pasa a Kennedy un brazo por el hombro—. ¿Por qué te pones así?

—Quítale tus putas manos sucias de encima o te juro por Dios...

—Deja de actuar como un cavernícola loco —le reprende Kennedy—.

Puede estar aquí. Dean es mi hermanastro. Tranquilízate.

Juro que el estadio entero se queda en silencio al oír esas palabras. A mi hermano se le paraliza el cuerpo bajo mi brazo mientras miro a los ojos a Miller, que la tengo enfrente.

—¿El hermanastro? —pregunta Miller—. Así que tu hermana es...

—Sí —asiente Dean—. Mi hermana es la zorra sin corazón. Yo estoy de parte de Kennedy, así que no tienes que preocuparte por eso.

Miller sonríe y yo no tengo muy claro de qué va todo esto, pero estoy seguro de que ya me lo contará más tarde.

—Kenny, por favor, dime que se trata de una broma pesada —se queja mi hermano.

—Qué dramático eres. No es broma. El padre de Dean y mi madre se casaron cuando estábamos en el instituto. Así que sé amable. Es el Día de la Familia.

—Sí, Isaiah. —Dean le guiña el ojo a mi hermano—. Sé amable. Es el Día de la Familia.

34

Miller

—¿Estás bien?

Me encuentro a Isaiah con un cuenco de *pretzels* en el regazo, está sentado y enfurruñado consigo mismo en el banquillo mientras el Día de la Familia continúa en el campo.

—No.

Me siento a su lado y me meto un *pretzel* en la boca.

—No puedes echarle la culpa por estar relacionada de algún modo con ese tío.

—No le echo la culpa de nada. Es literalmente un ángel que no puede hacer nada malo a mis ojos, pero sí puedo echarle la culpa a su madre por tener un gusto horrible con los hombres y casarse con el que supongo que debe de ser el diablo, pues a Dean Cartwright lo engendró el mismísimo Satán. —Me parto de risa, pero él sigue—: No hace gracia, Miller. Es lo peor que podría pasar.

—Qué va. Podría ser peor.

Resopla.

—¿Qué coño puede ser peor que Kenny esté emparentada con el hijo de puta de Dean Cartwright?

—Podrían estar acostándose, así que yo veo lo de «hermanastro» como algo positivo.

Isaiah abre mucho los ojos castaños cuando se da cuenta de lo que acabo

de decir.

—Madre mía, tienes razón.

Con los pies colgando del banco, cojo unos cuantos *pretzels* más.

—Feliz cumpleaños, por cierto —dice, dándome un empujoncito con el hombro.

—Gracias.

—Va a ser raro no tenerte por aquí, viajando con nosotros. El resto de niñeras eran una mierda.

Dios, no quiero pensar en otras niñeras. Ni siquiera le he preguntado a Kai con quién piensa dejar a Max cuando yo me vaya, sobre todo porque no quiero imaginarme a nadie en mi lugar.

—¿Sabes...? —empiezo a preguntar—. ¿Sabe quién va a sustituirme?

—Aún no. Los entrenadores y parte del personal están organizando los horarios para ayudar a Kai durante el resto de la temporada para que no tenga que contratar a nadie todavía. Y dependiendo de hasta dónde lleguemos en los *playoffs*, puede que solo nos quede un mes, como mucho.

Asiento enseguida.

—Eso suena... bien.

Me pasa un brazo por el hombro.

—Eres irremplazable, Miller. Nadie más será la niñera buenorra.

Me retumba el pecho con una risa silenciosa.

—Siempre tan encantador, Isaiah Rhodes.

—¿Cómo lo llevas?

—Fatal.

—Supongo que estás hecha polvo por dejarme y no tiene nada que ver con mi hermano ni con mi sobrino.

—¿Ahora eres brillante además de encantador? Te estás convirtiendo en un hombre nuevo.

Se ríe.

—¿Crees que volverás de visita pronto?

Su pregunta encierra mucha esperanza y sé que es exclusivamente por su hermano.

—No lo creo. El trabajo me tiene muy ocupada y ya tengo dieciséis cocinas que quieren mi asesoramiento. Eso son cuatro años de reservas.

—¿Cuatro años? —exclama sorprendido—. Joder, yo no sé ni lo que voy a hacer dentro de cuatro días, como para saber dentro de cuatro años.

Cuando abrí la agenda a servicios de asesoramiento, quería tener todas las reservas posibles. No tenía apenas familia ni amigos por los que preocuparme. Toda mi atención estaba centrada en ser la mejor, pero ahora la falta de tiempo libre y la falta de vida social me parecen horribles.

Y de una persona muy solitaria, si soy sincera.

—¿Puedo ponerme serio un momento? —pregunta—. Y sabes que esto es importante porque rara vez me pongo serio.

—Ni tú ni yo.

—Lo sé. Volvemos loco a mi hermano.

Me meto otro *pretzel* en la boca mientras Isaiah se endereza en el banco, intenta mostrarse serio poniéndose cómodo, pero no lo consigue.

—Malakai es la mejor persona que conozco. Es mi mejor amigo y el mejor padre para su hijo. Cuando me hice mayor, empecé a darme cuenta de todo lo que hizo por mí. No se debería dejar a un chaval de quince años criar a su hermano. Se encargó de mí después de la muerte de nuestra madre. Me ayudó en el instituto. Me enseñó a conducir. Joder, el tío me llevó a comprar mi primer paquete de preservativos. —Se ríe por lo bajini—. Lo irónico ahora es que es él quien terminó con un embarazo no deseado.

Vemos que Max está tirando de los rizos de pelo castaño que asoman debajo de la gorra de Kai. Isaiah continúa:

—Lo que te intento decir es que mi hermano se merece el mundo, y tú eres su mundo.

El pulso se me acelera y el corazón me va a mil por hora. Se está

produciendo dentro de mí una extraña contradicción. Quiero ser su mundo porque él se está convirtiendo en el mío a pasos agigantados, pero lo último que quiero es que este hombre sufra por mi culpa. No hace falta que me lo diga su hermano. Yo ya sé lo bueno que es y lo mucho que se merece. Es lo que hizo que me enamorara de él cuando ponía tanto empeño para que no ocurriera.

Me di cuenta ayer en la sesión de fotos. No sabía lo que se sentía al estar enamorada y me llegó por sorpresa de la peor manera posible. Me marcho mañana y estoy enamorada de Kai y de su hijo. Estoy enamorada de la vida y de las amistades que he creado aquí.

Y nada de eso importa porque esto no ha sido más que una parada técnica para regresar a mi vida real.

—Si hay alguna oportunidad de que vuelvas para verlos... —Isaiah niega con la cabeza—. No sé ni lo que te estoy pidiendo. Solo intento compensar a Kai por todo lo que ha hecho por mí, porque jamás he visto que mire a nadie como te mira a ti. Jamás lo he visto tan inmerso en la órbita de otra persona y no sé cómo lo has conseguido. No sé si diste con una rendija por la que pudiste colarte o qué, pero ha estado tan centrado en Max en el último año que se había olvidado de sí mismo. Pero tú... Tú no te olvidaste de él. Lo que te estoy pidiendo es que no te olvides de él cuando te marches.

—Isaiah. —Le apoyo la cabeza en el hombro y suspiro—. Créeme, nunca seré capaz de olvidar a tu hermano.

Nunca podré olvidar ni a Kai ni a su hijo. Se me han grabado en el alma y, por desgracia, nunca podré decírselo a Kai, no podré darle esperanzas de que voy a quedarme. Mañana me voy de la ciudad y me duele la nostalgia que ya he empezado a sentir en todo el cuerpo.

Es una de nuestras normas: sin grandes declaraciones de amor.

Le pedí a Kai que recordara que solo éramos un rollo de verano y rezo por su bien que yo sea la única que lo haya olvidado.

—Oye, ¿eres Miller? ¿La hija de Emmett?

Alzo la vista y veo a un hombre que parece de la edad de mi padre bajando las escaleras para entrar en el banquillo. Es bastante agradable hasta que identifico el logo del equipo de Atlanta en su jersey.

Levanto la cabeza del hombro de Isaiah y digo:

—Sí, soy yo.

—Soy Brian. Tu padre y yo jugábamos juntos en las Grandes Ligas.

—Ay, qué guay. Encantada de conocerte. ¿Ahora trabajas para Atlanta?

—Señalo el logo del pecho.

—Sí, aunque me encantaría venir a trabajar con tu padre algún día. Formábamos una pareja de la hostia. De hecho, fue mi receptor hasta que decidió retirarse en mitad de la temporada, cuando íbamos camino de ganar la Serie Mundial.

Se me borra la sonrisa. Se retiró esa temporada por mí.

—Ambos tendríamos nuestros anillos si se hubiera quedado y hubiera jugado esa temporada, pero tuvo que dejarlo. Me pareció una locura total.

—Brian niega con la cabeza, como si no se lo creyera.

—Fue... una época dura para nosotros.

—Sí. —Exhala una risa sin humor—. Es una lástima que su decisión apresurada le costara la carrera.

Isaiah aparta la vista del entrenador de Atlanta para mirarme.

—¿De qué está hablando?

Hago un gesto para quitarle importancia cuando me doy cuenta de que Kai no le ha contado a su hermano que Monty no es mi padre biológico ni cómo llegamos a ser familia.

—Emmett lo dejó a mitad de la temporada para adoptarla. —Brian me señala—. La niña no tenía a dónde ir, así que el hombre dejó la liga y empezó a entrenar en una universidad de mierda. También renunció por eso a una buena suma de dinero.

Noto los ojos de Isaiah clavados en mí, pero lo único que puedo hacer es

mantener la cabeza gacha y mirarme los pies. Como si aún no me sintiera culpable después de todos estos años de que mi padre renunciara a su vida por mí, ahora viene un tío cualquiera a recordármelo delante de la gente.

—Tu padre dice que ahora eres una chef muy importante —continúa Brian—. Dice que pronto vas a salir en la portada de no sé qué revista. Me alegro de oírlo. Al menos estás haciendo algo impresionante con tu vida después de todo a lo que tuvo que renunciar.

—¡Oye! —Isaiah se levanta del banco—. Pero ¿a ti qué coño te pasa?

Brian parece confundido de verdad, como si solo estuviera exponiendo unos hechos y no intentase hacerme sentir mal con sus palabras.

—Isaiah, no pasa nada. —Le tiro del brazo para que vuelva a sentarse en el banco conmigo—. Tiene razón.

Aunque me duela oírlo, es justo el recordatorio que necesito para superar esta noche y salir de viaje mañana.

35

Kai

Miller mira por la ventanilla del copiloto de la camioneta, observando los rascacielos de la ciudad mientras nos vamos del centro para dirigirnos a casa.

No le pregunto qué le pasa porque ambos lo sabemos. Se va dentro de unas horas, la cuenta atrás de nuestro tiempo juntos llega a cero por la mañana.

Aparto los ojos de la carretera que tengo enfrente para dirigirlos a ella y alargo la mano para tocarle el muslo. Miller exhala contra el cristal antes de poner la mano encima de la mía y apretarla con fuerza.

Gira la cabeza y sonrío, pero no llega a mirarme a los ojos.

Miller es quien saca a Max de su sillita cuando llegamos a casa y lo sostiene contra su pecho mientras entramos. No lo va a dejar en el suelo ni lo va a soltar y entiendo muy bien ese sentimiento. Hoy, al irme al campo, he hecho lo mismo, pero a diferencia de mí, Miller se va mañana de esta casa y no volverá.

Cuando camina hacia su habitación, la detengo y le paso la mano por la cintura.

—Espera. —Señalo con la cabeza hacia la cocina—. Tengo algo para ti antes de llevarlo a la cama.

Max aplaude con entusiasmo, cosa que me infla el ego. Pongo en la encimera, delante de una chef repostera famosa en todo el mundo, la tarta

que he hecho.

—¿Me has hecho un pastel? —pregunta.

Levanto la vista y me la encuentro mirándolo fijamente, mordiéndose el labio inferior.

—Es tu cumpleaños, Mills. Todo el mundo se merece una tarta de cumpleaños.

Me dedica la sonrisa más triste he visto en mi vida.

—Nadie me había hecho una desde que era pequeña y mi padre intentó cocinar, aunque no le salió muy bien.

—Bueno, no esperes mucho. Me da la sensación de que Monty y yo tenemos un nivel similar en la cocina.

Se ríe, pero oigo que se le ha hecho un nudo en la garganta. Hoy es un día duro para ella y sí, en cierto modo quería que le fuera difícil marcharse. Quería que se sintiera tan conectada a un sitio o a una persona que le doliera en plan bien cuando tuviera que dejarlos, pero, joder, quiero a esta chica y lo último que deseo es que esté mal y menos aún el día de su cumpleaños.

—El bizcocho es de sobre, así que ahí no debería haber problema, pero sí he tenido que hacer mi propia cobertura. Ahí es donde no estoy muy seguro.
—Me rasco la nuca con timidez.

Coge un poco del borde y le ofrece un poco a Max con el dedo. En cuanto le toca la lengua, se le arruga la cara como si fuera la peor forma de tortura y no un postre dulce.

—Ay, no —gruño—. Eso no es buena señal.

Miller coge otro poco con el dedo y se lo lleva a la boca. Asiente como si estuviera considerándolo.

—Sabe a mierda.

No puedo evitar reírme.

Se le ablandan los ojos verdes.

—Gracias, Kai. Esto es... —Se limita a asentir, incapaz de añadir más palabras.

—¿El mejor pastel que has probado?

Aparece una sonrisa.

—Algo así.

Me inclino sobre la isla de la cocina que nos separa y la beso.

—Hay una cosa más.

—¿Más? —Bota a Max contra la cadera y se lo acerca—. Hay algo más, Bichito.

El niño se ríe mientras yo dejo una bolsita con un regalo sobre la encimera.

Ella mira el regalo y luego a mí.

—No tenías que comprarme nada.

—Es pequeño. En realidad, no es casi nada.

Max alarga la mano y tira del papel que asoma por la bolsa.

—Qué buen ayudante tengo —lo anima Miller, metiendo la mano.

Observo cómo saca la foto enmarcada. La cara se le transforma, la lengua empuja el interior de la mejilla y los ojos le brillan un instante. Se la queda mirando y, al parpadear, le cae una lágrima.

—Mills...

Le quita importancia con un gesto de la cabeza y continúa mirando la fotografía. Nos la sacó Isaiah hace un par de semanas. Estamos en el sofá del salón con Max echando una siesta encima de ella, que a su vez usaba mi muslo de almohada. El pelo marrón chocolate le cae sobre mis piernas y tengo la mano en su cabeza y la miro como si fuera lo mejor que he visto en mi vida.

—Mmm, tiste —dice Max, señalando la lágrima que cae por su mejilla.

Ella se la seca.

—No, cariño. No estoy triste. Estoy contenta. Solo lloro porque os quiero mucho.

«Joder». Ahora voy a ser yo el que se ponga a llorar.

¿Cómo coño va a terminarse esto mañana?

Me aclaro la garganta.

—Hice enmarcar la misma foto para la habitación de Max. —Y para la mía—. Y hay una tarjeta en la bolsa.

Miller me lanza una mirada como si me dijera que con llorar una vez hoy tiene suficiente. Sienta a Max en la encimera mientras vuelve a meter la mano en la bolsa para sacar la tarjeta de cumpleaños.

Es sencilla, no tiene nada llamativo ni extraordinario, pero en el interior Max se ha vuelto loco pintando en verde y naranja. Está lleno de garabatos y al final yo he firmado por él.

Feliz cumpleaños, Miller.

Te quiero.

Con cariño,

Max

Se le escapa la risa.

—¿Has hecho esto para mí? —le pregunta al niño—. Gracias, Bichito. Es precioso. Lo voy a guardar siempre y lo miraré cada vez que te eche de menos, cosa que va a suceder todo el tiempo.

La miro con mi hijo. Le pasa la mano por el pelo y vuelve a centrar su atención en la tarjeta.

—Gracias.

Esa palabra va dirigida a mí.

—Feliz cumpleaños, Mills. Espero que haya sido el mejor hasta este momento.

Me mira con esos ojos verdes.

—Así es. Gracias a vosotros dos.

Normalmente, no acostamos los dos a Max. Si llego a casa a tiempo, lo hago yo y, si estoy todavía en el campo, es Miller la que lo lleva a dormir. Pero esta noche, como es la última que pasa aquí, los dos vamos a la

habitación del bebé.

Le cambio el pañal, le pongo el pijama y le cepillo rápido los dientecillos, pero se lo paso a Miller para que sea ella quien lo meza hasta que se duerma. Mañana solo va a estar con él una hora o así antes de marcharse de viaje, así que le doy todo el rato que quiera pasar con él.

Se sientan juntos en la mecedora mientras me quedo junto a la puerta, mirando, intentando grabarme esa imagen en la memoria.

Max está a punto de quedarse dormido, así que ella ni siquiera saca un libro para leerle. Tan solo lo sostiene contra su pecho y lo acuna en la silla. Su cara refleja sufrimiento al saber que esta es la última vez que va a hacer eso con él. Tiene el ceño fruncido y le tiembla la barbilla.

—Miller —susurro, pero niega con la cabeza como si quisiera sentir esa tristeza, absorberla y dejar que la consuma.

Max alza despacio la cabeza del pecho para mirarla y ella encuentra la fuerza para dedicarle una sonrisa. Él lleva el dedito al piercing y lo toca con cuidado.

—Te quiero, Max —apenas se oye su voz.

—Mmm. —El niño intenta decir su nombre y le toca la cara con toda la delicadeza que puede.

—Casi lo tienes. Algún día te oiré decir mi nombre. Tendrás que asegurarte de que tu padre me lo grabe cuando lo consigas.

Se la queda mirando con esos ojos azul hielo clavados en ella y no hay ningún malentendido cuando dice:

—Mmm... Ma-ma.

Miller baja la vista.

—¿Qué has dicho?

—Ma-ma. —Max sonrío orgulloso por decir la palabra que lleva semanas intentando decir—. ¡Ma-ma! ¡Ma-ma!

Miller gira la cabeza hacia mí. Está a punto de derrumbarse emocionalmente con mi hijo en brazos, que la mira como si las piezas

perdidas del puzle de su vida hubieran encajado.

Vuelve a apoyarse en su pecho y repite en voz baja la palabra una y otra vez mientras Miller lo mece y llora a puta lágrima viva.

Yo, desde la puerta, veo que se le parte el corazón mientras el mío se me parte tanto por ella como por mi hijo.

36

Miller

En cuanto Max se duerme en mis brazos, lo pongo en la cuna para poder salir de la habitación y paso corriendo junto a Kai, que se ha quedado en la puerta.

—Miller —me llama, pero no me paro ni voy más despacio, porque tengo que ir al lavabo. Necesito un segundo a solas después de lo que Max acaba de decir.

Antes de poder huir, Kai me agarra del codo.

Me doy la vuelta para mirarlo y sé que no puedo ocultarle cómo me siento.

—Nunca le he pedido que me llame así, te lo prometo.

Kai niega con la cabeza, confundido.

—¿Qué? Ya... lo sé.

Este pequeñín, al que quiero más de lo que pensaba que era capaz, se me ha quedado mirando y me ha llamado «mamá».

—Voy a joderle la vida.

—Pero ¿qué dices?

—Su madre lo abandonó y ahora voy yo y me marchó mañana y él acaba de llamarme «mamá». —Señalo hacia la habitación de Max mientras las lágrimas me caen por la cara.

—No lo estás abandonando, Mills. Solo te marchas.

—Se suponía que este debía de ser un verano fácil. Yo solo iba a ayudarte

para pasar un poco más de tiempo con mi padre. No quiero hacerle daño, Kai, y ahora ya no hay vuelta atrás. ¿Qué coño ha pasado?

Estoy desesperada, he perdido el control. Nunca he sido una persona que se ponga sentimental, pero me he convertido en un desastre emocional por culpa de estos dos chicos.

Kai se acerca a mí y me pone la palma en la mejilla, tratando de calmarme como siempre hace.

—Lo que ha pasado es que se ha enamorado de ti y creo que el sentimiento es mutuo.

Inspiro en un sollozo tembloroso.

—Teníamos unas normas para evitar este tipo de cosas.

«Las cuales no han servido para una mierda y he terminado enamorándome de los dos».

—No, Mills. —Nos señala a nosotros dos—. Éramos nosotros los que nos marcamos esas normas. Pero no has podido evitar que él sintiera lo que siente por ti y creo que una gran parte de mí lo sabía desde el primer día.

Pues claro que lo sabía. Recuerdo cuando me dijo el miedo que le daba que su hijo se encariñara con otra persona que iba a marcharse. Aun así, me quedé y mira lo que ha pasado.

—Tenías razón, Kai. Debería haberme marchado tras la primera noche en Miami.

—No digas eso.

Con las manos en la cabeza, intento controlar la respiración.

—Mañana le voy a romper el corazón y no sé cómo se supone que voy a vivir con eso.

Kai salva la distancia que nos separa, me envuelve entre sus brazos y me lleva hacia su pecho. Me tranquilizará una última vez.

—No me he ganado ese título —digo en su camiseta—. No he hecho nada para que me llame así.

—Sí que lo has hecho, Miller. Al contrario de lo que crees, no tienes que

ser la mejor para ganarte un título. Te conozco. Sé que te está costando asimilar lo que acaba de ocurrir, porque este no era un objetivo que quisieras lograr, así que sí, crees que no te mereces ese nombre. Pero si yo esperara a ser el mejor padre posible para permitir que me llamara así, el niño tendría que esperar toda la puta vida.

Me hundo más en su pecho. Tiene razón en cómo me siento. No soy lo bastante buena para ser la madre de este crío. Ni siquiera sé cómo ayudarlo cuando está enfermo. No tengo ese instinto maternal natural.

—Te he visto cómo estás con él —continúa—. Cuánta confianza le das por el mero hecho de estar ahí por él. Lo mucho que lo quieres. Créeme, sé el miedo que da verte de esa manera y, mañana cuando te vayas, empezaré a corregírselo, pero no porque no merezcas que te llame así.

«Es porque no estaré por aquí para que me llame así».

Inhalo algo más tranquila y me aparto de él.

—No debería haberme acercado tanto a él este verano, Kai. Debería haber dejado más claro los límites que he traspasado.

La helada mirada de Kai se endurece.

—¿Por qué? ¿Para que mi hijo pasara el tiempo con una persona que no le hace sentir que es lo más importante del mundo como has hecho tú? ¿O para que no supiera lo que se siente cuando te quieren como tú lo quieres a él? Eso es una chorrada y lo sabes. ¿O lo estás diciendo por mí? ¿Que deberías haber dejado más claro los límites que estás traspasando?

Debería haber dejado claro los límites por mí, porque duele. Cada palabra es como una flecha que me atraviesa el corazón, afilada y dolorosa. Por esto justamente es por lo que me he mantenido alejada de todo el mundo, porque querer a alguien cuando los caminos van en direcciones diferentes es la peor tortura.

Kai se quita la gorra, la deja sobre la isla de la cocina y, exasperado, se pasa una mano por el pelo castaño oscuro.

—Dios, Miller, te esfuerzas mucho por no encariñarte con nadie. Por vivir

una vida solitaria y es que no lo entiendo, joder.

Sé que está hablando, pero lo único que veo es su gorra boca arriba en la isla de la cocina. En el interior de la visera tiene metida la foto de Max que lleva siempre, pero hay otra al lado.

Podría distinguir esa foto en cualquier parte. Es difícil no fijarse en la camiseta amarilla después de verla cada verano en el escritorio de mi padre.

—¿Qué es eso?

Kai sigue mi mirada y clava la vista en la gorra. Exhala, derrotado.

—Ya sabes lo que es.

—¿Por qué? ¿Por qué has puesto eso ahí? ¿Por qué está al lado de la foto de Max?

No me contesta, así que dejo de mirar la foto y me lo encuentro con los ojos clavados en mí. Cuando le presto toda la atención, me dice:

—Porque cuando la vida o el trabajo es muy estresante o me agobia demasiado, así puedo ver qué es lo que más importa. Y eres tú, Miller. —Niega con la cabeza—. Y está ahí porque estoy enamorado de ti, joder, y me duele demasiado no poder verte cada segundo del día.

Sacudo la cabeza con fuerza, como si así las palabras fueran a desaparecer.

—No, no estás enamorado de mí.

Teníamos unas normas que él debía seguir. Las pusimos para no hacerle daño. Yo puedo encargarme de mi corazón roto, pero no puedo vivir sabiendo que se lo he roto también a él. Le ha pasado ya demasiadas veces en la vida.

—Pues sí, lo estoy. —Alza las manos, en señal de derrota—. Te quiero, joder, y siento que ni mi hijo ni yo podemos controlar lo que sentimos por ti. Siento que esto sea lo último que quieres oír, pero no me arrepiento en absoluto de decírtelo.

—Kai —digo llorando, vuelven a caerme las lágrimas por las mejillas—. No puede ser. Es que... no sé cómo nos hemos visto atrapados en esto.

Teníamos unas normas.

—¡Que le den por culo a las normas, Miller! —estalla, caminando por el pasillo que lleva a la habitación principal—. No te estoy pidiendo que me quieras. —«Pero sí te quiero», aunque en lugar de eso dice—: Pero no voy a seguir fingiendo que no estoy totalmente jodido después de haber estado contigo los dos últimos meses. Sé que es lo último que querías, pero no voy a pedir disculpas por ello. Eres mi persona favorita, Miller, y por una vez he tenido a alguien para mí. He tenido a alguien que se ha preocupado por mí. Después de llevar solo tanto tiempo, por fin he tenido a alguien que se preocupaba por mí.

—Yo no he sido la que te he cuidado. —Niego con la cabeza, desesperada—. Tú eres quien me ha cuidado a mí.

—Tú me has estado cuidando el corazón, Mills, y yo te lo he estado cuidando a ti.

Intento limpiarme la cara con el dorso de la mano, pero esas estúpidas lágrimas no dejan de caer.

—Joder —susurra—. No quería decírtelo porque sabía que te asustaría y saldrías corriendo, pero supongo que ya no importa, porque te vas a ir mañana de todas formas.

—Tú quieres una familia con la que se críe tu hijo y yo no tengo eso, Kai. —Busco cualquier cosa que le haga dejar de sentir eso por mí—. Solo me tengo a mí.

—¡Yo solo te quiero a ti! Ya somos una familia, Miller. Mis amigos, mi equipo, tu padre... y tú. Solo te quiero a ti.

—¡No quería hacerte daño! —chillo—. Todo el tiempo he sabido que me iba a ir y he dejado que te encariñaras. Yo también me he encariñado y ahora me voy a convertir en otra persona que te deja.

Kai entra en la cocina y apoya las manos en la encimera delante de él. La misma cocina en la que he pasado gran parte del verano. Donde se han creado tantos de mis recuerdos preferidos.

—Miller, tú no eres otra persona cualquiera. —No me mira, tiene la vista clavada en el suelo y veo bajo las gafas que la primera lágrima cae al suelo—. Tú me pusiste como prioridad cuando yo me había olvidado de hacerlo. Me recordaste cómo era ser importante, que te escogieran primero. Sé que querías que esto fuera fácil y solo un rollo, pero estás aquí, joder. —Se lleva los dedos al pecho y da un par de palmadas, cuando me mira con esos ojos azules llenos de dolor—. Estás en todas partes y, cuando te marches mañana, te seguiré viendo en todos los rincones. En esta cocina. En la habitación de Max. En mi cama. No va a ser nada fácil. Es una puta mierda, Miller, saber que hay un reloj en el que pasan los segundos hasta que no me quede ninguno más contigo, pero lo volvería a hacer, no me arrepiento. Me volvería a enamorar de ti y me rompería el corazón de nuevo, porque amarte ha sido una de las dos mayores sorpresas de mi vida.

La otra ha sido su hijo y que me compare con la persona más importante de su vida hace que eche la cabeza hacia atrás para recuperar el aliento.

Kai tiene los puños sobre la encimera y los hombros caídos en señal de derrota. Está echado hacia adelante por el sufrimiento, una representación física de cómo me siento.

—Si pudiera... —continúa, negando con la cabeza—, iría detrás de ti. Pasaría todos los días libres en un avión para estar contigo, aunque significara solo darte un beso antes de meterme en un avión de vuelta a Chicago. Pasaría los meses fuera de temporada viviendo en un hotel o en tu puta furgoneta para estar cerca de ti, pero ya no tomo las decisiones solo basándome en mí. Y por eso no quiero que digas nada. No me digas si me quieres y joder... —Exhala una risa dolorosa—. Por favor, no me lo digas si no me quieres. Pero sobre todo no me des ninguna esperanza, porque si lo haces, tengo la sensación de que iría tras de ti por todo el país hasta atraparte.

Incapaz de mantenerme alejada de él, me meto por debajo de su brazo para juntar nuestros pechos.

—Kai —susurro sin aliento y abrumada por su confesión.

Hay muchas cosas que quiero admitir, pero cuando lo miro a los ojos y busco las palabras adecuadas, él se limita a negar con la cabeza y me ruega que no diga nada. Así que me pongo de puntillas y tiro de él para llevar sus labios a los míos y besarlo de un modo que espero que lo convenza de lo mucho que lo quiero.

Me echo hacia atrás y le paso los pulgares por las mejillas antes de quitarle las gafas. Es tan guapo, tan mío... Al menos por esta noche.

Una última vez.

—Por favor —susurro, mirándolo a los ojos.

Se ríe, pero no hay nada de humor.

—Nos lo estamos poniendo muy difícil, Mills. Nunca habías tenido que pedirlo.

Estira el cuello y me da un ardiente beso al tiempo que me levanta del suelo y me lleva a la habitación.

Me tumba en la cama con mucho cuidado, con mucho respeto, antes de colocarse entre mis piernas abiertas sin apartar los labios de los míos. Siento que el corazón le late en el pecho con fuerza, contra el mío, mientras intento asimilarlo todo. Cada beso ansioso, cada caricia tierna.

En cierta manera, es cruel disfrutar el uno del otro una última vez. La conciencia de que se ha terminado, de que esta será la última vez, se palpa en el aire.

Kai me guía los brazos para sacarlos de su camiseta que llevo puesta y en lo único en que puedo pensar es en aquel día en el campo cuando me dijo que le gustaba ver a las chicas guapas con su camiseta y que también le gustaba quitársela. Pero no se ríe como aquel día, como un descarado. Esta noche, tiene la cara atormentada mientras me retira la prenda con su apellido.

Cuando le quito la camiseta a él, lo beso del abdomen al pecho y los músculos se le contraen. Me coge de la mejilla para llevar mi boca a la suya

y respira con dificultad contra mis labios.

Cada movimiento es lánguido y concienzudo.

Nos besamos durante más tiempo que nunca. Nos tocamos y nos exploramos.

Hacemos más, más de todo, para alargar esta noche todo lo posible.

—Desabróchame el cinturón —murmura contra mis labios.

Hago lo que me pide mientras continuamos besándonos, rozándonos las lenguas, buscándonos el uno al otro.

Cuando los pantalones le caen al suelo, me desviste de la misma manera exploratoria, besándome cada centímetro de la piel y adorando todo mi cuerpo hasta que los dos nos quedamos desnudos, retorciéndonos y deseándonos.

Kai coloca las caderas contra las mías y su longitud rígida me frota ahí donde lo quiero mientras nos besamos con anhelo.

Mete la mano en el cajón de la mesilla que hay a mi lado, pero pongo una mano sobre la suya para detenerlo.

Me mira a los ojos, confundido.

—Tomo la píldora.

—Miller...

—Por favor, Kai. —Le acaricio un lado de la cara para mantener su atención—. Te necesito así, quiero sentirte del todo. Solo una vez. Esta última vez.

Traga saliva con fuerza.

—¿Estás segura?

—Sí, pero solo si tú también quieres.

Se me queda mirando la cara un momento.

—Sí.

—Yo... —Niego con la cabeza—. Nunca he estado con alguien así.

—Ni yo tampoco.

—Pero...

Exhala una risa.

—Cuando digo que Max fue una sorpresa, lo dije en serio. Eres la única persona que he querido tener así de cerca.

Me toca primero con los dedos, los mete entre nuestros cuerpos y los hunde en mí. Noto lo preparada que estoy por la facilidad con que los desliza en mi interior.

Cierra los ojos azul acero cuando me siente.

—Qué mojada, Mills.

Abro las piernas un poco más al oír eso y arqueo la espalda para pasarle el coño por la erección.

Kai se lleva los dedos húmedos a la polla para mojarla y cubrirla con mi flujo. Vuelve a ponerse encima de mí, sosteniéndose sobre un brazo mientras le acaricio la espalda para mantenerlo cerca.

Me observa con mucha admiración mientras se hunde en mí y sus labios van de nuevo a saborear los míos.

—Por favor, déjame decirlo —susurra—. He intentado demostrártelo todo el verano, así que déjame decírtelo, aunque sea en esta última noche.

—Dímelo.

Restriega la nariz contra la mía.

—Te quiero. Dios, te quiero tanto, Miller, que es como si fuera a morirme.

Asiento enseguida, porque no me va a dejar que le diga lo mismo, así que intento contener la emoción persistente y le bajo las manos por la espalda para que me penetre. Y con esa confesión, alza las caderas y empuja hacia mi interior.

Piel con piel.

Caliente, prieta y tan llena que me quedo sin aliento.

Nuestras bocas abiertas se echan el aliento, nuestros pechos palpitantes se mueven sincronizados.

—Ay, Dios mío —exhalo—. Kai, te noto...

—Es increíble. Eres increíble, Miller —dice cuando yo no puedo seguir hablando—. Siento cada centímetro de ti.

Todo esto es apego. No se trata solo de un vínculo físico, sino de su corazón y del mío. Parece que tenemos que estar aquí, juntos, y saber que yo soy la razón por la que esto va a terminar mañana hace que me se me vuelvan a mojar las pestañas con las lágrimas.

Estoy abrumada. Por su cuerpo. Por lo que siento por él. Por el recuerdo doloroso de que mañana todo se acaba.

Kai mueve despacio el cuerpo sobre el mío y la pelvis me golpea el clitoris de una forma deliciosa cada vez que se desliza. Lo acerco a mí mientras la habitación se llena de jadeos desesperados y resuellos. Me decora la piel de suaves mordiscos y besos balsámicos, murmurando cuánto me quiere, lo agradecido que está por mí, cuánto lo he cambiado todo.

Pero ¿no ve que soy yo la que está diferente?

Yo soy a la que han desmontado y han vuelto a hacer en las últimas ocho semanas.

—Miller —susurra, limpiándome con el pulgar las lágrimas que me caen por las mejillas—. No llores.

Le acaricio un lado de la cara, manteniendo el contacto visual.

—No puedo evitarlo.

Continúa moviéndose dentro de mí, la cantidad de amor que nos rodea es abrumadora. Kai me besa las mejillas, me seca la cara mientras las lágrimas siguen ahogándome, nublándome los sentidos. Me levanta una de las piernas para acercármela al pecho, me agarra del cuello para entrar más y nunca en mi vida había sentido nada parecido.

Es íntimo.

Es conexión.

Es amor y es terriblemente doloroso, porque todo va a terminar.

Kai se echa hacia atrás para mirarme y es entonces cuando veo el brillo en sus ojos. Él también lo siente todo.

—Miller —dice, asegurándose de que le estoy prestando atención—. Si alguna vez decides dejar de correr y formar un hogar..., que sea conmigo.

Se me escapa un sollozo ahogado y lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza. Si alguna vez me cambiara la vida, si virara el rumbo, no sería por nadie más que por él.

Nos abrazamos mientras nuestros cuerpos se mueven sincronizados y les dejamos que se digan todo lo que yo no puedo decir.

Y esa noche, cuando Kai susurra contra mi piel que hoy ha sido un buen día, no respondo que todos los días podrían ser buenos.

Porque para mí este ha sido el último.

37

Kai

—¡Bola! —grita el árbitro.
«Joder».

Estoy a punto de ponérselo a huevo a este puto bateador y que luego logre una carrera desde las bases llenas... por segunda vez en esta entrada.

Travis se sacude y, desde su posición, agachado, me tira la bola desde detrás del home. Hasta con la máscara tapándole la cara veo la preocupación en su ceño fruncido.

—Vamos, As —me dice Cody desde la primera base.

—Venga, Kai —añade mi hermano.

Exhalo y camino por el montículo, pero solo la veo a ella.

A Miller con mi camiseta puesta y mi hijo en brazos.

Estoy hecho una mierda por esas imágenes, por los recuerdos. Y tan solo empeora cuando me quito la gorra y la veo allí también.

Hace ya una semana.

Hace una horrorosa semana que Miller se marchó.

Hace una semana que empecé a corregir a Max cada vez que veía su foto y la llamaba «mamá».

Hace una semana que empecé a usar la almohada con la que ella dormía en mi cama en vez de la mía, rezando para que su dulce olor se quede grabado en las fibras del tejido para siempre.

Hace una semana que este mundo que creé, que esta pequeña familia que

consideraba mía, se disolvió, y mi hijo y yo nos quedamos solos de nuevo.

También hace una semana desde que oí su voz ronca pronunciar mi nombre. No hemos hablado desde que se marchó, porque me prometí a mí mismo que no la retendría. No la haría sentirse culpable y no la obligaría a responderme cuando tiene esas oportunidades increíbles que la mantienen ocupada.

Así que he recurrido a su padre para que me dé información.

¿Llegó bien?

¿Está descansando?

¿Está contenta?

Esas dos últimas preguntas no podrían estar más lejos de mi propia realidad, así que, por su bien, espero que esté mejor que yo. Espero que esté feliz.

Porque, desde luego, yo he perdido la alegría.

—Malakai, céntrate —me dice Isaiah desde atrás.

El estadio está a rebosar por el partido de esta tarde de septiembre y nos jugamos la final. Esta noche tenemos la oportunidad de asegurarnos de ser uno de los mejores equipos y yo acabo de regalarle una carrera al bateador.

Dios, menuda bronca me voy a llevar luego en el resumen después del partido. Pero no me importa una mierda. Todas las veces que le dije a Miller que la presión era un privilegio, que era un honor cumplir las expectativas, me hacen sentir un fraude. Porque no voy a cumplir nada.

Con los tacos hundidos en la tierra, Travis me da el lanzamiento, una recta de cuatro costuras. Asiento y me enderezo para alinear los dedos sobre la bola en el guante antes de girar la cabeza para comprobar dónde están los corredores y, al hacerlo, lo único que veo son las bases que recorrí con ella la semana pasada.

Cuando era feliz. Cuando ella era feliz. Cuando era mía.

Me quito la imagen de la cabeza y hago el lanzamiento. Uso el cuerpo entero para tirar la bola antes de permitir que se escape de los dedos.

Se eleva por el plato, justo a la altura que el bateador necesita para que vuele hacia el jardín izquierdo.

Y eso es exactamente lo que hace, un grand slam que cambia el resultado de cinco a cero antes de conseguir siquiera una eliminación en esta tercera entrada.

Joder.

La muchedumbre abuchea. Muy fuerte. Es ensordecedor y no creo que tenga nada que ver con nuestros oponentes, pero sí conmigo.

Travis empieza a caminar hacia el montículo, pero Isaiah se lo quita de encima y entra desde su posición.

Ambos nos cubrimos la boca con los guantes para hablar.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Joder, ¿a ti te parece que estoy bien, Isaiah?

—Sí, es verdad. Es una pregunta horrible.

Toda la puta vida se vino abajo hace siete días y no fue porque no nos quisiéramos ni nos deseáramos. Fue simplemente porque vamos por dos caminos diferentes que solo se cruzaron durante dos cortos meses.

Antes de que mi hermano pueda preguntarme nada más, Monty sale del banquillo y viene directo a mí.

—Me cago en todo —maldigo en el guante.

No sabría decir la última vez que me sacaron tan pronto de un partido. He jugado de mierda en los anteriores esta semana, pero hice cinco entradas completas antes de que entraran los lanzadores relevistas.

Esto ha sido bochornoso y, por primera vez en semanas, me pregunto qué coño estoy haciendo con mi vida.

Nada tiene sentido sin ella. El personal del equipo se turna para cuidar a Max hasta que termine la temporada, pero ¿qué voy a hacer al año siguiente o al otro? ¿Contratar a alguien que no se preocupe nunca por mi hijo como ella se preocupaba por él? ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Solo porque me encanta? Bueno, no siempre tenemos lo que queremos, ¿no?

Monty le indica a mi hermano con un gesto de la cabeza que se marche e Isaiah me da con el guante para animarme antes de dirigirse a su sitio entre la segunda y la tercera base.

Monty exhala y se lleva la camiseta hacia la boca para poder hablar sin que las cámaras pillen lo que está diciendo.

—Tengo que sacarte, As. —No se lo discuto. No me quejo. Me limito a asentir y él continúa—: Tienes que encontrar la manera de superarlo.

—Sí, lo siento, seguiré trabajándomelo —contesto con un tono seco y Monty me lanza una mirada de advertencia para recordarme que él no es el único que lo está pasando mal.

Mientras me lamento por haber perdido a su hija, él también tiene el corazón destrozado por no verla todos los días.

—Lo siento —añado con más sinceridad.

El hombre me busca con sus ojos castaños.

—Vete a casa. Ve a buscar a Max y vete a casa. No tienes que quedarte el resto del partido ni para la prensa. Ve a cuidar de ti y de tu hijo.

Estoy en mitad del campo con cuarenta y un mil fans mirándome, pero empiezan a escocerme los ojos y se me tensa la garganta porque ya no sé cómo cuidarme.

Últimamente, soy un despojo humano. Apenas me ducho ni como y solo salgo de la cama por Max. Tener que encargarte de alguien mientras se te rompe el corazón es un alivio extraño. Quieres regodearte en la autocompasión, pero no puedes porque hay alguien que depende de ti.

Pero siempre ha habido otra persona que dependía de mí, así que esto no es algo nuevo.

—Coge el maldito teléfono y llámala, Kai. Quizá te ayude.

Niego con la cabeza y me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Me recuperaré. Ahora le están pasando cosas importantes y no necesita oír lo jodido que estoy.

Se me queda mirando un momento y luego asiente con la cabeza, esa es la

señal para que me marche.

Obedezco. Salgo trotando del campo hacia el banquillo y de allí voy a la casa club para ir a por mis llaves. Me paso por el gimnasio para recoger a Max y me encuentro a Kennedy jugando con él en el suelo. Se ha ofrecido voluntaria para cuidarlo por mí esta noche.

—Hola, As —me saluda con toda la cautela del mundo—. ¿Qué tal lo llevas?

Gruño.

—Por favor, no me tengas lástima como todos los demás. No soportaría que otra persona me mire como si estuviera a punto de romperme.

—Perdona, tienes razón. ¿Te han sacado en la tercera entrada? Uy, siento decírtelo, As, pero solo trabajo con el cuerpo. No tengo nada para un ego magullado.

Se me escapa un resoplido risueño.

—Gracias. —Max se acerca solo a mí caminando, con las manos extendidas para que lo coja—. Y gracias por cuidarlo.

Al decir eso, me doy la vuelta para marcharme, pero me detengo en la puerta y giro la cabeza para mirar a Kennedy.

—¿Has sabido algo de ella?

La cara le refleja más de esa lástima que le he pedido que no me tenga.

—Hemos hablado un par de veces, sí. Le escribí para ver cómo estaba, pero no me contestó hasta en mitad de la noche. Luego, cuando le mandé otro mensaje, estaba dormida. Está ocupada.

«Está ocupada». Sé que está ocupada. Odio que esté ocupada.

—Gracias de nuevo por cuidar de él.

Una vez en la camioneta, me alejo del estadio y vamos a casa. Durante todo el camino, intento ignorar el deseo ardiente y abrumador de coger el teléfono para llamarla, solo para oír su voz una vez más.

Le doy la cena a Max y no me preocupo por mí porque, como ya he dicho,

apenas he comido esta semana. Lo baño y le pongo el pijama para que esté cómodo.

—Max, ¿coges un libro para leer antes de irnos a dormir? —le digo sentándome en el suelo de su habitación.

Se acerca a su pequeña estantería y elige un libro grande y colorido sobre insectos antes de dejarse caer en el suelo enmoquetado. Se me coloca entre las piernas y apoya la cabeza en mi estómago.

Aunque la mayoría del día me siento como si nunca más fuera a estar bien, sé que lo lograré. Tengo que estar bien por él y eso me da cierta esperanza.

—Bichito —dice, señalando el dibujo de una oruga que aparece en las páginas.

—Sí, eso es un bichito. ¿Sabes qué más es un bichito? —le pregunto, haciéndole cosquillas en el costado—. ¡Tú eres un bichito!

Se ríe y se dobla encima de la mano con la que le hago cosquillas. Su risa es lo mejor que he oído en toda la semana. Y mi sonrisa es la más auténtica que me ha salido durante el mismo tiempo.

Max se pone de pie y nos miramos a los ojos. Me pone las manitas en la cara, me acaricia las mejillas y me las desliza por la nuca.

Me pasa un dedo por el contorno de los ojos y los cierro para que pueda seguir.

—Pa-pa tiste —dice y abro los ojos de golpe al oír eso.

Tiene cara de estar preocupado, más de lo que debería estar un bebé de diecisiete meses.

—Sí —exhalo—. Papá está triste, pero no es malo estar triste. —Le pongo una mano en la espalda para ayudarlo a mantenerse de pie y que pueda mirarme—. Solo significa que queremos tanto a una persona que la echamos de menos. Es algo bueno.

—Sí —asiente, aunque no entiende del todo lo que le digo.

—Nosotros nos tenemos el uno al otro, Max. Tú y yo. —Me lo acerco al

pecho para abrazarlo—. ¿Sabes cuánto te quiero?

—Sí —repite y esta vez no puedo evitar reírme.

—¿Sabes cuánto te quiere Miller? Sé que te echa tanto de menos como nosotros a ella. Hay muchísima gente que te quiere, Bichito. No quiero que te olvides de eso.

Se echa sobre mi hombro, acurrucándose contra mi cuerpo, y sé que es hora de llevarlo a dormir.

Me pongo de pie, lo meto en la cuna y enciendo la máquina de sonidos que hay sobre la mesilla de noche. Max me sigue con los ojos somnolientos y señala la foto enmarcada que hay junto a la cuna.

—Ma-ma.

Juro que esa palabra me deja sin respiración al igual que ha sucedido cada vez que la ha repetido a lo largo de esta semana.

—Ella es... —Trago saliva—. Es Miller.

—¡Ma-ma!

—Sí —exhalo, derrotado. No añado nada más, porque la verdad es que no quiero corregirlo.

Me inclino sobre la cuna para besarlo en la cabeza.

—Te quiero, Max.

Después de asegurarme de que el vigilabebés esté conectado, apago las luces y cierro la puerta detrás de mí para ir a la nevera a por una cerveza.

Una Coronita en concreto, porque es lo único que tengo, aunque parezca que sea el universo diciéndome: «Jódete bien».

Me siento en el sofá, abro el botellín y le doy un trago. Soy incapaz de quitarme de la cabeza la imagen de Miller con una de estas botellas en los labios el primer día que la vi en el ascensor.

Dios, estoy hecho una puta mierda. ¿Cómo supera estas cosas la gente?

Saco el móvil y busco un poco de información de la chica de la que estoy locamente enamorado.

La misma chica que se ha marchado en busca de grandes sueños.

Cada noche, cuando Max se va a la cama, busco su nombre en internet. En cuanto aparecen esos ojos verde jade y ese pelo moreno, me da un vuelco el corazón y deseo poder atravesar la pantalla y tocarla.

La han estado entrevistando al menos una vez al día en distintos blogs. Violet mantuvo en serio la promesa de llenarle la agenda cuando regresara al trabajo. Me molesta por ella. Esa es la presión que la hizo estallar al principio, pero conozco a Miller y sé que puede cumplir las expectativas si se lo propone. Además, a juzgar por las entrevistas, es eso justo lo que está haciendo.

Luego está la parte de mí que agradece que Violet la haya llevado de lleno al tema, porque así puedo ver algo de ella. Puedo leer lo que dijo ese día y, sí, esta parte desesperada, que la echa de menos, está intentando leer entre líneas, buscar un significado oculto. Estoy tratando de encontrar la frase «Miller Montgomery se muda a Chicago» en algún momento del artículo titulado «Miller Montgomery: De vuelta al trabajo».

Hace mucho que Miller ahogó esas inseguridades de no ser suficiente. Esas voces bajaron el volumen, pero no se apagaron del todo y se quedaron bajo la superficie.

Ahí están otra vez, haciéndose preguntas, temiendo la confirmación de que, al haber vuelto a su vida anterior llena de cocinas caóticas, en la que viaja por todo el país y donde la entrevistan revistas elegantes, se haya reído de sí misma por creer que podía encariñarse con una vida simple y tranquila conmigo y con mi hijo.

A mitad de la última entrevista, me llega una notificación al móvil.

Ryan: *Estamos de cena familiar. Creía que vendrías después del partido.*

Mierda. Ni me he dado cuenta. El calendario que antes miraba y memorizaba, el que corría a la velocidad de la luz cuando Miller estaba aquí, ahora avanza a cámara lenta y los días pasan como si fueran meses.

Así que sí, me he olvidado de que era domingo, porque ¿cómo coño he sobrevivido al dolor de siete días enteros?

O tal vez sin ser consciente de ello me he olvidado porque la idea de estar con amigos, los mismos que están enamoradísimos de sus parejas mientras yo tengo el corazón roto, es lo último que quiero hacer.

Yo: *Lo siento, me he olvidado. Iré la semana que viene.*

Ya veré.

Ryan: *La semana que viene, mi mujer y yo estaremos de luna de miel.*

Mierda. El tío se casa el sábado y me he olvidado completamente.

Yo: *Soy un amigo horrible. Por supuesto que lo sé. Estoy deseando que llegue el sábado.*

Ryan: *No te rayes. Sé por lo que estás pasando ahora mismo. Estamos aquí para lo que necesites si nos dejas.*

Yo: *Se me pasará.*

Antes de seguir investigando a Miller, me llega un nuevo mensaje.

Indy: *Ryan puede llevarte las sobras si no has cenado todavía.*

Yo: *Gracias, Ind, pero estoy bien.*

Indy: *Os queremos a ti y a Max. Os tenemos a los dos presentes.*

Intento salir de la conversación, pero no puedo evitarlo y paso el pulgar por el teléfono.

Yo: *¿Sabes algo de ella?*

Una cantidad patética de esperanza se mezcla con el pavor.

Indy: *Le mandé un mensaje el otro día para decirle que la echamos de menos. Dijo que estaba a tope de trabajo, pero que también nos echaba a todos de menos.*

Empiezo a responder, porque le quiero decir a Indy que le transmita un mensaje de mi parte, que Max la echa de menos, que yo la echo de menos, pero me convengo a mí mismo de que no debo hacerlo. Soy yo quien debería decirle eso.

Yo: *Estoy deseando que llegue el sábado.*

Indy: *iiiiiiYyo!!!!!!*

La idea de una cena familiar sin Miller ya es bastante mala de por sí, pero

¿estar en la boda de unos amigos solo? Dios, sí que va a ser duro. Me quedan seis días para intentar recomponerme, para no estropearles el día con mi actitud de mierda.

Toda determinación me abandona cuando, sin pensarlo, encuentro su contacto en el móvil. Me está mirando, me tienta.

¿Sería lo peor del mundo oír su voz? ¿Si tan solo le dijera lo mucho que la echamos de menos? Quizá me sentiría mejor si lo supiera. A lo mejor ella también se sentiría mejor. O, lo más probable, solo quiero que ella también me lo diga.

Sin pensarlo más, pulso su nombre y la llamo.

Muevo las rodillas de los nervios cuando da señal. Continúa sonando un par de veces más hasta que al cuarto tono, contesta.

El corazón se me sale del pecho al saber que está al otro lado de la línea, que puede oírme.

—¿Miller?

Estoy casi seguro de que se me ha quebrado la voz al pronunciar su nombre. Sería muy vergonzoso si sintiera algo más que entusiasmo.

—Eh... no —dice alguien al otro lado—. Soy Violet, su agente. Está en medio de una entrevista en este momento.

Me desinflo al instante.

—Ah, vale. ¿Sabes cuándo acabará?

—No estoy segura. Luego le queda una noche larga en la cocina. Me imagino que estará libre a eso de las dos de la madrugada.

Las dos de la madrugada en Los Ángeles son las cuatro de la madrugada en Chicago.

—¿Quieres que le diga que te llame? —me pregunta Violet.

—No. No te preocupes. Sé que está ocupada.

—Así es, pero son todo cosas muy importantes y emocionantes para ella. Y aquí está contenta. Le va muy bien en la cocina. Tiene un futuro brillante en el sector. Te lo digo yo. He representado a muchos chefs en mi carrera,

pero ninguno tan prometedor como ella.

Eso es lo que yo quería, que triunfara. Pero no me había dado cuenta de que doliera tanto verla desde lejos. De todos modos, aunque yo esté fuera de la ecuación, no podría estar más orgulloso de esa chica. Parece que por fin ha encontrado lo que la hace feliz.

—Oye, Violet. —Me aclaro la garganta—. Hazme el favor de no mencionarle que la he llamado.

Se calla un instante al otro lado de la línea.

—¿Estás seguro?

—Sí. Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Papi Béisbol.

Resoplo y me río brevemente al saber que ha visto cómo me tiene guardado en la agenda.

Al colgar el teléfono, me siento como si fuera otra vez el domingo pasado. Como si empezara de cero a echarla de menos. Solo que esta vez tengo la confirmación de que es feliz. Que está triunfando, haciendo cosas mejores y más importantes de las que le podía yo ofrecer aquí.

38

Miller

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Violet, siguiéndome por la ajetreada cocina mientras me apresuro a preparar el servicio de cena.

—Bien —Igual que el resto de entrevistas con los blogs esta semana—. Ha ido bien.

Entro en la despensa y, con el portapapeles que llevo en la mano, hago inventario de la entrega de fruta que el restaurante de Maven ha recibido hoy para asegurarme de que haya suficiente en la cocina hasta que llegue el próximo pedido el miércoles.

—Vale, genial —continúa Violet, entrando en la fría despensa, con la cabeza fija en su iPad—. Como el restaurante está cerrado mañana, he programado otra entrevista por la mañana con la bloguera de *Una pizca de sal*.

—¿De verdad crees que es necesario? —Sigo haciendo el inventario mental de las estanterías, contando las cajas de caquis, peras e higos—. Mañana por la tarde tengo la entrevista con *Food & Wine* y estoy segura de que a estas alturas cualquier interesado ya sabe que he vuelto al trabajo.

—Miller, estamos sacándole el máximo rendimiento. Aprovechando el momento.

—Bueno, pues a mí me gustaría descansar un puto segundo para poder respirar. No he estado ni un instante a solas desde que llegué a Los Ángeles, salvo cuando me ducho o duermo.

—Sí, sobre eso... —continúa Violet, inmersa en mi agenda—. ¿Qué te parece si haces algunas entrevistas por teléfono mientras te duchas? Ya sabes, para aprovechar cada minuto del día.

Me giro hacia ella.

—Por favor, dime que estás de broma.

—Pues claro que sí. ¿Es que te has dejado el sentido del humor en Chicago?

«El sentido del humor. El corazón. Creo que ambos siguen allí».

—Mira, pasaremos lo de *Una pizca de sal* para el martes y así tendrás mañana por la mañana libre antes de la entrevista con *Food & Wine*.

Asiento.

—Eso me parece bien.

La puerta de la despensa se abre y veo a Jenny, una de las dos ayudantes de cocina de repostería. Lleva una caja de frambuesas en la mano.

—Chef, tenemos un problema.

La cocina es un caos detrás de ella, hay mucho ajetreo con la preparación de la cena.

—Las frambuesas que han entregado hoy están ácidas. Muy ácidas.

Cojo una de la caja y me la llevo a la nariz. Tiene razón, están muy verdes, pero me la meto en la boca para asegurarme.

«Mierda, qué mala». En el menú de esta noche tengo una mousse de chocolate blanco con un *crèmeux* de frambuesa, un menú que he estado diseñando estos dos últimos días y preparando toda la tarde, menos la hora que me tomé para la entrevista con otro bloguero gastronómico.

—¿Están todas así? —pregunto.

—Todas. A lo mejor podríamos hacer *crèmeux* de moras... Nos las han traído también hoy y tienen buena pinta.

—No. El sabor no es el adecuado.

—Sí, chef.

Jenny baja la vista al suelo.

—Aunque no es mala idea —me corrijo enseguida—. Las moras son un poco ácidas para ese plato, pero piensas rápido, me gusta.

Sonríe ligeramente.

—Gracias, chef.

Los ojos se me van a la caja de peras que también nos han entregado hoy. Las iba a usar para unas peras al vino que había pensado para el servicio de cena del martes, pero ya veré que hago en el futuro.

—Deshazte de las frambuesas y dile a la chef Maven que vamos a quitar la mousse y pondremos en su lugar las peras al vino que tenía para el martes. El suflé de pistacho sigue adelante. Y ¿te importaría ir al congelador para ver cómo va el sorbete de chocolate?

—Sí, chef.

—Y, por favor, asegúrate de que la chef Maven sepa por qué cambiamos el menú. Vuestra cocina necesita proveedores de confianza y este no parece serlo.

—Claro, chef.

Violet y yo salimos de la despensa y mi agente permanece pegada a mí mientras continúa organizándose la agenda.

Esta noche es mi quinto servicio de cenas en Luna's, el restaurante de la chef Maven en Los Ángeles. Normalmente, cuando asesoro, no lo hago desde la cocina a menos que me llamen, pero me gusta pasar el primer par de semanas en el ajo, para ver cómo se comunican y cómo es la coordinación en el nuevo restaurante.

Me ayuda a diseñar el menú.

—Violet, estamos a punto de servir la cena —le recuerdo mientras continúo organizando.

Mi montón de trapos limpios está justo donde me gusta y los cuchillos preparados y dispuestos en el orden correcto.

—Lo sé, soy consciente de ello. Pero quería enseñarte la maqueta de *Food & Wine*. Me la han enviado esta mañana. Es impresionante y las fotos

son fantásticas. Todo está en marcha. Solo les falta añadir la entrevista y lo mandan a imprenta.

Violet está inmersa en su iPad de nuevo, revisando los correos electrónicos para enseñarme el artículo.

—Vi, ¿te importaría que lo viéramos luego? Esta noche es una locura con el nuevo postre que no tenía previsto presentar hasta dentro de unos días.

—Claro, chef. —Deja de hacer lo que está haciendo—. ¿Has comido hoy? Tienes que comer antes de que empiece el jaleo.

Luna's prepara una cena para el personal todas las noches antes de que empiece el servicio. Sin embargo, yo no he podido disfrutar de ninguna todavía, dado que aprovecho ese tiempo muerto para que me entreviste cualquiera que quiera algo de mí.

—Ya picaré algo.

Pero no tengo hambre y no recuerdo la última vez que tuve ganas de comer.

Vuelvo hacia mi estación de trabajo para asegurarme de que Jenny y Patrick, los dos ayudantes de cocina a cargo de los postres, tengan preparado todo para esta noche.

Además de las peras al vino, que necesitan cierta preparación, está todo bien.

A través del pasaplatos, veo a la chef Maven colocándose y sé que las puertas están a punto de abrirse y que el servicio está a punto de empezar.

—Violet, tengo que trabajar.

—Vale. Tengo tu móvil. ¿Dónde quieres que te lo deje?

—¿Te importaría llevarlo a la casa de alquiler? Te pilla de camino, ¿verdad? No me hace falta esta noche.

—¡Hecho! Que vaya bien.

—Violet. —Señalo el teléfono que todavía tiene en la mano—. ¿Alguna llamada o mensaje importante?

Vacila.

—Te ha llegado un correo importante, sí. La fotografía de *Food & Wine* ha mandado una imagen que no iba con la revista, pero deberías verla. Es muy bonita.

Se me encoge el corazón por el chasco. Otro día más sin saber de él.

—Lo miraré luego. Gracias.

—Llevo todo el día esperando dos bogavantes con boloñesa —dice la chef Maven—. Jeremy, menos espuma de trufa en la boloñesa. Llenas demasiado el plato.

—Sí, chef.

—Chef Montgomery, dos suflés, para la mesa seis y para la diez.

—Sí, chef.

Le echo un vistazo al horno para comprobar cuánto tiempo llevan.

Maven tiene unas normas muy estrictas, pero no tiene ningún empleado que no sea de máxima categoría.

Elegí este restaurante porque llevo con ganas de trabajar con Maven desde que dio un seminario cuando yo estaba en la escuela culinaria. Sin embargo, desde que llegué, solo he trabajado dos noches codo con codo con ella.

Me he dado cuenta de que Maven solo está aquí dos noches por semana y deja a su mano derecha al mando del resto. Trabaja en los pedidos, los menús y la preparación durante el día y luego les confía a sus cocineros el servicio de cena mientras que ella se va a su casa.

Y lo bordan. Cada noche.

—Chef Montgomery, necesito unos plátanos flambeados.

Por primera vez hoy, me da un vuelco el corazón y las manos se me quedan paralizadas en el plato en el que estoy trabajando.

Casi nadie pide los plátanos flambeados. Es la opción vegana fuera del menú. Los salteo con una salsa de caramelo y los sirvo con helado vegano de *butterscotch*.

Cada vez que alguien los pide, me acuerdo de Max, porque sí, algo tan sencillo como los plátanos, me hace echar de menos al niño y nuestros días juntos en la cocina.

De repente, vuelvo a la emotiva despedida de hace siete días. Cuánto me dolió irme de Chicago después de dejarlos a todos allí fuera del estadio. Los ojitos azules de Max se pusieron a llorar, aunque el bebé no tenía ni idea de por qué, solo que me veía a mí y a su padre llorando.

Estoy convencida de que se me salió el corazón del pecho y se quedó con ellos a más de tres mil kilómetros. Lo único bueno de estar tan ocupada con entrevistas y en la cocina, en su mayor parte, es que he sido capaz de desconectar de los meses que he pasado con ellos y me he centrado solo en trabajar.

Me meto la mano en el bolsillo de la chaqueta de chef y paso los dedos por la cartulina que siempre llevo conmigo. La tarjeta que me dieron es la única felicitación de cumpleaños que me he guardado en la vida. Nunca he sido sentimental, pero esos dos me han estropeado de tal manera que no solo la he guardado, sino que la llevo lo más cerca posible.

—¿Chef Montgomery? —pregunta Maven cuando no respondo a su pedido.

Saco la mano del bolsillo y la paso enseguida por el agua para lavármela.

—Sí, chef. Lo siento, chef.

Con el pelo recogido hacia atrás y la chaqueta bien puesta, intento concentrarme en la tarea que tengo entre manos y terminar este turno. Y luego repetirlo mañana. Y así cada día mientras rezo para que esta nostalgia empiece a desaparecer.

Limpio el borde del plato con el trapo que tengo en el hombro y le entrego los plátanos flambeados a Maven, que está al otro lado del pasaplatos.

—Precioso, chef —dice mirándome antes de volver a mi estación de trabajo.

No se equivoca. Me ha quedado impresionante. El problema ya no es que no pueda cocinar.

El problema es que ahora no quiero hacerlo.

La casa de alquiler que Violet me consiguió está en Hollywood Hills. Es muy amplia y muy cara. Tiene unas ventanas gigantescas para que todo el mundo del valle pueda presenciar lo sola que estoy.

Al regresar allí después de otra noche trabajando hasta tarde en el restaurante, solo enciendo las luces suficientes para darme una ducha, coger un vaso de agua y el móvil de la encimera antes de salir fuera para dormir en la furgoneta que tengo aparcada en la entrada.

Puede que esta casa sea bonita, pero está vacía sin los juguetes de Max llenando el salón o los platos apilados en el fregadero. Está demasiado impoluta. Es demasiado perfecta. Deja demasiado claro lo mucho que los echo de menos.

La furgoneta está igual de vacía, pero al ser más pequeña, puedo convencerme de que la falta de espacio es la razón por la que Kai no está en la cama a mi lado.

Dios, lo echo de menos.

Echo de menos su olor, su sonrisa..., la cansada y la segura. Echo de menos su agarre firme y sus ánimos abrumadores. Me siento como si me hubiera salido de mi eje en los últimos siete días, pero este siempre había sido el plan.

Tenía que estar aquí, sin él.

El breve instante antes de irme a la cama es la peor y la mejor parte del día. Es cuando la soledad empieza a calar hondo, porque es el único momento libre que tengo para pensar en ellos, para centrarme en ellos, aunque me duele el corazón y noto un vacío interno cada hora del día porque los echo de menos.

No hemos hablado desde la mañana en que me marché de Chicago. Mi

padre estuvo enviándome mensajes cada pocas horas durante el viaje de dos días por carretera y, al llegar a California, le pregunté por qué de repente había decidido convertirse en un padre helicóptero, a lo que me respondió simplemente: «Kai me lo ha pedido».

Comunicarnos solo habría servido para ponérselo más difícil. Esta es mi vida y él tiene la suya. ¿Me he permitido pensar que podría haber sido también la mía? Claro. ¿Todavía quiero que lo sea? Sí, por supuesto, pero aquí tengo responsabilidades. Con las cocinas que tengo agendadas y con mi padre, porque tengo que hacer algo impresionante con la vida que me ha dado. También soy responsable de estar a la altura del Premio James Beard que he ganado. Y tengo una responsabilidad con los editores que me eligieron para la portada de la revista.

Así es como Kai debe de sentirse. Responsable de todos, intentando a todas horas hacer lo correcto por los demás y rara vez eligiendo lo que él quiere.

Aunque sí tomó una decisión egoísta este verano y tengo que decir que fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

Me meto en la cama y me tapo hasta el pecho antes de mirar el móvil por primera vez hoy.

Me han llegado unos cuantos mensajes, pero antes de leer ninguno, voy directa a internet para buscar los resultados del partido de Kai de esta tarde. Es su segundo inicio de juego desde que me marché y la última vez no fue su mejor momento.

Y a juzgar por los titulares, hoy ha sido peor.

Los Warriors han perdido cinco a dos, y a Kai lo han sacado en la tercera entrada.

Un vídeo breve muestra el momento en el que lo echaron, está con mi padre en el montículo. La cámara no se acerca lo suficiente, así que no le veo bien la cara, pero interpreto a la perfección el lenguaje corporal de Kai. Está mal. No está enfadado, pero sí está mal a nivel emocional. Mi padre le

hace una señal con la cabeza y Kai sale del campo trotando, pasa por el banquillo y va directo a la casa club; desde ahí ya no lo enfoca la cámara.

Es mi culpa.

No está bien por mí.

Y, por mucho que finja durante las horas de trabajo, yo tampoco estoy bien.

Ya están brotándose las lágrimas de los ojos cuando me fijo en la foto enmarcada que Kai me regaló por mi cumpleaños. Yo con la cabeza en su regazo y el niño dormido también en el sofá.

Lo echo de menos. Sufro por ellos y estoy enfadada con Kai por destrozarme de esta manera, por hacerme sentir así cuando he pasado tanto tiempo sin atarme a nadie.

Odio quererlo tanto.

Así que ¿qué daño va a hacer escribirle un mensaje? Un mensajito para recordarle que pienso en él.

Voy a hacerlo, pero veo en la parte superior del teléfono que son casi las tres de la madrugada. También me acuerdo de que Kai me pidió que no le diera esperanzas.

Me acuerdo de que el verano ha terminado.

Y a pesar de la hora que es, me llega un mensaje de la chef Maven.

Maven: *¡Perdona que no nos hayamos cruzado mucho esta semana! Nos vemos mañana en el restaurante para sentarnos a tomar un café y ver qué ideas tienes para el menú.*

Me había hecho demasiadas ilusiones de tener la mañana libre. Pero probablemente sea mejor que no me dé mucho tiempo a pensar, porque si pienso, los echo de menos.

Yo: *Genial. Nos vemos mañana.*

Por fin leo los demás mensajes y veo que son de Kennedy, Isaiah, Indy y mi padre.

Nada de Kai. Supongo que es su manera de superarlo más rápido.

Me pongo enferma solo de pensar que haya otra mujer en su vida, otra persona que quiera a Kai y Max como los quiero yo. Pero eso es lo que debería querer para ellos, ¿no? Que tengan todo lo que yo no puedo darles. Todo lo que se merecen.

Entonces ¿por qué estoy aquí tumbada llorando en la cama al imaginármelo?

Esto también es culpa suya. Yo antes no lloraba nunca. No sentía estas cosas. Ahora es como si se hubiera roto un dique y no dejaran de salirme lágrimas a mares por los ojos cuando no estoy en el trabajo. Nunca había necesitado a nadie antes de ellos y ahora estoy aquí tumbada, hecha un desastre, desesperada y sollozando, en medio de la noche, en Hollywood Hills, porque echo de menos a un jugador de béisbol de Chicago y a su hijo. A quienes quiero.

Con quien no puedo estar porque nada en nuestra vida concuerda.

Parpadeo y entre lágrimas veo un mensaje de mi padre.

Papá: *Estoy seguro de que has visto el resumen del partido. Llámame cuando puedas para hablar un rato. Te echo de menos, Millie.*

No dudo en llamarlo, necesito oír su voz, necesito que alguien me diga que tomé la decisión acertada al volver al trabajo, porque ahora mismo todo me parece mal. Sé que él de entre todas las personas opinará que lo que estoy haciendo es impresionante.

Le parecerá que merece la pena.

Suena el tono de llamada hasta que, claro, me salta el buzón de voz. Estamos en plena noche.

—Hola, papá —digo al auricular y me aclaro la garganta con la esperanza de que no se me note que estoy llorando—. Solo te llamaba para saludarte y decirte que te echo mucho de menos, pero por aquí van las cosas estupendamente. —«Dios, ¿el tono de voz está revelando que estoy hecha una mierda?»—. Mañana por la tarde tengo la entrevista con *Food & Wine*, así que... estoy entusiasmada. Siento lo del partido. —Me esfuerzo por no

preguntar, pero no puedo evitarlo—. ¿Está bien Kai? Espero que sí. — Exhalo una risa triste—. Pero también espero que me esté echando muchísimo de menos porque yo lo echo de menos a él. Y a ti. Te echo mucho de menos, papá. Ojalá estuvieras aquí, porque echo de menos verte la cara. Supongo que me acostumbré a ella este verano. Antes llevaba mucho mejor todo esto de no parar de viajar. —«Estoy divagando», pienso—. Bueno, llámame cuando puedas y te contestaré seguro. Te quiero. Mucho. Hasta pronto.

La soledad vuelve a calar cuando cuelgo y me quedo tumbada en el silencio de la furgoneta, donde solo se oyen mis sollozos.

Odio estar aquí, pero este momento de tranquilidad es el único que me permite ser sincera sobre este asunto.

Vuelvo a mirar los mensajes con la esperanza de que alguno de mis amigos haga que mi autocompasión se calle un segundo.

Kennedy: *¿Qué tal estás? ¿Cómo va en el restaurante? Isaiah no deja de enviarme mensajes sobre si debería cambiar su canción en los partidos y luego va y me pregunta cuál es mi canción favorita, ¿sabes? Por si usa esa. ¡Y te echo de menos!*

Por fin me sale una carcajada auténtica.

Isaiah: *Vengo con tu dosis diaria de Max. Aprendió ayer a decir «cono», pero la ene le sale como una eñe y me parto de risa. Lo he grabado en vídeo para que lo veas. Se te echa de menos, niñera buenorra.*

Lo acompaña de un vídeo de Max sentado en su regazo en medio de la casa club de los Warriors.

—Maxie, ¿qué es esto? —le pregunta Isaiah, señalando un libro que están viendo.

—¡Coño! —proclama Max muy orgulloso de sí mismo.

La casa club a su alrededor estalla en carcajadas y Max se queda ahí sentado, aplaudiendo mientras el resto del equipo se une a su alegría.

Enseguida la cámara enfoca a Kai. Está sentado junto a su taquilla,

negando con la cabeza, aunque veo una sonrisita que intenta asomar antes de que el vídeo se corte de golpe.

Lo vuelvo a reproducir, contenta, y veo a Cody, Travis y Kennedy, pero luego pongo en pausa el vídeo cuando aparece Kai.

Aunque esté triste, es arrebatadoramente guapo.

Sigo leyendo el segundo mensaje que me ha enviado Isaiah.

Isaiah: *¿Cuál crees que es la canción preferida de Kennedy?*

El último mensaje es de Indy.

Indy: *Te hemos echado de menos a ti y tus postres en la cena familiar de esta noche. Pero ¡sobre todo te echamos de menos a ti! Ojalá estuvieras aquí el próximo fin de semana.*

Indy y Ryan se casan el próximo fin de semana. Ojalá mi agenda me permitiera ir, pero les enviaré un regalo en mi ausencia.

Por primera vez en la vida, tengo amigos. Tengo a gente a la que echo de menos. Gente que está a una distancia de treinta minutos los unos de los otros, mientras yo estoy aquí, en la otra punta del país, intentando hacerme un nombre en esta carrera alrededor de la cual antes giraba toda mi vida.

No sé cómo ha podido cambiar todo tanto en ocho semanas. Parece imposible. Y no parece sensato tomar decisiones precipitadas basadas en esos cortos dos meses. Pero la decisión que tomé de volver al trabajo, una decisión basada en años de duro trabajo, me resulta equivocada. Aunque a su vez también parece una decisión que no puedo cambiar.

Salgo de la cama, cojo la fotografía enmarcada que Kai me regaló por mi cumpleaños y me la llevo a la cama. La dejo justo al lado de la almohada, porque estoy triste y soy patética, y no sé cómo gestionar todas estas emociones nuevas.

Esta foto es lo único que tengo de Kai y Max mientras persigo un sueño que, cuanto más tiempo paso lejos de ellos, más bien parece una pesadilla.

39

Miller

Me despierto y me reoriento.

Estoy en Chicago.

En la cama de Kai.

Me aparece de inmediato una sonrisa en los labios, hasta que parpadeo y miro a mi alrededor para buscarlo.

Pero no estoy en su cama, sino en mi furgoneta.

Estoy en Los Ángeles.

Me da un vuelco el corazón como el que sentí el primer día sin él, porque cada mañana, cuando me despierto, me doy cuenta de que estoy a más de tres mil kilómetros de distancia.

Me doy cuenta de que hoy no cocinaré en su casa, no lo oiré animándome, ni tampoco lo podré besar. No jugaré en el jardín con Max por la tarde.

Iré a Luna's para reunirme con Maven y hablar de los cambios en el menú.

Me estiro y salgo de la cama, pero cuando los pies tocan al suelo, también cae la foto con la que he dormido y se rompe.

«No, no, no». Estoy demasiado sensible para que pase esto ahora mismo.

La recojo con cuidado. El cristal del marco se ha agrietado en medio, justo donde está mi cara.

Es muy apropiado.

Un lamentable gemido me sube por la garganta, porque sí, ahora soy una persona que llora porque se le ha roto el marco de una foto. Supongo que esto es lo que pasa cuando empiezas a crear vínculos.

Lo dejo con cuidado boca abajo sobre la encimera y prometo comprar un marco nuevo de camino a la reunión con Maven. Retiro el protector trasero para sacar la foto y espero que no se haya estropeado al caer.

Y mientras desmonto el marco, veo la letra de Kai en el dorso de la fotografía.

Aparecen nuestros nombres, Max, Miller, y Malakai, acompañados de la fecha y una pequeña inscripción abajo.

«Espero que hayas encontrado la felicidad ahí fuera, porque eres la razón por la que nosotros hemos encontrado la nuestra».

Así, sin más, en el octavo día, me quedo hecha polvo de nuevo.

—He seguido tu carrera desde que estaba en la escuela culinaria —admito como su fan que soy—. Nos diste un seminario de cuatro días sobre *brioche*s. La mezcla, la forma, la fermentación, cómo hornear... todo. Y creo que nunca me había entusiasmado tanto el pan.

—Lo recuerdo. Creo que engordé unos quince kilos dando esa clase por todo el país. —Maven se lleva el expreso a los labios—. Eres impresionante, chef. Disfruté viéndote en la cocina anoche.

—Igual que tú. Tus ayudantes están... muy bien formados.

Le soplo al té chai con leche para que se enfríe.

—Son estupendos y estoy deseando que trabajes con nosotros los próximos tres. Me muero de ganas por ver qué tipo de cambios estás pensando para el menú de postres.

Saco una libreta y un bolígrafo, y los dejo en la mesa entre nosotras. Las páginas están llenas de ideas sobre cómo incorporar todas las frutas frescas de temporada que se cultivan en California. No sé si me ha venido la inspiración desde que llegué aquí la semana pasada o el miedo a permitir

que la mente se quede en silencio, a permitirme darme espacio para echar de menos lo que he dejado atrás.

—Le estoy dando vueltas a un plato con granada, tengo muchas ganas de probarlo —digo mientras Maven hojea la libreta.

—¿Por qué no has abierto tu propia pastelería? Con tu nombre en el proyecto, la cola daría la vuelta a la manzana.

—Eh... Nunca había querido quedarme en un lugar durante tanto tiempo como para hacerlo. Me gustaba vivir en una ciudad nueva cada tres meses.

Asiente con la cabeza y continúa revisando las notas.

—¿Todavía te gusta eso?

—¿Qué?

—Has dicho «gustaba». ¿Aún te gusta ese tipo de vida?

Levanta los ojos castaños de las páginas y me mira, pero sigo callada.

Le doy un sorbo al chai.

—No te mentiré: ya no me gusta tanto.

Se ríe, cierra la libreta y me la pasa por la mesa.

—Mi consejo, después de veinte años en el sector, es que dejes de darle tu don a los demás y abras tu propio negocio. —Vuelve a llevarse el expreso a los labios y sonrío detrás de la tacita—. Cuando termines de darme un poquito más a mí, claro.

Me río y me meto la libreta de nuevo en el bolso.

—Siento que no hayamos tenido la oportunidad de sentarnos a hablar hasta ahora —continúa—. Ya sabes la actividad frenética que hay en la cocina y seguro que te has fijado en que solo trabajo dos cenas a semana.

Los jueves y los domingos, para ser exactos.

—Shannon, tu mano derecha, también es genial. La cocina la respeta mucho.

—La verdad es que me salva la vida tener a alguien en quien confío tanto para que esté al mando cuando yo no vengo. Al decidir abrir Luna's, después del nacimiento de mi hija, me prometí a mí misma y a mi familia

que el trabajo no sería la prioridad. Cuesta mantener un equilibrio. Esta industria no es propicia para las familias, seguro que ya lo sabes.

—Uy, sí, lo sé muy bien.

—Pero me encanta. —Señala el comedor que nos rodea—. Llevar una cocina, crear el menú... Confiar en mis empleados es la manera de tener ambas cosas. —Se termina el expreso y aparta la taza—. Bueno, ¿qué es lo que más te gusta a ti de todo esto, chef? ¿El caos? ¿La satisfacción de haber superado una noche complicada? ¿La creatividad? ¿Por qué te dedicas a esto?

—Por dar de comer a las personas que quiero —respondo sin vacilación.

Maven se atraganta con la saliva al reírse.

—Entonces, ¿qué demonios estás haciendo aquí? No sabría decirte la última vez que cociné para un ser querido. Aquí solo trabajas para los críticos y las cenas de lujo... ¿Cómo se llaman? ¿*Gourmets*? Pero eso es con lo que más disfruto, dándole de comer a la gente que disfruta con este tipo de comida.

No respondo y uso el chai para mantener la boca ocupada.

—Esta pequeña pausa que te has tomado en verano... —Maven llena el silencio—. Te consideran la chef repostera espectacular del año y desapareces. Tenías el mundo gastronómico agitado y me siento honrada de ser la primera cocina a la que hayas vuelto, pero tienes que contarme a qué demonios vino todo eso.

¿Le cuento la verdad sobre la presión que sentía y que estaba quemada? ¿Me mirará de otra manera si se lo digo? ¿Me juzgará? ¿Lo utilizará en mi contra?

Me ando con cuidado, pero soy sincera.

—Estaba un poco quemada.

—¿Ya? —Enarca una ceja y yo aparto los ojos de ella—. A mí me pasó hace cuatro años. Pero a ver, ya llevaba quince años en esto. Lo dejé y tuve a mi hija. Encontré en ella una nueva pasión en la vida, pero todavía quiero

seguir estando también aquí. —Da unos golpecitos con el dedo sobre la mesa, se refiere al restaurante—. ¿Te importa que te dé un consejito? ¿De una vieja chef a una joven?

Me río.

—No eres vieja, pero sí, por favor, dime.

—Si alguna vez sientes que has perdido de verdad la pasión por esto, déjalo. Tu comida jamás alcanzará su máximo potencial, porque tú no lo alcanzarás. Esta carrera no es para los débiles de corazón. Te machacarás en la cocina un día tras otro. Ya lo sabes. Pero, si te estás preguntando si tomaste la decisión adecuada, es que te has equivocado. Encuentra tu pasión, Miller. Encuentra lo que te haga levantarte todas las mañanas y, si no es esto, vete.

«Vaya, no me jodas. ¿Tanto se me nota?».

—Esto es lo que se me da bien.

—Sí, eres brillante. Pero ¿sabes qué es mejor que ser la mejor en algo que no te encanta? Ser mediocre en algo que sí te guste mucho.

—No es tan fácil, chef. Tengo una lista de cuatro años de espera para trabajar en cocinas como esta.

—¿Has firmado los contratos? ¿Ha habido intercambio de dinero?

—Tan solo acuerdos verbales.

Hace un gesto con la mano como diciendo que no le debo nada a nadie con tan solo un acuerdo verbal.

No tengo mucho más que añadir a esta conversación, porque mi mente lleva haciendo cabriolas todo el verano, yo misma era consciente de que algo no cuadraba desde hacía tiempo.

—Muy bien, señorita portada de *Food & Wine*. —Maven da una palmada y pone en pausa las cuestiones importantes—. Tengo que conocer esas recetas ultrasecretas. ¿Y cómo has terminado saliendo en primera plana? Me llamaron para pedirme permiso para hacer aquí la sesión de fotos, pero luego volvieron a llamar para decir que al final tenían el set en Chicago.

«El set en Chicago». Me entran ganas de reírme. Tenían una cocina bonita en la casa de alguien con un bebé por ahí correteando.

—Este verano estuve echándole una mano a mi padre en Chicago. Es entrenador de béisbol y necesitaba durante un par de meses una niñera para el hijo de su lanzador titular. Hicimos las fotos en su cocina. En realidad...

—Me saco el teléfono del bolsillo—. Violet me ha enviado la maqueta del artículo. Solo les falta añadir el texto de la entrevista que me harán esta tarde.

Maven y yo acercamos las sillas mientras reviso los correos para buscar el que Violet me ha reenviado. En cuanto lo abro, la imagen de la portada aparece en la pantalla.

El fondo está desenfocado, pero ahí está la cocina de la que tengo tantos recuerdos. Estoy delante, con la chaqueta de chef y los brazos cruzados sobre el pecho.

Pero la parte más alarmante de esta foto es lo desgraciada que parezco. ¿Es que nadie más se dio cuenta al escoger esta imagen?

—¡Ostras! —exclama Maven—. La foto es impresionante, Miller.

No respondo y busco más abajo imágenes de los postres y las recetas que los acompañan. Hay más fotos mías, cascando un huevo y batiéndolo. Y se me ve igual de triste.

—Ay, este otoño tenemos que presentar ese cilindro de chocolate negro —dice Maven impresionada.

El dulce que se me ocurrió cuando estaba en Boston con Kai.

Y de nuevo quiero llorar, derrumbarme, quedar reducida a nada, porque él está por todas partes.

A él le preocupaba mucho notar mi ausencia en su casa, pero aquí, a más de tres mil kilómetros, este hombre está integrado en cualquier instante de mi vida.

Y así debería ser.

Me quito esa idea de encima e intento recuperar el entusiasmo.

—Violet me dijo que la fotografía me había enviado también unas fotos que al final no iban a incluirse. Seguro que hay más ángulos de los postres que podamos ver. La tarta de queso *mozzarella* me salió preciosa.

Entre los correos electrónicos encuentro el mensaje de la fotografía con el siguiente asunto: «Creo que deberías tener esto».

Clico y dejo que se carguen, pero cuando aparecen las imágenes, me doy cuenta de que no son fotos de la comida. Tampoco aparezco yo cocinando, ni la cocina.

Solo ha adjuntado una foto. Yo, vestida con la chaqueta de chef, sosteniendo a Max con una sonrisa tan grande que apenas se me ven los ojos.

El niño está igual de contento en mis brazos y muestra las encías en una gran sonrisa. Yo lo miro como si fuera todo lo que me faltaba en la vida.

Debe de ser de cuando Max entró corriendo, justo antes de que Sylvia se pusiera histérica por haberme atrevido a arrugar la chaqueta de chef.

No se puede negar la alegría que muestro en la foto en comparación con la que aparece en la portada.

—¿Es tu hijo? —me pregunta Maven, mirando la pantalla por encima de mi hombro.

—Ay —me sobresalto, por un instante me he olvidado de que estaba aquí —. No. Es Max. El bebé al que cuidaba.

—Interesante.

—¿El qué?

—Lo miras como yo miro a Luna. Me refiero a mi hija, no al restaurante.

Con el nuevo marco de fotos en la mano, le doy las gracias al conductor del coche que me ha dejado delante de la casa que tengo alquilada en Hollywood Hills. Encontrar aparcamiento en Los Ángeles es una putada, así que he estado compartiendo vehículo y dejando aquí, en la entrada, la furgoneta aparcada.

El coche se marcha y, al levantar la vista, me encuentro a un hombre gigante sentado en las escaleras, con los codos tatuados sobre las rodillas.

—¿Papá?

Sonríe.

—Hola, Millie.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Oí tu mensaje en el buzón de voz esta mañana y sonabas como si me necesitaras.

Asiento y camino rápido para reunirme con él en las escaleras.

—Así es.

Me envuelve en un abrazo grande y reconfortante. Es como estar en casa después de decirme a mí misma durante tanto tiempo que no tenía un hogar.

—Te he echado de menos, mi niña —me dice en el pelo.

—Y yo a ti.

Después de convencerlo a él y a mí misma de mi independencia, como si pudiera ir sola por la vida, es agradable poder reconocer lo mucho que lo necesito.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto y me aparto enseguida para poder mirarlo bien—. ¿Está bien Max? ¿Y Kai?

—Están bien, no he venido por eso.

—¿No tienes que trabajar?

—Tengo el día libre. Mañana tenemos partido, así que tengo que irme al aeropuerto después de esta conversación.

—¿Qué conversación?

Señala el último escalón y ambos nos sentamos.

—Hemos tenido esta conversación unas cuantas veces a lo largo de tu vida, Miller, pero creo que nunca te ha calado. Espero que ahora sí. —Entrelaza las manos y apoya los codos en las rodillas—. Cuando murió tu madre...

—Papá, no hace falta que hablemos de eso.

—Sí hace falta. —Inhala hondo y empieza de nuevo—: Cuando murió tu madre, yo tenía el trabajo de mis sueños.

—Lo sé.

—Lo que creía que era el trabajo de mis sueños —se corrige—. Hasta que ya no estuvo más en mi vida y, de repente, lo único que quería era ser lo que tú necesitaras que fuera. El béisbol ya no me importaba. No me pensé dos veces cómo podría haber sido. Lo único que veía era a esa niña de ojos verdes que me miraba como si yo fuese el mundo entero. —Niega con la cabeza—. Ni una sola vez hasta el día de hoy he visto nuestra relación o cómo nos convertimos en familia como un sacrificio. Ser tu padre ha sido un privilegio. —Se le quiebra la voz al decir la última palabra y le paso la palma por el hombro antes de apoyar la cabeza—. ¿Te acuerdas de la primera vez que me llamaste «papá»? —me pregunta.

Niego con la cabeza. Siempre ha sido mi padre. No me acuerdo de cuando no lo era.

—Fue el primer Día de la Madre, después de que tu madre falleciera y una madre de parvulario celebraba una fiesta para todas las madres de los niños de tu clase. Aquel rol era tan nuevo para mí que yo no sabía muy bien cómo desempeñarlo. Me cabreó mucho que hiciera algo así cuando tu madre solo hacía unos meses que había muerto, así que cuando las otras madres entraron en la clase ese día, yo también entré y me senté a tu lado.

Suelto el aire al sonreír.

—Tú llevabas una pámela gigante con flores púrpuras. Me acuerdo de eso.

—Bueno, claro. Era una fiesta para tomar el té y es imprescindible ponerte sombrero para esas cosas. El resto de las madres también se habían puesto uno, así que yo no iba a ser menos. —Me hundo más en su hombro.

—Se me quedaron mirando como si estuviera como una cabra, pero me quedé ahí sentado y me tomé el té con pastas, disfrutando de la sonrisa que lucías. —Niega con la cabeza y una lágrima le cae al suelo—. Ese se

convirtió en mi nuevo sueño, ver esa sonrisa todos los días.

»Había una madre que estaba hecha una buena pieza. Era la que había montado todo aquello y se te quedó mirando y te preguntó quién era yo con un tono que dejaba claro que yo no debía estar allí, pero tú no te percataste de nada de eso. Le diste un bocado a uno de esos sándwichitos de pepino, la miraste directa a los ojos y le dijiste: «Es mi padre». Era la primera vez que me llamabas así y, después de esa merienda, me tiré treinta minutos en el lavabo del colegio gritando.

Me escuecen los ojos.

—Nunca me lo habías contado.

Inclina la cabeza y me besa en el pelo.

—Fue uno de los mejores días de mi vida. También uno de los que más miedo me han dado, porque ese título lleva mucho peso. Muchísima responsabilidad. Y lo único que quería era estar a la altura.

Me da un vuelco el corazón. Sé exactamente cómo se siente.

—Kai me dijo que Max te había llamado «mamá» —añade.

Levanto la cabeza del hombro para mirarlo. Tengo la nariz roja y los ojos vidriosos.

—Cuesta saber si estás a la altura de ese título. No hay exámenes que tengas que aprobar ni metas que alcanzar. Y para alguien como tú, alguien que va en busca de premios para demostrarte a ti misma... —Hace una pausa—. O para demostrarme a mí que ha conseguido algo, estoy seguro de que debe de dar incluso más miedo. Fuiste una de las mejores lanzadoras de sóftbol de Estados Unidos, has ganado el James Beard, pero nunca ganarás el Premio a la Mejor Madre porque no existe. Solo puedes intentar hacerlo lo mejor posible y esperar que sea suficiente.

—No sé cómo... —Niego con la cabeza—. No tengo ni idea de cómo ser la madre de nadie. Se suponía que solo iba a estar ahí dos meses.

—¿Tú crees que yo sabía cómo ser padre? —replica—. Estaba muy lejos de mi zona de confort. Pasé de jugar en las Grandes Ligas de Béisbol a

hacerte trenzas antes de llevarte al colegio todos los días. ¿Crees que sabía cómo hacerlo? Ni hablar. Le tuve que pedir a una vecina que me enseñara. No tenía ni idea de cómo lidiar con las madres malas de las niñas malas de la escuela y no me hagas hablar de lo que me acojoné cuando te bajó la regla por primera vez y me pediste que te acompañara a comprar compresas. Me puse a buscar en internet de mala manera las preguntas que sabía que ibas a hacerme.

Ambos nos reímos. Ese día sí había sido incómodo.

—O cuando estabas triste porque echabas de menos a tu madre, Millie. Tenía mucho miedo de decir algo que no fuera apropiado.

—Eras perfecto, papá. Siempre se te veía muy seguro. Como si supieras exactamente qué hacer. No tenía ni idea de que tuvieras miedo.

—Lo iba averiguando todo sobre la marcha. Día tras día. Solo tenía un objetivo cuando me convertí en tu padre y era asegurarme de que encontraras la felicidad.

«Espero que hayas encontrado la felicidad ahí fuera, porque eres la razón por la que nosotros hemos encontrado la nuestra».

Recuerdo las palabras que Kai escribió al dorso de la foto.

Mi padre me empuja el hombro con el suyo.

—No te estoy diciendo lo que deberías o no deberías hacer con tu vida. Solo quiero que no tengas tanto miedo de fracasar en algo nuevo que te impida hallar la felicidad cuando tú eres la única razón por la que yo encontré la mía.

—Ostras, papá. —Me levanto el cuello de la camisa para secarme la cara—. Creía que me devolverías hoy la llamada y me dirías lo orgulloso que estás de mí por las cosas importantes e impresionantes que estoy haciendo en la vida, pero no pensé que fuéramos a tener esta conversación.

—A mí siempre me impresionarás, eso ya lo sabes. No hace falta mucho para lograrlo. Cuando eras pequeña, te metiste una pieza de Lego en la nariz y me pareció impresionante. —Se ríe por lo bajini—. Pero hay caminos en

la vida que son igual de importantes e impresionantes. No hace falta que todo el mundo conozca tu nombre para hacer algo importante en la vida. Créeme, cuando la persona adecuada sabe tu nombre, es suficiente. —Me empuja el hombro con el suyo—. O en tu caso, cuando las personas adecuadas lo saben. Dos para ser exactos.

Kai y Max.

—Esto es una mierda, por cierto —digo, señalándome la cara llena de lágrimas—. Es la peor parte de enterarte de que tienes sentimientos.

Sonríe y me pasa el brazo por los hombros.

—Eso es amor, cariño.

—No creo que el amor tenga que ser así. Es demasiado abrumador. Demasiado arrollador. No sé cómo la gente va por la vida así.

—Eso es porque tú, mi niña, te has enamorado de dos personas al mismo tiempo. A mí también me ha pasado y es mucho.

Inspiro temblando e intento recomponerme.

—Miller, cuando piensas en Max, ¿qué quieres para su futuro?

—Solo quiero que sea feliz.

—¿Esperarías que te recompensara que lo hubieras querido tanto?

—Por supuesto que no.

Alza la vista al cielo y el sol le ilumina la sonrisa.

—Exacto.

Ya habíamos tenido antes esta conversación, pero no me había calado hasta hoy. No lo había entendido hasta hoy.

—Creo que lo comprendes —continúa—. Que abandonara mi carrera para ser tu padre ahora no te parece tanto sacrificio, ¿no?

Niego con la cabeza.

—No, porque estoy pensando en hacer lo mismo.

Se gira hacia mí y me mira con los ojos castaños como si fuera todo su mundo. Entiendo ese sentimiento más de lo que pensaba.

—Ve a por tu felicidad, Miller.

Cuando regreso a Luna's para la entrevista de *Food & Wine*, tengo una sonrisa atolondrada en la cara y mucha más claridad mental.

Salgo de la cocina y me siento enfrente de la periodista con una pierna cruzada sobre la otra. Nos estrechamos la mano y nos presentamos.

—Es un verdadero honor haber conseguido esta entrevista con usted, chef —dice—. Lo estaba deseando.

—Yo también tenía ganas.

—Dado que el restaurante está cerrado esta noche, ¿tiene planes para cuando hayamos terminado?

—Sí —admito con una sonrisa—. Me voy a ver a un chico. A dos, en realidad.

40

Kai

Con Max ya atado en el asiento trasero y el motor de la camioneta en marcha, Isaiah aparca delante de mi casa.

—Está vivo —observa mi hermano mientras sube al asiento del copiloto.

—No mucho.

Isaiah se ríe.

—Bueno, parece que te has duchado, así que empezamos bien.

Mi hermano se gira para saludar a mi hijo mientras salgo a la carretera para ir a casa de Ryan.

—¿Qué tal va la gran boda? —pregunta.

—Será una ceremonia pequeña. Creo que Ryan me dijo que irán unas cincuenta personas.

—Qué mal que Miller no pueda venir.

Si mi coche reaccionara igual que mi cuerpo al oír su nombre, nos habríamos parado en mitad de la calle.

—No quiero hablar de ella —suelto en tono cortante.

No quiero pensar en ella. No quiero echarla de menos. Eso es lo único que he sido capaz de hacer en los últimos trece días.

Por el rabillo del ojo, veo que a Isaiah le falla su seguridad habitual. Es una persona sensible y yo lo sé mejor que nadie.

—Lo siento —exhalo—. No quería hablarte mal. Estoy agotado y la echo de menos un montón.

—Ella también te echa de menos, Kai.

Lo miro antes de volver a concentrarme en la carretera de delante.

—¿Lo supones o lo sabes seguro?

Mi hermano vacila.

—Seguro.

—¿Has hablado con ella?

Porque ¿qué coño...? Ni siquiera yo he hablado con la mujer de la que estoy locamente enamorado.

Alza las manos y lo admite.

—Sí, ¿vale? He hablado con ella todos los días desde que se marchó, pero no pretendía hacerlo a tus espaldas. Antes de irse, me pidió que la mantuviera informada de cómo estaba Max. Y eso es lo que he estado haciendo.

¿Quería saber cómo estaba mi hijo? Pues claro. Mi chica adora al niño.

—No te enfades conmigo —continúa Isaiah.

Niego con la cabeza, intentando asimilar que mi mejor amigo ha hablado con la mujer con la que llevo torturándome durante los trece últimos días por no saber nada de ella, por no hablar con ella.

—No me enfado. Me alegra que lo estés haciendo. Se merece saber qué tal está.

—Intenta no hacerlo, pero un par de veces se le ha escapado y ha preguntado por ti.

—¿Y qué le has dicho?

—Que te va genial. Que lo llevas de maravilla. Que no estás regodeándote en la autocompasión y que ni comes ni duermes bien.

Lo fulmino con la mirada.

—Le he dicho que también la echas de menos —admite—. No mates al mensajero.

—Tranqui, no pasa nada. Debería saber que la echo de menos.

Debería saber que no hago otra que cosa más que echarla de menos.

Isaiah vacila, pero veo por la tensión que se palpa en el vehículo que quiere decir algo más.

—¿Qué pasa? —lo animo a seguir.

—Todos estamos preocupados por ti, Kai. El equipo y tus amigos.

—Me pondré bien. No te preocupes por mí. No es tu responsabilidad.

Se ríe sin gracia.

—Entonces, ¿esto también es tu responsabilidad? ¿Te encargarás tú solo como siempre? ¿Qué tal si dejas de ser un puto mártir y pides ayuda?

Alza la voz por la frustración y lo miro con los ojos abiertos por la sorpresa.

—Ostras. ¿Qué te pasa, tío?

—Me siento frustrado. Contigo y conmigo por no haberlo visto antes. Te pasaste toda la adolescencia trabajando en sitios raros para darme de comer y no me pediste que yo también buscara trabajo para ayudarte. Te las apañaste para ayudarme a aprobar el instituto y entrar en la universidad sin tener dónde caernos muertos, te quedaste en casa para que pudiera vivir contigo. Luego, cuando la vida te pone nuevas responsabilidades —señala a mi hijo, que sonríe en el asiento de atrás—, al que queremos mucho y por el que estamos agradecidos, sigues sin pedir ayuda.

—Es que... —Niego con la cabeza—. No quería que cargaras con nada de eso. Solo quería que mi hermano pequeño fuera feliz.

—¿Y tú qué? ¿Por qué tú no puedes ser feliz? ¿Por qué no me has pedido que te ayude con Max cuando termine la temporada para que puedas ir a pasar tiempo con Miller?

—Porque...

Bueno, la verdad es que no estoy seguro de por qué no lo he hecho.

—Dios, qué pesados sois los dos con ese constante sentimiento de culpa y la necesidad de hacerlo todo por los demás.

—¿De qué estás hablando?

La culpa de Miller respecto a su adopción no es que lo sepa todo el

mundo y estoy segurísimo de que no se lo ha contado a Isaiah.

—Miller y tú, los dos hacéis las cosas porque os sentís culpables y me saca de quicio. Tú, porque no querías que sufriera las consecuencias de la muerte de mamá y de que papá se hubiera marchado. Y Miller porque intenta hacer todas esas cosas importantes para compensar lo que Monty no pudo hacer.

—¿Te lo ha contado? ¿Lo de su relación?

—No, el tío ese que trabaja para Atlanta le soltó un montón de cosas el Día de la Familia hace un par de semanas. Fue raro, como si estuviera enfadado después de todos estos años porque Monty dejó el béisbol y le echaba la culpa a ella. Te juro, Kai, que una parte de ella se estaba planteando si marcharse al día siguiente. Lo vi, pero creo que esa conversación remató su decisión de volver al trabajo.

Así, sin más, siento una esperanza absurda.

Una esperanza irresponsable, porque no cambia nada de la situación. Miller se ha ido y yo estoy aquí.

—Y bueno —continúa—, también estoy un poco gruñón porque llevo casi dos meses sin echar un polvo. Ahora entiendo por qué eras un capullo cascarrabias. Ser un hombre nuevo es una mierda.

Resoplo riéndome y la tensión se desvanece hasta que poso los ojos en el asiento trasero, donde está Max.

—¿De verdad me ayudarías con él para que tuviera tiempo para ir a ver a Miller?

Se burla con una sonrisa.

—Pues claro, Kai. Haría cualquier cosa por ti. Eres mi hermano.

—Veamos... —Niego con la cabeza, siento más esperanza de la que he sentido en dos semanas—. Veamos cómo va esta temporada y ya miramos qué hacemos luego.

—Vale.

Le echo un vistazo.

—Te quiero, Isaiah.

—Ya, ya. —Se ríe—. Yo también te quiero.

No hay mucho espacio para aparcar en la casa de Ryan e Indy.

Aunque la lista de invitados es corta, es mucho más grande de lo que permite la entrada, así que dejo el coche a un par de manzanas y caminamos los tres hasta la casa.

Los del catering y los organizadores van de un lado a otro.

Aunque iba a ser una ceremonia íntima, está claro que no han reparado en gastos.

Entramos por el jardín trasero, donde un arco de flores sirve de pieza central para la ceremonia. Hay sillas blancas a cada lado y un pasillo en medio, cubierto de pétalos de flores de color rosa y lila.

El jardín está decorado al estilo de Indy, brillante y lleno de colores femeninos.

No parece haber asientos establecidos, así que elegimos un sitio tres filas por detrás y esperamos a que empiece la ceremonia. Max se sienta en mi regazo con su camisa blanca y una pajarita, sonriendo y saludando a la gente que se acerca a decirle algo.

Reconozco a la mayoría de las personas que están aquí. Hay algunos compañeros de equipo de Ryan que he conocido en su casa. Un compañero de Zanders y su mujer, que también han estado allí. Los padres de Ryan y los de Indy, a los que también conozco.

Y, por último, hay un hombre de pie a la derecha del arco de flores, pero no en el centro, donde se esperaría que estuviera el oficiante.

La música empieza y Ryan es el primero en salir hacia el centro del arco. En contraste con los tonos lavanda y rosas que hay a su espalda, Ryan va todo de negro: zapatos negros, traje negro, corbata negra.

No podría pegarle más.

La multitud vitorea cuando Ryan se coloca en su sitio y alza el puño

como respuesta, dándole un tono informal al asunto.

Zanders y Ethan, uno de los compañeros de equipo de Ryan, van hacia delante y se colocan detrás de él.

Desde mi regazo, Max los saluda con la mano y los dos le devuelven el gesto entusiasmados.

Entonces la música cambia y toda la atención se centra en la puerta trasera de la casa. Se abre y aparece Rio, que lleva un traje lavanda con camisa blanca y corbata lavanda. Sale pavoneándose como si ese fuera su día y solo fuera para él.

La multitud estalla cuando avanza despacio por el pasillo.

Vuelvo a fijarme en Ryan en el altar, que está allí de pie, negando con la cabeza, con una sonrisa no tan contenida en los labios.

Rio continúa animando a la gente y, cuando llega delante, envuelve a Ryan en un abrazo. Sabiendo lo mucho que adora al tío, estoy seguro de que le está dando un ataque por estar en la boda de Ryan Shay.

La siguiente es Stevie, con la mano en su barriga de embarazada mientras sonríe con esa dulce sonrisa típica suya y avanza por el pasillo. El novio le echa un vistazo por encima del hombro a Zanders, que está mirando a la hermana de Ryan como si fuera todo su mundo.

Al llegar a la parte delantera, le da un abrazo largo a su hermano mellizo antes de colocarse justo debajo del arco de flores, pero un poco más atrás de donde estarán los novios.

La música cambia y todos nos levantamos cuando Indy, con su vestido blanco, aparece junto a su padre.

—¡Vaya! —le susurro a Max—. Indy parece una princesa, ¿eh?

Max se pone a aplaudir con entusiasmo en mis brazos por la entrada de la novia.

Está preciosa. Con una sonrisa increíble de felicidad en la cara. Contrasta con su futuro marido, que está ahí delante llorando como una nenaza. Se ríe de sí mismo por haberse emocionado tanto e incluso Indy se mete con él

mientras avanza por el pasillo, porque Ryan antes era el hombre menos sentimental que jamás he conocido.

Y ahora está lloriqueando por lo feliz que es.

Ella se lo queda mirando mientras avanza por el pasillo y, cuando del brazo de su padre se encuentra con Ryan en la parte delantera, no hablan con la voz, sino que Ryan hace una seña, el padre de Indy le responde igual, y los tres se ríen antes de que el padre abraza a su futuro yerno, deje a su hija con él y tome asiento.

El hombre que estaba a un lado, usa las manos para interpretar todo lo que dice Stevie mientras oficia la ceremonia. Ryan e Indy hablan tanto con sus voces como con las manos todo el tiempo.

No podría estar más contento por ellos. No se me ocurren dos personas mejores, pero hay una parte egoísta en mí a la que le duele verlos decirse los votos y salir de allí como marido y mujer.

Aunque es muy bonito, es una tortura.

¿Sufres de desamor? Mira cómo tus amigos se entregan su vida el uno al otro.

Isaiah me da unas palmaditas en la espalda cuando todo ha terminado.

—¿Qué te parece si vamos a beber algo?

—Sí, por favor.

Max no paró durante el banquete y se echó un sueñecito encima de mí en los brindis. El discurso de Zanders, el padrino, hizo reír a todo el mundo, y el de la dama de honor, Stevie, fue dulce y sentimental. La pareja de recién casados abrió el baile y después se unieron a ellos el resto de los invitados.

El sol se ha puesto, los farolillos que hay sobre la pista de baile dan suficiente luz para ver, pero es lo bastante tenue para crear un ambiente emotivo y romántico. La bebida corre, la comida estaba deliciosa.

Mi hermano se ha encargado de bailar con todas las mujeres solteras que hay aquí, consciente desde que se lanzó el ramo que las únicas solteras son

viudas mayores. Pero a pesar de todo, Isaiah les alegra la noche en la pista de baile.

—¡Eh, Max! —Ryan le alborota el pelo antes de darme una palmada en la espalda—. Eh, tío.

—Aquí estás. —Brindamos con nuestras copas de champán—. Felicidades, Ry. Esto es increíble, Indy está...

—Que quita el aliento.

Clava la mirada melancólica en la pista de baile, donde su esposa está bailando con su hermana.

—Os merecéis el uno al otro.

Noto que Ryan me está observando, impaciente por decirme algo sobre Miller, estoy seguro, pero cambio de tema antes de que tenga oportunidad.

—Zee — llamo al padrino para que se acerque.

Mientras Ryan me haría preguntas personales para ver cómo estoy y pensaría en cómo puede ayudarme, Zanders siempre trae humor a nuestra relación. Y justo ahora, necesito mucho más que se meta conmigo de lo que necesito que Ryan me recuerde lo hecho polvo que estoy.

Zanders me choca el puño.

—Prometo no sacar el tema de lo mal que lanzaste en los últimos tres partidos. Y por supuesto no te recordaré que te sacaron en la tercera entrada la semana pasada.

Me giro hacia Ryan.

—¿Por qué está este aquí?

—Supongo que es lo que tiene la familia.

—Habéis ido al médico esta semana, ¿no? —le pregunto a Zee.

A Zanders se le ilumina la cara, tiene una sonrisa pícara en los labios. La sonrisa orgullosa de Ryan tampoco tarda en aparecer.

—Es una niña —declara Zanders— y estoy entusiasmado. ¿Has oído, Max? Por fin voy a darte una amiga.

Max suelta una risita en mis brazos.

—Así que vas a ser el padre de una niña, ¿eh? Felicidades, tío, es estupendo.

Lo rodeo con un brazo.

—¿Sabías que hacen patines de hockey con corazoncitos? Le voy a comprar unos.

Ryan le lanza una mirada de complicidad.

—Vale. —Zanders levanta las manos—. A lo mejor ya se los he comprado. Y a lo mejor ya le he llenado el armario de bodys de diseño. Denúnciame.

Ryan y yo nos reímos.

—¿Ya sabéis cómo la vais a llamar? Sé que estabais convencidos de que ibais a tener un niño.

—El nombre lo sabemos desde que nos enteramos de que íbamos a ser padres. Sea niño o niña, siempre ha tenido el mismo.

Zanders le pasa a Ryan un brazo por los hombros.

—Pero tenía que decírselo a este tío antes. Y así lo hicimos anoche en la cena de ensayo, en la que el señor Impasible se puso a llorar.

—Sí, sí. Vete a la mierda.

—Se va a llamar Taylor —me dice Zanders—. Por Ryan Taylor Shay.

Los ojos verde azulados de Ryan se ponen vidriosos, pero se contiene. Este día ha sido mucho para él, sobre todo cuando hace menos de un año era un ermitaño que no dejaba que nadie se acercara demasiado.

—¡Max y Kai! —exclama Indy, uniéndose a la conversación—. ¡Me alegro muchísimo de que hayáis venido!

—Estás preciosa, Indy. Esta noche ha sido increíble.

Indy se me queda mirando un instante y veo las preguntas en la punta de su lengua.

¿Cómo estás?

¿Qué tal vas de ánimos?

¿Vas a hacerte un ovillo en la pista de baile y te vas a poner a llorar

delante de todo el mundo porque la chica de la que estás enamorado se ha marchado para hacer cosas más importantes y mejores con su vida que lo que tú podías ofrecerle?

Vale, lo último ha sido muy específico.

Stevie se coloca bajo el brazo de Zanders.

—Me duelen los pies, así que, si quieres bailar una vez más con la madre de tu hijo, será mejor que lo hagas ahora.

Sin mediar palabra, ambos se dirigen a la pista.

—¿Qué hay de ti, esposa mía? —pregunta Ryan—. ¿Nos movemos un poco?

Sonríe al oír cómo la llama.

—Por favor.

Indy me mira con prudencia, como si no quisiera dejarnos a mí y a Max lejos de la pista de baile, tristes y solos.

—Yo, mmm... —Miro a mi alrededor, intentando encontrar algo que me mantenga ocupado y me fijo en el baño portátil—. Voy al lavabo.

¿No podría haber elegido la barra? ¿O la mesa de postres? Ni siquiera tengo ganas de mear.

—Entonces, nos llevamos a Max a bailar. —Me coge al niño antes de señalar con la cabeza hacia la puerta de atrás—. No uses el portátil. Ve al de dentro.

—¿Seguro?

—Sí, Kai. Tú eres de la familia. Estás en tu casa.

Me da un apretón en el antebrazo antes de marcharse con Ryan y Max a bailar.

Con todos mis amigos ocupados en la pista de baile, me meto las manos en los bolsillos y entro con la cabeza gacha al interior de la casa para fingir que voy al lavabo. En cuanto cierro la puerta trasera, la música se amortigua y el silencio vuelve de nuevo.

Todo está como al principio de verano: yo, solo, con mis amigos felices y

enamorados. Solo que ahora sé lo que es tener lo que ellos tienen.

Me siento celoso, pero también agradecido.

Celoso porque ya no tengo eso, ya no la tengo a mi lado para celebrar con ella los buenos momentos. Y agradecido por haber tenido la oportunidad de querer a Miller, por sentirme querido por ella, aunque no me lo dijera con palabras.

Esa es la parte que me hace superar los peores días, la innegable gratitud por haberla tenido. El tiempo que pasamos juntos fue breve, pero lo fue todo.

Me entretengo en el salón sin hacer gran cosa, preguntándome cuánto tiempo debería quedarme aquí dentro. Voy de un lado a otro, tratando de mantener la mente ocupada, cuando veo una revista encima de la mesita junto al sofá.

Y justo ahí, veo en la portada a la chica que me persigue durante cada instante que estoy despierto.

Es el número de *Food & Wine* en el que aparece, pero eso no tiene sentido. No salía hasta la semana que viene.

Me entran unas ganas tremendas de cogerla, de saber qué coño hace esto en casa de mis amigos. Al final, encuentro la fuerza para sacar la mano del bolsillo, aunque me tiembla, y sentarme en el sofá para ver mejor la revista.

Miller está impresionante. Infeliz de la hostia, pero aun así está preciosa. Lleva su chaqueta de chef inmaculada, tiene los brazos cruzados sobre el pecho, el pelo recogido hacia atrás y no se ve el piercing. Mi cocina sale borrosa al fondo y me da un vuelco el corazón por los recuerdos.

Mi hijo y ella ensuciándolo todo, disfrutando cocinando juntos.

El equipo cuando vino a casa para probar sus creaciones.

Nosotros, frotando nuestros cuerpos porque por fin nos tocamos.

Apoyo los codos en las rodillas y me quedo mirando la revista que tengo en la mano.

¡Dios, está impresionante! Estoy orgulloso que te cagas de esta chica. A

pesar de todo lo que he sufrido desde que se marchó, la satisfacción que siento no ha disminuido.

Después de fijarme en cada detalle de la imagen, los ojos se me van a los titulares.

El desperdicio cero se apodera de la alta cocina.

Seis consejos para hacer unos buenos huevos escalfados.

Debería enviárselo a mi hermano.

Y al final...

La chef repostera del año, ganadora del James Beard, nos habla de comida, de la familia y de cambiar las cosas.

Sin perder más tiempo, paso las páginas para buscar el artículo y lo veo hacia la mitad de la revista.

Las mejores cosas de la vida son dulces

Por Gabby Sanchez

Conocí a la chef Miller Montgomery bajo la luz tenue que iluminaba el comedor del prometedor restaurante Luna's (Los Ángeles-Chef Maven Crown). Mantuvimos una charla distendida durante los primeros minutos potencialmente incómodos para facilitarnos a ambas las preguntas contundentes, pero antes de poder llegar a ellas, Montgomery me detuvo y se fue a la cocina para sacar una bandeja del horno.

Al volver, Montgomery puso una galleta con pepitas de chocolate recién hecha encima de la mesa antes de preguntarme: «¿Empezamos?».

Allí estaba yo, sentada enfrente de la ganadora del premio James Beard a la mejor chef repostera del año, que me ofrecía una pasta básica en un plato de postre.

Nada tenía mucho sentido para mí esa tarde. Nuestra entrevista tenía lugar en el restaurante de otra chef. Montgomery tenía una actitud informal y usaba palabras que alguien que hace repostería en su casa podría entender, a diferencia de cualquier ganador del James Beard al que había entrevistado antes. Había cercanía en la joven chef, una empatía que les

falta a muchos profesionales con más años de experiencia, pero cualquier contradicción desapareció cuando esa galleta con pepitas de chocolate me tocó la lengua.

Hay un sinfín de galletas buenas ahí fuera, pero es difícil convertir lo simple en algo extraordinario. Montgomery no solo hizo una galleta sencilla con pepitas de chocolate buenísima, sino que a su vez reajustó la escala bajo la que valoraría todos los dulces en un futuro.

Admito que, aunque este artículo siempre iba a escribirse desde una perspectiva positiva, cuando entré en Luna's aquella tarde a principios de septiembre, tenía mis dudas sobre la reputación que Montgomery se había ganado. Estaba segura de que su nombre, su repostería y su magia para los menús eran las de otra chef sobrevalorada y, en el fondo, decepcionante.

Pero me enorgullece poder admitir que me marché de allí convertida en una fan suya y con ganas de viajar a cualquier sitio donde trabaje esta chef estrella.

Me tomo un momento para mirar rápidamente a mi alrededor en el salón y ver si alguien sabe qué demonios está pasando. Pero no hay nadie allí conmigo. Vuelvo a meter la cabeza entre las páginas y continúo leyendo la historia laboral de Miller, las prácticas que hizo en el extranjero y en Estados Unidos, los nombres importantes para los que ha trabajado... Pero es en la tercera página cuando se me acelera el corazón más de lo que tal vez sea sano.

Pero lo más revelador del rato que pasamos juntas es cuando Montgomery reconoció con una sonrisa deslumbrante que, tras ganar el mayor honor de la industria, va a dejarlo todo.

Vuelvo a leer esa frase tres veces más para asegurarme de que lo he entendido bien. ¿Qué coño es esto? Choco entre sí las rodillas tan rápido por la adrenalina que me recorre el cuerpo que tengo que retirar los codos para poder seguir leyendo.

Di las gracias por tener la grabadora encendida, porque se me quedó la

mano paralizada en el aire.

«Ya no es mi pasión —admitió Montgomery—. Me tomé una pausa en verano de la industria gastronómica y me enamoré de otro tipo de vida. Para cocinar te tiene que apasionar. Si no lo sientes, tu comida refleja esos sentimientos. Es una de esas situaciones en las que el arte imita la vida». Le pregunté si había encontrado una nueva pasión y me respondió con una sonrisa que lo dijo todo y me explicó que le gustaba llamarlo «un nuevo sueño», un sueño con equilibrio, amistad y un montón de amor.

Cierro la revista un momento. Esto no puede ser real. Debe de ser algún tipo de broma de mal gusto que me están gastando los chicos. Deben de haberlo montado y dejado aquí para que me lo encontrara, pero... ¿y las fotos? Las putas fotos. Desde la primera página a la última se puede ver una transformación en Miller, desde esa mañana en mi casa hasta las imágenes que supongo que sacaron en Luna's.

La abro de nuevo y veo que le cae el pelo poco a poco sobre los hombros conforme avanza el artículo. Al final se quita la chaqueta de chef justo cuando revela que va a dejar la industria. Cuando llego a la última página, quedan al descubierto sus tatuajes y su preciosa sonrisa.

«¿Te veremos asesorando cocinas en Chicago?», le pregunto. Y Montgomery contesta con una carcajada que no, que solo hay una cocina donde tiene pensado pasar el tiempo y es la que figura en la portada de esta revista.

La chef Montgomery no ha tenido nunca un restaurante propio ni una pastelería, así que, cuando le pregunto si tiene pensado que eso cambie, responde sin más: «Sí. Creo que ha llegado el momento de que mi trabajo lleve mi nombre. No sé cómo será, pero lo más importante que he aprendido durante los años asesorando a restaurantes de lujo es que no es el tipo de comida que me hace levantarme por las mañanas. A mí lo que me encanta es enseñar, compartir el arte culinario. Tengo ganas de encontrar otras formas de seguir haciendo eso y que la cocina se adapte mejor a mi

nueva vida.

¿Y cuál será esa vida que la tiene tan entusiasmada? «Estoy deseando vivir en un mismo lugar —responde—, tener mi propio hogar. Tener a mi padre cerca y ser parte de una comunidad que me apoye y que yo les apoye a ellos. Oír los ánimos constantes del hombre al que amo, al igual que yo lo animaré a él en sus proyectos. Pero la parte que más estoy deseando es tener la oportunidad de hacerle un pastel en todos sus futuros cumpleaños al niño que me ha robado el corazón este verano».

«¿Qué sensación da echar raíces?», le pregunto.

«No me gusta demasiado esa expresión. Tan solo voy a dejar de correr, porque los dos mejores chicos me han atrapado».

Continuamos la tarde contándonos anécdotas, me dijo que estaba nerviosa por el nuevo papel que estaba a punto de desempeñar, pero se sentía muy apoyada por las personas que más le importaban. Reveló que tenía tres postres alternativos para este artículo, pero con su gran anuncio, quería volver a lo básico. Quería mostrar recetas que pudiera hacer cualquier persona.

«Lo que más me gusta de cocinar es dar de comer a las personas a las que quiero —dijo Montgomery—. Espero que estas recetas ayuden a otra gente a hacer precisamente eso».

Nos bebimos un chai latte mientras charlábamos sobre la vida, la familia y la comida. Es la primera vez que recuerde una entrevista que he hecho que se haya desviado de una forma tan maravillosa.

Tras el rato que pasamos juntas, me quedé dándole vueltas a algo que muchos de nosotros en la industria tendríamos que pensar a veces: hay vida más allá de la cocina... y es preciosa.

Inhalo con fuerza e intento tragarme el nudo que tengo en la garganta mientras centro las atención en las recetas en las que ha trabajado tanto este verano. Pero están simplificadas y son muy significativas.

Bizcocho de banana (Nana), el que me hizo recuperar el ritmo.

Galletas M&M, llamadas así por mis personas favoritas.

Y al final, algo que hace que se me salten las lágrimas.

El tiramisú de Mae, para la mujer que no pude conocer, pero que crio a dos hombres increíbles. Espero seguir tus pasos para ser la madre de un niño fantástico.

Cierro la revista y los párpados, porque estoy a punto de llorar a mares. Apoyo la cabeza en el sillón e intento respirar con normalidad.

No quiero adelantarme, pero por lo que pone ahí, Miller va a volver.

Viene a casa.

Exhalo una risa de incredulidad al darme cuenta y una sonrisa tonta me aparece en los labios, porque por primera vez en trece días todo parece que va bien.

—Veo que te preocupan mucho las arrugas al sonreír así.

Es el tono ronco que me gusta tanto, el que llevo tanto tiempo sin oír.

Mis labios solo se curvan más mientras sigo con los ojos cerrados, disfrutando de su regreso.

¡Ha vuelto, joder!

—Deberías ponerme esa crema facial, Miller, porque me da la impresión de que esta sonrisa no va a desaparecer.

Se ríe con ese sonido gutural. Es entonces cuando abro los ojos y por fin lo confirmo.

«Ahí está».

Miller está apoyada en el muro que separa el salón del comedor y lleva puesto un vestido verde bosque que le destaca muchísimo los ojos. Tiene el pelo suelto y los tatuajes a simple vista gracias a ese traje sin tirantes que se le pega a cada centímetro del cuerpo. Está arrebatadora.

Y ahora es mía, joder.

Me coloco bien las gafas para confirmar que veo bien, que no estoy alucinando después de vivir en mi infierno personal durante las dos últimas semanas.

Pero sí, está aquí, porque no sería Miller Montgomery si no entrara con las dos manos ocupadas.

Aunque esta vez lleva champán.

—¿Otra vez con las dos manos ocupadas, Montgomery? Un poco tarde para tus hábitos con la bebida, ¿no crees?

Me dedica una sonrisa de complicidad.

—Estamos de celebración.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué se celebra?

Alza las dos copas.

—Que he dejado mi trabajo.

Justo igual que el primer día que la vi.

Me levanto con cuidado del sofá. No me creo del todo que de verdad esté delante de mí ni que haya vuelto para no marcharse.

Pero no llego muy lejos y me siento en el brazo del sofá, porque si me acerco más a ella, no podré evitar besarla, y necesito que me confirme que ha venido para quedarse.

—¿Qué haces aquí, Mills? —digo con el tono lleno de esperanza, pero necesito oírsele a ella.

Deja las copas de champán en una mesa que hay al lado y juguetea nerviosa con las manos. Miller no es una mujer nerviosa, pero los momentos emotivos están fuera de su zona de confort.

Se coloca entre mis piernas abiertas y la cojo de las manos para detener ese tic nervioso. Pero entonces me tiemblan a mí las mías, porque por fin estoy tocando a la mujer a la que creía que no iba a volver a tener.

Miller exhala con una sonrisa en los labios.

—Dijiste que era mi elección si quería cumplir las expectativas y lo he hecho. Pero ahora las únicas expectativas que me preocupan son las que me he puesto yo. Y son ser feliz e ir a por lo que quiero.

—¿Y qué quieres, cariño?

La palabra afectuosa sale de mi lengua con facilidad, como si no hubieran

pasado casi dos semanas desde la última vez que me referí a ella así. Pero en mi cabeza no importa cuánto tiempo haya pasado desde que la vi ni desde que hablé con ella. Podrían haber sido años y la seguiría considerando mía en cuanto ella decidiera serlo.

Me mira a los ojos sin vacilar, tan valiente y atrevida a la vez que vulnerable.

—Quiero abrir mi propia pastelería y dar clases allí un par de veces a la semana. Quiero ver todos los partidos que pueda. Quiero despertarme contigo todas las mañanas. Quiero vivir cerca de mi padre. Quiero leerle cuentos a Max todas las noches antes de que se vaya a dormir. Quiero esforzarme por ser lo que él necesita que sea. Quiero ser la que le haga *cupcakes* para el primer cumpleaños que celebre en el colegio y seguir los siguientes cumpleaños. Quiero tener más bebés contigo, porque eres un padre maravilloso. Pero, sobre todo, quiero ser feliz y vosotros dos me hacéis feliz, Kai. Y espero que yo también os haga felices a vosotros.

Las palabras le salen de la boca como si hubiera pasado el viaje entero ensayándolas y necesitara decirlas.

Son palabras que estaba deseando oír. Una parte de mí siempre había esperado que las sintiera, pero soñaba con el día que las pronunciaría en voz alta.

Me aprieta las manos.

—¿Y qué es lo que quieres tú?

¿En serio tiene que preguntarlo? Es lo mismo que quería hace dos semanas. Lo mismo que he querido durante todo el verano.

—A ti. Solo a ti. Lo quiero todo contigo, Miller.

Ha vuelto su sonrisa radiante.

—Pero antes de que tomes la decisión final tengo que avisarte de algo: ahora mismo no tengo casa, no tengo trabajo y se me ha pasado la fecha del cambio de aceite de la furgoneta.

La acerco a mí, riéndome.

—Puedo con eso.

Se inclina sobre mí, pero antes de poder besarla, se detiene con las manos a cada lado de mi cara.

—Y te quiero.

La miro a los ojos.

—Te quiero muchísimo, Kai. No me marché por nada que tuviera ver contigo. Tienes que saberlo. Eres más que suficiente, más de lo que podría haber soñado. Te quería antes de marcharme y quiero a Max. Nunca había sentido tanto a la vez y estoy casi segura de que el corazón está a punto de parárseme.

Le agarro la mandíbula con una mano y me la acerco.

—No te preocupes, Mills. Yo me moriré antes que tú, por la edad y eso.

—Será lo mejor —susurra con la frente apoyada en la mía—, porque si me voy primero y conoces a otra persona, te prometo que regresaré y le daré por culo.

—Me alegra saber que tus celos van más allá de la muerte, nena. Pero, por favor, cállate y bésame.

Con la palma en su mejilla, le paso los dedos por el pelo y llevo sus labios a los míos.

Es como si la parte que le faltaba a mi vida se volviera a unir en ese momento. Todo lo que siempre había querido para mí y mi hijo está en esta mujer a la que amo. Esta mujer que creía haber perdido.

Emite un dulce gemido de alivio y separo los labios, tomando más antes de que nuestras lenguas se entrelacen, de forma lenta y comedida, como si ambos hubiéramos soñado con este momento durante las dos últimas semanas.

La mitad inferior de Miller se hunde en mí, entre mis caderas, y con la otra mano le agarro el culo, manteniéndonos bien pegados.

Me desliza las manos sobre los hombros mientras nos besamos, nos tocamos y nos recordamos que estamos aquí, en el mismo lugar, sin fecha

de caducidad.

Tenemos toda la eternidad.

Me retiro un poco, porque necesito decirle algo.

—Te quiero.

Sonríe en mis labios.

—Te quiero.

—Mmm, probablemente deberías repetirlo.

—Te quiero, Malakai, y quiero a tu hijo.

Joder, eso me ha llegado.

Echo la cabeza hacia atrás, miro al techo y respiro hondo.

Me pasa la mano por la nuca para que vuelva a mirarla.

—Cuando me marché, no tenía asimilado del todo que lo que estaba persiguiendo ya no era mi sueño, pero en cuanto llegué allí, lo supe. Ahora tengo uno nuevo. Max y tú sois mi sueño.

Siento que se me ensancha el pecho, como si necesitara más espacio para todo el amor que hay en mi vida. A aquel chico de quince años jamás se le habría ocurrido que estaría rodeado de tanto apoyo.

De tanto amor.

Un amor que no había visto antes: de ella, de su padre, de mi hermano, de mi equipo y de mis amigos. Tengo una red de apoyo enorme que nos respalda a Max y a mí. Tengo la familia que tenía la esperanza de tener algún día.

—Miller. —Le envuelvo su cintura con los brazos para mantenerla cerca —. Te echábamos de menos incluso antes de conocerte.

Se inclina para besarme porque sigo sentado en el borde del sofá con ella entre las piernas.

Durante mucho tiempo, me sentía un poco destrozado al intentar ser lo que todo el mundo necesitaba. Pero, en cuanto esta mujer entró en mi vida, me hizo darme cuenta de que no solo le doy a Max lo que necesita, sino que también me doy lo bastante a mí mismo. Y ahora sé sin lugar a dudas que

también soy suficiente para Miller.

—Menuda fiesta la de ahí fuera —dice, señalando hacia la puerta trasera—. ¿Por qué no estás bailando?

Le miro cada centímetro de la cara, regodeándome al saber que voy a tener el privilegio de verla todos los días durante el resto de mi vida.

—Porque solo quiero bailar contigo.

Se echa hacia atrás, como si estuviera preparada para reunirse con nuestros amigos, pero me la pongo en el regazo para hacerle saber que necesito unos instantes más a solas con ella.

Cojo la revista del sofá.

—Pusiste un postre para mi madre.

—¿Crees que le habría gustado?

—Le habría encantado. —Vuelvo a centrar mi atención en ella—. Y tú le habrías encantado.

—Qué mona la chica de la portada, ¿no crees?

—¿Qué mona? —Resoplo—. ¿Cómo te atreves a decir eso? —Paso las hojas para buscar el artículo—. Esto significa mucho para mí, Mills.

Sonríe de una forma tan sexy y tan seductora que solo puedo pensar en sacarla de aquí, quitarle ese vestido tan ceñido que es un pecado y dejar que mi cuerpo exprese lo mucho que la he echado de menos.

—Y estás impresionante esta noche.

—Siento haber llegado tarde —se disculpa—. Esperaba encontrarme contigo en casa antes de la ceremonia, pero el viaje duró más de lo que creía. Había tráfico en Nebraska. ¿Quién esperaba que hubiera tráfico en Nebraska? —Juguetea con el pelo de mi nuca—. La entrevista fue el lunes, pero tenía que quedarme en Los Ángeles para que me hicieran las nuevas fotos y Violet me pudo pasar un ejemplar antes de marcharme. Te quería dar una sorpresa.

—Es la mejor sorpresa que podía haber tenido, pero ¿cuánto me odia Violet?

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—No le emociona haber perdido a la clienta que mejor pagaba, pero se alegra por mí. Al parecer, tuvo sus sospechas durante todo el verano.

—¿Y tus contratos?

—El único que estaba grabado en piedra era el de Maven y lo rescindió al momento cuando le dije que quería marcharme.

No puedo evitar contener una sonrisa.

—¿De verdad es esto lo que quieres?

Sé que es así, pero, joder, me encanta oírsele decir.

—Sí, es lo que quiero. Una vida juntos. Los tres. Me mantienes centrada, Kai, y yo te hago conectar con tu lado salvaje.

Asiento antes de sellarlo con un beso.

—Trato hecho.

Se oyen unos golpes en la puerta trasera de la casa. Cuando nos damos la vuelta, nos encontramos a Isaiah, Zanders, Stevie, Ryan, Indy y Rio con la cara pegada al cristal, mirándonos.

—Me cago en la puta —exhalo mientras Miller los saluda—. ¿Lo sabían todos?

—Solo Indy. No podía presentarme en la boda de alguien sin avisar.

—¡Mamá! —llama Max desde el otro lado del cristal y, cuando miramos, Ryan lo tiene en brazos para que pueda vernos mejor.

Tiene los ojos azules muy abiertos por el entusiasmo mientras mira a la mujer a la que él y yo queremos tantísimo. Golpea el cristal como si así pudiera llegar hasta ella.

—¿Max está aquí? —pregunta Miller con un grito ahogado.

El niño aplaude emocionado.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Miller deja caer la frente contra la mía, cierra los ojos de alivio y dice en voz baja:

—Hoy ha sido un buen día.

He dicho eso muchas veces este verano con el miedo de que se acabaría algún día, pero ahora...

—Todos van a ser días buenos, Miller.

Abrazo a la chica de la que estoy locamente enamorado y me enamoro un poco más cuando me da un beso tierno en la comisura de la boca y susurra:

—Vamos a por nuestro niño.

Cogidos de la mano, la llevo hacia la puerta trasera y la dejo abierta para que ella salga primero.

El grupo está contento de verla, pero ella no duda y va directa hacia mi hijo, que justo como el día en que se conocieron, está impaciente por echarse en sus brazos y aparta el cuerpo de Ryan para ir hacia ella.

—Hola, cariño —le susurra Miller, un tanto emocionada cuando apoya su frente en la suya—. ¡Ay, cuánto te he echado de menos!

Le hace rebotar un poco en los brazos, tomándose su tiempo. Nuestros amigos les dejan espacio y vuelven a la pista de baile, no sin antes darle un apretón en el brazo o saludarla.

Les sonrío a todos, sin duda tiene ganas de hablar con ellos, pero ahora mismo centra toda su atención en mi hijo.

—Mamá —susurra el pequeño, pasándole los deditos por los tatuajes del brazo.

—Estoy aquí, Bichito, y prometo no irme a ninguna parte.

De pie en el porche trasero, me apoyo en una columna y los observo, intentando no llorar. Pero este instante lo es todo para mí. Miro cómo todo se coloca en su sitio, cómo nuestra familia se completa. ¿Cómo no va a emocionarme ver que se quieren tanto las dos personas a las que quiero más que a nada?

Max no tiene el vocabulario para expresar lo mucho que la ha echado de menos, lo mucho que la quiere, pero se ve en cómo la mira, en cómo se echa sobre su hombro para abrazarla.

Ella lo es todo para él, al igual que ella lo es todo para mí.

Miller se mece con él, dándole besitos por el pelo.

—¡Kai! ¡Miller! —nos llama mi hermano desde la pista de baile para animarnos a que nos acerquemos.

Los ojos brillantes de Miller me miran.

—¿Vienes, Papi Béisbol?

Me río, pero necesito un momento para recomponerme, para asimilar todo esto.

—Sí. Dame un segundo, ahora voy.

Se inclina hacia delante para besarme en los labios antes de bajar con Max las escaleras para unirse a nuestros amigos en la pista de baile. Rodeados de parejas y el espacio lleno de gente, Miller ayuda a mi hijo a colocarse en pie. Lo agarra de las manitas y empieza a moverse para bailar juntos.

Max la mira como si fuera todo su mundo.

Estos dos, esta vida... No sé cómo he tenido tanta suerte de tenerlos a ambos.

El miedo que antes me consumía, que Max no tuviera lo que necesitaba, que no se sintiera querido, tan solo por mí, ya no está. Tiene mucho amor en su vida y yo también.

Miller gira la cabeza para mirarme. Los ojos verdes, contentos, le brillan bajo la luz de las guirnaldas. Me hace una seña para que me acerque a la pista y, aunque me encante esta vista, no puedo quedarme aquí más rato.

Cojo a Max y me lo pongo en la cadera antes de pasarle a Miller la mano por la espalda. La acerco a nosotros, ella me desliza un brazo sobre el hombro y el otro lo pasa encima de mi hijo, pegando una mejilla a mi pecho mientras bailamos juntos.

—Te quiero —le recuerdo una vez más.

Me sonrío, satisfecha y en paz.

—Te quiero.

Miller le pasa a Max una mano tranquilizadora por el pelo, vuelve a

centrarse en él.

—Y a ti también te quiero.

Estoy rodeado de nuestros amigos y por fin tengo a mi familia.

EPILOGO

Kai

Seis meses más tarde

—Max, ¿de qué color quieres llevar hoy los pantalones? ¿Rojos, azules o verdes?

Mi hijo está boca arriba solo con el pañal y una camiseta donde se lee «Soy una fiera» en letras negras. Mira la selección de pantalones que le muestro.

—¡Vede!

—Buena elección, mi niño.

—Mamá, vede.

Le meto las piernas en los pantalones verde oliva mientras está tumbado en el suelo.

—Así es. El verde es el color preferido de tu madre, ¿eh?

—Sí.

Mientras consigo que se esté sentado quieto, y probablemente sea el único momento del día en que esté así, aprovecho para ponerle los calcetines y los zapatos.

—¿A quién vas a ver hoy, Bichito?

—A mamá.

Me río.

—Sí, pero a ella la ves todos los días. ¿A quién más?

—A Zaya.

—Sí, tu tío Isaiah también estará aquí. Y...

—Monny.

—Sí. Creo que el abuelo Monty llegará en cualquier momento. —Lo pongo de pie, va de punta en blanco para celebrar su segunda fiesta de cumpleaños—. ¿Y por qué vienen hoy todas nuestras personas favoritas?

Max no deja de sonreír mientras utiliza las dos manos para señalarse a sí mismo.

—¡Por ti! Porque es tu cumpleaños, ¿eh? —Le hago cosquillitas en la barriga—. ¿Cuántos añitos cumples?

Levanta una mano y me muestra los cinco dedos.

—¡¿Cumples cinco?! ¿Cuándo ha ocurrido eso?

Se ríe de sí mismo cuando lo ayudo a bajar tres dedos.

—¿O tienes dos?

—¡Dos!

¿Y cómo es que tiene ya dos años?

Mi niño feliz lleno de energía, valor y seguridad. Está de maravilla y yo no podría estar más agradecido.

—¿Vamos a enseñarle a mamá lo guay que vas vestido?

—¡Sí!

Me levanto del suelo y le dejo que me coja de la mano.

—Creo que fuera hay una selva esperándote.

Max me mira, con los ojos muy abiertos, está entusiasmado.

—A lo mejor hasta encuentras jirafas, cebras y elefantes.

Tiene una sonrisita dulce y optimista mientras va dando saltos. Al doblar la esquina hacia el salón, se me esconde detrás de la pierna y la usa para taparse los ojos. Dejamos de caminar y asoma la cabecita, como si estuviera nervioso por ver su fiesta de cumpleaños.

Hay infinidad de globos de animales diferentes y está todo cubierto por hojas de palmera. Hay carteles sobre todas las superficies y la decoración

está rematada con un despliegue de animales de juguete gigantes que pueden encontrarse en una selva.

Me pongo en cuclillas al lado de mi hijo y me lo pongo entre las piernas.

—¿Qué te parece, Bichito? ¿Esta selva es para ti?

Asiente con entusiasmo, pero se apoya en mí, como si no estuviera muy seguro de si debe salir todavía.

Pero entonces ve a Miller en la mesa de postres, colocando una muestra de todo lo que ha estado horneando.

—¡Mamá!

Max se aleja de mí corriendo para ir a buscar a su madre.

Me quedo junto a la puerta trasera viendo cómo esta lo coge en brazos y se lo apoya en la cadera.

Estas son mis vistas preferidas: ellos dos.

—¿Qué te parece tu fiesta de cumpleaños, Bichito? —Miller le hace botar en la cadera—. ¿Todo esto es por ti?

—Sí —contesta Max, escondiéndose en su hombro.

—Creo que deberíamos ir a explorar.

Ya sabía que se llevaban bien, pero ese vínculo se ha fortalecido desde que Miller se mudó hace seis meses de manera oficial.

No ha pasado ni un solo día sin darle un beso al irse a la cama o que no haya ido a despertarlo conmigo por la mañana.

El amor que sienten el uno por el otro es evidente.

El mes pasado, Max cogió un resfriado y, en vez de querer estar conmigo, solo quería a su mamá. Fue un leve golpe para mi ego, pero valió la pena por verla más segura en la maternidad.

Los sigo al jardín trasero cuando Miller deja a Max en el suelo para que pueda jugar con un león de juguete enorme que hay junto a la mesa de postres.

—Qué pasada, nena.

Le envuelvo la cintura con los brazos desde atrás y le apoyo la barbilla en

el hombro.

—¿Sí? ¿Crees que hay suficientes globos? Tengo más dentro para inflar.

No sabría dónde podría meter más. Hay un arco hecho con globos alrededor de la mesa con los dulces y las bebidas. Encima del *photocall*. Otro arco de globos para entrar a la casa. Y no sabría decir cuántos globos gigantes dorados con forma de dos hay flotando por ahí.

Me río.

—Sí, yo creo que deberíamos sacar más. No sé si la gente se dará cuenta de que esto es una fiesta de cumpleaños. —Me da en el muslo, pero le cojo la mano y me la llevo a los labios—. Está perfecto.

—¿Sí? Quiero que esté todo perfecto para él.

Me mezo con ella mientras miramos a nuestro hijo, que ha encontrado el modo de sentarse encima del león de juguete como si fuera un caballo.

—Estoy seguro de que este va a ser el mejor día de su vida.

Echo la vista hacia la mesa de postres en la que ha estado trabajando. Hay un pastel de varios pisos en medio, con un animal distinto en cada capa. Y también *cupcakes*, brownies y tartaletas, todo de temática safari.

—Qué buena pinta tienen, Mills. —La rodeo y me meto un minibrownie en la boca—. Hostia puta —gimo.

—Kai, son para los invitados —me regaña, riéndose.

—Deberíamos cancelarlo. Entre los tres nos despachamos todo esto.

—He trabajado mucho en los pasteles como para no compartirlos. —Se gira hacia la mesa para rellenar el hueco que he dejado en el plato de *brownies* antes de girar la cabeza para mirarme—. Pero ¿de verdad te gustan?

Incluso después de todo este tiempo y todo el éxito que ha tenido, sigue buscando la aprobación de las personas a las que quiere, pues está deseando que les encante lo que ha creado.

Me inclino sobre su hombro para besarla.

—Están increíbles. A todo el mundo les van a encantar.

Y cuando digo a todo el mundo, no me refiero solo a nuestros amigos y nuestra familia. Me refiero a todo Chicago.

En octubre, Miller compró un edificio de ladrillos en la parte norte de Chicago. Pasó los meses de invierno limpiando el sitio para convertirlo en su propia pastelería. La pastelería de M solo lleva abierta seis semanas y no aguanta todo el horario comercial sin quedarse sin existencias.

Violet, la agente de Miller, corrió la voz del último proyecto de la ganadora del James Beard y ha estado escribiendo sobre eso en revistas de gastronomía y viajes. Su negocio ya tiene muchísimos seguidores en redes sociales y cada mañana, al abrir, hay una cola que da la vuelta a la manzana, tanto de gente de la zona como de turistas, todos ellos ansiosos por probar sus creaciones.

No me sorprendería que abriera un segundo local a finales de año, pero de momento, está disfrutando de tener éxito en algo que le encanta, algo que lleva su nombre.

Aunque aún tiene que admitir si esa M de La pastelería de M es por ella, por Max, por Monty o por mí.

Sin embargo, cuando le pregunto, simplemente responde que la M es por todas sus personas favoritas.

La pastelería tiene una trastienda que sirve para dar las clases de cocina. Los martes enseña las recetas básicas, pero cada jueves tiene un plato especial en el menú. Son el tipo de platos que habría mostrado cuando estaba en el mundo de los restaurantes de lujo. Lo vende todos los jueves antes de mediodía, y esa tarde da clase y enseña a la gente precisamente cómo hacerlo.

Esa clase en particular hay que reservarla con tres meses de antelación.

Miller trabaja cuatro días a la semana y los otros tres los confía a sus empleados. Y cada día que vuelve a casa del trabajo, está agotada, pero tiene una sonrisa de satisfacción en la cara. Es la confirmación diaria de que tomó la decisión correcta hace tantos meses, cuando regresó a Chicago.

Volvió no solo por mí o por Max, sino por sí misma.

Le deslizo la mano por la lumbar y la dejo sobre el culo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Creo que ya está todo listo.

Me la acerco y la beso en la sien.

—Tiene suerte de tenerte, igual que yo.

Me mira con esos ojos verde jade llenos de felicidad.

—Creo que todos tenemos suerte.

Justo entonces Monty aparece por la puerta lateral con una bolsa enorme de regalos en una mano y una caja de cervezas en la otra. Porque, aunque esto sea el cumpleaños de un niño de dos años, toda la gente cercana a mi hijo supera con creces los veintiuno.

—¡Monny! —exclama Max cuando lo ve.

—¡Ahí está el cumpleañosero!

Me acerco trotando y le cojo las cervezas de la mano.

—Gracias, As. Hay más en el coche.

—Voy a buscarlas.

—Te acompaño —dice, lanzándome una mirada que me dice justo por qué necesita ir al coche conmigo.

Llevamos el regalo a la mesa y metemos la cerveza en el frigorífico antes de ir al coche.

—¿Lo tienes?

—Qué impaciente —se ríe—. Sí, lo tengo.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una cajita aterciopelada de color naranja oxidado.

Unas semanas después de que Miller se mudara a Chicago, fui al apartamento de Monty y le pregunté qué le parecía si le pedía a su hija que se casara conmigo.

Lloró un poco, sobre todo de alegría, antes de sacar un anillo que llevaba guardando más de veinte años. Era el anillo con el que iba a pedirle

matrimonio a la madre de Miller, pero nunca tuvo la oportunidad.

Cuando me preguntó si quería usarlo, no hubo ni un instante de vacilación al decirle que sí. El anillo no solo es único y precioso, sino que significará más para ella que cualquier otro anillo que yo pudiera comprar en una joyería.

Me tiemblan un poco las manos por los nervios cuando lo cojo, pero al abrir la tapa, una calma sobrecogedora me inunda al saber qué es lo que tengo que hacer, al saber lo mucho que estamos hechos los unos para los otros en esta familia.

Me sentí tentado de pedirle que se casara conmigo en cuanto volvió, pero con tantos cambios que estaban sucediendo a la vez, decidí esperar. Hasta hoy.

—Es precioso, Monty.

—Le va a quedar genial. Su madre estaría muy orgullosa de ella.

Alzo la vista y veo a Monty con sus ojos castaños vidriosos, mirando fijamente la caja del anillo que tengo en las manos.

—¿Estás seguro de que quieres que se lo dé?

—Segurísimo. Significará mucho más verlo en su dedo en vez de quedarse en esa caja como ha estado tantísimo tiempo.

Le doy un abrazo.

—Gracias. No solo por el anillo..., sino por todo.

Me devuelve el abrazo.

—Te quiero, Kai, ya lo sabes. Y quiero a tu hijo.

—¿Te refieres a tu nieto? —pregunto en tono jocoso.

—Te juro por Dios que, como empieces a llamarme yayo en el trabajo, te daré una patada en el culo. Pero sí, también quiero a mi nieto, y me alegra que por fin vayas a hacerlo oficial.

—Por los dos años de Max —dice Ryan tendiendo la cerveza para brindar conmigo.

—Por Kai y Miller —lo corrige Zanders—. Por mantenerlo vivo.

—Sí, bueno, tenemos una buena red de apoyo.

El jardín trasero está lleno de nuestros amigos, incluido el personal del equipo y los empleados de Miller en la pastelería. Los únicos que faltan son los chicos del equipo, en particular, mi hermano.

Todos los años, antes de que empiece la temporada, el equipo hace un viaje. Les gusta decir que para estrechar lazos cuando en realidad es una excusa para pasar unos días borrachos en la piscina. Este año han elegido Las Vegas y, aunque Isaiah me suplicó que fuera, tomé la fácil decisión de quedarme en casa con mi familia.

Como la temporada comienza dentro de un par de semanas, quiero disfrutar todo lo posible de pasar tiempo en casa. Max y Miller no viajarán con nosotros este año. Con el negocio de Miller despegando y Max que ha crecido, ha llegado el momento de apartarlo de mi apretada agenda.

No obstante, los dos vendrán a vernos una o dos noches al mes y eso me parece un compromiso bastante bueno hasta poder estar todo el rato con ellos. Y el despacho de Miller en la pastelería puede también convertirse en un cuarto de juegos para que Max pase tiempo allí. Entre los dos y los amigos que se han ofrecido a ayudarnos a cubrir todos los huecos en nuestros horarios, no creo que Max necesite a ninguna otra niñera a tiempo completo.

Ryan mira a su alrededor en la fiesta.

—Miller está muy metida en su papel de madre, ¿eh?

La veo sentada en una manta con Stevie e Indy, con la bebé Taylor tumbada boca arriba y Max mirando a su nueva amiga de forma adorable desde arriba.

El grupo va creciendo y me alegra mucho que Max ya no vaya a ser el único niño por aquí.

—Tío, le encanta. Me parece una locura que hace tan solo seis meses pensara que no se le iba a dar bien. Le sale natural y, cada vez que la veo

con Max, me entra la fiebre del bebé. —Niego con la cabeza—. Me entran unas ganas locas de dejarla preñada.

—Sí —asiente Zanders—. Ver a Stevie como madre en los últimos cuatro meses es una de las cosas más atractivas que he presenciado, en serio.

Ambos nos giramos hacia Ryan, que está intentando no sonreír. Pronto va a entender lo que se siente, porque acaban de saber que Indy está embarazada.

Me da un empujón.

—¿Cuándo vais a tener Miller y tú otro?

—Yo estoy preparado, pero ella está liada con el trabajo y todo eso, así que hemos acordado intentarlo cuando me haya retirado de manera oficial.

—Un padre que se queda en casa. —Zanders asiente en señal de aprobación—. Me parece increíble.

—Me muero de ganas.

La verdad es que en teoría Miller y yo vamos a esperar, pero tampoco es que estemos poniendo muchos medios para evitar que ocurra ahora. Así que, si nos encontramos con un embarazo sorpresa, no será tanta sorpresa, al fin y al cabo. Y no habrá nadie en el mundo que me haga cambiar de opinión. Me retiraré en cuanto el segundo bebé llegue.

Se oye un poco de ruido en el interior de la casa y, cuando me doy la vuelta, me encuentro con que al final todo el equipo ha venido a unirse a la fiesta.

—Ahora vengo —le digo a mis amigos—. Tengo que ir a ver a mi hermano.

Recibo a mis compañeros y les indico dónde está la comida y las bebidas, antes de dirigirme a la entrada donde Cody, Travis e Isaiah parece que están manteniendo una conversación privada.

—¿Qué pasa? —pregunto con un tono suspicaz—. ¿Y por qué habéis llegado tan tarde?

Los tres se miran, comunicándose en silencio.

—Tu hermano es gilipollas —dice Travis al fin.

—Trav, oye, tío. —Isaiah le lanza una mirada de advertencia—. Acordamos no decir nada hoy.

Travis se limita a encogerse de hombros.

—No sé —interrumpe Cody—. Creo que es todo muy romántico.

—No es romántico —lo corrige Travis—. Fue un error de borrachera. Un error muy tonto de borrachera.

Los miro a los tres, confundido.

—Chicos, ¿de qué coño estáis hablando?

Travis se queda mirando a mi hermano.

—Díselo.

La sonrisa que pone Isaiah es tan forzada, que está claro que está intentando convencerme de que no debería enfadarme con él.

Luego levanta la mano izquierda para que vea la alianza que lleva en el dedo.

—¿Qué mierda es eso?

—Es un anillo de boda porque... ¡Sorpresa! ¡Me he casado!

—¿Que te has qué?

—Me he desposado. He contraído nupcias. He dado el salto.

—Ya sé lo que significa casarse, Isaiah, pero ¿con quién coño te has casado?

—¡Ay, me encanta esta parte! —suelta Cody.

Isaiah sonríe con timidez, pero a la vez entusiasmado.

—Con Kennedy.

—¿Con Kennedy? —repito sin dar crédito—. ¿Con Kennedy Kay?

—Kennedy Rhodes desde anoche, pero sí.

—Pero si... —balbuceo—. Si te odia.

—Bueno, verás. Resulta que después de unos ocho chupitos de tequila, no me odia tanto.

Miro a los otros chicos, esperando que alguien me diga que es una broma,

una de esas bromas pesadas que les gusta hacer.

Pero, por sus expresiones, es evidente que no se trata de ninguna broma.

—Espera, ¿qué? ¿Estáis diciéndome que Kennedy fue con vosotros a Las Vegas? ¡Pero si ella nunca sale con el equipo!

—Estaba allí por otro motivo. Nos topamos por casualidad.

—¿Y os casasteis?

—Sí, a nosotros también nos ha sorprendido un poco esa parte cuando nos hemos despertado esta mañana.

—La van a echar del trabajo.

Isaiah enseguida niega con la cabeza.

—No.

—Tienes que anularlo y rezar por que la dirección del equipo no lo averigüe, porque como se enteren, te prometo que van a despedir a uno de los dos y todos sabemos que ese no vas a ser tú. —Niego con la cabeza sin dar crédito—. Supongo que ya no viene a la fiesta.

—Probablemente no.

—No sé qué es más increíble —se ríe Cody—, que Kennedy se haya casado contigo o que el puto Dean Cartwright sea ahora tu cuñado.

—¡Ay, joder!

—¡Kai! —me llama Miller desde el jardín trasero, tiene a Max de la mano—. ¿Estás preparado para sacar la tarta?

Me giro hacia mi hermano.

—Quítate el puto anillo antes de ir a cantarle el *Cumpleaños feliz* a tu sobrino. Miller no puede enterarse de esto hoy. Le voy a pedir matrimonio esta noche y lo último que necesito es que mi hermano le robe protagonismo por un error de borrachera.

—Lo de error suena fatal —responde—. Prefiero llamarlo «accidente afortunado».

—¿Es así como lo llama Kennedy?

—Uy, no. Ella sin duda lo llama error.

Miller pone a Max en su silla con la tarta de cumpleaños delante en la mesa. El niño tiene una adorable sonrisa en la cara y las mejillas sonrosadas por toda la atención. Le enciendo las velas y me aseguro de que esté lo bastante lejos mientras todos nuestros amigos en el jardín empiezan a cantar «Cumpleaños feliz».

Envuelvo los hombros de Miller desde atrás, abrazándola mientras le cantamos a nuestro hijo. Está atolondrado y mira con los ojos azules al grupo para ver que todos lo quieren.

Cuando llega el momento, lo animamos a soplar las velas, pero necesita ayuda, así que su tío se acerca para soplar con él y, cuando por fin las apagan, Max se sienta derecho y se aplaude, haciendo que los demás aplaudan con él.

Miller se ríe entre mis brazos y me la acerco más.

Me inclino y la beso en la piel debajo de la oreja.

—Lo estamos haciendo bien, Mills, tú y yo.

Me agarra del antebrazo.

—Sí, así es, ¿verdad?

En cuanto la fiesta se va despejando y solo quedan nuestros amigos más íntimos, dejamos que Max abra algunos regalos mientras nos sentamos en círculo y lo vemos jugar en el centro. Miller está acurrucada en mi regazo con una copa de vino en la mano al final de otro de nuestros buenos días.

—¡Guau! —exclama Max cuando saca un trenecito de madera de la bolsa de regalos que ha traído Monty—. ¡Ten!

Cada regalo que ha abierto ha ido acompañado de un «¡Guau!» y todo lo que le queda por aprender.

—Te he comprado todo un set de trenes —explica Monty—. Mañana tu padre y yo lo montaremos en tu habitación.

Max se pone a cuatro patas y empuja el tren por el suelo, diciendo «chu-chu» todo el rato.

—Parece que hay un regalo más —dice Isaiah, enseñando una bolsita.

Enseguida me entran los nervios y siento que se me tensa el cuerpo.

Miller me mira por encima del hombro, confundida.

—¿Estás bien?

—Sí —exhalo, cambiando de postura, intentando ver cómo me la quito del regazo sin que se note nada para poder arrodillarme.

Isaiah mira a su alrededor.

—Pero no estoy seguro de para quién es.

Me ha dado muy buen pie.

—A ver. —Le digo a Miller que se sienta en una silla para poder levantarme. Le cojo la bolsa a mi hermano y miro dentro, fingiendo que no tengo ni idea de lo que es—. Max, ven aquí un segundo.

Deja el tren para acercarse a mí.

Le enseño lo que hay en el interior de la bolsa y le susurro:

—Este es para mamá. ¿Se lo puedes dar?

Max acepta su misión con una sonrisa, le lleva la bolsa a Miller y se la tiende.

—Mamá, ti.

—¿Para mí? —le pregunta ella—. ¡Pero si es tu cumpleaños! ¿Por qué me hacen a mí un regalo?

Me mira confundida, pero yo me limito a encogerme de hombros.

—Ayúdame a abrirlo, ¿vale? —le pide al niño y Max asiente antes de colocarse en su regazo.

Miller deja la copa de vino y se pone la bolsa en el regazo para que Max sienta que está ayudando.

Enseguida miro a mi hermano y a Monty. Sin duda los dos están entusiasmados, mientras yo me acerco a mis dos personas preferidas.

—¿Qué crees que será? —le pregunta Miller a Max con voz aguda, pues no acaba de saber lo que hay en la bolsa.

Entonces roza con los dedos una caja aterciopelada y me mira a los ojos.

—No.

Me río.

—¿Ya me dices que no? ¡Pero si ni te lo he preguntado todavía!

—Malakai.

Inclina la cabeza y hace un puchero.

—¿Qué es? —pregunta Indy detrás de mí.

Miller saca la cajita justo cuando me arrodillo.

—¡Vamos! —exclama Ryan.

—Miller Montgomery... —empiezo a decir, pero ella me interrumpe antes de que pueda continuar.

Señala la lágrima que ya le está cayendo por el rostro.

—Te odio por hacerme esto.

—No sería una propuesta de matrimonio típica de nosotros sin que me dijeras lo mucho que me odias, ¿eh?

Se ríe llorando y, con cuidado, le quito la caja de la mano.

—Miller Montgomery...

—¡Sí! La respuesta es sí.

—Vale. —Me río—. Gracias por el voto de confianza, pero aun así tengo que decirlo.

Abraza a nuestro hijo y apoya la barbilla en su cabeza mientras les doy el pequeño discurso a ambos.

—Quería pedírtelo en cuanto regresaste, pero estaba intentando darte espacio para que te acostumbraras a esta nueva vida sin pedirte demasiado. Pero ya no puedo esperar más. No existe otra persona con quien quiera criarlo y, con un poco de suerte, habrá otros bebés. Eres mi mejor amiga y la persona con la que más me divierto. Te quiero, Miller, y me daba envidia que Max pudiera llamarte mamá, porque me gustaría tener la oportunidad de poder llamarte mi esposa.

Se ríe de forma entrecortada.

Abro la caja y los ojos de Miller se van enseguida hacia su padre al ver el

anillo, sin duda es consciente de la intención original.

Ahora las lágrimas le caen más rápido, pero centra su atención en mí, que estoy arrodillado delante de ella.

—¿Qué me dices, Mills? ¿Te casas conmigo? —Miro a Max—. ¿Con nosotros?

Mi mundo entero me está mirando, esta familia que tanto había ansiado, soñado, y los tres jamás nos hemos sentido más completos que cuando ella respira hondo, me sonrío y simplemente dice:

—Sí.

Agradecimientos

El agradecimiento más importante es para ti, que has leído la novela. ¡Gracias por leer, por compartir y reseñar mis libros! A todas esas personas que me han dado la carrera que me encanta, os estoy muy agradecida.

Allyson, estoy segura de que a estas alturas estarás en todas mis páginas de agradecimientos, pero sobre todo en esta. En serio, este libro no habría salido a la luz sin ti. Los constantes audios, mensajes, chats y actualizaciones en Google Docs... Gracias por leer las treinta versiones de este manuscrito y ayudarme a convertirlo en una historia que me encanta. Gran parte del desarrollo de Miller está inspirado en ti. Agradezco muchísimo no solo tenerte entre mis mejores amigas, sino que seas alguien con quien compartir todo este viaje de la escritura. Te quiero mucho y me muero de ganas de que tú y Marc seáis mis vecinos (¡¡Objetivo en la vida desbloqueado!!).

Samantha, mi magnífica asistente personal. Siempre estás ahí para mí para todo lo que necesito, ya sean cosas de trabajo o aunque solo sea para desahogarme. Te aprecio mucho y me siento muy agradecida por tenerte a mi lado.

Megan, mi increíble lectora alfa. ¡Muchísimas gracias por toda tu ayuda y por animarme! ¡Te lo agradezco mucho!

Erica, ¡este es el tercer libro juntas! Me encanta tenerte en mi equipo y trabajar contigo es una pasada. ¡Eres mi primer sello de aprobación y siempre estoy impaciente por oír tus opiniones! ¡Espero que hagamos

muchos más libros en el futuro!

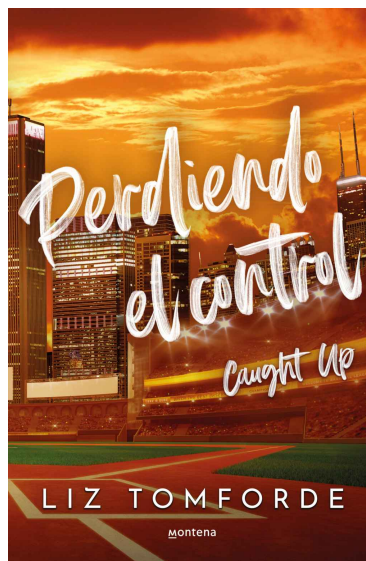
Marc, gracias por la música. Agradezco mucho tu ayuda para asegurarte de que las listas de canciones sean perfectas para cada pareja. ¡Ha sido muy divertido tenerlos a ti y a Allyson a mi lado durante todo esto!

También le doy las gracias a mi madre, ¡la mejor repostera que conozco! Me transmitiste tu amor por la repostería y sentí que tenía que meterlo en alguno de mis libros. ¡Te quiero mucho!

¡Y gracias a todos por dedicar tiempo a leer la historia de Kai y Miller! Ahora ha llegado el momento de escribir el cuarto libro de la serie *La ciudad de los vientos*.

¿Podrías enamorarte de un padre soltero... que además es tu jefe?

Llega la tercera parte de Mile High, el romance deportivo que ha enganchado a #Booktok



Kai

Soy padre soltero y lanzador titular del principal equipo de béisbol de Chicago. No doy abasto para criar a mi hijo y todas las canguros anteriores me han durado solo unas semanas antes de despedirlas. Ahora, mi entrenador se ha puesto firme y ha contratado a la única persona a la que no puedo echar, su hija.

Miller Montgomery es la última mujer de la que debería enamorarme. Demasiado alocada, joven y desapegada. Chicago no es más que una breve

parada para ella. Creía que contaría los días que faltaban para que se fuera, pero el verano es muy corto cuando quieres que se quede para siempre.

Miller

Como chef repostera de alto nivel, estoy desesperada por demostrar lo que valgo. Pero crear un postre nuevo inspirador es más difícil de lo que parece. Debería centrarme en la cocina, pero en cambio he dejado que mi padre me convenza para que pase mi tiempo libre cuidando al hijo de su jugador estrella.

Kai Rhodes ha olvidado cómo divertirse y yo me muero de ganas por refrescarle la memoria. Pero cuando su hijo y él empiezan a convertirse en un hogar para mí, tengo que recordarnos a ambos que me voy de Chicago al final del verano. No quiero abandonar mi vida anterior, pero, cuanto más tiempo paso con Kai, más pierdo el control.

Liz Tomforde es una autora superventas de novelas románticas en el mundo deportivo. Sus historias mezclan relaciones sanas, una chispa de humor irresistible y personajes masculinos de los que te enamorarás.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Caught up*

Primera edición: marzo de 2025

© 2023, Liz Tomforde

Publicado originalmente por Hodder & Stoughton

Traducción publicada por acuerdo con Sandra Dijkstra Literary Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Todos los derechos reservados

© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2025, Noemi Risco Mateo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Ever
After Cover Design

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10396-81-4

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos

X: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice

[Perdiendo el control](#)

[Playlist](#)

[1. Kai](#)

[2. Miller](#)

[3. Kai](#)

[4. Kai](#)

[5. Miller](#)

[6. Kai](#)

[7. Miller](#)

[8. Kai](#)

[9. Kai](#)

[10. Miller](#)

[11. Kai](#)

[12. Kai](#)

[13. Kai](#)

[14. Miller](#)

[15. Kai](#)

[16. Miller](#)

17. Kai

18. Miller

19. Miller

20. Kai

21. Miller

22. Kai

23. Miller

24. Miller

25. Kai

26. Kai

27. Miller

28. Miller

29. Kai

30. Miller

31. Kai

32. Miller

33. Kai

34. Miller

35. Kai

36. Miller

37. Kai

38. Miller

39. Miller

40. Kai

Epílogo. Kai

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Liz Tomforde

Créditos